

«Yo, don
Hernando Cortés»

*Reflexiones en torno a
la escritura cortesiana*

BEATRIZ ARACIL VARÓN



Biblioteca Indiana

«Yo, don
Hernando Cortés»

*Reflexiones en torno a
la escritura cortesiana*

BEATRIZ ARACIL VARÓN



Biblioteca Indiana

BIBLIOTECA INDIANA

Publicaciones del Centro de Estudios Indianos/Proyectos Estudios Indianos-PEI

Universidad de Navarra

Universidad del Pacífico (Perú)

Editorial Iberoamericana

Dirección: Ignacio Arellano y Celsa Carmen García y Martina Vinatea

Subdirector: Juan M. Escudero

Coordinadores: Pilar Latasa y Elio Vélez

Comité asesor:

Trinidad Barrera, Universidad de Sevilla

Miguel Donoso, Universidad de los Andes, Santiago de Chile

Andrés Eichmann, Academia Boliviana de la Lengua

Paul Firbas, Stony Brook University

Pedro Lasarte, Boston University

Raúl Marrero-Fente, University of Minnesota

Alfredo Matus, Academia Chilena de la Lengua

Rosa Perelmuter, University of North Carolina at Chapel Hill
Sara Poot-Herrera, University of Santa Barbara, California

José Antonio Rodríguez Garrido, Pontificia Universidad Católica del Perú

Biblioteca Indiana, 42

«YO, DON HERNANDO CORTÉS»

Reflexiones en torno a la escritura cortesiana

BEATRIZ ARACIL VARÓN

Universidad de Navarra - Iberoamericana - Vervuert

2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Derechos reservados

© Iberoamericana, 2016

Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22 - Fax: +34 91 429 53 97

©Vervuert, 2016

Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17 - Fax: +49 69 597 87 43

info@iberoamericanalibros.com

www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-8489-956-3 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-95487-493-4 (Vervuert)

ISBN 978-3-95487-896-3 (e-book)

Diseño de la serie: Ignacio Arellano y Juan Manuel Escudero

Imagen de la cubierta: Retrato de Hernán Cortés. Óleo anónimo del siglo XVIII. Museo de

la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

Diseño de la cubierta: Marcela López Parada

A Sara, mi narradora de historias fabulosas

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR

INTRODUCCIÓN

I. E L DISCURSO CORTESIANO EN EL TIEMPO: AVATARES DE UN CORPUS TEXTUAL COMPLEJO

De las primeras relaciones impresas a su reedición en el siglo XVIII: el discurso cortesiano en la reescritura de los cronistas

El rescate documental: del hallazgo del Códice de Viena a los Documentos cortesianos de José Luis Martínez

Líneas actuales de recuperación textual de la obra cortesiana

Breve apostilla sobre supuestas atribuciones

II. E L CONQUISTADOR FRENTE A SU ESCRITURA

Ausencia/presencia del yo en los primeros documentos

La carta de relación: un género híbrido al servicio de un objetivo múltiple

«Hacer verdadera relación»: la escritura legitimadora

Los recursos de la epístola

III. E L INGRESO EN LA HISTORIA Y LA CONFIGURACIÓN DE LA IMAGEN HEROICA

La búsqueda de los modelos

La caracterización del héroe

Recursos retórico-estilísticos al servicio de una construcción mítica

IV. D E HÉROE CONQUISTADOR A MARQUÉS DEL V ALLE: LA ALTERIDAD Y LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO

Escribir al rey: la difícil delimitación del sujeto como vasallo

La otredad indígena en el discurso cortesiano

El territorio americano y la transformación del yo

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

NOTA PRELIMINAR

El presente trabajo está vinculado al Proyecto de Investigación I + D «La formación de la tradición literaria hispanoamericana: la recuperación del mundo prehispánico y virreinal y las configuraciones contemporáneas» (FFI2014-58014-P) y, de manera más amplia, a un grupo de trabajo con más de dos décadas de trayectoria. Consciente de que lo que escribo nunca es fruto solo de la investigación personal, quiero agradecer a los directores de dicho proyecto, José Carlos Rovira y Carmen Alemany, su apoyo y sus observaciones, sobre todo en la etapa final de redacción del libro, a numerosos colegas (en especial de la Universidad de Alicante, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma de México-Azcapotzalco) el intercambio de opiniones y lecturas, a Pilar Latasa su confianza en la posibilidad de que estas páginas formaran parte de la Biblioteca Indiana y a «mi cómplice y todo», Paco Vicente, sus comentarios y sugerencias tras la paciente lectura de numerosos borradores.

INTRODUCCIÓN

A mediados del año 1522, el impresor Jacobo Cromberger publicaba en Sevilla la que él mismo denominaría Carta de relación enviada a Su Sacra Majestad del Emperador Nuestro Señor por el Capitán General de la Nueva España llamado Fernando Cortés¹. En dicha carta, un hasta entonces desconocido capitán describía su avance militar por el territorio sometido al imperio azteca (desde la recién fundada Veracruz hasta el Valle de México), el encuentro y dominio sobre el «grandísimo señor llamado Mutezuma»² y las maravillas de la ciudad de México-Tenochtitlan, pero también cómo, habiendo debido abandonar la ciudad para enfrentarse con Pánfilo de Narváez (enviado por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez), apenas había logrado replegar sus tropas tras la rebelión de los mexicas en su ausencia. El texto estaba firmado en la nueva villa de Segura de la Frontera (Tepeaca) el 30 de octubre de 1520, mientras Cortés organizaba el asedio a la capital azteca, pero sus lectores supieron ya por el mismo Cromberger que, en el momento en el que fue publicado, «los españoles habían tomado por fuerza la grande ciudad de Temixtitán»³.

La que hoy llamamos Segunda relación de Hernán Cortés fue un texto esencial para su autor que le permitió ingresar en la Historia a través de una particular caracterización tanto de sí mismo como de su proyecto de conquista, caracterización que sería completada a su vez en los años siguientes con otros dos documentos: la Tercera relación (de 1522), publicada también en Sevilla por Cromberger en 1523, en la que narra el asedio militar a la capital, que finaliza con su destrucción y con la captura y rendición de Cuauhtémoc, así como el asentamiento del poder español en México; y la Cuarta relación, fechada en 1524 y publicada por primera vez en Toledo en 1525, que abarca las conquistas posteriores a la toma de México y sus primeros trabajos de organización administrativa como responsable de la gobernación de la Nueva España y que, de algún modo, clausura una breve pero intensa etapa política y militar del conquistador.

También debió otorgar especial importancia a este documento su destinatario, el rey Carlos V: ubicado en una etapa clave del proceso de apropiación del territorio de ultramar, la de conquista y población de tierra firme, este daba cuenta de un cambio decisivo para la concepción de dicho proceso, ya que Cortés lo escribía desde un espacio entonces dominado por una sociedad con una potente organización política y militar al que, sin embargo, había decidido bautizar en nombre de Su Majestad como «la Nueva España del Mar Océano»⁴, término que revelaba no solo su voluntad de asimilación cultural sino sobre todo su confianza en la propia capacidad para conquistarlo en su totalidad⁵, al tiempo que otorgaba un valor excepcional al mismo ante su interlocutor, al equipararlo, a través de ese acto de nominación, a la metrópoli como parte del imperio.

El destinatario privilegiado otorgaba a su vez mayor alcance a este texto cuya trascendencia para la Europa del siglo XVI fue indudable: por primera vez el lector occidental tenía noticia de una gran civilización americana, y esta le llegaba además de primera mano, escrita por quien se erigía como protagonista de la excepcional hazaña de descubrimiento y futura conquista del «maravilloso» imperio azteca. Acertaba, pues, Cromberger al apelar al final del libro al interés provocado por estas «cosas grandes y estrañas» procedentes de «otro mundo sin duda, que de solo verlo tenemos harta cobdicia los que a los confines dél estamos»⁶; un interés que se reflejaría en las numerosas traducciones más o menos fieles de esta relación que pronto fueron impresas en otras ciudades⁷.

En definitiva, la Segunda relación cortesiana es un documento de singular importancia histórica, cultural y política que inaugura de forma plena (como veremos) el discurso del conquistador. Ahora bien, si la ubicamos en su propio paratexto, esto es, enmarcada por el título, el grabado y los comentarios previos y finales de Cromberger con los que salió a la luz por primera vez, descubriremos además otro aspecto significativo de la misma que me interesa destacar en esta reflexión inicial porque determina en buena medida al conjunto de la escritura cortesiana: dicha escritura se sitúa, desde los inicios, en un marco de interrelaciones con otros discursos que completan, matizan o rebaten el del propio conquistador.

Esta circunstancia, positiva en principio para la interpretación de la figura de Hernán Cortés y su discurso, ha implicado —a mi modo de ver—también un escollo a la misma, ya que, aunque sus relaciones sean consideradas textos fundacionales de la Crónica de Indias, estos otros discursos han ido relegando la escritura de Cortés de forma progresiva hasta provocar en muchos casos un proceso de disociación entre lo escrito por el autor y sobre el autor (favorecido por la temprana prohibición de las tres relaciones citadas) y, por tanto, de distanciamiento respecto al discurso cortesiano en la conformación de la figura histórica y literaria del conquistador, observable ya durante el período colonial en documentados autores a los que será necesario volver en el presente estudio, como Francisco Cervantes de Salazar, Antonio de Herrera o Antonio de Solís (aunque este último no dude en considerar a Cortés héroe central de su historia⁸).

Sucede entonces que, a menudo, el Cortés de los historiadores, poetas o novelistas no dista mucho de la construcción que proponía el mexicano Vicente Leñero en su pieza teatral *La noche de Hernán Cortés* (1992), construcción realizada a partir de la memoria histórica y personal (o, más bien en este caso, de un intento desesperado de recuperación de testimonios escritos por parte del protagonista, trasladado a la época contemporánea) para la que no parecen resultar útiles, sin embargo, sus propias relaciones⁹:

[CORTÉS:] Aquí sucedió algo muy importante para mi vida y para la historia, Pancho. ¿Qué fue? [...]. Revisa la historia, qué dicen los libros... Qué dice López de Gómara. ¡Búscalos! [...].

SECRETARIO: López de Gómara no consigna absolutamente nada, señor.

CORTÉS: ¡Andrés de Tapia!

SECRETARIO: (Revisando legajos). Andrés de Tapia, Andrés de Tapia... No, no... De la casa de Coyoacán no dice nada.

CORTÉS: Bernal Díaz... ¡Busca en Bernal Díaz!¹⁰

Reintegrar, pues, el diálogo entre la escritura cortesiana y el resto de discursos con los que se interrelaciona resulta imprescindible para una cabal comprensión de la voz del propio Cortés¹¹. Y es necesario asimismo admitir que dicha voz no está solamente en las tres cartas citadas ni en el corpus más amplio en el que se integran, las cinco Cartas de relación que convencionalmente consideramos hoy como una unidad. A pesar de su importancia, estas constituyen solo una pequeña parte de la producción de quien demostró a lo largo de su vida una verdadera obsesión por la palabra escrita. Como ha advertido José Luis Martínez:

La personalidad de Hernán Cortés se distingue entre las de sus contemporáneos por contar con un cúmulo de documentos [...]. Además de sus Cartas de relación, escribió, dictó o promovió instrucciones, ordenanzas, memoriales, demandas, defensas, acusaciones, probanzas, interrogatorios, recibos, contratos, documentos sucesorios, cartas personales y testamento¹².

A la hora de establecer un breve recorrido por esa treintena de años en los que la escritura va fijando (y ayudando a transformar) una vida pública y privada que sería consignada por los historiadores desde fechas muy tempranas¹³, cabe advertir cómo la mayor parte de dicha producción textual podría inscribirse en el marco de la escritura legal, a la que Cortés estaba vinculado por su profesión¹⁴: si bien no hay testimonio documental de que —como afirmó Bartolomé de las Casas— «había estudiado leyes en Salamanca y era en ellas bachiller»¹⁵, lo cierto es que su paso por esa ciudad, «do estuvo dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera»¹⁶, le valió, a su llegada a Indias, la obtención de la escribanía del ayuntamiento de Azua, en Santo Domingo, cargo que ocupó alrededor de seis años, y más tarde su participación en la conquista de Cuba como «oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del rey»¹⁷.

A partir de esta experiencia, determinante asimismo en su

formación cultural¹⁸, el manejo de la escritura jurídica para los propios fines llegaría a partir de 1519, cuando Diego Velázquez le encomienda explorar el territorio de Yucatán en busca de la armada de Juan de Grijalva, comprobar si quedan allí cristianos cautivos y «rescatar» mercancías con los indígenas. Desobedeciendo las instrucciones de Velázquez (cuya autoridad representaba la del rey), Cortés transforma la que debía ser una pacífica armada de exploración y comercio en un proyecto de conquista y población de tierra firme, proyecto que deberá justificar ante la corona (en documentos como las Instrucciones a los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero enviados a España, de julio de 1519¹⁹, o el Memorial presentado al Real Consejo por don Martín Cortés de Monroy, padre de Hernán Cortés, en nombre de su hijo, de marzo de 1520²⁰) y para el cual deberá a su vez establecer unas normas (en escritos como las Ordenanzas militares mandadas pregonar por Hernando Cortés en Tlaxcala al tiempo de partirse para poner cerco a México, de diciembre de 1520²¹).

Es en la primera de dichas líneas (esto es, la de justificación de su proyecto) en la que debemos inscribir las citadas Cartas de relación al monarca, que, junto a otras cartas privadas, memorias y relaciones, defienden el proceso de conquista, población y gobierno del territorio ante la metrópoli, mientras que diversas ordenanzas, instrucciones, donaciones, etc. dictadas entre 1521 y 1526 sitúan las direcciones básicas de su discurso político como máxima autoridad de la Nueva España.

El inicio del juicio de residencia por su labor en la gobernación novohispana (1526) y su viaje a España, marcado por los diversos encuentros con el emperador (1528-1529), intensifican, por un lado, la conflictividad de su escritura respecto a los representantes del poder en México y reorientan, por otro, su discurso frente a la corona, que pasa de la justificación de las propias acciones a la demanda de beneficios. Aunque nunca del todo satisfecha, dicha demanda le llevará en esta ocasión a otra forma de poder, la del acceso a la nobleza a través del título de marqués del Valle de Oaxaca, y al mantenimiento de la labor descubridora gracias a su nombramiento como capitán general de la Nueva España y del Mar del Sur (julio de 1529).

En efecto, a su vuelta a tierras mexicanas en 1530, la escritura de Cortés da cuenta de nuevas exploraciones (entre las que destacan las organizadas a la región de Baja California) y de su actividad como comerciante y hombre de negocios, facetas que le llevarán a mantener continuos pleitos con otros conquistadores, con la Audiencia e incluso con el virrey Antonio de Mendoza, a través de los cuales se observan asimismo aspectos interesantes de su relación con el territorio americano y sus habitantes.

A partir de su regreso definitivo a España en 1540, el discurso cortesiano queda marcado por antiguos y nuevos litigios (incluso con miembros de la familia, como Francisco Núñez²²) y por tres cartas de agravios dirigidas al emperador²³, así como por un último documento legal, esta vez de estricto carácter privado, su testamento (1547)²⁴, cuyas disposiciones nos trasladan de nuevo a un territorio novohispano sin el cual resulta ya imposible concebir al firmante: «yo, don Hernando Cortés, marqués del Valle de Guaxaca, capitán general de la Nueva España y Mar del Sur por la majestad Cesárea del emperador don Carlos»²⁵.

La amplitud y variedad de toda esa producción cortesiana que va de los escritos de 1519-1520 al citado testamento no ha tenido el suficiente eco en la bibliografía crítica sobre el autor: aunque existen ya sin duda trabajos sobre otros documentos significativos, la mayor parte de los estudios (salvo los propiamente biográficos) continúan centrándose en las Cartas de relación. Es por ello que las próximas páginas se plantean como un análisis de conjunto de la escritura cortesiana conocida hasta el momento (así como de otros textos del siglo XVI que se interrelacionan con ella de diversos modos) cuyo fin es aportar algunas claves en torno al proceso de construcción del yo mostrado por Cortés a través de su propio discurso²⁶.

Escribía Antonio Cornejo Polar en la década de los 90 a propósito del sujeto latinoamericano (pero con especial interés en el colonial) que era necesario abordar dicho sujeto como «un espacio lleno de contradicciones internas, y más relacional que autosuficiente»²⁷. Esta idea de un «sujeto relacional», ensayada a su vez respecto a la escritura de diversos conquistadores españoles (entre ellos el propio Cortés) en el trabajo ya clásico de Beatriz Pastor Discurso narrativo

de la conquista de América (1983)²⁸, me parece válida para el estudio de la presencia del yo en la escritura de Hernán Cortés que pretendo llevar a cabo porque el sujeto cortesiano establece a través de su discurso un haz de relaciones que a un tiempo lo delimitan e impulsan su progresiva transformación. Relaciones complejas y, en buena medida, conflictivas que abarcan al menos las siguientes líneas: el vínculo con la propia escritura, esto es, la forma en que Cortés asume, aprovecha y/o transgrede los límites y normas que le impone la escritura de su época; el posicionamiento del yo respecto a la Historia (la Fama), en la medida en que, fundamentalmente en las tres relaciones publicadas, el conquistador tiene conciencia de estar construyendo su propia imagen para la posteridad; su problemática relación con el representante máximo del poder español y destinatario de una parte fundamental de su discurso, el emperador Carlos V; la percepción del otro, el indígena americano, marcada a un tiempo por la admiración y la voluntad de dominio, no unívoca (ya que reconoce una estratificación social) e incluso contradictoria en algunos puntos; y, por último, la vinculación con el territorio americano, el sentimiento de pertenencia que se afianza en su discurso hasta convertirse en ese ya señalado tema central de los últimos escritos.

Respetando en la medida de lo posible las etapas de su escritura, los capítulos que conforman el presente libro pretenden profundizar en cada uno de estos aspectos que ayudan a comprender de forma más cabal la evolución del yo cortesiano. Pero antes de adentrarnos en el análisis de dichos aspectos, será necesario trazar un breve recorrido por el proceso de recuperación/conformación del corpus textual que constituirá mi objeto de estudio.

■

¹ Cortés, *Cartas de relación*, ed. Ángel Delgado, p. 159 (en adelante, se citará CR). El presente libro sigue los criterios del GRISO respecto a la modernización ortográfica de las citas, de modo que se recogerá actualizada toda grafía que no tenga trascendencia fonética.

² CR, p. 160.

³ CR, p. 309.

⁴ CR, p. 308.

⁵ No en vano ese mismo mes dirigió a su padre una carta personal donde le daba instrucciones para que solicitara en su nombre al rey que «le haga merced de una tierra que al presente está relevada (sic) donde mataron los indios más de doscientos españoles» (Cortés, Cartas y memoriales, p. 103. En adelante se citará de forma abreviada CyM).

⁶ CR, p. 308.

⁷ Amberes 1522 (traducción al francés), ¿Milán? 1522 (italiano), Amberes 1523 (flamenco), Núremberg 1524 (latín)...

⁸ Ver Solís, Historia de la conquista de México, p. 27.

⁹ Aunque sí se hace referencia a lo largo de la obra a otros documentos como su declaración en el juicio de residencia o su última carta al rey Carlos.

¹⁰ Leñero, 1992, p. 65.

¹¹ Y no solo para abordar de forma comprehensiva los hechos históricos que protagonizó, como ya han demostrado algunas historias de la conquista de México desde la ya clásica de Prescott (1846) hasta las de Thomas, 1993 o Grunberg, 1995.

¹² Documentos cortesianos (en adelante, DC), I, p. 9.

¹³ Recordemos que, si ya Francisco López de Gómara, a mediados del siglo XVI, hizo coincidir su Historia de la conquista de México con un recorrido por la vida del conquistador, en épocas posteriores, y especialmente desde los trabajos de Carlos Pereyra (1931) y Salvador de Madariaga (1941), han sido muy numerosas las biografías sobre Hernán Cortés.

¹⁴ No es mi propósito trazar en estas breves páginas introductorias una nueva biografía del capitán extremeño (para la que remito, más allá de trabajos clásicos como los citados en la nota anterior, a monografías ampliamente documentadas como las de Bennassar, 2002; Miralles, 2004 o la todavía fundamental de Martínez, 1990), pero sí delinear de forma esquemática el perfil de su escritura a

partir de los escasos datos que tenemos sobre su formación en España y de las actividades que emprendió desde su primer viaje al territorio americano, cuestiones que determinan lo que Elliot ha definido como «el mundo mental» del conquistador (1990).

¹⁵ Las Casas, Historia de las Indias, vol. 3, cap. 27, p. 105.

¹⁶ López de Gómara, Historia de la conquista de México, cap. 1, p. 8.

¹⁷ López de Gómara, Historia de la conquista de México, cap. 4, p. 11.

¹⁸ Como explica Elliot, «durante su vida activa sus lecturas fueron en gran medida, probablemente, de carácter profesional, constituidas básicamente por los códigos legales castellanos y por aquellos documentos notariales u oficiales que aprendió a glosar e interpretar de manera autodidacta con consumada habilidad» (Elliot, 1990, p. 56).

¹⁹ DC, I, pp. 77-85.

²⁰ DC, I, pp. 102-104.

²¹ DC, I, pp. 164-169.

²² Ver DC, IV, pp. 285-309 y los documentos recogidos en CyM.

²³ El memorial «con relación de servicios y mercedes» que debió redactar en 1542 (DC, IV, pp. 234-242), la carta a Carlos V «pidiéndole que lo favorezca en sus pleitos y no le haga tanto mal ni desventura», de marzo de 1543 (DC, IV, pp. 243-245) y la última carta al emperador, fechada en febrero de 1544 (DC, IV, pp. 267-270).

²⁴ DC, IV, pp. 313-341.

²⁵ DC, IV, p. 314.

²⁶ A lo largo del presente trabajo utilizaré el término «discurso» para referirme a la producción escrita (y oral) cortesiana desde una perspectiva amplia y abarcadora, imprescindible a la hora de

abordar un conjunto muy heterogéneo de textos cuyo valor como «obras literarias» resulta cuanto menos discutible. En efecto, a pesar de la ambigüedad y plurisignificación del término, su utilización en el ámbito de los estudios literarios del período colonial a partir de la década de los 80 ha permitido un cambio esencial en dichos estudios destacado por autores como Rolena Adorno o Walter Mignolo: el traslado del punto de interés de un concepto restrictivo de «literatura» entendida en un sentido estético a otro más amplio que abarcaría toda «producción discursiva» (ver Mignolo, 1996 [1986], pp. 8-15 y Adorno, 1996 [1988], pp. 664-667). Aunque mi investigación se inscribe metodológicamente en el ámbito de la historiografía literaria y, por tanto, se sitúa al margen de algunos de los presupuestos que conlleva este cambio de paradigma, me parece saludable la idea de abordar los textos coloniales no como producciones estéticas sino como «discursos», esto es, como procesos comunicativos de implicaciones culturales, sociales e ideológicas en los que cobra especial relevancia la presencia del sujeto enunciador.

²⁷ Cornejo Polar, 2003 [1994], p. 12.

²⁸ El propósito de Pastor en este libro es abordar un corpus heterogéneo desde el punto de vista genérico, pero que mantiene como nexo de unión —según advierte la propia autora— el hecho de estar integrado por voces que «dieron testimonio verbal de su experiencia personal de esa conquista» (p. 8), lo cual le permite poner en cuestión la imagen monolítica de dichas voces y centrarse en «la dinámica interna del proceso de exploración y colonización de América» que presentan para observar cómo precisamente «es sobre esta presentación donde se articula el proceso de significación fundamental que enlaza todos los textos que integran este discurso: el de la transformación del conquistador, de su percepción de América, y de su visión del mundo» (p. 9). A más de tres décadas de su primera edición, quizá resulte sencillo detectar errores o parcialidades interpretativas en el libro de Pastor (la propia autora ofrece una versión corregida del mismo en *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Hanover, Ediciones del Norte, 1988), pero es valorable su esfuerzo por abordar la complejidad y las posibles contradicciones de esos sujetos que, lejos de afirmarse en su propia identidad, se van construyendo a partir de

su relación con el mundo americano. Por ello, algunas ideas de Pastor irán surgiendo (y, en su caso, serán matizadas) en las próximas páginas.

EL DISCURSO CORTESIANO EN EL TIEMPO: AVATARES DE UN CORPUS TEXTUAL COMPLEJO

Cuando José Toribio Medina llegó a Sevilla en 1929, su intención era iniciar un ambicioso proyecto: el de ofrecer «reunida en una sola obra todos los escritos de Cortés, cosa que parece increíble que hasta ahora no se haya hecho con la más gloriosa figura de la conquista de América y que imperiosamente reclama la historia»¹. El proyecto no solo resultó superior a las fuerzas del erudito chileno en esos años finales de su vida sino que todavía parecía improbable en 1952, cuando Guillermo Feliú Cruz logró publicar el Ensayo bibliográfico sobre Hernán Cortés de Medina:

...los estudios de erudición relativos a Cortés —escribía Feliú entonces—, la bibliografía de sus escritos, la crítica de ellos y sus valorizaciones como fuentes de información, son escasos y reducidos en comparación con la abundante literatura bibliográfica que sobre aquel existe².

En efecto, la tarea de localización, edición y análisis de los documentos cortesianos, consolidada ya en las décadas finales del siglo XX, ha resultado ser demasiado lenta si consideramos no solo la importancia de dichos documentos sino también, como señalaba Feliú, la ingente literatura generada por la figura histórica de Cortés³. Cabe advertir, sin embargo, que quizá ello no se deba tanto al desinterés o el rechazo que haya podido provocar la figura del conquistador a partir de los procesos de Independencia en América como a las dificultades que ha llevado consigo esta tarea: prohibidos, dispersos e incluso, en algunos casos, desaparecidos (tal

vez definitivamente), los escritos cortesianos (como otros muchos textos de la historiografía indiana) han planteado al investigador serios problemas a la hora de realizar esa necesaria labor previa de recopilación documental, comenzando por la que es sin duda una de las obras fundacionales de la Crónica de Indias: el conjunto de textos que constituye lo que denominamos las Cartas de relación.

DE LAS PRIMERAS RELACIONES IMPRESAS A SU REEDICIÓN EN EL SIGLO XVIII: EL DISCURSO CORTESIANO EN LA REESCRITURA DE LOS CRONISTAS

Todos los originales de las cinco Relaciones se han perdido⁴, así como las memorias y escrituras en las que Cortés debió apoyarse para su redacción⁵. Es cierto que, como ya se ha señalado, el contenido de tres de las cartas —la segunda, la tercera y la cuarta— fue divulgado al poco tiempo de ser enviadas al rey gracias a su publicación en diversas ciudades españolas y europeas, pero también es necesario recordar que, aunque continuaron siendo traducidas y editadas en otros países⁶, las tres cartas citadas fueron prohibidas por la corona española en 1527⁷ y no volvieron a publicarse en España hasta 1749⁸, siendo su primera edición conjunta en México la de Lorenzana de 1770⁹, de modo que, hasta las postrimerías del período virreinal, en el territorio de dominación española solo se pudo acceder al discurso cortesiano de manera indirecta¹⁰ a través de la obra de diversos cronistas que, tanto desde la Nueva España como desde la metrópoli, dieron cuenta de las «grandes hazañas» del conquistador.

Sin pretender realizar un recuento exhaustivo de las crónicas que, durante ese amplio período que va desde 1527 hasta las citadas reediciones del XVIII, abordaron los hechos descritos por Cortés en sus tres relaciones impresas¹¹, sí me interesa detenerme en algunos autores significativos para observar la manera en que fueron aprovechados estos y otros documentos cortesianos (e incluso, en algunos casos, el contacto directo con el conquistador) al menos hasta mediados del siglo XVI y los motivos que llevaron a una progresiva relegación de dichas relaciones como fuente del discurso historiográfico sobre la conquista. Este recorrido permitirá asimismo justificar la pertinencia de un planteamiento metodológico que regirá en buena medida el análisis no solo de las tres relaciones señaladas sino del conjunto de los textos cortesianos en los próximos capítulos: el de hacer dialogar dichos textos con los de otras voces autorizadas sobre los mismos hechos históricos para

determinar de manera más clara los objetivos y recursos empleados por Hernán Cortés en su escritura¹².

Por lo que respecta a los cronistas del siglo XVI, cabe destacar en primer lugar (no solo desde una perspectiva cronológica) la edición completa de las ocho «décadas» *De orbe Novo*, escritas en latín por Pedro Mártir de Anglería, que sale a la luz en Alcalá de Henares en 1530¹³. Entre el Libro VI de la Cuarta Década y Libro VIII de la Quinta, Anglería narra lo ocurrido desde la salida de Cortés del territorio cubano hasta la conquista de México-Tenochtitlan. Para ello, además de contar con valiosos testimonios orales como los de Portocarrero, Montejo y Alaminos¹⁴ y, más tarde, los de Diego de Ordaz y Benavides¹⁵ (así como con la demanda de Diego Velázquez ante el rey por estos hechos¹⁶), el erudito italiano leyó detenidamente la Segunda y la Tercera relación (que sigue en sus líneas principales) y aun otros documentos privados como la carta particular al rey que acompañaba a esta última¹⁷.

Ampliamente reeditadas y traducidas en Europa, las Décadas de Anglería no se tradujeron al castellano hasta 1892 y fueron poco utilizadas en los dominios españoles por autores inmediatamente posteriores¹⁸, pero los capítulos que nos ocupan sí debieron ser manejados por el humanista italiano Paulo Jovio a la hora de redactar el pasaje dedicado a Cortés en su *Elogia Virorum Bellica Virtute Illustrium* (1548)¹⁹. Como explica Teresa Jiménez a propósito de otra obra del italiano, este era un ávido lector de crónicas y se declaró «conocedor de la obra de Pedro Mártir»²⁰, por lo que no es difícil que tomara de este los datos esenciales para sus páginas²¹, pero, si cito la obra de Paulo Jovio, es porque el autor alude en ella a cierta relación epistolar con el propio Cortés, en los años finales de este, que le permitió acceder al retrato que acompaña el elogio (fig. 1): «murió en su casa —escribe Jovio—, no muy viejo, poco después de haberme enviado su retrato para que lo pusiese en mi Museo, entre los varones ilustres»²². La alusión a la muerte de Cortés (acaecida apenas un año antes de la primera impresión de los *Elogia*) parece indicar además que el conquistador español fue uno de los últimos «varones ilustres» incorporados a la magna obra del humanista.

Ferdinandus Cortesius.



Fig. 1. Retrato de Hernán Cortés en Paulo Jovio, *Elogia Virorum Bellica Virtute Illustrium*, Basilea, 1575. Reproducido en Manuel Romero de Terreros, *Los retratos de Hernán Cortés. Estudio iconográfico*, México, Porrúa, 1944.

Resultan de interés asimismo (a pesar de su escasa difusión) dos textos tempranos: la que podríamos considerar primera biografía de

Cortés, redactada en latín²³ por el humanista italiano Lucio Marineo Siculo y publicada el mismo año que las Décadas (1530) como parte de su *De rebus Hispaniae memorabilibus Libri XXV*²⁴, para la cual el autor había consultado tanto las relaciones publicadas como otras «muchas cartas elegantes que [Cortés] envió al mismo Rey», además de escuchar «el razonamiento que hizo delante del Emperador en defensa suya»²⁵, lamentablemente prohibida tres años más tarde²⁶; y un manuscrito de Hernán Pérez de Oliva conservado bajo el título «Algunas cosas de Hernán Cortés y México» en la Biblioteca de El Escorial, inédito hasta inicios del siglo XX²⁷, en el que el autor había seguido con gran fidelidad la Segunda relación (aunque sin llegar a la Noche Triste)²⁸.

Aunque finalizada por su autor hacia 1545, también quedó inédita otra obra de estrecha vinculación con la escritura cortesiana y sin duda de mayor relevancia: la segunda parte de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo. En el Libro XXXIII de dicha *Historia*²⁹, Oviedo copió de forma casi literal las tres relaciones cortesianas conocidas en la época³⁰ introduciendo interesantes comentarios, fruto a menudo de su amplia experiencia americana o de su formación cultural, pero, a diferencia de la Primera parte (publicada en 1535), ni la Segunda (a la que corresponde el libro citado) ni la Tercera llegaron a la imprenta hasta el siglo XIX³¹.

La crónica que sí tuvo gran influencia en los autores de la segunda mitad del XVI, a pesar de su temprana prohibición, fue la segunda parte de la *Historia general de las Indias* (1552) de Francisco López de Gómara³², dedicada a la Conquista de México³³. A la luz de los documentos sobre el autor dados a conocer por M.^a del Carmen Martínez en 2010³⁴, resulta ya difícil sostener (como lo habían hecho la mayoría de los historiadores hasta la fecha) la veracidad de las reiteradas afirmaciones de Bartolomé de las Casas sobre su condición de secretario de Cortés durante los últimos años de este en España³⁵, y mucho más la acusación de que Gómara solo había consignado «lo que el mismo Hernando Cortés le dijo y dio por escrito»³⁶. Lo que sí parece cierto es que ambos se conocieron personalmente (desde su primer viaje a España en 1528³⁷), que existía un sentimiento de admiración por parte del clérigo hacia el conquistador y que debió tener acceso a documentos privados de

este, aunque tal vez gracias a su amistad con Martín, el hijo que heredó el marquesado, al que dedicó la crónica:

AL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON MARTÍN CORTÉS, MARQUÉS DEL VALLE

A ninguno debo intitular, muy ilustre Señor, la Conquista de México, sino a vuestra señoría, que es hijo del que lo conquistó, para que, así como heredó el mayorazgo, herede también la historia...³⁸.

Existe además un documento que testimonia el pago hecho por Martín Cortés a López de Gómara, en 1553, de quinientos ducados «porque hizo la crónica de la conquista de México y des a Nueva España que el Marqués mi señor que sea en gloria conquistó»³⁹, pago que puede reflejar simple agradecimiento, pero también, como advierte José Luis Rojas, que «la obra no fue escrita por amor al arte»⁴⁰ y, por tanto, en relación al aspecto que nos ocupa, que a Gómara se le facilitó la consulta de abundante documentación cortesiana.

Fuera escrita o no por encargo del segundo marqués del Valle, la Conquista de México refleja un acceso privilegiado a los escritos de Cortés⁴¹, lo cual, unido a su brillantez y perfecta estructura, la convirtió en una fuente esencial para textos posteriores, a pesar de las numerosas críticas vertidas hacia quien escribía «de oídas», sin haber viajado nunca a América. En efecto, sin el texto de Gómara es imposible concebir la redacción final no solo de algunos capítulos de la Historia de las Indias de Bartolomé de las Casas⁴² sino también de dos obras cuyos autores estuvieron vinculados asimismo al conquistador (aunque en muy distinta medida): la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo y la Crónica de la Nueva España de Francisco Cervantes de Salazar.

Poco queda de la escritura cortesiana en la Historia de Las Casas

(quien, a pesar de sus objetivos contrarios, sí pudo hacer uso de las relaciones para la redacción del apartado referido a la Nueva España en la Brevísima⁴³), pero quizá convenga recordar cómo, en su intento por rebatir desde la experiencia las afirmaciones de Gómara sobre las actividades de Cortés en el territorio americano, el dominico aporta en esta obra el testimonio personal sobre conversaciones supuestamente mantenidas con el propio conquistador, tanto en América como en España⁴⁴, que pueden resultar algo más que anecdóticas para el investigador.

Ofrecen mayor interés, en cualquier caso, para el estudio del discurso cortesiano las obras de Bernal Díaz y Cervantes de Salazar, ya que manifiestan un cambio importante respecto al manejo que se había realizado de sus documentos hasta entonces y, precisamente por ello, también resultan útiles para completar o contrastar versiones de los acontecimientos relatados en los mismos.

Por lo que se refiere a la Historia verdadera, lo que me parece más significativo es que, al narrar los hechos de «la conquista de la Nueva España» desde un nosotros en el que prevalece el yo de quien escribe, Bernal traslada asimismo, por primera vez, el valor de la escritura de Cortés al de una fuente secundaria que puede servir de testimonio (entre otros) a sus propias palabras:

...lo que en este libro se contiene es muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas y reencuentros de guerra [...]; y de ello era buen testigo el muy esforzado y valeroso capitán don Hernando Cortés, marqués del Valle, que hizo relación en una carta que escribió de México al serenísimo emperador don Carlos V, de gloriosa memoria, y otra del virrey don Antonio de Mendoza, y por probanzas bastantes⁴⁵.

Por otro lado, la experiencia compartida con su capitán, desde los inicios de la expedición hasta años después de la conquista de la capital azteca⁴⁶, convierte el texto de este «soldadote inspirado»⁴⁷ en un documento fundamental a la hora de confrontar versiones de un mismo hecho histórico y sitúa al autor como testigo excepcional

del discurso cortesiano, aportando detalles valiosos sobre la formación cultural de Cortés⁴⁸ e incluso sobre textos supuestamente escritos por él⁴⁹, en especial sobre la Primera relación hoy perdida (como veremos a continuación).

Aunque el valor testimonial de la extensa obra de Bernal Díaz del Castillo solo es comparable al de algunos textos breves de otros conquistadores que acompañaron a Cortés, como la relación manuscrita de Andrés de Tapia⁵⁰, no hay que desdeñar el cúmulo de información recogida por Cervantes de Salazar en su extensa Crónica de la Nueva España, que probablemente comenzó a escribir de forma personal pero pronto se convirtió en un encargo de los antiguos compañeros de Cortés a través del cabildo de la ciudad de México (en enero de 1558, dicho cabildo acordó solicitar a Felipe II su nombramiento como primer Cronista de la Nueva España y pagarle un salario para realizar esta tarea⁵¹).

La obligación de dar una versión ajustada a los intereses de los financiadores del proyecto pudo prevalecer en Cervantes sobre la admiración e incluso cierto vínculo personal no solo con el ya citado Martín Cortés desde el regreso de este a México en 1562 como segundo marqués del Valle (esto es, en los tiempos en que redactaba su crónica) sino también en España con don Hernando, en cuyas supuestas tertulias literarias de Valladolid pudo participar en torno a 1545⁵² y a quien dedicó «con una elogiosa epístola la composición del Diálogo de la dignidad del hombre publicada en 1546»⁵³. El humanista toledano había iniciado el manejo de las relaciones cortesianas en sus diálogos latinos México en 1544 (aprovechando elementos de la descripción que hace Cortés de la capital azteca en su Segunda relación⁵⁴) y lo continuó aquí especialmente a propósito de lo descrito en la Tercera relación⁵⁵, que sigue con cierta fidelidad. Ahora bien, en la amplísima obra de Cervantes, los documentos cortesianos no son fuente principal. Incluso en los pasajes más fieles a la relación cortesiana, Cervantes completó su texto con esos extensos testimonios orales y escritos de diversos conquistadores a los que tuvo acceso⁵⁶, aportando información «que el mismo Cortés en la relación que desto escribió deja de decir, por seguir su brevedad»⁵⁷, lo cual dilata excesivamente la narración, pero también ayuda en algunos casos a la comprensión de algunos escritos cortesianos⁵⁸. No hay que

desdeñar, por otro lado, la presencia en su crónica de la de Gómara, a quien, al igual que Bernal, hizo a un tiempo blanco de sus críticas y guía en la estructura de la narración hasta el punto de que, «para referir los sucesos principales de la conquista de México, cayó en la tentación no solo de seguir su pauta sino aun de copiarla a menudo»⁵⁹. El resultado de esta forma de trabajo es, hasta cierto punto, similar al de la Historia verdadera: la desvalorización, como fuente histórica, de los textos cortesianos, al hacerlos convivir con otros muchos testimonios y, a su vez, subordinar todos ellos a un asunto central y una estructura determinados por su fuente principal: la crónica de López de Gómara.

La Historia verdadera de Bernal fue publicada en España en 1632⁶⁰, la Historia de las Indias de Las Casas quedó sin publicar en su época por expresa voluntad del autor⁶¹ y el manuscrito inacabado de la crónica de Cervantes (llevado a España por el visitador Valderrama en 1566) permaneció inédito hasta inicios del siglo XX⁶²; sin embargo, las tres obras fueron ampliamente consultadas entre 1596 y 1608 por Antonio de Herrera y Tordesillas para la elaboración de ese ingente proyecto que fue la Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano (Madrid, Imprenta Real, 1601). Como cronista mayor de las Indias, Herrera dispuso «de fuentes en cantidad y calidad como ninguno otro hasta la fecha y, asimismo, es obvio, gozó de cuantas facilidades pudo apetecer para su consulta: las disposiciones legales no solo se lo permitían sino que, incluso, eran deliberadamente exigentes al respecto»⁶³, de manera que, para narrar los hechos acaecidos desde «que llegó Grijalva a Santiago de Cuba y que el Gobernador aderezaba otra armada para enviar a Nueva España (1518)» (Década II, Libro I, cap. XI) hasta la conquista definitiva de Tenochtitlan (Década III, Libro II, cap. VII)⁶⁴, y aun los referidos a la gobernación de la Nueva España y posteriores expediciones cortesianas (hasta mediados del Libro V)⁶⁵, tuvo a la mano las propias «Relaciones de Cortés», citadas al inicio de las Décadas como parte de «los autores impresos y de mano que han escrito cosas particulares de las Indias Occidentales»⁶⁶; sin embargo, relegó de manera evidente su manejo en favor de los textos de Cervantes de Salazar (fuente principal en estos capítulos), Bernal Díaz o López de Gómara⁶⁷, minimizando así la importancia de dichas relaciones como fuente histórica.

La historiografía indiana del siglo XVII inicia, pues, con una obra que incluye una de las versiones más autorizadas de los hechos históricos protagonizados por Hernán Cortés⁶⁸ precisamente a costa de un desplazamiento del discurso cortesiano a la condición de fuente muy secundaria en la narración de los mismos; desplazamiento que veremos ya definitivo cuando Antonio de Solís publique la crónica que constituirá la versión más difundida de las hazañas cortesianas a lo largo del siglo siguiente: la Historia de la conquista de México (Madrid, Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, Impresor de Su Majestad, 1684)⁶⁹. Porque, aunque Solís no duda en presentar a Cortés desde el inicio como «principal héroe de esta historia»⁷⁰, ni siquiera lo cita entre los autores que con anterioridad refirieron los hechos de la conquista (Herrera, Gómara, Argensola y, sobre todo, Bernal Díaz, a quien critica pero también asume como fuente principal junto a Herrera)⁷¹, de manera que el lector debe suponer que la escritura cortesiana se ubicará entre esas «otras relaciones y papeles particulares que hemos juntado para ir formando, con elección desapasionada, de lo más fidedigno nuestra narración»⁷².

Compensando apenas esta narración que podríamos definir como una historia de Hernán Cortés sin la palabra de Hernán Cortés, que triunfó tanto en la metrópoli como en la Nueva España al menos hasta el proceso de Independencia⁷³, encontramos las ya citadas publicaciones conjuntas de la Segunda, Tercera y Cuarta relación: la emprendida por González de Barcia como parte de su recopilación sobre Historiadores primitivos de Indias (Madrid, 1749) y, unas décadas más tarde, la que, bajo el título Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés sacó a la luz Francisco Antonio Lorenzana en México en 1770. Se iniciaba así un lento camino de recuperación de los textos cortesianos que, en concreto en el ámbito novohispano, coincidía con una exaltación del pasado heroico de la conquista por parte de la élite criolla, todavía muy afecta a la figura del conquistador⁷⁴.

EL RESCATE DOCUMENTAL: DEL HALLAZGO DEL CÓDICE DE VIENA A LOS DOCUMENTOS CORTESIANOS DE JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

En este contexto de recuperación del pasado histórico (y más concretamente, de los documentos vinculados a la conquista de América), en el que las relaciones cortesianas son reeditadas en diversos países⁷⁵, es en el que debemos situar el hallazgo del historiador escocés William Robertson, quien dio noticia en 1777 del descubrimiento, en la Biblioteca Imperial de Viena, del manuscrito del siglo XVI que contiene las cinco Cartas de relación tal como las conocemos hoy: el Código de Viena⁷⁶.

En efecto, el manuscrito localizado por Robertson incluía (además de las tres relaciones ya publicadas en el XVI, probablemente copiadas de la versión impresa) dos documentos hasta entonces inéditos: la llamada Carta de Veracruz, firmada en 1519 por los miembros del Cabildo de la Villa Rica de la Veracruz y dirigida a la reina Juana y a su hijo Carlos, en la que se citaban las anteriores incursiones en el territorio (por parte de Fernández de Córdoba y Grijalva) y los hechos más significativos de la expedición de Cortés, para explicar a continuación la forma en que se había procedido a fundar Veracruz y solicitar que la capitanía general de la población quedara en manos de Cortés (y, por tanto, libre de la autoridad del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, cuyas instrucciones habían sido desobedecidas); y la Quinta relación, redactada en 1526, en la que Cortés narraba su expedición a las Hibueras (Honduras), emprendida para castigar la rebelión de Cristóbal de Olid, así como el levantamiento de los españoles en México durante su ausencia, finalizando con lo que podríamos definir como un primer «pliego de descargos» contra las acusaciones que se le podrían imputar en el juicio de residencia previsto para ese mismo año⁷⁷.

Debido en parte a los diversos cambios de ubicación sufridos por el manuscrito a partir de su descubrimiento⁷⁸, la difusión de estos dos nuevos documentos se retrasó más de medio siglo: la primera

edición de la Carta de Veracruz la realizó Fernández Navarrete en 1842⁷⁹, y la Quinta relación vio la luz finalmente cuando Enrique de Vedia la incluyó en la primera publicación conjunta de las cinco cartas en 1852, como parte de la Biblioteca de Autores Españoles⁸⁰. Sin embargo, desde la recopilación de Vedia, las ediciones de las Cartas de relación empezaron a reproducir dicho corpus tal como aparecía en el Códice de Viena⁸¹, dándose a conocer además el resto de documentos del manuscrito muy poco después gracias a la edición de las Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V preparada por Gayangos (París, 1866).

Los citados trabajos de Navarrete, Vedia o Gayangos en Europa⁸², pero también de eruditos como Lucas Alamán en México, inician a mediados del siglo XIX un proceso de rescate de los documentos cortesianos bien conocido ya por la crítica⁸³, que no resulta necesario trazar en el presente trabajo. Me parece oportuno, sin embargo, apuntar alguna reflexión sobre las motivaciones que justifican este rescate documental concretamente en el México independiente y, como consecuencia de ello, qué tipo de textos pertenecientes o relativos a Hernán Cortés se fueron recuperando en dicho contexto (y de qué modo) hasta la fecha clave de 1947, centenario de la muerte del conquistador.

En primer lugar, es necesario recordar que, durante el proceso de emancipación y formación de la nación mexicana, la figura de Hernán Cortés se sitúa en el foco de una dura polémica entre las posiciones hispanistas de los conservadores y la corriente ideológica dominante que rechaza la herencia colonial y recupera el mundo prehispánico, identificada con el ideario político de los liberales. Es cierto que, en el complejo panorama ideológico del siglo XIX, es posible hallar alguna voz discordante respecto a esta identificación entre orientación política y valoración histórica de la conquista: en las primeras décadas del México independiente, surge la figura de José M.^a Luis Mora como intelectual que muestra su adhesión al ideario liberal al tiempo que considera a Cortés «un hombre extraordinario», «el más valiente capitán y uno de los mayores hombres de su siglo»⁸⁴, de manera que, para los capítulos dedicados a la conquista en el tomo III de México y sus revoluciones (1836), maneja las relaciones cortesianas como fuente principal junto a la Historia de Bernal Díaz⁸⁵ e incluye el testamento de Cortés como

único apéndice documental a dicho período⁸⁶. Ahora bien, Mora publica su libro en París, y, en cualquier caso, su postura podría calificarse de excepcional. La exaltación de la figura cortesiana llega desde posturas hispanófilas como la de Lucas Alamán⁸⁷, quien considera a Cortés un «hombre extraordinario» al que algún día, «calmadas las pasiones del momento, se le hará la justicia que se le debe»⁸⁸ y, por ello, no solo le dedica buena parte de sus *Disertaciones sobre la historia de la república mexicana* (1844) sino que incluye como apéndices de las mismas numerosos documentos que refuerzan la visión positiva del personaje, desde la Carta de Veracruz (publicada por primera vez, recordemos, hacía apenas dos años) hasta la documentación relativa al ya citado testamento y los entierros de Cortés⁸⁹.

Mantenerse al margen de la radicalización ideológica para acceder con una voluntad de objetividad a los documentos no fue tarea fácil, pero algunos investigadores se esforzaron por lograrlo. La actitud del político e historiador José Fernando Ramírez⁹⁰ es probablemente el primer ejemplo claro de ese intento de imparcialidad: en sus *Notas y esclarecimientos a la 'Historia de la conquista de México'* del señor W. Prescott (1846), define a Cortés como un hombre «verdaderamente extraordinario y grande», pero también recuerda «la crueldad de carácter que manifestó en todas ocasiones»⁹¹, y, sobre todo, plantea y aplica a lo largo de su trabajo varias premisas que, en mi opinión, demuestran una búsqueda de rigor científico en el manejo de los documentos por parte del investigador. En primer lugar, Ramírez utiliza las Cartas de relación como una fuente básica en sus aclaraciones al texto de Prescott, pero es consciente de que estas no pueden constituir en sí mismas un argumento irrefutable y, por tanto, no solo critica al historiador estadounidense que «dé un hecho por establecido, bajo la sola palabra del conquistador [...] alegando razones tan candorosas como la de que Cortés, mejor que cualquier otro, debía estar bien impuesto en los hechos que refería»⁹², sino que él mismo realiza en ocasiones el cotejo de esas cartas con otras fuentes a propósito de un mismo hecho histórico⁹³. En segundo lugar, el intelectual mexicano advierte que la fase misma de selección de las fuentes por parte del historiador implica ya una interpretación del hecho histórico, lo cual explica «el juicio tan diverso que puede formarse de Cortés, según sean los documentos que se consulten»⁹⁴. Por

último, recuerda la necesidad de realizar un rescate sistemático de documentos, que está muy lejos de haberse logrado:

Todavía yacen sepultados en los archivos de ambos mundos numerosos monumentos que es necesario consultar, y ni aun siquiera poseemos, como los otros pueblos cultos, una colección regular de fuentes históricas⁹⁵.

A esta tarea de recopilación de fuentes inéditas se dedicaron, en los años siguientes, estudiosos como Ignacio López Rayón⁹⁶. El entonces responsable de los acervos del Archivo General de la Nación sacó a la luz el Sumario de la Residencia tomada a don Fernando Cortés (1852) consciente de que, por conservarse «la sumaria» (esto es, «los dichos y deposiciones de los testigos reunidos contra don Hernando, sin encontrarse nada de los descargos de este»), la consulta de los documentos que presentaba solo permitiría mirar «el anverso y no el reverso de la medalla» como habría sido necesario para juzgar los hechos «con toda la exactitud que era de apetecerse»⁹⁷. Pero fue sin duda Joaquín García Icazbalceta, en su Colección de documentos para la historia de México⁹⁸, quien demostró su capacidad no solo para llevar a cabo esa tarea de rescate amplio de las fuentes históricas que proponía Ramírez⁹⁹ sino también para cumplir sus premisas sobre el tratamiento juicioso de las fuentes. Como en el resto de sus libros de recopilación bibliográfica, el erudito mexicano realizó en estos dos volúmenes un escrupuloso trabajo de localización y descripción de documentos del siglo XVI¹⁰⁰, señalando su importancia para la comprensión de este período histórico. Buena parte de dichos documentos habían sido escritos por Cortés o se vinculaban temáticamente a él¹⁰¹, destacando entre ellos la carta personal que el conquistador envió al rey junto a la Cuarta relación¹⁰². Por otro lado, ante la falta de una información completa al respecto, incluyó en su introducción al tomo I el primer «catálogo de que hasta ahora ha venido a mi noticia [sobre los escritos de Cortés]»¹⁰³.

La labor desarrollada por García Icazbalceta no tuvo apenas continuidad en las décadas siguientes, en las que asistimos sobre

todo a la reedición de algunos documentos (como los Escritos sueltos reunidos por la redacción del periódico español La Iberia «para servir de complemento a las Cartas de relación»¹⁰⁴). El estallido de la Revolución mexicana en 1910 supuso, además, un período de lógica inestabilidad en el que la labor historiográfica se vio sometida a duras trabas (el ingente Epistolario de la Nueva España 1505-1818 recopilado por uno de los discípulos de Icazbalceta, el investigador Francisco del Paso y Troncoso, hubo de ser publicado póstumamente, a partir de 1939¹⁰⁵) y, sobre todo, en el que resurgió necesariamente la controversia en torno a la figura de Cortés, que, en la política cultural y educativa global del gobierno posrevolucionario, quedó ligada a la imagen negativa del período colonial¹⁰⁶.

Me parece, sin embargo, significativa la aparición en este contexto¹⁰⁷ de un trabajo de investigación que, si bien no supone estrictamente un rescate documental, sí demuestra un amplio conocimiento tanto de los textos relativos a Cortés (en especial los referidos al juicio de residencia) como de otras muchas fuentes de la época (Gómara, Bernal, Las Casas...), puesto al servicio del estudio de un episodio concreto (y especialmente controvertido) de la biografía cortesiana: el libro de Alfonso Toro *Un crimen de Hernán Cortés* (México, Librería de Manuel Mañón, 1922), que constituye un «estudio histórico y médico-legal» sobre la muerte de Catalina Xuárez, su primera esposa. La argumentación de Toro (que, como ya indica su título, resulta desfavorable a Cortés, ya que el autor aporta datos «que no dejan lugar a duda sobre la culpabilidad del conquistador»¹⁰⁸) es meritoria por ese manejo exhaustivo de las fuentes con el que el autor pretende, además, alejarse de los juicios de «admiradores incondicionales» y «preocupados enemigos» propios del siglo anterior¹⁰⁹. «Afortunadamente —escribía Alfonso Toro— esos tiempos de irracional apasionamiento, son ya pasados y creemos llegada la hora de que, con mayor imparcialidad y más sereno criterio, se estudie el caso de que tratamos»¹¹⁰, supuestamente ajeno a una polémica que alcanzaría uno de sus momentos más álgidos poco tiempo más tarde.

En efecto, en la década los 40, dos circunstancias históricas muy vinculadas entre sí, el «descubrimiento» de los restos de Cortés (1946)¹¹¹ y el IV centenario de su muerte (1947), fueron

aprovechadas para sus propios fines tanto por los admiradores como por los detractores de Cortés¹¹². Y lo cierto es que los trabajos publicados en los dos ámbitos contribuyeron (aunque fuera en distinta medida) a un acercamiento más riguroso a las fuentes cortesianas.

Por lo que respecta a la línea crítica, la efeméride del IV centenario fue un buen pretexto para reeditar el citado ensayo de Alfonso Toro (Editorial Patria, 1947) y para que la arqueóloga Eulalia Guzmán se esforzara por finalizar el primer tomo de su estudio sobre las Relaciones de Hernán Cortés¹¹³, libro con el que pretendía a un tiempo realizar una cuidada edición crítica de las Cartas de relación (que, en ese primer y único tomo publicado, abarcó solo «las relaciones I [Carta de Veracruz] y II») y ofrecer su particular valoración de dichas relaciones, «juzgadas como documento histórico; de Cortés mismo, y de su obra, o sea, la Conquista o mejor dicho la invasión española»¹¹⁴. Guzmán concibió su trabajo como invectiva contra Cortés (para la que aprovechó incluso el entonces reciente examen forense de los restos del conquistador) pero también como un primer intento de depuración textual de las relaciones cortesianas, fruto del cotejo del Códice de Viena con las ediciones de Gayangos y Lorenzana, y de confrontación minuciosa de fuentes españolas e indígenas sobre los distintos momentos de la conquista (que, lamentablemente, tuvo que interrumpir en esa Segunda relación, es decir, en el episodio de la Noche Triste).

En cuanto a los estudiosos que podrían inscribirse en una línea «favorable» al conquistador, es necesario destacar el proyecto iniciado en esos años por la denominada Sociedad de Estudios Cortesianos, con el que se logró un progreso definitivo en el estudio de la figura histórica de Hernán Cortés y, sobre todo, de sus escritos. Amparada por la editorial Jus¹¹⁵, la creación de dicha sociedad (cuyo presidente, el historiador Rafael García Granados¹¹⁶, hizo siempre gala de su talante moderado y abierto) tuvo como propósito principal «sistematizar los estudios sobre Hernán Cortés»¹¹⁷, para lo cual se acordó la publicación de una serie de diez volúmenes dedicados a «conmemorar el cuarto centenario de la muerte del Conquistador»¹¹⁸.

El primero de dichos volúmenes surgió de la colaboración entre la

recién creada sociedad y el Archivo General de la Nación, institución que a partir de 1930 concentró «los documentos del archivo personal de Cortés y sus descendientes que se encontraban hasta esa fecha en el Hospital de Jesús»¹¹⁹ y que por entonces había sacado ya a la luz interesantes trabajos de difusión de dicho material como la serie de Documentos inéditos relativos a Hernán Cortés y su familia (1935), el índice de los documentos del Archivo del Hospital de Jesús (1936-1937)¹²⁰ o los Nuevos documentos relativos a los bienes de Hernán Cortés, 1547-1947 (1946), además de la traducción al castellano de la edición preparada por G. R. G. Conway de la Postrera voluntad y testamento de Hernando Cortés (1940) a cargo de Edmundo O'Gorman (entonces subdirector del AGN). En esta ocasión se decidió publicar un Cedulaario cortesiano, compilación de noventa documentos datados entre 1518 y 1548, casi todos ellos cédulas reales vinculadas a las acciones del conquistador, realizada por dos investigadoras del Archivo General de la Nación (Beatriz Arteaga y Guadalupe Pérez, alumnas de Luis Ceballos); un libro importante tanto por su contenido como por surgir del apoyo de una institución privada, tal como reconocía el entonces director de AGN, Julio Jiménez Rueda, en el prólogo al mismo:

El Archivo General de la Nación se regocija de que las instituciones privadas se apresten a cooperar en la obra de divulgar lo que sus investigadores realizan con un desprendimiento, una honestidad y un empeño ejemplares, y espera que los documentos que ahora salen a la luz sirvan para dar a conocer con nuevas luces una de las épocas más importantes, más discutidas de Nuestra Historia¹²¹.

Al Cedulaario vendrían a unirse otros trabajos de interés en esta misma línea, como el de Luis Romero Solano sobre la Expedición Cortesiana a las Molucas: 1527 (1950) y sobre todo la Bibliografía de Hernán Cortés (1953) del hondureño Rafael Heliodoro Valle, con la que el autor pretendía completar la labor llevada a cabo por José Toribio Medina en su ya citado Ensayo biobibliográfico sobre Hernán Cortés, y en cuya introducción explicaba el propio Valle:

Cuando tuve el honor de ser uno de los fundadores de la Sociedad de Estudios Cortesianos, me adherí al propósito de hacer de ella un centro de auténticas investigaciones que nos permitiera conocer, lo más aproximadamente posible, la vida y la obra de Cortés, sin dejarse llevar por las corrientes de la hostilidad deliberada o de la admiración ciega, que han impedido por mucho tiempo apreciarlas con justeza de ánimo [...]. Solo así, publicando todo lo que a él se refiere, analizándolo, sin esconder las miserias y las flaquezas, pero sin negarle las luces que le ilustran, será posible aproximarse a su verdad y a su circunstancia¹²².

El meritorio proyecto de la Sociedad de Estudios Cortesianos de publicar todo lo referido a Cortés quedó trunco precisamente en este volumen¹²³, pero de alguna manera logró su culminación varias décadas más tarde, cuando el filólogo José Luis Martínez dio a la imprenta los cuatro volúmenes de sus Documentos cortesianos (México, UNAM/FCE, 1990-1992), la más valiosa recopilación de fuentes sobre Hernán Cortés realizada hasta la fecha: unos trescientos escritos que complementan a su vez, como unidad indisoluble, la biografía mejor documentada del conquistador (México, UNAM/FCE, 1990)¹²⁴.

El exhaustivo trabajo realizado por Martínez, entre 1983 y 1988, fundamentalmente en el Archivo General de Indias de Sevilla y el Archivo General de la Nación de México, ha permitido a los investigadores posteriores no solo acceder de una forma ordenada a una gran cantidad de documentos relativos a Cortés que permanecían inéditos o eran de difícil localización sino también tener una noticia cierta de documentos (ya publicados o no) que, por diversos motivos, no se incluyen en la propia selección¹²⁵. La aspiración de García Icazbalceta a mediados del siglo XIX se veía cumplida al fin, más de un siglo después, en ese corpus reunido por José Luis Martínez; un corpus que, junto al riguroso estudio sobre Cortés, le valió su merecido sillón en la Academia Mexicana de la Historia¹²⁶.

LÍNEAS ACTUALES DE RECUPERACIÓN TEXTUAL DE LA OBRA CORTESIANA

Más allá de los hallazgos de documentos concretos referidos a Cortés que han seguido realizándose hasta la fecha¹²⁷, me parece oportuno destacar muy brevemente dos trabajos que han supuesto avances significativos para el estudio de la escritura cortesiana en las últimas décadas.

El primero de ellos, aparecido en fechas muy próximas a las de los libros de José Luis Martínez, es la edición de las Cartas de relación realizada por Ángel Delgado para la editorial Castalia (1993), primera edición crítica completa del que sigue siendo sin duda el corpus más importante del discurso cortesiano¹²⁸, para la cual dicho investigador cotejó las primeras ediciones impresas de la Segunda, Tercera y Cuarta relación; el imprescindible Códice de Viena; el llamado Códice Madrid (manuscrito 3020 de la Biblioteca Nacional de Madrid)¹²⁹, en el que aparece como Primera relación la Relación de la salida que don Hernando Cortés hizo de España para las Indias la primera vez¹³⁰; y el manuscrito de la Quinta relación conservado en la John Carter Brown Library¹³¹. Un trabajo a todas luces imprescindible para los estudios cortesianos que incluye asimismo un recorrido por las distintas ediciones de las Cartas con el que se completa la información ofrecida en este sentido por los ya citados José Toribio Medina y Rafael Heliodoro Valle¹³².

En segundo lugar, cabe citar la colección de Cartas y memoriales (casi en su totalidad inéditos) publicados por M.^a del Carmen Martínez Martínez en 2003: un total de 74 documentos (66 cartas personales, varios memoriales o peticiones y otros textos) localizados por la investigadora en la Real Chancillería de Valladolid. Presentados por Francisco Núñez, procurador (y primo) de Hernán Cortés, en un pleito que mantuvo con él durante varios años y que se resolvió (al menos temporalmente) en favor de Núñez en 1545¹³³, estos documentos escritos «por Cortés, o a su dictado por sus secretarios, entre 1520 y 1538 en diferentes lugares del

Nuevo Mundo y de la península»¹³⁴, y dirigidos —además de al propio Francisco Núñez—a su padre Martín Cortés y a «destacados personajes de la administración, la Iglesia o la nobleza, además de letrados, solicitadores y otros señores»¹³⁵, nos acercan en algunos casos a la faceta menos conocida del conquistador, la más íntima o personal¹³⁶, pero también a sus relaciones con el poder, sus intereses en el territorio americano o sus numerosos pleitos. Una colección, en definitiva, nada desdeñable que además abre una nueva vía para la búsqueda documental en fondos menos transitados que el AGI y el AGN.

BREVE APOSTILLA SOBRE SUPUESTAS ATRIBUCIONES

El presente recorrido por la configuración del corpus documental cortesiano quedaría incompleto sin una referencia a la audaz propuesta lanzada a principios del año 2013 por Christian Duverger: atribuir a la pluma de Hernán Cortés la mayor parte de la obra que hoy conocemos como la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo¹³⁷. La hipótesis de Duverger (que parte de la imposibilidad de que Díaz del Castillo pueda ser el autor de la crónica) es que, alrededor de 1543, Cortés concibió la idea de ofrecer dos historias distintas de la conquista de México: la heroica versión oficial que, según el autor, comenzó a dictar por entonces a López de Gómara (que se convertiría en la segunda parte de su Historia general de las Indias)¹³⁸ y otra que decidió atribuir a un «conquistador anónimo testigo permanente de la empresa mexicana», para la cual creó un estilo propio, revelando así su genio literario. Esta última habría sido llevada por los tres hijos de Cortés a la Nueva España en 1562 y retocada por Francisco, el hijo de Bernal Díaz del Castillo, tras la llegada del manuscrito a Guatemala en 1568, con las interpolaciones que permitirían la firma de Bernal.

En España las primeras críticas al libro de Duverger fueron claramente desfavorables: autores como Carlos Martínez Shaw o Guillermo Serés¹³⁹ dieron argumentadas razones para defender la autoría de

Bernal sobre la Historia verdadera y aportaron motivos históricos y estilísticos para descartar la de Cortés. En cuanto a México, la muestra más clara de la controversia generada por las conclusiones del investigador francés fue el especial que, bajo el título «El misterioso Bernal Díaz», publicó la revista Nexos en sus números de abril y junio de 2013. El primero de ellos, junto a una entrevista con el autor, reunió las opiniones de nueve acreditados estudiosos¹⁴⁰, los cuales (salvo algún juicio amable como el de Moreno Toscano, más centrado en las posibles aportaciones que en los errores del libro) se dedicaron fundamentalmente a desmontar una hipótesis que consideraban, como apuntó M.^a del Carmen Martínez, «el resultado de la acumulación de varios errores y muchas suposiciones, dando por hechos consumados realidades que no prueba»; como concluía de manera tajante Miguel León-Portilla, la falta de testimonios que corroboraran lo afirmado convertía las aseveraciones del libro en «fantasías de la temeridad». El número de junio, en cambio, reunió otras cinco intervenciones de destacados historiadores y antropólogos¹⁴¹ destinadas a defender que la tesis del investigador francés no podía ser «desechada de un plumazo»¹⁴²: para algunos de ellos, Duverger aportaba reflexiones y consideraciones interesantes (aunque pudieran ser criticables) y que, por tanto, podían dar lugar a nuevas investigaciones y lecturas siempre saludables (Marco Zuccato; Jean-Paul Duviols; María Teresa García); Pedro Bosch, por su parte, alegaba de manera mucho más rotunda que, si los historiadores se habían molestado en refutar o aplaudir sus alegatos, era «porque la estructura del libro es rigurosa, porque los argumentos son

contundentes y porque las conclusiones resultan inevitables y por lo tanto irrefutables» e incluso uno de los más destacados biógrafos de Hernán Cortés, Bartolomé Bennassar, afirmaba quedar convencido, tras la lectura del libro, de que «el autor de la Historia verdadera solo podía ser Cortés mismo».

En mi opinión, la propuesta de Duverger no puede sostenerse en lo esencial porque, como afirmaba en un lúcido artículo publicado en Revista de Occidente Francisco Martínez Hoyos¹⁴³, «El problema de fondo es metodológico [...]. El historiador galo construye su hipótesis y en función de ella analiza la documentación, con lo que es esta la que se ajusta a la teoría y no al revés»¹⁴⁴. En cualquier caso, remito a la argumentación del propio Martínez Hoyos (quien sistematiza y completa aportaciones anteriores) para que el lector compruebe que Bernal Díaz tenía motivos y formación suficiente para escribir su crónica, que las referencias cultas que aparecen en ella son explicables y que la autoría de Cortés conllevaría graves incongruencias temáticas, estilísticas y cronológicas en la Historia verdadera¹⁴⁵. Es cierto, sin embargo, que, como algunos investigadores planteaban, ciertas preguntas del libro y la propia controversia que ha generado han sacado a la luz ideas muy sugerentes¹⁴⁶ y han llamado la atención sobre cuestiones todavía no resueltas de la crónica de Bernal que habrá que seguir indagando en un futuro¹⁴⁷. Añadiré, pues, solo un comentario más al trabajo de Duverger: me parece significativo que el libro llegara a la imprenta de forma paralela a la segunda versión de su biografía de Cortés, con la que intensificaba el tono elogioso hacia el conquistador

ya presente en la primera, incluso desde su mismo título: Hernán Cortés. Más allá de la leyenda¹⁴⁸. Más allá de estrategias comerciales, creo que el hecho de que haya llegado a plantearse la autoría de Cortés sobre una obra con objetivos, estilo y etapas de redacción tan ajenos a los del conquistador (no digamos ya sobre la brillante crónica humanista de Gómara) puede guardar relación con la fascinación que Cortés ha ejercido sobre la casi totalidad de sus biógrafos. En este sentido, la lectura de esta sin duda amena narración me trae a la memoria el título de otra biografía (bastante ecuaníme, por otra parte, con la figura cortesiana) publicada hace más de una década por el hispanista Bartolomé Bennassar (defensor, como hemos visto, de Duverger en la reciente polémica): imaginar al autor de las Cartas de relación a un tiempo dictando la crónica de Gómara y su réplica en la de Bernal podría ser una forma de trasladar al ámbito de la escritura la imagen de un Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible¹⁴⁹.

■

¹ Medina, 1952, p. XXI.

² Feliú Cruz en Medina, 1952, p. XI.

³ Aunque ya necesariamente obsoleto (por elaborarse hace más de dos décadas), puede consultarse a este respecto el listado de obras literarias y musicales que tienen como tema la figura del conquistador ofrecido en Martínez, 1990, pp. 944-949.

⁴ De hallarse, además, es probable que no fueran autógrafos de Hernán Cortés, ya que, según explica José Luis Martínez, «a pesar de su práctica personal en escribanías y de que su letra es clara y suelta, Cortés debió dictar sus cartas, guiado por sus apuntes, a los escribanos y secretarios que lo acompañaban» (Martínez, 1990, p. 153).

⁵ Algunas de las cuales él mismo lamentaba en la Segunda relación haber extraviado durante su precipitada huida de la capital azteca (cf. CR, pp. 161 y 229).

⁶ Ver la relación de traducciones impresas entre 1522 y 1555 en Delgado, introd. a CR, pp. 74-81, donde se amplían los datos ya aportados al respecto por Medina, 1952.

⁷ Ver Bataillon, 1956, pp. 77-82.

⁸ González Barcia (ed.), *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales*, vol. I, pp. 1 [129]-156.

⁹ *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés; aumentada con otros documentos y notas por Francisco Antonio Lorenzana*, México, Imprenta del superior gobierno, 1770.

¹⁰ Aunque estas, como otras obras censuradas, debieron circular al margen de la prohibición tanto en el territorio español como en el novohispano, e incluso fueron consultadas «obligatoriamente» por los cronistas oficiales que trabajaron en la corte (como ahora veremos), es necesario recordar que los ejemplares que

sobrevivieron a dicha prohibición fueron muy pocos, ya que hubo quema de los mismos en ciudades como Sevilla o Toledo (ver Martínez, 1990, pp. 858-859), por lo que sin duda ese acceso marginal fue también restringido.

¹¹ Puede consultarse al respecto el listado de crónicas, relaciones y otros documentos coloniales sobre la Nueva España que se ofrece en Martínez, 1990, pp. 909-916.

¹² Insisto en que lo que voy a ofrecer no es un recorrido exhaustivo y advierto que, en cualquier caso, excluye a aquellos cronistas (sobre todo misioneros e indígenas) que, por orientar su escritura hacia otras finalidades o por ofrecer la «visión de los vencidos», quedaron al margen de esta construcción histórica de la conquista durante el período colonial; cronistas, por otro lado, que apenas manejaron las relaciones cortesianas, bien porque se basaron en fuentes indígenas (como fray Bernardino de Sahagún o fray Diego Durán), bien porque tuvieron a mano otras crónicas como la de López de Gómara (pienso en Fernando Alva Ixtlilxóchitl o fray Juan de Torquemada). Soy consciente, sin embargo, de que podrían rastrearse alusiones a documentos cortesianos en estos textos (ver, a modo de ejemplo, la referencia de fray Gerónimo de Mendieta a la Tercera relación en *Historia eclesiástica indiana*, Libro Tercero, cap. I, p. 23). Debido a los objetivos de este apartado, eludo asimismo los textos literarios (incluso aquellos que, como los poemas épicos de Gabriel Lobo Lasso de la Vega y Antonio de Saavedra y Guzmán, fueron valorados como históricos en su época y con posterioridad).

¹³ Ver la introducción de O'Gorman a *Mártir de Anglería*, *Décadas del Nuevo Mundo*, pp. 52-53 (O'Gorman ofrece un repaso completo de las ediciones de las obras de Pedro Mártir en pp. 45-71).

¹⁴ Origen sin duda de la información aportada en *Mártir de Anglería*, *Décadas del Nuevo Mundo*, pp. 415-431.

¹⁵ Quienes debieron visitarle en 1522 (*Mártir de Anglería*, *Décadas del Nuevo Mundo*, p. 524).

¹⁶ Ver *Mártir de Anglería*, *Décadas del Nuevo Mundo*, p. 431.

¹⁷ Hacia el final de la parte dedicada a la conquista de México,

comenta el autor: «En una carta particular, aparte del volumen consagrado a las cosas de Tenustitán, escribe Cortés que...» (Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, p. 431).

¹⁸ Es significativo, por ejemplo, que Solís ni siquiera las cite, haciendo iniciar la crónica sobre la Nueva España, como ya he señalado, en López de Gómara (Solís, *Historia de la conquista de México*, p. 27).

¹⁹ En esta fecha de 1548, la obra fue publicada sin los retratos que debían acompañar cada uno de los elogios, sí incluidos en la edición póstuma de 1575 (ver Jiménez, 1994, p. 51). Su traducción al castellano corrió a cargo de Gaspar Baeza, quien logró imprimirla en Granada en 1568 con permiso real para su traslado a Indias (ver los datos bibliográficos de la edición castellana, las páginas dedicadas a Cortés en la misma y los datos de la edición de Basilea de 1575, ya con el retrato de Cortés, en Medina, 1952, pp. 40-47).

²⁰ Jiménez, 1994, p. 54.

²¹ Aunque contó también con fuentes orales, ya que mantuvo asimismo «muchos contactos con españoles, muy numerosos por aquel entonces en Italia» (Jiménez, 1994, p. 55).

²² En Medina, 1952, p. 46.

²³ Más adelante me referiré a otro texto en latín, el anónimo *De rebus gestis Ferdinandus Cortesii*, que cuenta ya con una valiosa edición crítica (Pellús, 2007, pp. 83-175), no incluido aquí por referirse el fragmento conservado a los años de Cortés en Cuba, previos a los hechos descritos en la Segunda relación, aunque fundamentales a la hora de abordar la problemática que rodea a la Primera relación.

²⁴ Marineo Siculo, «Don Fernando Cortés, Marqués del Valle» [De las cosas memorables de España. De los claros varones de España, Alcalá de Henares, 1530, folios CCVIII-CCXI], ed. León-Portilla.

²⁵ Marineo Siculo, «Don Fernando Cortés, Marqués del Valle», p. 101.

²⁶ Ver Medina, 1952, p. 15.

²⁷ Fue editado por Willian Atkinson en *Revue Hispanique*, 71 (1927), pp. 450-482.

²⁸ Así lo advierte ya su editor en Pérez de Oliva, *Algunas cosas de Hernán Cortés y México*, p. 450, nota 2. Un cotejo entre ambos textos permite ver cómo el ilustre humanista siguió el orden del texto cortesiano intentando embellecer su expresión a través de recursos como la incorporación del estilo directo (sobre las técnicas narrativas de Pérez de Oliva en su escasa obra de tema americano, ver Ruiz Pérez, 1992, pp. 503-523).

²⁹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, Libro 33 (Libro 14 de la Segunda Parte), pp. 1-196.

³⁰ El propio Oviedo comenta que no pudo acceder a otros escritos porque el conquistador no se los proporcionó: «...yo tengo cédulas reales para que los gobernadores me envíen relación de lo que tocara a la historia de sus gobernaciones, para estas historias. Y escribí e avisé al marqués del Valle, don Hernando Cortés, para que me enviase la suya, conforme a lo que subcesivamente mandaba, e remitióme a unas cartas misivas que le escribió a Su Majestad, de lo subcedido en aquella conquista, e no curó de más» (*Historia general y natural de las Indias*, IV, p. 8).

³¹ En la advertencia a esta primera edición completa, preparada para la Academia de la Historia (1851-1855), que hoy puede consultarse íntegra en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Amador de los Ríos da cuenta de los problemas de recuperación de la obra manuscrita de Oviedo, que contaba con copias tanto en la Biblioteca Real como en la de Monserrat (ver *Historia general y natural de las Indias*, islas y tierra-firme del mar océano, 1851, pp. V-VIII). La edición de Pérez de Tudela (1959), manejada en el presente libro, se basa en esta primera de Amador de los Ríos.

³² El texto de la prohibición se reproduce en Iglesia, 1980, p. 119. Distintos motivos para dicha prohibición pueden confrontarse en Bataillon, 1956 e Iglesia, 1980, pp. 118-129.

³³ Por lo que respecta a su difusión en Europa, ver la información

recogida por José Toribio Medina sobre las traducciones que se hicieron de la misma al italiano, inglés y francés (Medina, 1952, pp. 33-38). En América fue incluso traducida al náhuatl (ver pp. 38-39).

³⁴ Martínez Martínez, 2010, pp. 267-302.

³⁵ En la parte de la Historia de las Indias referida a la expedición de Cortés a tierras mexicanas (Las Casas, Historia de las Indias, III, caps. 114 a 124, pp. 417-456), donde narra desde la salida de Cuba hasta la fundación de Veracruz y el envío de Puertocarrero y Montejo a España, y aun antes, al referirse a la relación entre Cortés y Velázquez en Cuba (cap. 27, pp. 105-107), Bartolomé de las Casas afirmó de forma casi continua que Gómara había escrito falsedades en su crónica porque era «criado y secretario» de Cortés y como tal «no escribió cosa sino lo que el mismo Cortés le dijo» (p. 106). Aunque únicamente Las Casas había establecido dicha relación entre Cortés y Gómara, a veces calificado también como su «capellán y criado» (p. 417), la mayoría de los historiadores confiaron en el testimonio del dominico; solo alguna voz aislada como la de Juan Miralles advirtió sobre la escasa fiabilidad de Las Casas («no sería la primera vez que éste incurriera en un error de bulto») y recordó que el propio Gómara, quien no dudaba en reconocer como interlocutores a Andrés de Tapia y a otros, no incluyó en su crónica «nunca ‘un Cortés me dijo’» (Miralles, 2004, II, p. 558). En el citado artículo de 2010, M.^a del Carmen Martínez demuestra, a través de las declaraciones del propio Gómara en dos pleitos de Martín Cortés que tuvieron lugar en 1549 y 1551, que el clérigo no tuvo ninguna relación remunerada con él. Parece, sin embargo, que la imagen de Cortés «dictando» la obra a Gómara sigue pesando en una parte de la crítica, a juzgar por trabajos recientes como el de Duverger, quien, aun conociendo tanto los trabajos de Miralles como el artículo de Martínez Martínez, continúa defendiendo la existencia de una estrecha relación entre el conquistador y el erudito, a quien todavía cree acertado considerar «capellán de Cortés» (2013a, pp. 76-77).

³⁶ Las Casas, Historia de las Indias, III, p. 417. La adecuación del texto de Gómara al discurso cortesiano es tal para Las Casas que, según el dominico, a través de esta crónica «tiene Cortés engañado a todo el mundo y no sin culpa de muchos de los que lean su falsa

historia» (p. 438).

³⁷ Ver Martínez Martínez, 2010, pp. 272-276.

³⁸ López de Gómara, Historia de la conquista de México, p. 3.

³⁹ Recogido en Rojas, 2001, p. 8.

⁴⁰ Rojas, 2001, p. 8.

⁴¹ Miralles cree que debió conocer incluso la Quinta relación (a la que me referiré más adelante), además de otras fuentes de distinta procedencia, impresas (como las Décadas de Pedro Mártir) y manuscritas (ver Miralles, 2004, pp. 557-558).

⁴² Me refiero a los citados caps. 27 y 114-124, en los que Las Casas rebate a Gómara para demostrar que los únicos objetivos de Cortés fueron «sojuzgar y tiranizar y robar» (Las Casas, Historia de las Indias, III, p. 447).

⁴³ Ver Las Casas, Brevísima relación de la destrucción de las Indias, «De la Nueva España», pp. 143-153; en especial la nota 154, p. 143.

⁴⁴ Ver, como ejemplo, Las Casas, Historia de las Indias, III, pp. 107 y 422-423.

⁴⁵ Díaz del Castillo, Historia verdadera, p. 4.

⁴⁶ Recordemos que su relato avanza incluso hasta la llegada del virrey Mendoza, los festejos por la paz entre España y Francia firmada en 1538 (organizados por Cortés en el Zócalo de la capital) y diversas expediciones por el territorio que partieron en 1539 y 1540.

⁴⁷ Así lo definió Alejo Carpentier, quien, como Miguel Ángel Asturias o, más tarde, Carlos Fuentes, lo consideró autor de la primera novela hispanoamericana (ver Carpentier, 1990, pp. 259-260).

⁴⁸ Un ejemplo paradigmático es la alusión de Cortés a la contienda entre Mario y Sila cuando este llevó preso a Yugurta a Roma, que Bernal incluye en el cap. CLVI sobre la prisión de Cuauhtémoc

(Historia verdadera, p. 572; cf. sobre esta alusión Martínez, 1990, pp. 850-851).

⁴⁹ Aunque pueda resultar meramente anecdótico, es muy conocido a este respecto el pasaje en el que Bernal nos habla de los primeros grafiti de la Nueva España: «...y como Cortés estaba en Cuyoacán y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir con carbón y con otras tintas, amanecían cada mañana escritos motes, algunos en prosa y otros en metros, algo maliciosos [...]; y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas a loas de sus heroicos hechos [...], respondía también por buenos consonantes y muy a propósito en todo lo que escribía [...] hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios»» (Historia verdadera, pp. 582-583). Más significativo puede resultar, sin embargo, el Recado de Hernán Cortés a los náufragos españoles redactado en Cozumel en febrero de 1519, que José Luis Martínez incluye como «el primer escrito suyo conocido» en la versión de Bernal (DC, I, p. 58) y en la de fray Diego de Landa (p. 59).

⁵⁰ Redactada probablemente entre 1528 y 1540, la relación de Tapia fue dada a conocer por García Icazbalceta en 1866 (1980, vol. 2, pp. LXI-LXII y 554-594). Un estudio y edición más actuales pueden consultarse en Schmidt-Riese, 2003, pp. 68-83 y 127-163.

⁵¹ El documento puede consultarse en Martínez, 1993, pp. 9-10.

⁵² Ver Sanchis, 2012, pp. 73-76.

⁵³ Sanchis, 2012, p. 82; la dedicatoria completa puede consultarse en DC, IV, pp. 347-351 (Sanchis prepara una edición de esta obra de Cervantes, que no ha vuelto a publicarse desde esa primera impresión de 1546).

⁵⁴ Ver Sanchis, 2012, p. 242.

⁵⁵ Ver Martínez, 1993, p. 154 (Martínez aporta de nuevo el dato en 1994, p. 154). Sobre las Cartas de relación como fuente de la crónica de Cervantes, cf. Sanchis, 2012, pp. 270-271.

⁵⁶ Según Martínez, el humanista español manejó relatos orales como

los de Francisco Montaña y varios documentos manuscritos hoy desaparecidos como los de Juanote Durán, Alonso de Ojeda, Jerónimo Ruiz de la Mota y Alonso de Mata (Martínez, 1994, pp. 153-155), lo que le permitió ofrecer (al igual que Bernal a su modo) una imagen coral de la conquista del territorio mexicano. Sobre el manejo de las fuentes en Cervantes de Salazar, ver Sanchis, 2012, pp. 264-279.

⁵⁷ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, Libro V, cap. XCVIII.

⁵⁸ Probablemente el documento más valioso en este sentido sean las Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés (Santiago de Cuba, 23 de octubre de 1518), desobedecidas para iniciar la acción conquistadora (ver DC, I, pp. 45-57; Sanchis advierte que Cervantes traslada estas capitulaciones de forma parcial, «ya que en el manuscrito original queda algún folio en blanco para seguir con la transcripción», Sanchis, 2012, p. 263).

⁵⁹ Martínez, 1994, p. 150.

⁶⁰ Esta primera edición es la preparada por «el P. M. Fr. Alonso Remón, Predicador y Coronista General del Orden de N. S. de la Merced», que salió a la luz «En Madrid, en la imprenta del Reino» [1632]. El manuscrito que sirvió de base a esta edición, enviado a España en 1575, se ha perdido. La existencia de otros dos manuscritos distintos hace difícil la fijación textual de la obra de Bernal Díaz. El estudio más pormenorizado de estas cuestiones es actualmente el de Barbón Rodríguez, 2005, pp. 43-94.

⁶¹ Sobre las sucesivas localizaciones y copias del manuscrito original y las ediciones impresas a partir de la de Madrid de 1875-1876, ver la introducción de André Saint-Lu a López de Gómara, *Historia de las Indias*, I, pp. XLV-XLVII.

⁶² Sobre los avatares de dicho manuscrito, ver Sanchis, 2012, pp. 257-261.

⁶³ Cuesta Domingo, introd. a Herrera y Tordesillas, *Décadas*, vol. 1, pp. 52-53. Como explica Cuesta Domingo, precisamente porque la mayor parte de estas fuentes eran manuscritas, fue Herrera quien

las dio a conocer antes de su publicación o quien incluso transmitió originales hoy perdidos (ver una reflexión sobre esta cuestión y una descripción pormenorizada de las fuentes impresas y manuscritas de Herrera en *Décadas*, vol. 1, pp. 52-80).

⁶⁴ Cf. Herrera y Tordesillas, *Décadas*, vol. 1, p. 743 a vol. 2, p. 299.

⁶⁵ Hasta vol. 2, p. 451.

⁶⁶ Herrera y Tordesillas, *Décadas*, vol. 1, p. 122. De hecho, hay alguna referencia a los textos cortesianos: en la *Década III*, Libro IV, cap. VIII, Herrera alude a la decisión de Cortés de «enviar relación al rey de los que había pasado, que en orden fue la tercera, representando los trabajos y peligros padecidos en tres años que había estado en aquella tierra poblándola y pacificándola» (vol. 2, p. 392) y resume su contenido (cabe advertir que, aunque incluida en el año 1522, la referencia corresponde a la que hoy consideramos la Cuarta relación).

⁶⁷ Ver Martínez, 1993, pp. 24-27. Cf. la introd. de Cuesta Domingo a Herrera y Tordesillas, *Décadas*, pp. 62-67.

⁶⁸ Todavía a inicios del siglo XX, escribía Medina a propósito de la primera edición de las *Décadas*: «Apenas si necesitamos decir cuán fundamental resulta para el estudio de la conquista de México y de su conquistador Cortés, conocer el libro del cronista Herrera» (Medina, 1952, p. 64).

⁶⁹ Sobre las ediciones y traducciones de esta obra, «sin duda la más popular de cuantas se han escrito de la historia americana» (Medina, 1952, p. 79), ver Medina, 1952, pp. 78-85, 86-94, 98-103, 106-115, 120-130; cf. prólogo de O'Gorman a Solís, *Historia de la conquista de México*, pp. XXXIV-XXXVI.

⁷⁰ Solís, *Historia de la conquista de México*, Libro I, cap. II, p. 27. De entre la abundante bibliografía sobre el autor, son de especial interés las interpretaciones políticas y literarias que de este panegírico a Cortés han ofrecido O'Gorman (en pp. X-XVII) y, más recientemente, Serés, 2009, pp. 237-260.

⁷¹ Ver Solís, *Historia de la conquista de México*, I, cap. II, pp. 27-28;

cf. Serés, 2009, p. 237.

⁷² Solís, *Historia de la conquista de México*, I, cap. II, p. 28.

⁷³ Ya en el México independiente, José Fernando Ramírez advertía a este propósito que, debido a que historiadores como Robertson (a quien me referiré en el próximo epígrafe) o como los jesuitas mexicanos Cavo y Clavijero permanecieron inéditos o no traducidos, Solís se aseguró «en la quieta y pacífica posesión centenaria que disfrutaba de engañar al mundo [...] hasta la época de nuestra emancipación» («Notas críticas y esclarecimientos» a Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 657). Resulta curioso, en cualquier caso, que Solís continuara siendo citado en los años inmediatamente posteriores a la Independencia, aunque fuera para apropiarse de sus palabras con muy distintas intenciones, como hace el anónimo autor de la novela *Jicotencal* (Filadelfia, Imprenta de Guillermo Stavelly, 1826).

⁷⁴ Recordemos que por esos años Cortés era todavía alabado como un «héroe incomparable», que el virrey Güemes (segundo conde de Revillagigedo) mandó construir un ilustre sepulcro con motivo del traslado de sus restos al Hospital de Jesús (1794) y que fray Servando Teresa de Mier le dedicó en aquella ocasión «una doctísima oración fúnebre en elogio de [sus] virtudes morales y políticas» (ver «Exequias que se hicieron en la iglesia de Jesús, después de la traslación de los huesos de D. Fernando Cortés al sepulcro erigido en ella», en Alamán, *Disertaciones*, II, pp. 337-339).

⁷⁵ Ver la introd. de Ángel Delgado a CR, pp. 81-82.

⁷⁶ Para una descripción del códice y su contenido (además de las cinco cartas), ver la introducción de Gayangos a Cortés, *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V*, pp. VII-IX. Una historia del manuscrito desde que los documentos en él incluidos se recopilaron por orden de Carlos V hasta que fue adquirido por la Biblioteca Real de Viena puede consultarse en la introducción de Guzmán a *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, pp. XII-XIII.

⁷⁷ Sobre los avatares de ese juicio de residencia, iniciado finalmente

en 1529 (ya que la muerte de Ponce de León impidió su comienzo en la fecha prevista) y reabierto en diversas ocasiones (aunque nunca llegó a finalizarse), ver la nota general de José Luis Martínez a la documentación completa del juicio contenida en DC, II (pp. 11-13).

⁷⁸ Ver Martínez, 1990, pp. 857-858.

⁷⁹ Cortés, Relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España, vol. IX, pp. 417-472.

⁸⁰ Vedia, Historiadores primitivos de Indias, pp. 1-153. Vedia explica en su introducción la suerte de cada una de las cartas y cómo su edición está basada en el Códice de Viena (pp. XVI-XVII).

⁸¹ A pesar de los problemas de fijación textual que este plantea, y muy especialmente de la incorporación al mismo de la Carta de Veracruz en sustitución de la Primera relación supuestamente escrita por Cortés, hasta hoy perdida (aspecto sobre el que volveré en el próximo capítulo).

⁸² De los que se harán eco décadas más tarde las primeras traducciones de las cinco Cartas de relación como la de Charnay al francés (1896) y la de MacNutt al inglés (1908).

⁸³ Ver Martínez, 1990, p. 862-863 y, sobre todo, la introd. del mismo autor a DC, I, pp. 9-42. Consultar además, en concreto sobre las ediciones de las Cartas de relación, la introd. de Delgado a CR, pp. 73-89.

⁸⁴ Mora, México y sus revoluciones, III, p. 1.

⁸⁵ Escribe Mora al respecto: «En cuanto a la conquista [...], como nada haya más auténtico que las cartas de Cortés y la historia de Bernal Díaz del Castillo, se ha dado preferencia a sus relaciones sobre las de todos los otros historiadores» (México y sus revoluciones, pp. V-VI).

⁸⁶ Mora, México y sus revoluciones, pp. 379-423.

⁸⁷ Sobre el acercamiento de posturas en este punto entre el liberal Mora y el conservador Alamán, vinculables a su vez por esos años a

la del norteamericano Prescott, ver Krauze, 2005, pp. 179-184.

⁸⁸ Alamán, *Disertaciones*, II, pp. 9 y 59.

⁸⁹ Este tema, al que dedicó bastantes páginas del tomo II de sus *Disertaciones* (ver pp. 48-59 y 312-346) era especialmente acuciante para Alamán, quien había ocultado en 1823 los restos de Cortés por temor a una inminente profanación de los mismos en un momento de lógica efervescencia antiespañola. El asunto volvió a ser recogido y documentado en los albores del siglo XX por Luis González Obregón («Disertación histórica documentada», en González Obregón 1946 [1906], pp.105-165).

⁹⁰ Para una visión cabal de la labor de Ramírez como historiador, ver sus *Obras históricas* (incluye una valoración global de dicha labor por parte de Ernesto Torre Villar en I, pp. 73-93).

⁹¹ Ramírez en Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 662 [texto completo en pp. 655-718]; no olvidemos además que Ramírez habla desde su condición de «descendiente de la raza conquistada» (p. 715).

⁹² Ramírez en Prescott, *Historia de la conquista de México*, 661.

⁹³ Así ocurre, por ejemplo, con el episodio de la «destrucción de la flota» por parte de Cortés, que Ramírez confronta con la versión de Bernal y la de Herrera (pp. 711-715).

⁹⁴ Ramírez en Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 663.

⁹⁵ Ramírez en Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 663.

⁹⁶ Al igual que Ramírez, López Rayón manifestó de forma explícita su juicio imparcial a Cortés, escribiendo sobre los defensores y detractores del conquistador: «Todos ellos se engañan en mi concepto; Cortés no era ni un santo ni un facineroso; era un hombre grande con los defectos inherentes a la humanidad, y para juzgarlo se deben tener en cuenta las costumbres y las creencias de la época» (prólogo al *Sumario de la Residencia tomada a don Fernando Cortés*, vol. 1, p. II).

⁹⁷ *Sumario de la Residencia tomada a don Fernando Cortés*, vol. 1,

p. II. La de López Rayón fue la primera publicación de los manuscritos referidos al juicio de residencia iniciado contra Cortés en 1529 y, en efecto, su editor no pudo acceder a los textos de la defensa, sí recogidos por José Luis Martínez en el tomo II de sus DC. Cabe advertir, sin embargo, que la documentación completa del juicio no ha sido publicada completa todavía.

⁹⁸ Tomo I, México, Librería de J. M. Andrade, 1858 y tomo II, México, Antigua Librería, 1866.

⁹⁹ El propio Ramírez fue discípulo de García Icazbalceta (como lo fueron también Manuel Orozco y Berra o Francisco del Paso y Troncoso) y colaboró en este proyecto con una «Noticia de la vida y escritos de fray Toribio de Benavente, o Motolinía» incluida (por invitación de su maestro y amigo) en el primer volumen (pp. XLV-CLIII; ver la nota introductoria de Torre Villar a la reedición de este texto en Ramírez, Obras históricas, pp. 13-17).

¹⁰⁰ Sobre los cuales explicaba en el prólogo al primer volumen: «Sin predilección particular hacia época alguna de nuestra historia, y proponiéndome abrazarla toda, desde los tiempos más remotos hasta el año de 1810, publico desde luego una serie de documentos del siglo XVI, como el período más interesante de nuestros anales, en que desaparecía un pueblo antiguo y se formaba otro nuevo; el mismo que existe en nuestros días y de que formamos parte. Justo era, pues, asistir ante todo al nacimiento de nuestra sociedad [...]. El mismo siglo XVI nos dará materia para el segundo tomo, y en él tendrán cabida otros documentos originales y desconocidos» (García Icazbalceta, Colección de documentos, I, p. VII).

¹⁰¹ A diferencia de Ramírez o López Rayón, Icazbalceta no sintió siquiera la necesidad de declarar su imparcialidad ante la figura de Cortés: no he logrado encontrar en sus comentarios ninguna valoración moral del conquistador.

¹⁰² Sobre la cual escribió Icazbalceta en su prólogo: «Entre los manuscritos que he reunido, ninguno estimo tanto como el original de esta carta [...]. La carta tiene la misma fecha que la Cuarta Relación, es decir, el 15 de Octubre de 1524, y comprende la parte secreta de los informes de Cortés al Emperador [...]. Esta preciosa carta era no solo inédita, sino enteramente desconocida» (García

Icazbalceta, Colección de documentos, I, p. XXXI).

¹⁰³ Ver García Icazbalceta, Colección de documentos, I, pp. XXXIII-XXXVIII.

¹⁰⁴ México, Imprenta de I. Escalante, 1871.

¹⁰⁵ La colección se publicó en 16 vols. en México, Antigua Librería Robledo, 1939-1942.

¹⁰⁶ Salvo peculiares excepciones como el curioso libro Hernán Cortés, creador de la nacionalidad (1941), en el que uno de los principales ideólogos postrevolucionarios, José Vasconcelos, realizó, bajo la forma de una breve biografía, un verdadero panegírico del conquistador. Reiterando (aunque algo matizadas) sus propias afirmaciones sobre el personaje incluidas en una polémica obra anterior, la Breve historia de México (1936), y recogiendo a su vez los datos aportados por Carlos Pereyra en la biografía de Cortés publicada en México ese mismo año, Vasconcelos destacó aquí (al igual que Pereyra) la vertiente política de quien en su opinión merecía «como nadie el título que tanto se le ha regateado, de Padre de nuestra nacionalidad» (Vasconcelos, 1985 [1941], p. 14).

¹⁰⁷ En el que se publican asimismo diversas reediciones y estudios de documentos ya bien conocidos entonces como el testamento (Testamento de Hernán Cortés, descubierto y anotado por Mariano Cuevas, S. J., México, Asilo Patricio Sanz, 1925; El testamento de Hernán Cortés, estudio por Francisco Fernández del Castillo, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1925; Testamento de Hernán Cortés. Primera edición facsímil tomada directamente de su original existente en el Archivo del protocolo de la ciudad de Sevilla, México [Gante], 1930).

¹⁰⁸ Toro, 1947 [1922], p. 171.

¹⁰⁹ Toro, 1947 [1922], pp. 1-2. Aunque, evidentemente, la elección misma del asunto (uno de los más oscuros de la biografía cortesiana) implicaba también cierta postura ideológica por parte de Toro.

¹¹⁰ Toro, 1947 [1922], p. 2.

¹¹¹ En 1946, el exiliado español Fernando Baeza y el cubano Manuel Moreno, probablemente alentados por la proximidad del IV centenario de la muerte de Cortés, comunicaron al historiador Francisco de la Maza que poseían un documento donde se indicaba la localización exacta de los restos del conquistador, ocultos por Lucas Alamán (como ya se ha indicado) en 1823. El documento resultó ser auténtico, de modo que en noviembre de ese mismo año se pudo proceder a la exhumación e identificación de los huesos en la iglesia del Hospital de Jesús. No hubo, pues, propiamente un «descubrimiento», ya que los restos no habían llegado a salir del recinto de la institución.

¹¹² Sobre este asunto puede consultarse Aracil, 2013a, pp. 51-65, trabajo del que recupero algunas de las ideas expuestas en el presente epígrafe.

¹¹³ Finalmente este no pudo salir a la luz hasta 1958, pero la propia autora explica en su estudio preliminar que lo inició «en la segunda mitad del año 1940» y lo terminó en 1947 (Guzmán en Relaciones de Hernán Cortés, p. CXXV). El trabajo, en cualquier caso, fue conocido con anterioridad a su publicación, ya que, en un artículo publicado en 1950, Federico Gómez de Orozco llamó la atención sobre la postura a su juicio desmedida hacia el conquistador manifestada por «cierta arqueóloga, ésa, sí, presa de fobias y prejuicios» (Gómez de Orozco, 1950, p. 507).

¹¹⁴ Guzmán en Relaciones de Hernán Cortés, p. XVIII. La autora dedicó además a esta cuestión otro libro (Guzmán, 1989).

¹¹⁵ Esta editorial tenía un marcado carácter hispanófilo. Creada en 1942 a iniciativa del a su vez presidente-fundador del Partido Acción Nacional (PAN), Manuel Gómez Morín, Jus había comenzado su trayectoria con títulos que no dejaban lugar a dudas sobre su orientación ideológica: además de publicar en México la biografía de Hernán Cortés realizada por Salvador de Madariaga, la editorial había iniciado su Colección de grandes autores mexicanos con la obra completa de Lucas Alamán. Sin embargo, el espíritu que animó la iniciativa editorial de la Sociedad de Estudios Cortesianos suponía (como ahora veremos) un cambio significativo respecto a

estas y otras obras que Jus publicó por esos mismos años, como el trabajo del jesuita Francisco Xavier Scheifler (1948), verdadero panegírico del conquistador.

¹¹⁶ Nieto a su vez del ya citado José Fernando Ramírez.

¹¹⁷ Romero Solano, 1950, p. 25.

¹¹⁸ En Arteaga Garza y Pérez San Vicente, 1949, contraportada.

¹¹⁹ Recordemos que, como explica José Luis Martínez, «En 1930 se concentraron en el Archivo General de la Nación los documentos del archivo personal de Cortés y sus descendientes que se encontraban hasta esa fecha en el Hospital de Jesús» (DC, I, p. 22).

¹²⁰ Material en el que se basa Luis Romero Solano para elaborar su citado trabajo sobre la Expedición Cortesiana a las Molucas. 1527.

¹²¹ En Arteaga Garza y Pérez San Vicente, 1949, p. 2.

¹²² Valle, 1953, pp. 3-4 (la cursiva es mía).

¹²³ Hasta donde he podido indagar, de los diez volúmenes programados, vieron la luz los siguientes: 1. Beatriz Arteaga Garza y Guadalupe Pérez San Vicente (comp.), *Cedulario cortesiano* (1949). 2. Leopoldo Martínez Cosío, *Heráldica de Cortés* (1949). 3. Jorge Gurriá Lacroix et al., *Cortés ante la juventud* (1949). 4. Manuel Alcalá, *César y Cortés* (1950). 5. Rafael Heliodoro Valle, *Cristóbal de Olid* (1950). 6. Luis Romero Solano, *Expedición Cortesiana a las Molucas: 1527* (1950). 7. Rafael Heliodoro Valle, *Bibliografía de Hernán Cortés* (1953).

¹²⁴ Sobre la forma de trabajo de Martínez como biógrafo a partir de estos documentos, las Cartas de relación y otras crónicas del XVI, ver Martínez, 1990, pp. 12-14. El propio autor reconoce aquí que «El haber recurrido a los escritos de Cortés no es una novedad, puesto que ha sido el camino habitual de todos sus historiadores, pero sí lo es la consulta sistemática de dichos escritos y el caudal más amplio que ahora se aprovecha» (p. 13).

¹²⁵ Ver DC, I, pp. 27-42.

¹²⁶ Cf. las palabras del propio Martínez, 1993, p. 2.

¹²⁷ Ver, por ejemplo, los recogidos como apéndice por Thomas, 1994 o los más recientes de Sánchez-Pedreño, 2004 y Mira Caballos, 2009.

¹²⁸ Me refiero aquí a ediciones en lengua original, ya que la primera edición crítica anotada que parte del cotejo de ediciones y manuscritos conservados de las cinco cartas es la que realizó con traducción al inglés Anthony Pagden en 1971 (Hernán Cortés, *Letters from Mexico*).

¹²⁹ José Corraliza llamó la atención sobre este documento (Corraliza, 1948).

¹³⁰ Que Corraliza publica en apéndice (Corraliza, 1948, pp. 567-572) y vincula al texto latino *De rebus gestis Ferdinandus Cortesii*. Sobre el manuscrito, ver la introducción de Delgado a CR, pp. 68-70.

¹³¹ Descrito en CR, pp. 70-71.

¹³² Ver CR, pp. 73-89.

¹³³ Documentación referente al pleito entre Núñez y Cortés que se hallaba en el AGI ya había sido dada a conocer por el P. Mariano Cuevas en 1915 y recogida a su vez por José Luis Martínez en DC, IV, pp. 285-309. Sobre los textos publicados por M.^a del Carmen Martínez, ver CyM, pp. 20-22.

¹³⁴ CyM, p. 26.

¹³⁵ CyM, p. 30; el listado de destinatarios e información sobre los mismos puede consultarse en pp. 31-52.

¹³⁶ Línea de trabajo que también encontramos en algún libro publicado previamente en España como el de Goldberg, 1987.

¹³⁷ Duverger, 2013a (al parecer, hay una primera edición del libro en México, Ediciones Coyoli, 2012).

¹³⁸ No me parece necesario valorar esta idea, por lo que remito a lo

ya señalado sobre la relación entre Cortés y Gómara y la forma de trabajo de este último.

¹³⁹ Martínez Shaw, 2013 y Serés, 2013.

¹⁴⁰ Héctor Aguilar Camín («La conjetura Duverger»); Miguel León-Portilla («Fantasías de la temeridad»); María del Carmen Martínez Martínez («Las pobres fuentes»); Pablo Escalante Gonzalbo («Bernal no es un fantasma»); Camilla Townsend («El cronista intacto»); Antonio García de León («¿Otra historia “verdadera”?»), David Huerta («El impostor inverosímil»), José Joaquín Blanco («Duverger y la negación de Bernal») y Alejandra Moreno Toscano («Cortés, autor prohibido»).

¹⁴¹ Las de Marco Zuccato («Dulcinea del Toboso y el Cortés de Duverger»), Pedro Bosch Giral («La mosca detrás de la oreja»), Jean-Paul Duviols («Cortés y su doble»), Bartolomé Bennassar («El conquistador enmascarado») y María Teresa García («Elogio de la duda»).

¹⁴² Intentando también equilibrar las posturas, ese mismo mes de junio, la revista Letras libres publicó dos interesantes reseñas al respecto: la de Martínez Baracs, quien, a pesar de los «muchos errores y dificultades», valoraba la propuesta de Duverger, y la de Hugh Thomas, que, con fina agudeza, se dedicaba a señalar precisamente dichas imprecisiones, refutando con pruebas las afirmaciones del historiador francés.

¹⁴³ Quien, por cierto, sacó a la luz ese mismo año una nueva biografía de Cortés (Martínez Hoyos, 2014a).

¹⁴⁴ Martínez Hoyos, 2014b, p. 45. El artículo forma parte de un dossier más amplio presentado por Antonio Morales Moya (ver pp. 5-47) en el que aparece un texto del propio Duverger defendiendo su hipótesis y otro artículo de Tomás Pérez Viejo sobre la polémica (Pérez Viejo, 2014, pp. 22-35).

¹⁴⁵ Ver Martínez Hoyos, 2014b, pp. 36-47.

¹⁴⁶ Así, por ejemplo, Tomás Pérez Viejo, en su citado artículo de este mismo especial de Revista de Occidente, reflexiona sobre las

implicaciones identitarias del debate en México para concluir que lo que estaba en juego en el mismo no era tanto una autoría como el origen de lo mexicano y que «El problema para el imaginario mexicano sigue siendo Cortés y la herencia colonial. No quién fue el autor de la Historia verdadera» (Pérez Viejo, 2014, p. 33).

¹⁴⁷ Tal vez una de las más importantes sea referida a las distintas manos que intervienen hasta la versión final de los distintos manuscritos y la primera edición de la Historia verdadera, cuestión que ya planteó Sáenz de Santa María respecto a las interpolaciones de un fraile mercedario en la versión de 1632 y que Duverger centra ahora especialmente en el hijo de Bernal, Francisco.

¹⁴⁸ Duverger, 2013b. En realidad esta nueva biografía había aparecido ya en 2012 con el título Hernán Cortés. La biografía más reveladora. En ambas ediciones, la obra mantiene la introducción redactada por José Luis Martínez para la traducción al castellano de la primera versión (2005), en la que el investigador mexicano muestra ya sus reparos a algunos aspectos de la misma. Sobre esa primera versión, puede consultarse la reseña de un buen especialista en la época como Grunberg (2007).

¹⁴⁹ Bennassar, 2002.

II

EL CONQUISTADOR FRENTE A SU ESCRITURA

Como he apuntado en la introducción al presente trabajo, es posible establecer un primer período en la escritura de Cortés que va desde los más tempranos documentos conocidos (vinculados al inicio de su expedición en 1519) hasta su primer regreso a España (1528) y que se corresponde con la que es sin duda la etapa clave de su vida pública. La rápida sucesión de acontecimientos que rodean su figura y lo convierten en gobernador de todo ese amplio territorio conquistado que él mismo denomina la Nueva España va indisolublemente unida a una amplia producción escrita que, por un lado, vincula toda esa actividad al poder imperial a través de cartas, memoriales y, sobre todo, relaciones oficiales dirigidas al monarca y, por otra, organiza y justifica las acciones en ese nuevo territorio por medio de ordenanzas, instrucciones o provisiones que constituyen un elemento central de toda esa labor transformadora de la realidad que su autor está llevando a cabo.

Su formación cultural, por un lado, y la obligación de ser lo más preciso y persuasivo posible en sus documentos, por otro, conducen al conquistador a enfrentarse a su propia escritura consciente de ese papel esencial que la palabra (también oral) puede jugar en la consecución de sus fines militares y políticos, de manera que, desde esa primera etapa, encontramos un aprovechamiento máximo de los recursos propios de los distintos tipos de discurso manejados.

En definitiva, si, como ha señalado M.^a del Carmen Martínez, en la vida de Cortés «la acción y la escritura caminaron a la par»¹, será necesario acercarnos en este capítulo a los orígenes de esa escritura y a su desarrollo durante esta primera y fundamental etapa para observar tanto los modelos retóricos que el conquistador debió poner en juego (en especial por lo que atañe a las relaciones dirigidas al monarca) como los recursos propios de dichos modelos

que caracterizarían a partir de entonces el discurso cortesiano.

AUSENCIA/PRESENCIA DEL YO EN LOS PRIMEROS DOCUMENTOS

Aunque pueda resultar paradójico, los dos textos que han sido considerados los primeros documentos directos de Cortés no están firmados (ni tal vez compuestos) por él: la ya citada Carta de Veracruz, concluida «a diez de Julio de mill y quinientos y dicenueve»², que sustituye en el Códice de Viena a la Primera relación supuestamente escrita por el conquistador (hoy perdida), y el texto publicado por José Luis Martínez como Instrucciones de Hernán Cortés a los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero enviados a España³, conservado sin fecha pero probablemente redactado en los primeros días de julio de 1519⁴, fueron firmados por los miembros del recién creado concejo de la Villa Rica de la Veracruz y en ellos se hace referencia a Cortés en tercera persona.

Ambos documentos forman parte de una estrategia de justificación que se vincula precisamente a la existencia de Veracruz como inicio de la aventura cortesiana, porque, como ha explicado Margo Glantz, la diferencia entre la expedición de Cortés y las que le precedieron en la exploración del territorio que él mismo bautizaría como la Nueva España «puede sintetizarse en esta disyuntiva: rescatar o poblar», esto es, en la decisión de no limitarse a comerciar como mandaba Velázquez en sus instrucciones, «trocar el objetivo de la expedición y, como afirman sus enemigos, ‘alzarse con el Armada’ para empezar a poblar» fundando una ciudad⁵.

La fundación de Veracruz (que suponía la desvinculación de Velázquez) contó con un cúmulo de documentos registrados ante escribano a partir de los cuales se pretendió legitimar la actuación de Cortés y sus hombres (toma de posesión del territorio, designación de los integrantes del cabildo, juramento de sus miembros...), entre los que destacan los confiados a Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero para ser presentados ante la corona española⁶. El envío de ambos procuradores a la península se vio envuelto en lo que M.^a del Carmen Martínez ha definido

como «una auténtica ‘fiebre de escrituras’»⁷ de la que conservamos, además de los citados, un tercer texto, la Petición y requerimiento al Cabildo de Veracruz presentada por el procurador Francisco Álvarez Chico en nombre de la comunidad (20 de junio de 1519)⁸, y que, según los testimonios de la época, incluyó asimismo otros tres escritos: una segunda carta del cabildo al monarca, «suscrita por los integrantes del concejo y los más principales del ejército», en la que «informaban al rey cómo guardarían la villa y la tierra que en su real nombre habían ganado»⁹; una carta de los soldados y capitanes al rey, de cuya existencia dan cuenta Bernal Díaz y Andrés de Tapia¹⁰, y una instrucción que Cortés debió enviar a su padre, en la que se basa el Memorial presentado al Real Consejo por don Martín Cortés de Monroy, padre de Hernán Cortés, en nombre de su hijo, de marzo de 1520¹¹. Ahora bien, ¿escribió además el propio Cortés por entonces una Primera relación que pretendió hacer llegar asimismo a la corte española a través de sus procuradores?

La existencia de la Primera relación queda atestiguada por el propio Cortés, quien se refiere a esta en diversos pasajes de la Segunda relación (en especial al principio, donde incluye un breve resumen¹²), pero también por Francisco López de Gómara¹³ (que pudo haberla leído antes de escribir su *Conquista de México*¹⁴) y por Bernal Díaz del Castillo (aunque este reconoce no haberla visto)¹⁵. A pesar de estos testimonios, la postura de los investigadores sobre si Cortés escribió o no una Primera relación no es unívoca: a favor de la existencia de una epístola redactada por Cortés se manifestaron José Toribio Medina, Julio Caillet-Bois¹⁶ o, posteriormente, José Manuel Pérez-Prendes, para el cual es precisamente la existencia de la Carta de Veracruz la que prueba la redacción de una carta personal del conquistador, en la medida en que el interés por establecer una disociación formal «entre la conducta de los fundadores y la actuación de Cortés» justificaría el envío de «dos cartas, una comunitaria y otra cortesiana»¹⁷. Contamos, sin embargo, con opiniones como la de José Valero Silva, quien considera que «aunque Cortés haya escrito la Primera carta de relación que se dice perdida, jamás pudo ni debió enviarla a sus soberanos» porque ello, legalmente, «hubiera significado preconstituir una prueba documental en su contra», ya que habría tenido que razonar su alzamiento contra Velázquez y hablar de la quinta parte del botín que se estaba adjudicando, dos temas que no

interesaba que conociera el rey¹⁸. Incluso contamos con soluciones intermedias como las de Anthony Pagden o Ángel Delgado, quienes suponen que Cortés debió escribir una carta privada donde exponía los hechos con suficiente extensión como para que pudiera referirse a ella más tarde como «relación» (volveré en breve sobre el término) y que, por ser privada, no se conservó junto al resto de los documentos públicos¹⁹.

Consideradas las argumentaciones señaladas (que, evidentemente, no son todas las propuestas por la crítica, pero sí resumen a grandes rasgos las principales posturas), por mi parte, no veo motivo fundado para no creer las palabras del propio Cortés sobre la escritura de una Primera relación. Lejos de constituir una prueba en su contra, la redacción de esta se hacía necesaria para completar esa estrategia de justificación que rodeó la fundación de Veracruz y su propio nombramiento como capitán general. Por una carta de Martín Cortés a su sobrino Francisco Núñez, publicada por M.^a Carmen Martínez en 2006, sabemos, además, que dicho documento «estuvo en manos del secretario Juan de Samano y que el padre de Cortés conservaba una copia»²⁰, e incluso de la carta que Carlos V dirige a Cortés en octubre de 1522, dándole instrucciones para el gobierno de la Nueva España, parece deducirse que por entonces tanto esta como la Segunda relación habían llegado a manos de monarca, ya que hace referencia a «vuestras Relaciones»²¹ cuando todavía no había podido acceder a la tercera (con la que Juan de Ribera llegó a Sevilla en noviembre de ese mismo año).

Cortés debió escribir, pues, en julio de 1519 directamente al rey (como debió escribir asimismo a su padre la citada instrucción para que intercediera por él en la corte). Ahora bien, el hecho de que dicho texto no haya sido localizado obliga a plantearnos una segunda cuestión: hasta qué punto pudo intervenir asimismo en la redacción de otros documentos compuestos durante esos meses, y especialmente de la Carta de Veracruz, lo cual justificaría que este escrito haya llegado a sustituir a la relación perdida en el estudio de la obra cortesiana.

La incorporación de la Carta de Veracruz al conjunto de las Cartas de relación no es cuestión baladí. Autores significativos como Ramón Iglesia o, más recientemente, Beatriz Pastor han descartado

el análisis de este texto como perteneciente a Cortés²². Sin embargo, en los trabajos ya clásicos de Victor Frankl o en la edición crítica de Ángel Delgado se defiende la autoría sobre este texto de un Hernán Cortés que quedaría oculto tras la firma de los miembros del Cabildo, planteando para ello una similitud de técnicas narrativas y de rasgos estilísticos con el resto de las Cartas de relación. Frankl (que considera a Cortés único autor de la Carta de Veracruz) señala, entre otros recursos compartidos con el resto de las Cartas, la forma en que se contraponen las figuras de Cortés y Velázquez, así como ciertos rasgos estilísticos como el «sabor latino» de las frases construidas con el verbo al final, la abundancia de subordinadas introducidas por «que» o los paralelismos y antítesis de los miembros de la oración²³. Delgado, por su parte, añade a las argumentaciones de Frankl el manejo común de recursos como la «puntual descripción de la geografía física y humana de las tierras descubiertas» o la importancia que se otorga en todos los textos a la Providencia, y también otros rasgos de estilo como el uso de largos períodos de subordinación causal, algunos anacolutos sintácticos y cierta torpeza en el uso de los pronombres relativos, pero descubre de igual forma algunas peculiaridades estilísticas que solo aparecen en la Carta de Veracruz (el loísmo, la referencia a Cuba como La Fernandina, la inexistencia de latinismos...), lo que le permite deducir que el texto, aunque diseñado por el propio Cortés, debió ser redactado por otras manos²⁴.

La argumentación de Delgado es sólida²⁵, y viene a dar fundamento crítico a la publicación conjunta de las cinco cartas que se ha venido realizando desde la edición de la BAE de 1852 hasta las de mayor difusión a lo largo del siglo XX (como las de Espasa-Calpe, Porrúa o Historia 16²⁶), así como en las traducciones contemporáneas de las Cartas de relación²⁷, pero el asunto exige cautela: como ha demostrado M.^a del Carmen Martínez, es cierto que el cotejo de la Carta de Veracruz con los otros dos escritos conservados que se redactaron por esas mismas fechas muestra que «al margen de que hubiese o no un redactor común, sí que hubo una inspiración común a todos ellos, incluso que unos se escribieron teniendo como referencia los otros» y que «bien pudo ser Cortés el autor que sirvió de pauta al resto», pero la misma autora advierte que «en el regimiento y en la armada había personas muy capaces»²⁸ que pudieron llevar a cabo la redacción de los

documentos; además, tanto la fecha como el contenido de la Petición y requerimiento al Cabildo de Veracruz obligarían «a reconsiderar el papel que tuvo la comunidad y a destacar el protagonismo del cabildo», que apoyó mayoritariamente la decisión de poblar²⁹. No debemos olvidar asimismo que testigos como Andrés de Tapia insisten en que, para la redacción de la Carta de Veracruz, «nos juntamos todos unánimes y dijimos al dicho marqués del Valle nuestro parecer [...] y de acuerdo de todos escribimos a S. M. el Emperador y rey nuestro señor, una carta firmada de todos o los más que había en compañía del marqués»³⁰. En definitiva, que los propósitos y planteamientos de Cortés estén detrás de estos documentos es más que probable; que fueran redactados de su mano, no tanto. Pero, por lo que respecta en concreto a la incorporación de la Carta de Veracruz a las Cartas de relación, cabe admitir que resulta útil metodológicamente, no solo porque se trata de un documento que nos informa sobre aspectos esenciales de un corpus que puede entenderse como unitario sino, sobre todo, porque hay en él una constante presencia del propio Cortés (mayor que en los otros dos textos³¹) gracias a la cual, como explica Liria Evangelista,

...el sujeto colectivo de la primera persona del plural comienza a dibujar la figura del héroe cortesiano, utilizando un «él» que lo refiere y a la vez lo distingue, otorgándole perfiles nítidos³².

La delimitación de esos perfiles (que, como veremos, serán corroborados a lo largo de la escritura cortesiana) tiene, además, una repercusión clave en la conformación de dicha figura heroica, ya que, cuando el 6 de agosto de 1520 Cortés firme en Tepeaca el poder otorgado a Juan Ochoa de Lejalde para que lo represente en todos sus pleitos y comparezca en su nombre ante la corona³³, podrá iniciar el mismo del siguiente modo: «Sepan cuantos esta carta vieren, cómo yo Hernando Cortés, capitán general e justicia mayor de la Nueva España del mar océano por el emperador e rey don Carlos e la reina doña Juana...»³⁴. En definitiva, gracias a la estrategia de Veracruz (y muy especialmente a la carta del cabildo que hoy sustituye a la Primera relación), el yo cortesiano va a

emerger un año más tarde en la escritura desligado de Velázquez e investido del poder militar y jurídico que le permitirá iniciar su aventura y firmar la relación que lo convertirá a un tiempo en autor y personaje histórico.

LA CARTA DE RELACIÓN: UN GÉNERO HÍBRIDO AL SERVICIO DE UN OBJETIVO MÚLTIPLE

Al igual que hicieran sus firmantes con la hoy denominada Carta de Veracruz³⁵, tanto la epístola perdida como los documentos cortesianos impresos en la década de 1520 fueron definidos siempre por su autor (y, según hemos visto, por su destinatario) como relaciones. Dicho término, presente en la Crónica de Indias desde sus inicios³⁶, se utilizó de manera habitual en el contexto que nos ocupa para hacer referencia a los informes sobre el nuevo territorio, sus habitantes y las acciones emprendidas respecto a los mismos que eran enviados al monarca o a sus representantes legales. Informes que gozaron de un amplio desarrollo a lo largo del siglo XVI con una funcionalidad diversa, pero que, en principio, fueron considerados en la época como textos oficiales que aspiraban asimismo a ofrecer un contenido de valor histórico, aspectos ambos que se reflejan de forma clara en las relaciones cortesianas³⁷.

En cuanto a la primera de las funciones citadas, hay que recordar que, desde el origen mismo de su escritura, las relaciones constituyeron para Cortés, ante todo, documentos de índole legal y pública³⁸. Cortés no solo asumió sino que aprovechó, como veremos, el carácter oficial de unos textos que llegarían a ser utilizados como prueba en el juicio de residencia al que el conquistador debió someterse por su labor en la gobernación de la Nueva España³⁹: sus relaciones demuestran que conocía las normas de la escritura jurídica y que las aplicó a través de la utilización de lo que podríamos definir como un «estilo legal»⁴⁰, cuyos recursos tenían el objetivo central de justificar el propio discurso y reafirmar su veracidad. Por otro lado, nuestro autor acompañó la Tercera, Cuarta y Quinta relación de cartas personales al rey que le permitieron insistir en las peticiones más importantes y aportar datos o juicios confidenciales (en palabras del propio Cortés, «otras cosas que conviene que Vuestra Excelencia sea avisado particularmente [...] sin que el vulgo de ellas participe»⁴¹), lo cual demuestra —como señala Ángel Delgado— que distinguía

claramente entre el carácter público de la relación y el privado de la carta⁴².

Por lo que respecta a la funcionalidad de la relación como documento histórico, que (unida a su abundante producción en el contexto americano) ha permitido incluso equiparar su importancia a la de la crónica o historia en el marco de la historiografía indiana⁴³, cabe advertir que la mayoría de documentos de este tipo apenas podrían asemejar su valor historiográfico al adquirido por los textos cortesianos ya en el mismo siglo XVI. Bastará recordar a este respecto cómo, en el prólogo a la segunda edición de su *Historia de las Indias* (1553), Francisco López de Gómara señaló a Hernán Cortés junto a Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo como autores que «han escrito mucho de Indias», y añadió: «Todos los demás que andan impresos escriben lo suyo y poco. Por lo cual no entran en el número de historiadores»⁴⁴. De hecho, la pervivencia en el tiempo de esa percepción que llevó a Gómara a incluir a Cortés en su exigua nómina de «historiadores de Indias» justificó a su vez que la primera edición mexicana de las tres cartas de relación entonces conocidas (la de Lorenzana de 1770) se publicara con el significativo título de *Historia de Nueva-España*, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés⁴⁵.

Que el propio Cortés tuvo conciencia de la importancia que en este sentido podrían adquirir sus relaciones (al menos por lo que se refiere a las tres publicadas) es algo que se deduce de la lectura de estos textos en los que se presenta a sí mismo como protagonista de una gran hazaña que le permitirá ingresar en la Historia y como narrador privilegiado de esos hechos, al modo de un nuevo Julio César escribiendo sus *Comentarios* a la guerra de las Galias. Autor y protagonista de su discurso histórico, Cortés se apropia de recursos retóricos de la historiografía (medieval y humanista) para la descripción tanto de los sucesos que narra como de su papel en los mismos.

A la hora de inscribir, sin embargo, estos escritos en un tipo textual concreto, fruto de una necesaria asimilación y transformación de modelos de la tradición peninsular, cabe detenerse en las primeras ediciones de la Segunda y la Tercera relación, impresas en Sevilla por Cromberger en 1522 y 1523 respectivamente, donde el

impresor decide matizar la definición dada por Cortés a los mismos utilizando el término carta de relación⁴⁶, que será con el que se conocerán en adelante⁴⁷. La expresión acuñada por Cromberger insiste en su carácter epistolar⁴⁸ y, con ello, los vincula a un género particular que se desarrolla en la península de forma especial durante la segunda mitad del siglo XV, sobre el cual contamos ya con estudios específicos como los de Pedro Cátedra⁴⁹. El análisis de un amplio corpus de epístolas de relación compuestas a lo largo de dicho siglo ha permitido a Cátedra afirmar que, si bien «las narraciones escritas de acontecimientos particulares, susceptibles de ser volcadas en la narración oficial o no oficial, hubieron de existir siempre», el «proceso de adquisición de una autonomía literaria y retórica» por el cual este tipo de narraciones se convierte en un subgénero epistolar tiene lugar en Castilla a partir del reinado de Juan II⁵⁰. Es en ese momento en el que aparecen de forma autónoma (bien copiadas literalmente en las crónicas, bien en misceláneas) estas relaciones que «suelen ser escritas al Rey o a un superior por parte de un noble o un superior destacado de su ejército, cuyas victorias se narran con detalle» y que, desde el punto de vista formal, incorporan los distintos elementos de la carta⁵¹. La difusión de relaciones de sucesos importantes a través de la imprenta llegó con el reinado de los Reyes Católicos (aquí debemos incluir las cartas colombinas), regularizándose y perfeccionándose el sistema de control sobre las mismas precisamente en los años en que se redactan y publican las relaciones cortesianas⁵².

La consolidación genérica de la carta de relación a fines del siglo XV explica el título elegido por Cromberger para publicar la Segunda y Tercera relación⁵³, epístolas dirigidas directamente al emperador Carlos V en las que se narra la hazaña histórica de la conquista de México y, por tanto, cuya temática, destinatario y estructura formal se corresponden con los de numerosos textos peninsulares del mismo tipo. Por otro lado, la insistencia en el carácter epistolar que se deduce de la expresión cartas de relación puede vincularse directamente con los propósitos del autor: Cortés, que demuestra conocer el *ars dictaminis* o arte epistolar⁵⁴, organiza su escritura de acuerdo a las normas retóricas del mismo, no solo por lo que respecta a las partes del discurso sino también a determinados recursos retóricos que están subordinados, además, tanto a los asuntos abordados como a la consideración del

particular destinatario al que van dirigidas.

En definitiva, a través de los términos utilizados en la época para definirlos, podemos observar cómo Cortés maneja en sus Cartas de relación al menos tres tipos de recursos⁵⁵: los pertenecientes a la escritura legal, que le sirven para justificar la propia escritura y también como forma de comprometerse con la veracidad de la misma; los de la epístola, que determinan la estructura formal del texto y organizan además el discurso en relación con su destinatario; y recursos de la historiografía, que tienen como finalidad ofrecer una interpretación global de ese gran hecho histórico que es la conquista del imperio azteca y la expansión del poder imperial en la Nueva España, pero también exaltar al autor-protagonista de semejante hazaña, configurando así su imagen de conquistador heroico⁵⁶. En el presente capítulo destacaré algunos aspectos referentes a los dos primeros tipos de recursos para centrarme más adelante en esa configuración de la imagen heroica que Cortés ofrece de sí mismo como personaje histórico.

«HACER VERDADERA RELACIÓN»: LA ESCRITURA LEGITIMADORA⁵⁷

A su partida de Santiago de Cuba en octubre de 1518, Cortés recibió unas precisas instrucciones de Diego Velázquez en las que se incluía la obligación de darle entera relación tanto de las tierras descubiertas como de sus habitantes:

...todo lo que hallardes en los dichos puertos haréis asentar en las cartas de los pilotos e a vuestro escribano en la relación que de las dichas islas e tierras habéis de hacer, señalando el nombre de cada uno de los dichos puertos e aguadas e de las provincias donde cada uno estuviere por manera que de todo hagáis muy cumplida y entera relación⁵⁸.

...ternéis mucho cuidado de inquerir e saber por todas las vías y formas que pudierdes, si los naturales de las dichas islas o de algunas dellas tengan alguna seta o creencia o rito o ceremonia [...] y de todo muy por extenso traeréis ante vuestro escribano entera relación por manera que se le pueda dar fe⁵⁹.

Menos de un año más tarde, sin embargo, los firmantes de la Carta de Veracruz, en lugar de enviar la obligada relación al gobernador de Cuba, se dirigieron directamente a la corona para informarle «voluntariamente» sobre los hechos acontecidos en la expedición: «Hemos querido hacer de todo esto relación a Vuestras Reales Altezas porque sepan lo que acá se ha hecho y el estado y manera en [que] quedamos»⁶⁰.

La decisión de los miembros del cabildo de trasladar su informe oficial de los acontecimientos directamente a la corona podía ser entendida como un acto de desobediencia a su representante legal⁶¹ y, sin embargo, se convirtió en una táctica clave para el triunfo de

la estrategia de Veracruz, ya que les permitió presentarse como fieles vasallos que ofrecían «la cierta y muy verdadera relación» de unos actos realizados en favor del imperio, cuya responsabilidad asumían a través de un documento oficial que, al menos aparentemente, no estaban obligados a redactar⁶². No debemos olvidar, además, que dicha estrategia incluyó otros documentos entre los que se encontraba la Primera relación cortesiana. Es por ello que los firmantes de Veracruz destacaron asimismo la especial voluntad de Cortés de hacer «particular» y «verdadera» relación sobre el territorio descubierto:

...mas como el dicho capitán Fernando Cortés esté tan inclinado al servicio de Vuestras Majestades y tenga voluntad de les hacer verdadera relación de lo que en la tierra hay, propuso de no pasar más adelante hasta saber el secreto de aquel río y pueblos⁶³.

Cortés, por su parte, al inicio de la Segunda relación, aludió a esta primera carta excusándose por no haber «tornado a relatar a Vuestra Majestad lo que después se ha hecho, de que después Dios sabe la pena que he tenido, porque he deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas desta tierra»⁶⁴.

Tanto la Carta de Veracruz como la Primera relación hoy perdida iniciaron así un compromiso de escritura que podríamos inscribir en lo que Valero Silva definió como el «legalismo» del conquistador⁶⁵, ya que la supuesta veracidad e imparcialidad de estas relaciones quedaba asegurada por su carácter legal, que las equiparaba desde el punto de vista jurídico a declaraciones juradas y que otorgaba a sus autores el papel de «relator», esto es, el de quien «refiere una causa bien y fielmente, sin daño de ninguna de las partes»⁶⁶.

Que Cortés y sus hombres aprovecharon el carácter legal de ambos textos precisamente para insistir en la veracidad de su relato lo pone de manifiesto la Carta de Veracruz en diversos pasajes donde se contraponen la falsedad de las relaciones anteriores a la verdad de esta nueva relación; cito solo dos ejemplos:

...las relaciones que hasta agora a Vuestras Majestades desta tierra se han hecho, así de la manera y riqueza della como de la forma en que fue descubierta y otras cosas que della se han dicho, no son ni han podido ser ciertas, porque nadie hasta agora las ha sabido, como será ésta que nosotros a Vuestras Reales Altezas enviamos⁶⁷.

Vuestras Reales Altezas pueden creer que todas las relaciones que desta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos dellas más de lo que por sus voluntades han querido escribir⁶⁸.

Ahora bien, el hecho de que esa insistencia en la «verdad» de lo relatado se refiera en estos ejemplos a la información sobre el nuevo territorio⁶⁹ y no a las acciones emprendidas en el mismo no debe engañarnos: es un recurso que predispone al lector hacia el aspecto esencial de esa supuesta veracidad del texto, que es, como se ha señalado, la lealtad de los firmantes y, especialmente, del propio Cortés a su rey, así como la legitimidad de sus acciones. De hecho, será esta «verdad» vinculada a la propia persona la que el conquistador defienda hasta la Quinta relación, en la que reconoce:

...porque mi deseo no es ni ha sido otro sino que Vuestra Cesaria Majestad sepa muy de cierto mi voluntad a su real servicio y se satisfaga muy de hecho de mí, que siempre le he dicho y diré verdad, no siento cosa que yo pudiese hacer con que mejor esto se manifestase que con hacer desta tan crecida renta servicio a Vuestra Majestad y hacerse ían a mi propósito muchas cosas, en especial que Vuestra Alteza perdiese ya esta sospecha que tan pública por acá está que Vuestra Majestad de mí tiene [...].Y aun para lo de acá pienso será Vuestra Majestad de mí muy servido, porque sabré como testigo de vista decir a Vuestra Celsitud lo que a su real servicio conviene que acá mande proveer y no podrá ser engañado por falsas relaciones⁷⁰.

A este respecto, resulta de especial interés la argumentación de Beatriz Pastor sobre la forma en que la utilización del documento legal por parte de Cortés se convierte en una estrategia para crear un marco pretendidamente objetivo y veraz a una narración que es esencialmente ficcional. Para Pastor, es precisamente gracias a su condición de documentos legales que las Cartas de relación entran en el ámbito de lo literario mediante una escritura que se orienta hacia la justificación de las propias acciones y la seducción del emperador hacia su causa, a través de un proceso de ficcionalización del discurso narrativo que dicha investigadora define a partir de dos ejes fundamentales: la transformación de la rebelión en servicio, esto es, la explicación convincente de por qué Cortés se ha lanzado a la conquista de las nuevas tierras sin la autorización de Diego Velázquez; y la transformación del rebelde en modelo, es decir, la creación de una imagen de sí mismo como héroe que se sitúa en el punto de convergencia entre la concepción medieval del vasallo y la renacentista del perfecto gobernante. De este modo, propone la autora,

Al elegir narrar dentro del marco documental de la relación una versión personal y mitificadora de la conquista de México, Cortés rompe los límites del discurso de la «historia de verdad» y los vacía de contenido, convirtiendo sus formas en una convención literaria que es parte integrante de la estructura narrativa del discurso fundamentalmente ficcional que introducen y configuran⁷¹.

El planteamiento de Pastor sobre la utilización del documento legal (y, por tanto, supuestamente veraz) como marco para la escritura le lleva a proponer una caracterización «literaria» de las Cartas de relación y, a partir de ella, los rasgos concretos que van a definir la imagen heroica de su autor-protagonista. Así pues, será necesario volver más adelante sobre su argumentación (aunque matizándola) para intentar analizar de manera más detenida dichos rasgos. Me interesa ahora, sin embargo, completar el examen del vínculo entre escritura y acción conquistadora logrado a través del informe público con otro matiz que me parece revelador: hacer «verdadera relación» (esto es, convertirse en «relator») no solo asegura la

legitimidad de las propias acciones ante el privilegiado destinatario que debe juzgarlas sino que sirve para justificar la empresa misma del descubrimiento y conquista. En este sentido, si «dar relación» es uno de los principales objetivos de toda la labor de exploración descrita a lo largo de las cinco cartas⁷², dicha obligación llega a convertirse en una estrategia fundamental para penetrar (y conquistar) el imperio de Moctezuma. Así aparece ya en la Carta de Veracruz:

Otro día de mañana luego siguiente venieron a nosotros ciertos indios en un[a] canoa y trajeron ciertas gallinas y un poco de maíz, que habría para comer [...], y dijiéronnos que tomásemos aquello y que nos fuésemos de su tierra. Y el capitán les habló con los intérpetres que teníamos y les dio a entender que en ninguna manera él se había de partir de aquella tierra hasta saber el secreto della para poder escribir a Vuestra Sacra Majestad verdadera relación della⁷³;

y queda establecido de forma clara en la Segunda relación, donde el recurso va a ser aprovechado en diversas situaciones clave: primero, Cortés utiliza el argumento ante los enviados de Moctezuma que pretenden evitar su penetración en la capital azteca:

Yo le respondí que la ida a su tierra no se podía escusar porque había de inviar dél y della relación a Vuestra Majestad⁷⁴.

Y a su embajada le respondí que si en mi mano fuera volverme que yo lo hiciera por facer placer a Muteezuma, pero que yo había venido en esta tierra por mandado de Vuestra Majestad y que de la prencipal cosa que della me mandó le hiciese relación fue del dicho Muteezuma y de aquella su grand cibdad, de la cual y dél había mucho tiempo que Vuestra Alteza tenía noticia⁷⁵;

una vez en México-Tenochtitlan, la relación que debe hacer a su rey —en este caso de la muerte de cuatro españoles a manos de Cuahpopoca— será asimismo el pretexto para la prisión de Moctezuma, hábil acción política que le dará el poder sobre todo el imperio (al menos temporalmente)⁷⁶:

...le dije al dicho Muteezuma que yo le agradecía la deligencia que ponía en la presión de aquellos, porque yo había de dar cuenta a Vuestra Alteza de aquellos españoles y que restaba para yo dalla que él estuviese en mi posada fasta tanto que la verdad más se aclarase y se supiese él ser sin culpa⁷⁷;

y a los pocos días, aunque poco verosímil, el pretexto servirá a su vez para llevar a cabo el saqueo del oro conservado en el palacio:

Después que yo conocí dél muy por entero tener mucho deseo al servicio de Vuestra Alteza, le rogué que porque más enteramente yo pudiese hacer relación a Vuestra Majestad de las cosas desta tierra, que me mostrase las minas de donde se sacaba el oro⁷⁸.

Vuelvo, sin embargo, a la narración que ofrece Cortés de la prisión del monarca azteca para observar un último aspecto en torno a la función legitimadora de la relación en la escritura cortesiana que considero necesario abordar algo más detenidamente. Porque el pasaje continúa:

Y cerca desto pasamos muchas pláticas y razones que serían largas para las escrebir y aun para dar cuenta dellas a Vuestra Alteza algo prolijas y también no sustanciales para el caso, y por tanto no diré más de que finalmente él dijo que le placía de se ir conmigo y mandó luego ir a adrezar el aposentamiento donde él quiso estar, el cual fue muy presto y muy bien adrezado⁷⁹.

Como vemos, Cortés decide aquí la información de la que debe «dar cuenta» arrogándose la capacidad de selección sobre lo que el rey debe saber y evitando, por tanto, las «largas», «prolijas» y «no sustanciales» palabras que intercambia con Moctezuma, de modo que, sin necesidad de reproducir el discurso, la relación consigna a un tiempo lo fundamental de las palabras del monarca azteca y la capacidad persuasiva de Cortés. El pasaje me parece válido para comprender cómo el documento legal, de forma metatextual, registra y autentifica la existencia o el contenido de otros discursos propios y ajenos, orales o escritos, que se incorporan así a la escritura cortesiana, recurso a mi juicio fundamental en las Cartas que intentaré caracterizar a través de algunos ejemplos concretos:

a) De la plática del «misionero» a la arenga del soldado

La presencia del propio discurso oral en las Cartas de relación sirve a menudo a Cortés para exhibir sus cualidades como orador en dos ámbitos fundamentales: el religioso y el militar. El primero de estos ámbitos es especialmente destacado en la Segunda relación (que recoge sus primeros contactos con la religión náhuatl) y en la Quinta (donde, a falta de una verdadera conquista, Cortés describe al rey su tarea civilizadora entre la población indígena). Me detengo en un pasaje de la Segunda relación en el que de nuevo nos enfrentamos a los cuestionables límites entre verdad y ficción que este recurso genera: el parlamento que dirige el conquistador a Moctezuma y sus súbditos durante el derrocamiento de ídolos del Templo Mayor; en él, Cortés se muestra a sí mismo transformado en un auténtico misionero capaz de adoctrinar y casi convertir con su prédica a Moctezuma y los señores que lo acompañan:

Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos [...].Y les dije todo lo demás que yo en este caso supe para los desviar de sus idolatrías y atraer

al conocimiento de Dios Nuestro Señor. Y todos, en especial el dicho Muteezuma, me respondieron [...] que bien creían que podían estar errados en algo de aquello que tenían por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido sabría las cosas que debían tener y creer mejor que no ellos, que se las dijese e hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor⁸⁰.

Esta versión de los hechos, que incluso finaliza con la colaboración del propio Moctezuma «hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante», resulta poco verosímil, sobre todo si la comparamos con la que ofrece Bernal Díaz del Castillo en su Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, donde el monarca azteca responde de forma tan vehemente que Cortés debe retractarse de sus palabras:

Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: «Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habíais de decir, no te mostrara mis dioses [...]. Lo que os ruego es que no se digan otras palabras en su deshonor». Y desde que aquello le oyó nuestro capitán y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: «Hora es que vuestra merced y nosotros nos vamos»; y el Montezuma respondió que era bien, e que porque él tenía que rezar e hacer cierto sacrificio en recompensa del gran tlatlacol, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran cú [...]. Y Cortés le dijo: «Pues que así es, perdone, señor»⁸¹.

Hay además otra diferencia significativa entre ambos autores a este propósito, porque, mientras de la obra de Cortés parece deducirse que este es su primer intento de conversión del monarca azteca, Bernal incluye dos tentativas previas: la que tiene lugar como parte de la primera entrevista entre el conquistador y Moctezuma⁸² y la que se desarrolla con motivo del segundo encuentro entre ambos, donde Cortés pronuncia un verdadero «sermón» que, sin embargo,

parece adelantar el fracaso sufrido días más tarde en el Templo Mayor:

...le dijo, muy bien dado a entender, de la creación del mundo, e cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se decían Adán y Eva; e como a tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden a vivas llamas, nos envió para que esto que ha oído lo remedie, y no adoren aquellos ídolos ni les sacrifiquen más indios ni indias, pues todos somos hermanos, ni consienta sodomías ni robos; y más les dijo, que el tiempo andando enviaría nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo den a entender [...]. Y porque pareció que Montezuma quería responder, cesó Cortés la plática, y dijo a todos nosotros que con él fuimos: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque»⁸³.

En definitiva, frente a los frustrados intentos de evangelización recogidos por Bernal (quien recuerda incluso, a propósito del parlamento de Cortés en el Templo Mayor, que ni siquiera fray Bartolomé de Olmedo estaba convencido de su oportunidad⁸⁴), el conquistador se presenta a sí mismo triunfando en su papel misional⁸⁵ al lograr en un único discurso el beneplácito de Moctezuma; beneplácito que, dada la fidelidad y veracidad que asegura su «relación», no puede ponerse en duda⁸⁶. Al menos respecto a este pasaje, habrá que admitir que, gracias al marco de veracidad ofrecido por el texto legal, el autor va a poder alterar en el discurso escrito tanto el contexto como las consecuencias de un discurso oral que se supone traslada puntualmente.

Bastante más fiel a los hechos resulta ser Cortés en las Cartas cuando se refiere a sus dotes oratorias en el ámbito militar, si consideramos el testimonio de quienes le conocieron (entre ellos el propio Bernal, que se refiere en alguna ocasión a su «lindo estilo y plática»⁸⁷). De forma sintética y moderada, el conquistador recoge las arengas dirigidas a sus soldados en momentos claves de la

conquista como el enfrentamiento definitivo con los tlaxcaltecas (Segunda relación), la construcción de los bergantines para el asedio a Tenochtitlan o el ataque final a la capital azteca (Tercera relación⁸⁸). Cabe advertir, sin embargo, que el contexto en el que pronunció las dos últimas pláticas —un alarde militar que se convirtió, en ambos casos, en «puesta en escena» del poderío español por parte de las propias huestes— fue mucho más favorable que el de su parlamento ante el grupo de soldados que reclamaba la vuelta a Cuba tras la dura batalla con los tlaxcaltecas. Este último, como ha señalado Ángel Delgado, «fue uno de los discursos cruciales de Cortés a sus hombres, en el que hubo de echar mano de todas sus habilidades retóricas»⁸⁹; así, explica el relator sobre dicho parlamento:

...yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de Vuestra Alteza y que jamás en los españoles en ninguna parte hobo falta, y que estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo y que demás de facer lo que a cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó; y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte y que a él ninguna cosa es imposible, y que lo viesen por las vitorias que habíamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos y de los nuestros ningunos. Y les dije otras cosas que me pareció decirles desta calidad, que con ellas y con el real favor de Vuestra Alteza cobraron mucho ánimo y los atraje a mi propósito y a facer lo que yo deseaba, que era dar fin a mi demanda comenzada⁹⁰.

La versión que ofrece el conquistador sí es corroborada en este caso por Bernal, quien recoge el discurso de manera mucho más extensa incorporando incluso su papel y el de otros soldados a favor de los argumentos del capitán y, sobre todo, consignando la capacidad de convicción y la autoridad de Cortés, quien comienza «respondiendo muy mansamente», pero, ante las vacilaciones de sus hombres, acaba sentenciando «medio enojado, que valía más morir por

buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados»; después de ese día —añade Bernal—, a pesar de que algunos «murmuraban de Cortés e le maldecían [...], todos obedecieron muy bien»⁹¹.

El pasaje de Cortés es más escueto: el conquistador selecciona (al igual que en los ejemplos anteriores) la información que considera debe conocer su destinatario, cita solo los argumentos fundamentales de su plática⁹² e insiste especialmente en el resultado favorable de sus palabras, esto es, la continuidad de la empresa conquistadora en un momento en el que hubiera sido posible una verdadera rebelión por parte de sus hombres. Además, el tono de su narración es mucho más moderado que el de Bernal, no solo porque este es (como veremos) un rasgo estilístico de las Cartas de relación sino sobre todo porque Cortés no necesita justificar demasiado su discurso: los acontecimientos posteriores, esto es, la llegada a la capital azteca y la prisión de Moctezuma, demuestran lo acertado de sus argumentos y la fidelidad de sus hombres; y, en cualquier caso, el lector ni siquiera tendrá que avanzar tanto en el discurso para creer al conquistador, ya que él mismo narra inmediatamente después de este pasaje la rendición de Xicoténcatl y, con ella, el principio de la crucial colaboración de los tlaxcaltecas con el ejército español⁹³. En definitiva, la incorporación del parlamento no solo da cuenta de la capacidad persuasiva de Cortés en el seno del relato sino también —como señala Díaz Balsera— de su poder de convicción como relator:

Al Cortés afirmar que logra como capitán persuadir a sus soldados, el lector puede juzgar el grado de credibilidad que merece como cronista sin tener que salir fuera del texto. Mientras más o menos persuasivo sea Cortés contando su éxito persuasivo como capitán, tanta credibilidad ganará este pasaje como testimonio de su alegado liderazgo⁹⁴.

b) Las escrituras de fundación o la fundación a través de la escritura

Si la inscripción del propio discurso oral en las relaciones tiene como función esencial insistir en las dotes persuasivas de Cortés para la conquista espiritual y militar, la de diversos discursos escritos adquiere todavía una mayor importancia en la medida en que convierte la relación en testimonio fiel (y en ocasiones único) tanto de la existencia como del contenido de otros textos fundamentales para su tarea conquistadora. En efecto, ya al inicio de la Segunda Relación el conquistador suplica a su rey

...me mande perdonar [...] si no acertare algunos nombres así de cibdades y villas como de señoríos dellas que a Vuestra Majestad han ofrescido su servicio y dádose por sus súbditos y vasallos, porque en cierto infortunio agora nuevamente acaescido, de que adelante en el proceso a Vuestra Alteza daré entera cuenta, se me perdieron todas las escrituras y abtos que con los naturales destas tierras yo he hecho y otras cosas muchas⁹⁵.

Una vez más, Cortés se muestra especialmente interesado en presentarse ante su rey como atento cumplidor de la legalidad, sobre todo respecto al que va a ser el mejor argumento a favor de su actuación: la ampliación del imperio. En este sentido, además de sus continuas lecturas ante escribano del requerimiento⁹⁶ (que resultan ser tan infructuosas como las reflejadas por otros muchos cronistas⁹⁷), el conquistador cita los actos de vasallaje de los distintos pueblos sometidos⁹⁸. Ahora bien, junto a estas «escrituras y abtos» registrados «con los naturales destas tierras», Cortés consignará asimismo otros documentos substanciales para los intereses de la corona: los concernientes a la creación de ciudades españolas, siendo el primero de ellos, también por su importancia para el desarrollo posterior de los hechos, el referido a la ya citada fundación de Veracruz⁹⁹.

La profunda significación de este documento ha sido destacada por Margo Glantz cuando recuerda que en realidad Veracruz es una ciudad imaginaria solo materializada a través de la escritura. Al

fundar la Villa Rica de la Vera Cruz,

Cortés delimita una jurisdicción citadina, un ente imaginario sin sustancia de facto, de bulto, cuya realidad proviene de una legalidad ficticia respaldada por oficiales nombrados por él, quienes, como la misma ciudad, son el producto de un acto de escritura pergeñada por el Conquistador¹⁰⁰.

Cuando los miembros del Cabildo dan cuenta de esta fundación en la carta enviada desde «esta tierra de la Rica Villa de la Vera Cruz donde nosotros en nombre de Vuestras Reales Altezas estamos»¹⁰¹, aseguran la legitimidad de la empresa porque legalizan a su vez el nombramiento de Cortés como capitán general, «lo que le confiere la autoridad que necesita para poblar-conquistar»¹⁰². Ahora bien, lo que resulta más significativo a nuestro propósito es que la Carta de Veracruz constituye además la primera prueba escrita de dicha fundación. El acta correspondiente debió perderse durante la huida de la Noche Triste junto al resto de documentos a que hace referencia Cortés en la Segunda relación, pero lo curioso es que los miembros del Cabildo no hacen alusión explícita a ella en su explicación al emperador:

...luego [Hernán Cortés] comenzó con gran diligencia a poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Vera Cruz. Y nombrónos a los que la presente carta escribimos por alcaldes y regidores de la dicha villa, y en nombre de Vuestras Reales Altezas rescibió de nosotros el juramento y solemnidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer. Después de lo cual, otro día siguiente entramos en nuestro cabildo y ayuntamiento¹⁰³.

Aunque sin duda debió haberse redactado, al igual que otros «autos» que dieron cuenta posteriormente de la fundación de distintas ciudades¹⁰⁴, lo cierto es que uno de los documentos más

importantes de la hazaña cortesiana permanece solo como una sombra, ni siquiera avalado por los firmantes de la Carta de Veracruz. Y es precisamente esa ausencia la que da un valor especial a dicha carta, no como garante de otro texto (a pesar de que así pueda y deba deducirse del pasaje citado) sino como único «texto legal» que confirma el controvertido acto de fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz. Si, como sugiere Glantz, «inscribirla en el papel la crea, le da vida»¹⁰⁵, será necesario admitir que, tal como ha llegado hasta nosotros, esa «ciudad escriturada» es creada en el marco testimonial de la relación.

c) El discurso de Moctezuma: el testimonio que genera nuevos vínculos

106

El valor testimonial de las Cartas de relación solo es tal en la medida en que cumplen la función de informar (y seducir) a su destinatario único, Carlos V. La presencia constante del monarca (explícita o implícita) determina tanto la forma en que el conquistador inscribe en ellas su propio discurso como el modo en que registra el de otros, y muy especialmente el de ese otro cuyo poder pretende someter al de la corona española: el gran monarca Moctezuma. Es en este sentido en el que me parece necesario volver una vez más a su figura, deteniéndome ahora en la narración que ofrece el conquistador de ese momento esencial que es el discurso de bienvenida que el monarca azteca le dirige a su llegada a Tenochtitlan, para intentar demostrar que las palabras que Cortés atribuye al gran tlatoani, abundantemente citadas por la crítica a propósito de la vinculación entre la llegada del conquistador y el mito del regreso del dios Quetzalcóatl, pueden ser contempladas asimismo como un pasaje clave en el juego de relaciones que el autor establece entre Carlos V, Moctezuma y él mismo.

Narra Cortés en su Segunda relación que, una vez aposentado en el palacio de Moctezuma, este se dirigió a él para explicarle:

Muchos días ha que por nuestras escripturas tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, sino estranjeros y venidos a ellas de partes muy estrañas. Y tenemos ansimesmo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza [...]. Y siempre hemos tenido que los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos¹⁰⁷;

y que, a continuación, le ofreció el gobierno de su territorio en los siguientes términos:

...bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedescido y fecho. Y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer. Y pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido¹⁰⁸.

Aunque el conquistador no cite explícitamente al dios Quetzalcóatl ni en este ni en ningún otro momento de la relación (como sí lo hará más tarde Gómara¹⁰⁹), su texto es el primero de los numerosos testimonios de la época sobre la identificación de la llegada de Cortés y los suyos con la vuelta del dios indígena, tal como puso de relieve ya hace algunas décadas Miguel León-Portilla en un artículo titulado «Quetzalcóatl-Cortés en la conquista de México»¹¹⁰ en el que, a partir del análisis de las distintas fuentes españolas e indígenas que recogieron tanto este discurso como otros pasajes vinculados al argumento¹¹¹, concluyó que la identificación entre Cortés y Quetzalcóatl existió verdaderamente entre la población mexica al menos hasta la Matanza del Templo Mayor, que el conquistador tuvo conocimiento de esta identificación aun antes de su encuentro con Moctezuma (ya que, según los informantes de

Sahagún, cuando desembarcó en las costas de Veracruz fue ataviado con las insignias de Quetzalcóatl y se le dijo que esas insignias se las daba «el que ocupa tu lugar, Moctezuma»¹¹² y que supo aprovechar esta identificación desde su primera entrevista con los enviados del monarca azteca (y, por tanto, también una vez llegado a México).

Interpretaciones posteriores del pasaje se han centrado en el grado de participación de Cortés en esta identificación, matizando, en cierto modo, la teoría de León-Portilla. Así, para Todorov, Cortés tuvo un papel activo en la elaboración del mito de Quetzalcóatl, ya que, aunque no se puede asegurar que la identificación fuera una obra suya, sí cabría pensar que el conquistador organizó los datos para transformar ese mito del pasado un tanto marginal en un nuevo mito cierto que además atribuyó al propio Moctezuma¹¹³. En esta misma línea, pero con un mayor aporte documental, algunos trabajos posteriores de Antonio Aimi proponen que el retorno de Quetzalcóatl es un mito inventado por Cortés, quien, consciente de la posibilidad de ser asociado con Quetzalcóatl, enfatizó este elemento secundario de las profecías indígenas con el fin de justificar ante el emperador el hecho de no haber hecho uso del requerimiento; más tarde, la idea del retorno del dios habría sido asimilada por los propios mexicas y transmitida en sus fuentes ¹¹⁴.

En realidad, las tesis de Todorov o Aimi no son del todo novedosas: varias décadas antes, Victor Frankl había atribuido ya a Cortés un papel esencial en la invención del mito del regreso de Quetzalcóatl, aunque desde una interpretación muy distinta del supuesto parlamento de Moctezuma (rebatida a su vez por León-Portilla en el artículo ya citado): para él, el llamado «mito de Quetzalcóatl» no fue previo sino posterior a la llegada de los españoles, nacido, por un lado, de las trágicas consecuencias de la conquista y, por otro, de ese supuesto discurso de Moctezuma que habría sido enteramente inventado por Cortés en su relación. Para Frankl,

...la protohistoria azteca de la Segunda relación consiste en una ficción de Cortés con fines políticos [...] [que] confiere al dominio de Carlos V sobre México un fundamento jurídico similar al fundamento de su poder sobre el Imperio alemán: una combinación entre una especie de derecho consuetudinario de herencia y el

reconocimiento por los príncipes (la «elección»)¹¹⁵.

Es difícil aceptar que Cortés pudiera «inventar» sin más un discurso con claros elementos indígenas como el pronunciado por Moctezuma, por lo que cabría convenir con León-Portilla que el punto de partida de esta tesis no se sostiene y que, por tanto, el gran tlatoani sí pronunció un parlamento sobre profecías autóctonas coincidente en sus líneas generales con el consignado por Cortés y el resto de las fuentes. Pero lo que me interesa destacar ahora del trabajo del investigador austríaco es cómo pone de relieve un matiz importante (citado también, aunque muy superficialmente, por León-Portilla) que la crítica posterior ha ido relegando: dicho discurso, tal como es recogido por Cortés, no propone una identificación entre el dios y el conquistador, como sí hacen los informantes de Sahagún, sino entre Quetzalcóatl y Carlos V¹¹⁶, lo cual tiene —como advierte Frankl— consecuencias políticas evidentes. En efecto, si volvemos a la versión ofrecida por Cortés, podremos observar la particular manera en que este presenta la creencia del mito por parte de Moctezuma:

...tenemos ansimesmo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza [...].Y siempre hemos tenido que los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos, y según de la parte que vos decís que venís, que es hacia a do sale el sol, y las cosas que decís dese grand señor o rey que acá os invió, creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural, en especial que nos decís que él ha muchos días que tenía noticia de nosotros. Y por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar dese gran señor que decís, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno¹¹⁷.

La identificación del dios con el monarca español en el texto es indudable, pero además Cortés se apresura a añadir: «Yo le respondí a todo lo que me dijo satisfaciendo a aquello que me pareció que

convenía, en especial en hacerle creer que Vuestra Majestad era a quien ellos esperaban»¹¹⁸.

De acuerdo a la documentación existente, no es posible afirmar si Moctezuma realizó efectivamente esta identificación entre su dios y Carlos V, como muestra Cortés (y aceptan, entre otros, historiadores como Ramón Iglesia¹¹⁹) o si, como consta en el Códice Florentino¹²⁰, los indígenas lo identificaron en un principio con Cortés, y, por tanto, fue este quien «reinterpretó» el mito en favor del monarca español¹²¹, pero me inclino a aceptar que, como propone Pérez-Prendes, la lealtad al emperador obligó a Cortés a reorientar la identificación inicial con su persona hacia Carlos V, más allá incluso de la escritura¹²². En favor de esta última tesis, es posible acudir al testimonio de Bernal Díaz del Castillo, quien no alude en ningún momento al monarca español en su recreación del parlamento de Moctezuma y, sin embargo, lo convierte en el centro de la respuesta de Cortés al gran señor azteca:

...luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, e dijo que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos caballeros tan esforzados, como era el capitán Cortés y todos nosotros, e que había dos años que tuvo noticia de otro capitán que vino a lo de Champoton, e también el año pasado le trajeron nuevas de otro capitán que vino con cuatro navíos, e que siempre lo deseó ver, e que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habían dicho, que vendrían hombres de hacia donde sale el sol a señorear aquestas tierras, y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos lo de Potonchán y Tabasco y con los tlascaltecas: porque todas las batallas se las trajeron pintadas al natural. Cortés le respondió con nuestras lenguas, que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recibidas de cada día, e que ciertamente veníamos de donde sale el sol, y somos vasallos y criados de un gran señor que se dice el emperador don Carlos, que tiene sujetos a sí muchos y grandes príncipes¹²³.

Creo que la importancia del pasaje justifica la extensión de esta cita en la que no solo se muestra a Moctezuma convencido de que los españoles «somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habían dicho» (el plural en Bernal es inevitable) sino también a un Cortés preocupado por trasladar el mito del retorno de Quetzalcóatl a la figura de su monarca. El texto cortesiano supondría un paso más, en la medida en que Cortés se presenta ya en el discurso mismo de Moctezuma como enviado de Quetzalcoátl-Carlos V, aunque pone buen cuidado, eso sí, en mostrarse como el único y verdadero representante del «gran señor» español: por eso omite cualquier referencia a exploraciones anteriores (según Bernal, como hemos visto, Moctezuma explicó a Cortés «que había dos años que tuvo noticia de otro capitán que vino a lo de Champoton, e también el año pasado le trajeron nuevas de otro capitán que vino con cuatro navíos», lo cual, fuera expresado o no en el discurso, era cierto) e insiste en su versión en que es a él a quien Moctezuma promete obedecer y tener «por señor en lugar dese gran señor que decís».

Los términos en los que, según el conquistador, Moctezuma (ya preso) se expresa días después ante sus súbditos ratifican esta misma consideración tanto de Cortés como del rey español por parte del tlatoani:

...segund las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey y señor que le invió acá y segund la parte de donde él dice que viene, tengo por cierto, y ansí lo debéis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos [...]; mucho os ruego, pues a todos os es notorio todo esto, que así como hasta aquí a mí me habéis tenido y obedescido por señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este grand rey pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengáis a éste su capitán¹²⁴;

siendo la consecuencia de todo ello el acto de vasallaje de los nobles aztecas, puntualmente trasladado ante escribano¹²⁵ (aunque, como los anteriores, acabe formando parte de los escritos perdidos en la retirada de la Noche Triste), que va a asegurar

(temporalmente) el poder sobre todo el territorio.

Al incorporar en los términos señalados la descripción de su encuentro con Moctezuma, y al añadir más tarde el discurso de obediencia pronunciado ante sus nobles, Cortés reafirma el vínculo que lo une a su señor como leal vasallo, afianzando así un objetivo básico de las Cartas de relación. Ahora bien, si, como venimos señalando, estas certifican como discurso legal tanto el contenido como la existencia de otros discursos inscritos en el texto y, por tanto, del discurso de obediencia de Moctezuma, podremos observar cómo Cortés no solo presenta sino que legitima a través de la escritura un nuevo vínculo: el de Moctezuma con Carlos V. De este modo, el fiel embajador incorpora legalmente el territorio azteca al imperio español, creando así además el marco jurídico que podría justificar la guerra contra dicho territorio en caso de que (como ocurrió tras la Matanza del Templo Mayor) los aztecas no aceptaran la abdicación de su monarca.

En definitiva, la narración que hace Cortés de su encuentro con Moctezuma en esta Segunda relación puede interpretarse como una muestra de la forma en que el autor se plasma en su escritura como instrumento de la corona española, esto es, como imprescindible nexo de unión entre su rey y el gran señor azteca al que ha logrado someter de forma pacífica (al igual que hará más tarde por las armas con el para entonces ya «rebelde» Cuauhtémoc). Una vez más, Cortés pone en práctica ese «proceso de seducción» al que se refería Beatriz Pastor al mostrarse como fiel vasallo que coloca todo un imperio a los pies del «dios» Carlos V, destinatario y eje central de la escritura de las Cartas.

LOS RECURSOS DE LA EPÍSTOLA

Para comprender de forma más cabal el particular manejo de la epístola por parte de Cortés, tanto en las Cartas de relación como en otros diversos documentos redactados desde el inicio de su escritura pública, es necesario considerar la singular relevancia que adquiere la carta, como tipo de discurso escrito, durante el siglo XVI, período en el que confluyen —como señala Simón Valcárcel— «la tradición clásica, medieval y humanista»¹²⁶. Los numerosos manuales publicados a finales del siglo XV y comienzos del XVI que siguen el modelo medieval¹²⁷ van siendo sustituidos por una nueva forma de entender el arte de escribir cartas difundida fundamentalmente a través de los *De conscribendi epistolis* de Erasmo de Rotterdam y el español Juan Luis Vives; dichos tratados, sin embargo, se centran más en el contenido y estilo de la carta como género literario que en su estructura, y, en la práctica, las cartas oficiales mantienen en lo fundamental las normas del *ars dictaminis*¹²⁸.

Coetáneas de textos preceptivos que no pudo conocer (las primeras ediciones de los *De conscribendi epistolis* de Erasmo y Vives son de 1522 y 1536 respectivamente¹²⁹), las cartas redactadas por Cortés reflejan, en cualquier caso, su pertenencia a esta época de transición hacia las formas renacentistas: para Rocío Oviedo, es posible observar en las Cartas de relación cortesianas rasgos propios de la nueva corriente como el clasicismo, el valor que se concede a la experiencia personal, la ocasión de manifestar la conciencia del individuo, el acercamiento al lector y «la libertad expresiva que adopta la carta, como manifestación de lo personal no literario», pero también características todavía medievales como el léxico farragoso, cierta falta de adjetivación o la reiteración de frases¹³⁰. Es medieval asimismo, como en el resto de cartas oficiales de la época, la estructura formal de acuerdo al *ars dictaminis*, que distingue cinco partes del discurso: *salutatio*, *exordium* o *captatio benevolentiae*, *narratio*, *petitio* y *conclusio*¹³¹. De hecho, si bien en toda carta de relación las dos partes fundamentales son la *narratio* y la *petitio*¹³², Cortés presta también una atención muy especial a los

elementos iniciales y finales, habida cuenta del singular destinatario al que van dirigidas.

Por lo que se refiere a la salutatio, las tres cartas de relación publicadas utilizan con ligeras variantes una misma fórmula, «Muy Alto y Poderoso y Muy Católico Príncipe, Invitísimo Emperador y Señor Nuestro»¹³³, tratamiento «enfático y hasta un punto grandilocuente», en palabras de Valcárcel, para quien resulta un poco inesperado el «lacónico Sacra Católica Cesárea Majestad» de la Quinta relación¹³⁴. En mi opinión, este cambio en el encabezamiento (apreciable en las cartas privadas dirigidas asimismo al monarca a partir de la de 1524, que acompaña a la Cuarta relación)¹³⁵ resulta significativo en otro sentido, ya que, si bien podría mostrar cierto abandono del tono elevado propio de las relaciones anteriores, lo que refleja es sobre todo un intento de ponerse al día sobre el trato que debía otorgarse al emperador, tal como se deduce del cotejo entre sus cartas y otras conservadas en la época¹³⁶ y corrobora el hecho de que, una vez fijada, la fórmula se reitera hasta la última carta privada dirigida a Carlos V, de 1544¹³⁷.

En cuanto a la despedida, esta se repite tanto en las Cartas de relación (desde la Segunda hasta la Cuarta) como en las cartas privadas con ligeras variantes (tal vez la más llamativa sea la eliminación del calificativo «Excelentísimo Príncipe» presente en la Segunda relación) que la perfeccionan hasta llegar a un párrafo casi invariable de 1524 en adelante:

Invictísimo César, Dios Nuestro Señor la imperial persona de Vuestra Majestad guarde y con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos por muy largos tiempos en su santo servicio prospere y conserve con todo lo demás que por Vuestra Alteza se desea¹³⁸.

Se trata de nuevo de una fórmula habitual en la época¹³⁹, que Cortés utiliza (variando el tratamiento de su destinatario) cuando escribe a otras personas¹⁴⁰, a la que añade un párrafo final:

De Vuestra Sacra Majestad muy humill siervo y vasallo, que los muy reales pies y manos de Vuestra Majestad besa¹⁴¹,

expresión también codificada¹⁴², reproducida de forma casi invariable en sus cartas privadas al monarca¹⁴³, con la que incide en el papel mismo de la escritura como símbolo de vasallaje¹⁴⁴ y que solo volvemos a encontrar (con las debidas modificaciones) como manifestación de respeto en las cartas dirigidas por esos mismos años a su padre, Martín Cortés: «De vuestra merced muy humilde hijo que las manos de vuestra merced besa»¹⁴⁵.

Si atendemos al resto de elementos de la epístola, los rasgos propios del género se observan ya en la Carta de Veracruz, en la que, como se recordará, el objetivo central es mostrar la lealtad de Cortés y sus hombres a la corona (a pesar de haber desobedecido a su representante, Diego Velázquez) y obtener el beneplácito del rey para continuar su conquista. Es por ello que la estrategia retórica de *captatio benevolentiae* se basa en dos recursos básicos que el conquistador va a desarrollar a su vez en las cartas posteriores: la denuncia de los defectos y errores de sus adversarios (frente a la veracidad del propio discurso):

Bien creemos que Vuestras Majestades por letras de Diego Velázquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, habrán sido informados de una nueva tierra [...]; las relaciones que hasta agora a Vuestras Majestades desta tierra se han hecho [...] no son ni han podido ser ciertas [...]; la cierta y muy verdadera relación es en esta manera...¹⁴⁶;

y la insistencia en la importancia y novedad del asunto tratado:

Y trataremos aquí desde el principio que fue descubierta esta tierra

hasta el estado en que al presente está porque Vuestras Majestades sepan la tierra que es, la gente que la posee y la manera de su vevir y el rito y cerimonias, seta o ley que tienen, y el fruto que en ella Vuestras Reales Altezas podrán hacer...¹⁴⁷.

A lo largo de la narratio, además, se va incorporando una caracterización más concreta del territorio añadiendo un elemento fundamental, la riqueza del mismo, como forma de atraer a su lector:

Trabajaremos de ver aquello y otras cosas de que tenemos noticia para dellas hacer a Vuestras Reales Altezas verdadera relación de las riquezas de oro y plata y piedras, y juzgamos lo que Vuestras Majestades podrán mandar juzgar, segund la muestra que de [to]do ello a Vuestras Reales Altezas enviamos. A nuestro parescer, se debe creer que hay en esta tierra tanto quanto en aquella de donde se dice haber llevado Salamón [sic] el oro para el templo, mas como ha tan poco tiempo que en ella entramos no hemos podido ver más de hasta cinco leguas de tierra adentro¹⁴⁸.

Pero además se van incluyendo referencias a las cualidades del capitán Hernán Cortés:

...visto el dicho Fernando Cortés lo que Diego Velázquez le decía, movido con celo de servir a Vuestras Reales Altezas, propuso de gastar todo quanto tenía y hacer aquella armada cuasi las dos partes della a su costa»¹⁴⁹,

...como el dicho capitán Fernando Cortés esté tan inclinado al servicio de Vuestras Majestades...¹⁵⁰,

hasta desarrollar, hacia el final del texto, lo que podríamos definir como una etopeya, esto es, una completa descripción del carácter del que es su verdadero protagonista¹⁵¹:

...a ninguna persona se podría dar mejor el dicho cargo que al

dicho Fernando Cortés, porque demás de ser persona tal cual para ello conviene tiene muy gran celo y deseo del servicio de Vuestras Majestades, y ansímismo por la experiencia que destas partes e islas tiene de cabsa de los oficios reales y cargos que en ellas de Vuestras Reales Altezas ha tenido, de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenía por venir como vino con esta armada en servicio de Vuestras Majestades, y por haber tenido en poco, como hemos hecho relación, todo lo que podía ganar e interese que se le podía seguir si rescatare como tenía concertado¹⁵².

Por último, esta etopeya introduce la que va a ser la *petitio* del discurso, ya que dicha descripción justifica el deseo del cabildo de que Sus Majestades «en ninguna manera den ni hagan merced en estas partes a Diego Velázquez»¹⁵³ y en cambio «provean y manden dar su cédula y provisión real para Fernando Cortés»¹⁵⁴.

Si, como vemos, la Carta de Veracruz introduce ya el manejo de recursos persuasivos propios de la epístola, posteriormente Cortés se va a ver obligado a hacer un uso más amplio de dichos recursos en aquellas cartas en las que su situación es también comprometida, esto es, en la Segunda relación, redactada poco después del desastre de la Noche Triste (a pesar de que Cortés espera a haber obtenido alguna pequeña victoria y haber comenzado a organizar el asedio a la capital para cerrar la carta), y en la Quinta relación, en la que el conquistador debe dar cuenta de una expedición absolutamente fracasada en un momento además en el que se dispone a hacer frente a su juicio de residencia.

En el exordio de la Segunda relación, Cortés llama la atención sobre el asunto a tratar, que centra en las maravillas del territorio descubierto (igual que lo hará Cromberger en el título de la obra cuando la publique¹⁵⁵), pero vinculando dicho territorio al monarca con el fin de despertar el interés político (y económico) de este hacia el texto:

...he deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas desta tierra, que

son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo Emperador della y con título y no menos mérito que el de Alemania que por la gracia de Dios Vuestra Sacra Majestad posee¹⁵⁶ .

Dejando a un lado el peculiar concepto de imperio que Cortés muestra en este párrafo (sobre el que volveré más adelante), cabe advertir cómo la descripción maravillada de las tierras americanas cobra su verdadero valor en este pasaje en la medida en que dichas tierras entran a formar parte del dominio del emperador. La importancia de la escritura cortesiana no proviene aquí tanto de su contenido como de la condición excepcional de su lector, que va a obligar a su vez al narrador a realizar un esfuerzo por elevar el asunto del discurso. Como ha explicado Díaz Balsera, a lo largo de esta carta,

...el capitán se representa a sí mismo como llevando a cabo una acción para embellecer el texto que el Emperador está leyendo [...]; la realidad exterior está sujeta a la textualidad y no viceversa: el poder escribir un texto asombroso a Carlos V es lo que motiva la proeza¹⁵⁷.

En efecto, podríamos afirmar que el objetivo inicial de Cortés es equiparar el contenido del discurso a su especial destinatario, lo que no evita que sea muy consciente del valor intrínseco del mismo: recordemos que el exordio continúa reclamando la atención del monarca hacia la propia escritura no ya por su vinculación con él como receptor, sino por la dificultad que implica la propia tarea de escribir:

...porque querer de todas las cosas destas partes y nuevos reinos de Vuestra Alteza decir todas las particularidades y cosas que en ellas hay y decirse debían sería casi proceder a infinito, si de todo a

Vuestra Alteza no diere tan larga cuenta como debo a Vuestra Sacra Majestad suplico que me mande perdonar, porque ni mi habilidad ni la oportunidad del tiempo en que a la sazón me hallo para ello me ayudan¹⁵⁸.

Como vemos, Cortés amplía el recurso habitual de la *captatio benevolentiae* que supone hacer referencia, desde una aparentemente sincera actitud de modestia, a la propia incapacidad narrativa («ni mi habilidad») añadiendo dos obstáculos importantes a su esfuerzo narrativo: el contenido mismo del discurso (ahora ya por su valor en sí mismo) y las circunstancias (ciertamente difíciles) que rodean su producción. Por lo que respecta a la materia del discurso, el conquistador destaca cómo la realidad americana sobrepasa cualquier intento de descripción escrita («querer de todas las cosas destas partes... decir todas las particularidades... sería casi proceder a infinito»); es por ello que, a lo largo de esta carta, va a incidir en una incapacidad para describir lo visto que culmina en la presentación de la capital azteca:

...para dar cuenta, Muy Poderoso Señor, a Vuestra Real Excelencia de la grandeza, estrañas y maravillosas cosas desta grand cibdad de Temixtitan y del señorío y servicio deste Muteezuma [...], sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos, no podré yo decir de cient partes una de las que dellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender¹⁵⁹.

Ahora bien, esa aparente incapacidad expresiva, reiterada una y otra vez por el autor¹⁶⁰, no se corresponde con la minuciosa descripción de las distintas ciudades que encuentra a su paso, y en especial de la ciudad de Tenochtitlan y el señorío de Moctezuma¹⁶¹, por lo que se convierte en una forma de enfatizar dicha descripción. Cortés se ve a sí mismo como un nuevo Marco Polo en una corte

exótica y maravillosa, y utiliza los medios retóricos a su alcance para llamar la atención de su lector sobre esa gran civilización; de este modo, como destaca Margo Glantz, el mismo autor que afirma aborrecer la pasión «se contradice acudiendo a la hipérbole como verbalización incompleta de su entusiasmo»¹⁶² («no podré yo decir de cien partes una»).

La imposibilidad de describir lo visto y lo vivido vuelve a aparecer en el exordio de la Quinta relación:

...son cosas que es bien que Vuestra Celsitud las sepa a lo menos por no perder yo el estilo que tengo, que es no dejar cosa que aVuestra Majestad no manifieste, las relataré en suma lo mejor que yo pudiere, porque decirlas como pasaron, ni yo las sabría sinificar ni por lo que yo dijese allá se podrían comprender. Pero diré las cosas más notables y más principales que en el dicho camino me acaescieron, aunque hartas quedarán por acesorias, que cada una dellas podría dar materia de larga escritura¹⁶³;

y a lo largo de la misma para referirse a la naturaleza desbordante que encuentra en su expedición a las Hibueras:

...querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar, ni quien lo oyese lo podría entender, si por vista de ojos no lo viese¹⁶⁴.

Lo que es significativo en esta ocasión es que el asunto de la carta poco tiene de excepcional para el rey, puesto que, en definitiva, lo que Cortés va a narrar en ella es una expedición fracasada tanto en su objetivo principal (el castigo a Cristóbal de Olid, ajusticiado ya cuando Cortés llega a Honduras) como en el resto de objetivos que llevan al conquistador a emprender el viaje (como eran el descubrimiento de un paso al Pacífico o la localización de nuevas

civilizaciones semejantes a la azteca en ese territorio¹⁶⁵): si Cortés llama una vez más la atención sobre su escritura es con la esperanza de que el recurso predisponga favorablemente al monarca hacia la lectura de un texto que en principio no debía despertar su interés.

Pero volvamos al exordio de la Segunda relación para observar ese segundo obstáculo que se presenta a la escritura: las circunstancias que rodean el proceso de su redacción. A este respecto, vemos cómo Cortés comienza haciendo referencia a la demora en el envío de su escrito «por no haber oportunidad, así por falta de navíos y estar yo ocupado en la conquista y pacificación desta tierra», e insiste a continuación en que no puede dar larga cuenta de lo sucedido «porque ni mi habilidad ni la oportunidad del tiempo en que a la sazón me hallo para ello me ayudan»¹⁶⁶, pero además finaliza su *captatio benevolentiae* con esa alusión ya citada a cómo «en cierto infortunio agora nuevamente acaescido, de que adelante en el proceso a Vuestra Alteza daré entera cuenta [la Noche Triste], se me perdieron todas las escrituras y abtos que con los naturales destas tierras yo he hecho y otras cosas muchas»¹⁶⁷. El discurso adquiere así una dimensión metatextual (desde una perspectiva complementaria a la señalada en el anterior capítulo) en la medida en la que, como ha explicado Díaz Balseira, «para reclamar autenticidad, el yo narrativo tiene que explicitar las condiciones de su producción textual»¹⁶⁸. Ahora bien, al explicar esas condiciones, Cortés reclama también la benevolencia de su lector, convirtiendo los errores que le han llevado a la situación nada favorable desde la que escribe en motivos para la compasión de dicho lector y, por tanto, seduciéndolo una vez más hacia su causa.

Centrado el interés del destinatario hacia el contenido de la carta e implicado este personal y políticamente en la narración que se le va a ofrecer, Cortés logrará completar, a lo largo de esta relación (y de las siguientes), su proceso de persuasión por medio de otros recursos: el desarrollo de la oposición entre su figura y la de los adversarios que había iniciado en la Carta de Veracruz (ampliando la nómina de éstos al añadir al de Diego de Velázquez otros nombres como el de Pánfilo de Narváez o el obispo Fonseca¹⁶⁹) y, en relación con ello, el especial énfasis en la construcción de una esmerada presentación moral del que es ya narrador-protagonista (ese *ethos* retórico iniciado en la carta anterior, pero mostrado

ahora en primera persona) que va a venir determinada por una serie de cualidades (lealtad, fidelidad, obediencia, desinterés personal...) repetidas hasta la saciedad a lo largo de las Cartas y exaltadas de forma definitiva en la Quinta relación, en cuya conclusio Cortés entremezcla esta configuración del ethos con la perspectiva de nuevas conquistas para el imperio que prometen las expediciones a su cargo¹⁷⁰. Una presentación moral que continuará hasta sus últimos escritos como un intento de mantener a un tiempo el vínculo entre monarca y vasallo y la imagen heroica forjada en las anteriores relaciones.

■

¹ Martínez Martínez, 2013, p. 32.

² CR, p. 150.

³ Texto completo en DC, I, pp. 77-85.

⁴ Ver Martínez Martínez, 2013, pp. 29-30.

⁵ Glantz, 1992b, p. 45.

⁶ Ver Martínez Martínez, 2013, pp. 24-32.

⁷ Martínez Martínez, 2013, p. 102.

⁸ Para la localización y descripción del documento, ver Martínez Martínez, 2013, pp. 37-67; la transcripción completa puede consultarse en pp. 259-281 (reproducción fotográfica en pp. 283-303). Apenas unos meses después de la aparición del libro de M.^a del Carmen Martínez (y desconociendo necesariamente este trabajo), John F. Schwaller publicó una también valiosa edición con transcripción y traducción al inglés de este mismo documento en la que, como hiciera Martínez, lo situaba en su contexto histórico y aportaba valiosa información sobre sus firmantes (Schwaller, 2014).

⁹ Martínez Martínez, 2013, p. 28. Gómara dice que «El cabildo de la Veracruz escribió asimismo al emperador dos letras» (Historia de la conquista de México, cap. XL, p. 83); Bernal indica que «el cabildo

escribió juntamente con diez soldados» (Historia verdadera, cap. LIII, p. 146); sobre el contenido de la carta, en cuya redacción participó, explica: «...le suplicamos que entre tanto otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernación a Hernando Cortés; y dimos tantos loores de él y que es tan gran servidor suyo, hasta ponerlo en las nubes [...]; como vio [Cortés] la relación tan verdadera y los grandes loores que de él dábamos, hubo mucho placer» (p. 149).

¹⁰ Ver Martínez Martínez, 2013, pp. 31-32.

¹¹ DC, I, pp. 102-104; M.^a del Carmen Martínez llama la atención sobre él en Martínez Martínez, 2013, p. 25. Se conserva además algún otro documento de esos mismos meses pero no vinculado a este viaje a España de los procuradores como la Escritura convenida entre el ayuntamiento de la Vera Cruz y Hernán Cortés sobre la defensa de sus habitantes y la distribución de los rescates. Cempoala, 5 de agosto de 1519 (DC, I, pp. 86-90; cf. Martínez Martínez, 2013, p. 158, nota 13).

¹² Ver CR, p. 162 (cf. pp. 192-193 y 253). En la carta privada que acompaña a la relación de 1522, Cortés insistió asimismo en que esta «por orden es tercera» (DC, I, p. 230), y en el Interrogatorio general que presentó hacia 1534 para el examen de los testigos de descargo en su juicio de residencia incluyó como pregunta 91 «si saben que luego quel dicho Cortés entró en esta tierra [...] invió Relación a Su Majestad de todo lo que hasta allí había pasado, e fue con la Relación el adelantado Montejo e Puerto Carrero» (DC, II, p. 238).

¹³ Cf. López de Gómara, Historia de la conquista de México, cap. XL, pp. 83-84.

¹⁴ Para Ángel Delgado, dicha lectura se realizó sin duda, aunque el autor parece referirse a un texto más breve que el que Cortés dice haber escrito (ver su introducción a CR, nota 70, pp. 40-41).

¹⁵ Cf. Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. LIII, pp. 145-150; según Bernal, «Cortés escribió por sí, según él nos dijo, con recta relación, mas no vimos su carta» (p. 146). Sobre la posible existencia de dos cartas del cabildo y la de Cortés, cf. las

afirmaciones de Justin Winsor citadas en Medina, 1952, pp. XCIX-C y el artículo de Caillet-Bois, 1941.

¹⁶ Ver Medina, 1952, p. 2 y Caillet-Bois, 1941.

¹⁷ José Manuel Pérez-Prendes, «Los criterios jurídicos de Hernán Cortés», en Navarro, 1986, p. 220 (el argumento de Pérez-Prendes corroboraría las versiones de Gómara y Bernal).

¹⁸ Ver Valero Silva, 1965, pp. 31-34.

¹⁹ Ver Pagden, introd. a Cortés, *Letters from Mexico*, pp. LIV-LVIII y Delgado, introd. a CR, pp. 37-43. Pagden asume a su vez la propuesta de Wagner sobre la posibilidad de que esta carta privada fuera la consultada por Gómara y por el fraile jerónimo José de Sigüenza.

²⁰ Martínez Martínez, 2013, p. 27.

²¹ Carta de Carlos V a Hernán Cortés en que le da instrucciones para el gobierno de Nueva España y le anuncia el envío de oficiales reales (Valladolid, 15 de octubre de 1522), en DC, I, p. 254; ver asimismo p. 255.

²² Así, por ejemplo, Beatriz Pastor, para referirse al contenido de la Primera relación, solo acude al resumen de esta incluido al comienzo de la segunda (Pastor, 1983, pp. 157-159).

²³ Ver Frankl, 1962, pp. 58-68.

²⁴ Ver Delgado, introd. a CR, pp. 44-47.

²⁵ Aunque sería posible apuntar alguna matización a la misma; así, por ejemplo, no coincido con este autor cuando cree ver párrafos redactados por el propio Cortés en los que se le escapa la primera persona del singular. Cito uno de esos fragmentos en los que, al menos desde mi punto de vista, la utilización del singular podría corresponder a cualquiera de los firmantes del documento: «...los caciques quedaron muy contentos y alegres por lo que de parte de Vuestras Reales Altezas les había dicho el capitán y por les haber dado muchos atavíos para sus personas. Y tengo por cierto que todos los españoles que de aquí adelante a la dicha isla veniere[n] serán

tan bien rescibidos como si a otra tierra de las que ha mucho tiempo que están pobladas llegasen» (CR, p. 125).

²⁶ La breve introducción a la edición de Espasa-Calpe solo alude al Códice de Viena como origen de los textos publicados. En la nota preliminar a la de Porrúa, Manuel Alcalá resume el estado de la cuestión sobre la existencia de la Primera relación (Alcalá, 1981, pp. XII-XIV) y concluye sobre su sustitución por la Carta de Veracruz: «No es temerario ver en ella la mano de Cortés, conocida como nos es la composición del Cabildo veracruzano. Así es que suple con justicia y rigor la relación perdida» (p. XIV). Mario Hernández, por su parte, remite para los problemas de edición a José Toribio Medina y describe el contenido de la Carta de Veracruz junto a las restantes (Hernández Sánchez-Barba, 1987, pp. 11-16).

²⁷ Como la de Pranzetti (1987) o la de Pagden, en cuya introducción John Elliot afirma que la Carta de Veracruz «was no doubt written largely to his dictation» (Elliot, 1986, p. XX).

²⁸ Martínez Martínez, 2013, p. 112.

²⁹ Martínez Martínez, 2013, p. 67.

³⁰ Relación de Andrés de Tapia sobre la conquista de México, en García Icazbalceta, 1980, II, pp. 565-566.

³¹ Aunque evidentemente también en la Petición y requerimiento al Cabildo de Veracruz se justifica la solicitud del cargo de «conquistador e capitán general e justicia mayor destas partes» para Cortés (Martínez Martínez, 2013, p. 267) y en las Instrucciones a Montejo y Portocarrero se ofrece una elogiosa imagen del conquistador (DC, I, p. 78) al tiempo que se abordan ya algunos de los temas que serán preocupación más frecuente de Cortés en documentos posteriores.

³² Evangelista, 1999, p. 37. Para Evangelista el «nosotros» de la Primera relación incluye (y oculta) al yo cortesiano; se trata de un «nosotros»/(yo) (pp. 36-37). En mi opinión, admitamos o no que Cortés estuviera tras la redacción de la carta, en ella el «nosotros» se identifica y se distingue a un tiempo de ese «él» que se convierte en centro del relato. En algunos textos posteriores será ya el propio

Cortés el que se refiera a sí mismo en tercera persona: así por ejemplo, en el Interrogatorio general redactado para su juicio de residencia, en el que, como señala Manzo-Robledo, el narrador «knows everything, creating and feeding himself in and from the same narrative, which takes the reader on the road of the conquest, behind a Don Hernando Cortés» (Manzo-Robledo, 2013, pp. 221-222), o en el memorial de 1542 (ver DC, IV, pp. 234-242).

³³ DC, I, pp. 115-116. Hasta la fecha este parece ser el segundo documento conservado con firma de Cortés: Hugh Thomas incluye como apéndice a su historia de La conquista de México un documento inédito firmado por el conquistador el 6 de julio de 1519 (anterior incluso a la Carta de Veracruz): se trata de otro poder, en esta ocasión a Juan Bautista, para que, como maestro de la nao que marcha a España, lleve las joyas que Portocarrero y Montejo tienen que entregar a Sus Altezas y cargue a la vuelta las mercadurías que comprará Martín Cortés para su hijo (ver Thomas, 1994, pp. 694-699). Cabe advertir, sin embargo, que, aunque García Icazbalceta dudó de su autenticidad y José Luis Martínez la negó al publicarla en sus Documentos cortesianos (ver DC, I, pp. 60-61), en 2007 Luis Barjau reeditó como auténtica la Real ejecutoria de S.M. sobre tierras y reservas de pechos y paga, perteneciente a los caciques de Axapusco, de la jurisdicción de Otumba. Escribano Serna. Despachada por S.M. en su Real Consejo de indias, año de 1537. Fecha dicha merced por don Hernando Cortés, y a pedimento de las partes, año de 1526, donde se incluye a su vez una primera merced de tierras hecha por Cortés a dichos caciques en 1519 (el autor la fecha el 20 de mayo). En contra de la opinión de Martínez (y de estudiosos anteriores), para Barjau «La Merced expedida por Cortés en 1519 es en efecto el primer documento escrito en español en México y atestigua las antigüedades de los mexicas, la organización religiosa, política y social tenochca, las peripecias del encuentro entre los conquistadores y Moctezuma y las profecías indígenas [sobre el regreso de Quetzalcóatl, asunto al que volveré más adelante]. Es por ello el patrimonio histórico más antiguo de México» (Barjau, 2007, p. 127; ver la edición facsimilar y su transcripción en pp. 19-95). Dado que tanto las argumentaciones de Martínez como las de Barjau son sólidas, en el presente trabajo no me pronunciaré sobre un texto que, en cualquier caso, habría sufrido alteraciones en su traslado del original.

³⁴ DC, I, p. 115. En el poder de 1519, Cortés había firmado ya como capitán general y justicia mayor, pero «en estas islas nuevamente descubiertas por Sus Altezas» (en Thomas, 1994, p. 696).

³⁵ Refiriéndose a ella desde las primeras líneas como «esta nuestra relación» (CR, p. 106).

³⁶ Aunque redactada en forma de diario, la primera carta de Colón a los Reyes Católicos muestra la conciencia de su autor de estar escribiendo una relación desde el momento mismo del Descubrimiento: el domingo 14 de octubre escribe «para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a Vuestras Altezas» (Colón, Textos y documentos completos, 1989, p. 33); el término aparecerá reiteradamente en los documentos colombinos.

³⁷ Para los rasgos de la historiografía y la escritura legal presentes en las relaciones cortesianas, pero también para las diferencias que, según Delgado, dichos textos marcan respecto a ambos géneros, ver su introducción a CR, pp. 51-64.

³⁸ En el siglo XVIII, el Diccionario de Autoridades, tras definir el vocablo «relación» como «la narración o informe que se hace de alguna cosa que sucedió», dará como segunda acepción la jurídica o forense: «se llama aquel breve y sucinto informe que por persona pública se hace en voz o por escrito, al Juez, del hecho de un proceso» (Aut., p. 556). En la Crónica de Indias es muy abundante la utilización del término con el primer sentido, más general, que está también presente en los textos cortesianos; sin embargo, es necesario recordar asimismo esta concepción «legal» del vocablo para comprender mejor el sentido que pueden llegar a adquirir estos escritos.

³⁹ Ver Delgado, introd. a CR, p. 56. Así, por ejemplo, en la presentación de descargos realizada por García de Llerena en nombre de Cortés en octubre de 1529, al referirse al enfrentamiento de este con Pánfilo de Narváez, se recuerda que «Vuestra Majestad ha sido largamente informado de todo lo tocante a la venida del dicho Narváez» (DC, II, p. 153), como efectivamente ocurre en la Segunda relación.

⁴⁰ Ver Delgado, introd. a CR, pp. 56-57.

⁴¹ Carta reservada de Hernán Cortés al Emperador Carlos V. Tenustitan, 15 de octubre de 1524, en DC, I, p. 285.

⁴² Ver CR, p. 41. Advirtamos que la necesidad de dicha diferenciación implica a su vez, como ahora veremos, otro rasgo fundamental de las relaciones: su pertenencia al género epistolar.

⁴³ Ver Stoll, 1998, pp. 143-168. La diferencia entre ambos tipos de discurso estribaría, según Eva Stoll, en que «la relación es la forma normalmente utilizada por los testigos presenciales que quieren dejar constancia escrita de un hecho, una expedición o una región particular [...], [mientras que] la historia o crónica puede entenderse como una forma mayor que comprende un espacio temporal y local mucho más amplio» (pp. 153-154).

⁴⁴ Francisco López de Gómara, Primera y segunda parte de la historia general de las Indias con todo su descubrimiento y cosas notables que han acaecido dende que se ganó La Española y el Perú con la conquista de México y de la Nueva España. En la ciudad de Zaragoza, a costa de Miguel Capila, 1553, [p. 1]. Este epígrafe, que no aparece en la edición de 1552, ha sido destacado entre otros por Ramón Iglesia (1980, p. 106).

⁴⁵ Esta valoración se ha venido manteniendo, además, hasta la época contemporánea incluso por parte de autores tan críticos como Eulalia Guzmán, quien reconoce que las relaciones cortesianas son la única fuente original completa (aunque deformada) de la conquista de México (ver su introducción a Relaciones de Hernán Cortés, p. XLVIII).

⁴⁶ Recordemos que Cromberger publica la Segunda relación como Carta de relación enviada a Su Sacra Majestad del Emperador Nuestro Señor por el Capitán General de la Nueva España llamado Fernando Cortés.

⁴⁷ De hecho, el término va a ser ratificado (y fijado para las ediciones modernas) en la ya citada primera edición en castellano de las cinco cartas juntas, la de Enrique de Vedia (1852), cuyo título completo es Cartas de relación de Fernando Cortés sobre el

descubrimiento y conquista de la Nueva España.

⁴⁸ Aspecto en el que insisten, por ejemplo, Walter Mignolo, cuando define estos textos como «cartas relatorias» (Mignolo, 1982, pp. 65-68) o Beatriz Pastor, al hablar de la relación como género que constituye «el punto de convergencia de la epístola y el documento legal» (Pastor, 1983, p. 146).

⁴⁹ En el presente trabajo me baso concretamente en Cátedra, 1996, pp. 33-64. Aunque no se refiera específicamente a las Cartas de relación cortesianas, las conclusiones de Cátedra permiten establecer de manera más clara ese puente entre la historiografía peninsular y la americana ya apuntado, entre otros, por Mignolo, 1982 o Stoll, 1998.

⁵⁰ Cátedra, 1996, pp. 33-35.

⁵¹ Cátedra, 1996, pp. 39-40.

⁵² Cátedra, 1996, p. 50.

⁵³ A diferencia del impresor Gaspar de Ávila, quien, para la publicación de la cuarta carta, mantiene la denominación otorgada por Cortés y se refiere a continuación a «otras cartas y relaciones»: La cuarta relación que Fernando Cortés, Gobernador y Capitán General por Su Majestad en la Nueva España del Mar Océano, envió al Muy Alto y Muy Potentísimo Invictísimo Señor Don Carlos, Emperador Siempre Augusto y Rey de España, Nuestro Señor, en la cual están otras cartas y relaciones que los capitanes Pedro de Alvarado y Diego Godoy enviaron al dicho capitán Fernando Cortés (Toledo, 1525).

⁵⁴ El tratado más antiguo conservado que desarrolla la teoría retórica medieval del *ars dictaminis* o arte de escribir cartas en prosa es el compuesto alrededor del año 1087 por Alberico de Montecassino, monje benedictino italiano que vinculó por primera vez la retórica al género epistolar aportando además los dos rasgos básicos del *ars dictaminis*: la distinción en la carta de las partes del discurso retórico (que se amplían al diferenciar entre *salutatio* y *exordium*) y el especial desarrollo teórico del saludo y el exordio, que pronto será identificado con la *captatio benevolentiae*. Los

tratados referentes a la composición de cartas perfilaron dichos aspectos hasta el siglo XIII, fundamentalmente en Italia y Francia, hasta formalizar una doctrina que se trasladó a otras zonas como Castilla (donde se convirtió en el tipo dominante de tratado retórico) y permaneció casi sin variaciones hasta el siglo XVI, en que el *ars dictaminis* evolucionó hacia la epistolografía humanista (sobre el *ars dictaminis* y su evolución hasta el siglo XVI pueden consultarse Murphy, 1986, pp. 202-274 y Kristeller, «La retórica en la cultura medieval y renacentista», en Murphy, 1999, pp. 11-31; puede ampliarse la bibliografía sobre el tema en Camargo, 1991 y Trueba Lawand, 1996). Dado que la enseñanza del dictamen estaba en manos de los gramáticos, Cortés debió aprender las reglas del *ars dictaminis* durante su estancia en Salamanca, probablemente como parte de la educación recibida en casa de Francisco Núñez de Valera.

⁵⁵ O, utilizando la terminología de Roberto González Echevarría, recursos propios de tres «cauces retóricos». Resulta interesante el planteamiento de este autor para quien «la riqueza de las crónicas se encuentra precisamente en la variedad de formas que surgen de las posibilidades que la retórica de la época ofrecía, y cómo éstas se entremezclaban o alteraban según las circunstancias sociales y culturales de cada cronista» (González Echevarría, 1983, p. 16). Coincido solo parcialmente, sin embargo, con su distinción entre los que él mismo define como los dos modelos básicos en la época, el de la historia humanista y el de la relación de hechos, entendido el primero como narración providencialista y elegante de «momentos culminantes» y «movimientos políticos y militares de más relieve» y el segundo como documento autobiográfico y legal que reclama la veracidad del testigo pero que narra «incidentes de la vida cotidiana» y se convierte en «relato minucioso de una vida» (p. 23). En mi opinión, como ya he señalado, la significación histórica de los hechos narrados por Cortés es un elemento clave, tanto para él mismo como para sus contemporáneos, que precisamente está en el origen de la consolidación de la carta de relación como género específico.

⁵⁶ Como he señalado al inicio del presente epígrafe, las funciones y los cauces retóricos aquí recogidos no agotan la caracterización de las relaciones cortesianas ni, por tanto, su posible delimitación

genérica. A este respecto, resultan sugerentes otras propuestas como su vinculación con los relatos de viajes, en la medida en que nos encontramos ante relatos en primera persona (y, por tanto, con una importante dimensión autobiográfica), con una voluntad de estilo, que son «fruto de una experiencia de viaje previa a la escritura», y en los que es posible identificar una cronología, un itinerario y «un mayor peso de los elementos descriptivos sobre los narrativos» (Alburquerque, 2011, pp. 30-34). Para abordar esta vinculación, que me parece especialmente válida para la Segunda y Quinta relación, son interesantes el trabajo de Añón, 2014 y el de López de Mariscal, quien aborda la Segunda, Tercera y Cuarta relación de Cortés como parte de los relatos recopilados por Ramusio en el tercer volumen de sus *Navigationi et Viaggi*, apuntando algunos posibles parámetros de definición del género y concretamente de caracterización de los relatos de viajes a América en el siglo XVI (ver López de Mariscal, 2004, en especial pp. 26-38).

⁵⁷ En el presente epígrafe amplío y corrijo ideas ya propuestas en Aracil, 2011.

⁵⁸ DC, I, p. 51.

⁵⁹ DC, I, p. 52. Sobre la obligatoriedad de la relación en Cortés a partir de las instrucciones de Velázquez, ver Mignolo, 1982, pp. 66-67.

⁶⁰ CR, p. 138.

⁶¹ Así lo entendió, evidentemente Velázquez, tal como se manifiesta en la Carta del ejército de Cortés al Emperador de octubre de 1520, en la que los hombres de Cortés acusan a su subordinado Pánfilo de Narváez de haberlos deshonrado «diciendo y publicando que éramos traidores, porque habíamos enviado la relación de las cosas de esta tierra a partes de vuestra Majestad e no al dicho Diego Velázquez» (DC, I, p. 157).

⁶² Y que, además, resultaba legítimo, ya que —como ya advirtió Victor Frankl— «la apelación directa al Rey en cuanto encarnación de la totalidad y del bien común contra el egoísmo de un funcionario mezquino» (en este caso Velázquez) estaba contemplada en la tradición jurídico-política medieval recogida en las Siete

Partidas (Frankl, 1962, p. 29). Nótese que el concepto de «bien común» no aparece, pero subyace en el texto (ver Frankl, 1962, pp. 14-17 y 27), por lo que ha sido retomado asimismo en interpretaciones recientes del mismo como la de Martínez Martínez, 2013, pp. 89-93.

⁶³ CR, p. 126.

⁶⁴ CR, p. 161. Las cursivas de las citas son mías.

⁶⁵ Valero Silva, 1965. Aplicamos aquí el concepto en un sentido más amplio, ya que la ley no es solo para Cortés, como propone Valero, un instrumento de conquista sino también una forma de justificación y verificación de la escritura que da cuenta de dicha conquista. En este sentido, cabe recordar la propuesta de Frankl de atender a la combinación entre los dos planos de la existencia de Cortés: «el de la actividad política y militar, y el de la reproducción literario-ideológica de la misma, transformadora esta última de la realidad histórica descrita, pero motivadora, mediante sus categorías jurídico-políticas y conceptuales, de aquella actividad creadora» (Frankl, 1962, p. 10).

⁶⁶ Cov. II, fol. 6v.

⁶⁷ CR, p. 106.

⁶⁸ CR, p. 116.

⁶⁹ Como ocurrirá también en las siguientes relaciones con pasajes como la exploración del Popocatepetl, sobre la que Cortés afirma: «yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a Vuestra Alteza muy particular relación» (Segunda relación, CR, p. 198), o las noticias sobre «una isla toda poblada de mujeres sin varón ninguno» (la de las Amazonas), a propósito de la cual escribe: «Yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer dello larga relación a Vuestra Majestad» (Cuarta relación, CR, p. 474.).

⁷⁰ CR, pp. 652-653. La cursiva es mía. Las falsas relaciones a las que se refiere no son solamente las de Velázquez, cuya «mala intención y dañada voluntad» (Segunda relación, CR, p. 265) recorre las cinco cartas, sino también las de otros enemigos como el obispo Fonseca,

cuyo propósito es «asconder la verdad dellas [de estas tierras] a Vuestra Alteza» (Cuarta relación, CR, p. 464).

⁷¹ Pastor, 1983, p. 152.

⁷² Recordemos, por ejemplo, su afirmación en la Cuarta relación al evocar la primera entrada a la ciudad de Tenochtitlan: «siempre trabajé de saber todos los más secretos destas partes que me fue posible para hacer dellos entera relación a Vuestra Majestad» (CR, p. 455); las referencias en esta misma carta a la búsqueda de un paso entre los océanos «por el gran servicio que se me representa que dello Vuestra Cesárea Majestad rescibería» (p. 476; cf. asimismo p. 509); o cómo todavía en la Quinta relación explica al rey, a propósito de la posibilidad de que Yucatán sea isla o península, «Yo trabajaré de saber el secreto desto y haré dello a Vuestra Majestad verdadera relación» (p. 565).

⁷³ CR, p. 127.

⁷⁴ CR, p. 197.

⁷⁵ CR, p. 202. Como explica Díaz Balsera, es evidente que el emperador «jamás había ordenado cosa semejante siendo precisamente la legalidad de la empresa lo que está por decidirse [...]. Pero esa orden que el lector sabe que solo puede ser figurativa hace algo muy concreto: instituye el nombre de Carlos V como origen del texto independientemente de que se haya invocado o no a los mensajeros como pre-texto» (Díaz Balsera, 1989, p. 225).

⁷⁶ Sobre la prisión de Moctezuma, explicaba Tomás y Valiente: «Convertir y someter a Moctezuma a la condición de preso suyo, es una acción que desde la ética interindividual sólo puede calificarse de gran felonía. Pero aquel fue un acto político [...]. Si el poder de una monarquía o imperio reside en un hombre, el dominio no sólo político, sino físico, esto es, la posesión por prisión, del monarca, debe ahorrarse muchas guerras, pues no será necesario pelear uno tras otro con los señores sometidos al monarca si este se somete al conquistador foráneo y les pide a ellos, a sus propios vasallos, que se sometan también» (Tomás y Valiente, 1988, p. 178).

⁷⁷ CR, p. 216.

⁷⁸ CR, pp. 218-219.

⁷⁹ CR, p. 216.

⁸⁰ CR, p. 239.

⁸¹ Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. XCII, pp. 274-275.

⁸² Según Bernal, Cortés no solo aprovechó entonces la creencia de Moctezuma de que los españoles eran dioses para proponer un vasallaje político (como veremos más adelante) sino que le explicó ya «que el emperador don Carlos [...] nos envió a estas partes a le ver y a rogar que sean cristianos como es nuestro emperador, e todos nosotros, e que salvarán sus ánimas él y todos sus vasallos, e que adelante le declarará más cómo y de qué manera ha de ser, y cómo adoramos a un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas buenas cosas que oír» (*Historia verdadera*, cap. LXXXIX, p. 255).

⁸³ Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. XC, p. 257 (la cursiva es mía).

⁸⁴ Según Bernal, cuando Cortés le comentó al fraile «Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia», este respondió que «sería bien, si aprovechase; mas que le parecía que no era cosa conveniente hablar en tal tiempo, que no veía a Montezuma de arte que en tal cosa concediese» (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. XCII, p. 273).

⁸⁵ El que en realidad correspondía precisamente al padre Olmedo, a quien no llega a citar nunca por su nombre en las Cartas.

⁸⁶ De hecho, el propio Cortés ratificó su versión en el Interrogatorio general para el examen de los testigos de descargo en su juicio de residencia (ver la pregunta 102, DC, II, p. 241).

⁸⁷ Las palabras de Bernal vienen a propósito del discurso de Cortés previo al enfrentamiento con Narváez: «luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas (cierto, otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas que yo aquí sabré

escribir)...» (Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. CXXII, p. 364). Otros cronistas contemporáneos destacaron también las dotes oratorias de Cortés en este ámbito, como Lucio Marineo Siculo, quien en su biografía de 1530 explicaba: «Porque hablaba en nuestra lengua castellana como orador muy copioso y ejercitado y afamado [...] porque duran aún sus hablas y razón llenos de mucha elocuencia que hizo a su gente encendiéndola, animándola y aconsejándola a sufrir los trabajos e ponerse a los peligros y las otras necesidades de la guerra, a entrar mucho ánimo en la batalla» (Marineo Siculo, «Don Fernando Cortés, Marqués del Valle», p. 101).

⁸⁸ Ver CR, pp. 316 y 365.

⁸⁹ Delgado en CR, p. 182 (nota 106).

⁹⁰ CR, p. 182. La cursiva es mía.

⁹¹ Ver Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. LXIX, pp. 188-191.

⁹² Argumentos tópicos en la época cuya función es, como apunta Díaz Balsera, precisamente la de desplegar el poder de persuasión de Cortés (Díaz Balsera, 1989, pp. 223-224) y cuya validez proviene sobre todo de la calidad moral de su enunciante (tal como confirma el propio Bernal cuando, a propósito de la referencia de Cortés a su propia participación en los peligros pasados, afirma: «Y tuvo razón de lo decir, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros», Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. LXIX, p. 189).

⁹³ Ver Segunda relación, CR, pp. 183-184.

⁹⁴ Díaz Balsera, 1989, p. 223.

⁹⁵ CR, pp. 162-163.

⁹⁶ Cf., a modo de ejemplo, la Carta de Veracruz, CR, p. 128 o la Segunda relación, CR, pp. 176 y 291.

⁹⁷ Sobre la ineficacia del requerimiento, es conocido el capítulo de la Historia general de Gonzalo Fernández de Oviedo en el que transcribe el texto de dicho requerimiento y se refiere a su encuentro

con el jurista que lo redactó (Historia general y natural de las Indias, p. 230).

⁹⁸ Entre los que destaca evidentemente el que veremos del propio Moctezuma.

⁹⁹ Sobre la importancia estratégica de dicha fundación y las dificultades jurídicas de la misma, ver Konetzke, 1948, pp. 366-371.

¹⁰⁰ Glantz, 1992b, p. 47.

¹⁰¹ CR, p. 108.

¹⁰² Glantz, 1992b, p. 48.

¹⁰³ CR, pp. 136-137. Tampoco en los otros dos documentos conservados de esas fechas se cita el acta, aunque tal vez pudo hacerse referencia a ella en el inicio de las Instrucciones a Montejo y Portocarrero, que aparece trunco.

¹⁰⁴ Recuérdesse, por ejemplo, en la Quinta relación, la fundación de Triunfo de la Cruz (CR, p. 611) o la de Trujillo (CR p. 616).

¹⁰⁵ Glantz, 1992b, p. 48.

¹⁰⁶ Una primera versión de estas reflexiones puede encontrarse en Aracil, 2008.

¹⁰⁷ CR, p. 210.

¹⁰⁸ CR, p. 211. El conquistador resumió esta misma versión del discurso de Moctezuma en el Interrogatorio general para el examen de los testigos de descargo en su juicio de residencia (ver la pregunta 98, DC, II, p. 240).

¹⁰⁹ Explica Gómara, al hablar del encuentro de Cortés con los enviados de Moctezuma todavía en Veracruz: «y de las naos decían que venía el dios Quezalcóatl con sus templos a cuestras; que era dios del aire, que se había ido, y le esperaban» (López de Gómara, Historia de la conquista de México, cap. XXVI, p. 56).

¹¹⁰ León-Portilla, 1974.

¹¹¹ Entre las que destaca, además de la Segunda relación de Cortés, el texto de los informantes de Sahagún, para quienes Moctezuma creyó en la profecía según la cual Quetzalcóatl debía volver a su reino e identificó en su discurso a Cortés con el dios que regresaba: «...tú has venido entre nubes, entre nieblas. Como que esto era lo que nos habían dicho los reyes [...] que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial [...]. Pues ahora se ha realizado: ya tú llegaste [...]. Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales» (en León-Portilla, 1974, p. 32).

¹¹² Dato que sería corroborado por la ya citada merced supuestamente otorgada por Cortés a los caciques de Axapusco en 1519, en la que el conquistador dice haber sido informado por dichos caciques, a través de sus pinturas, de la identificación de los españoles como los «verdaderos dueños» del estado mexica (en Barjau, 2007, pp. 80-83; ver la interpretación que da Barjau al pasaje en pp. 124-127).

¹¹³ Ver Todorov, 1989, pp. 127-130.

¹¹⁴ Según Aimi, la vuelta de Quetzalcóatl no puede deducirse de ninguno de los mitos sobre el dios. En su argumentación, además, señala otros elementos del discurso de Cortés que son inverosímiles (el hecho de que Moctezuma insista en que es de carne y hueso; que se haga descender a los mexicas de Quetzalcóatl y no de Huitzilopochtli; que el origen de los mexicas se sitúe en el este y no en el noroeste, de donde realmente llegaron...), descubre que en ese pasaje falta un elemento clave como es la lectura obligatoria del requerimiento y, por último, advierte que, si la identificación de los españoles con Quetzalcóatl era posible (ya que llegaron en el año 1 caña, el del nacimiento y muerte de Quetzalcóatl), también lo era (como parece deducirse de las fuentes) la identificación con otros dioses como Tláloc o Tezcatlipoca (ver Aimi, 2001 y Aimi, 2009, donde las ideas que aquí resumo se enmarcan en una nueva interpretación global de la visión de los vencidos como construcción histórica realizada a posteriori por una oligarquía mexica hostil a Moctezuma).

¹¹⁵ Frankl, 1963, pp. 451-452. Esta tesis será retomada a su vez en Elliot, 1986, pp. XXVII-XXVIII.

¹¹⁶ Afirma León-Portilla al respecto: «Es cierto, por otra parte, que en las mismas palabras atribuidas por Cortés a Moctecuhzoma se da también base para establecer la aceptación del soberano indígena de obedecer a ese «gran señor» del oriente, que, para el conquistador, era por supuesto Carlos V» (León-Portilla, 1974, p. 17).

¹¹⁷ CR, pp. 210-211. La cursiva es mía.

¹¹⁸ CR, p. 212.

¹¹⁹ Ver Iglesia, 1980, p. 20.

¹²⁰ El pasaje destacado por León-Portilla puede consultarse completo en Sahagún, Historia general de las cosas de Nueva España, vol. 1, pp. 820-823.

¹²¹ Incluso autores como John Elliot plantean que Moctezuma no llegó a realizar ninguna identificación con el dios en lo que debió haber sido «un discurso de bienvenida que empleaba fórmulas tradicionales nahuas» (Elliot, «El encuentro de dos mundos», en Elliot et al. 2000, p. 16; cf. además p. 21).

¹²² Pérez Prendes, «Los criterios jurídicos de Hernán Cortés», en Navarro, 1986, pp. 222-223.

¹²³ Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. LXXXVIII, p. 254.

¹²⁴ CR, p. 228.

¹²⁵ Según Cortés, tras las palabras de Moctezuma, los señores respondieron que «lo tenían por su señor y habían prometido de hacer todo lo que les mandase, y que por esto y por la razón que para ello les daba, que eran muy contentos de lo hacer, y que desde entonces para siempre ellos se daban por vasallos de Vuestra Alteza [...]. Lo cual todo pasó ante un escribano público y lo asentó por abto en forma y yo lo pedí así por testimonio en presencia de muchos españoles» (Segunda relación, CR, pp. 228-229).

¹²⁶ Valcárcel Martínez, 1997, p. 405.

¹²⁷ Valcárcel Martínez, 1997, p. 405.

¹²⁸ Ver Trueba, 1996, pp. 43-46.

¹²⁹ Sobre las distintas redacciones del tratado de Erasmo previas a la edición de Basilea de 1522 y las reediciones posteriores, ver Trueba, 1996, pp. 59-62. En cuanto al de Vives, aunque algunos autores dicen haber localizado una edición anterior en Amberes, la mayoría de los investigadores convienen en situar como primera edición la de Basilea de 1536, en la que aparece junto al tratado de Erasmo (ver Trueba, 1996, p. 73). La coincidencia en el tiempo de ambos textos con el auge del género en Indias ha sido advertida por Cedomil Goic, quien precisamente plantea la influencia de la epístola humanista en las cartas de relación de Pedro de Valdivia, redactadas a partir de 1545 (Goic, 2006, pp. 25-49).

¹³⁰ Oviedo y Pérez de Tudela, 1984, 533-539.

¹³¹ Aspecto que ha sido destacado, entre otros, por Carmen V. Vidaurre para centrarse especialmente en la narratio (Vidaurre, 1996, p. 25); Ivonne Robles, que aborda este asunto respecto a la Segunda relación (Robles, 1994, p. 37); o Walter Mignolo, quien se refiere tanto a la captatio benevolentiae como al esfuerzo de organización de la materia narrada (Mignolo, 1982, p. 67). Frente al orden riguroso de las partes en las Cartas de relación (muy especialmente en la última, en la que la petitio es más importante) y también en alguna de las privadas (como la que acompaña la Cuarta relación), cabe advertir una mayor libertad en otras cartas cortesianas, probablemente debida a los temas abordados; sin embargo, al menos por lo que se refiere a las destinadas al monarca, una vez definido en su concepción inicial, dicho orden resulta sistemático. De algún modo, Cortés coincide en este punto con una premisa de Vives que ha sido destacada por Goic en su análisis de las cartas de Valdivia: «cuando la carta se dirige a la persuasión se necesita más artificio y una vez elegida la manera de ordenar deberá ser sistemáticamente sostenida» (Goic, 2006, p. 29).

¹³² Elementos estrechamente vinculados en este tipo de documentos desde sus orígenes ya que, como señala Cátedra, «se escribía persiguiendo un fin que, por la propia estructura, casi nunca era el de la información en sí misma sino las consecuencias de esa información» (Cátedra, 1996, p. 34).

¹³³ Segunda relación, CR, p. 160. En la Tercera relación escribe: «Muy Alto y Potentísimo Príncipe, Muy Católico e Invitísimo Emperador, Rey y Señor» (p. 310) y en la Cuarta relación: «Muy Alto, Muy Poderoso y Excelentísimo Príncipe, Muy Católico e Invictísimo Emperador Rey y Señor» (p. 454). Recordemos que la Carta de Veracruz va dirigida tanto al rey como a la reina Juana, por lo que la fórmula es «Muy Altos y Muy Poderosos, Excelentísimos Príncipes, Muy Católicos y Muy Grandes Reyes y Señores» (CR, p. 105).

¹³⁴ Valcárcel Martínez, 1997, pp. 407-408.

¹³⁵ Ver DC, I, p. 285. Cf. los encabezamientos de las dos cartas que acompañan a la Quinta relación en DC, I, pp. 402 y 409.

¹³⁶ La primera fórmula (utilizada también en la Carta del ejército de Cortés al Emperador de 1520, DC, I, 156) coincide (salvo por el significativo añadido «invictísimo» / «muy grande emperador») con la utilizada por Hugo de Moncada en abril de 1516, «Muy Alto y muy Poderoso Católico Rey y Señor» (en Fernández Álvarez, 1973, I, p. 58), que es a su vez la misma que aparece en el documento de las Cortes de Valladolid de 1518 (ver Ordenamiento de las Cortes de Valladolid de 1518, p. 260). En cambio, en la Carta del cardenal y los del consejo a Carlos V, sobre la situación del reino, redactada cuando el rey ha partido para su coronación en Aquisgrán (que finalmente se celebra el 23 de octubre de 1520), encontramos ya la expresión «Sacra Cesárea Católica Real Majestad», que, simplificada a Sacra Cesárea Católica Majestad, será la habitual en los documentos posteriores (cf., a modo de ejemplo, la carta de Lope de Soria de 1525 o la de los médicos de la corte de 1529, recogidas en Fernández Álvarez, 1973, I, pp. 96 y 182) y en las cartas cortesianas a partir de la epístola privada de 1524.

¹³⁷ Ver DC, IV, p. 267. Cf., a modo de ejemplo, las cartas de 1530 (DC, III, p. 146) o de 1537 (DC, IV, p. 173).

¹³⁸ Cuarta relación, CR, p. 524. En la Segunda relación leemos: «Muy Alto y Muy Excelentísimo Príncipe: Dios Nuestro Señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de Vuestra Sacra Majestad conserve y abmente por muy largos tiempos, con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos como su real

corazón desea» (CR, p. 309); y en la Tercera relación «Muy Católico Señor, Dios Nuestro Señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de Vuestra Cesárea Majestad conserve y aumente con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos como su real corazón desea» (CR, p. 451). El hecho de que esta misma fórmula aparezca en las dos cartas privadas que acompañan la relación de 1526 (DC, I, pp. 408 y 401), mientras que dicha relación recoge una más breve («Potentísimo Señor, de Vuestra Cesárea Majestad muy su humill servidor y vasallo que los muy reales pies y manos de Vuestra Majestad besa. Hernando Cortés», CR, p. 662), podría deberse a una eliminación del párrafo habitual por parte del copista. Lo que sí se observa en cartas personales posteriores es la sustitución de este tratamiento por el de «Sacra Católica Cesárea Majestad» también al final (cf. la carta de 1530, DC, III, p. 153) o incluso un simple «Su Majestad» (en la carta de 1544, DC, IV, p. 270).

¹³⁹ Cf. la citada carta de Hugo de Moncada de 1516 (Fernández Álvarez, 1973, I, p. 58).

¹⁴⁰ Basta comparar con las cartas dirigidas en 1527 a fray García de Loaisa (DC, I, p. 434) o Miguel Díaz de Aux (DC, pp. 435 y 438).

¹⁴¹ Segunda relación, CR, p. 309; cf. las siguientes relaciones en pp. 451, 524 y 662. Llama la atención la ausencia de despedida en la conclusio de la Carta de Veracruz; el párrafo final de la carta es una referencia al envío de oro y joyas que se hace a la corona, el cual se detalla a continuación: «El oro y platas y rodela y joyas y ropa que a Vuestras Reales Altezas enviamos con los procuradores, demás del quinto que a Vuestras Majestades pertenesce, de que su capitán Fernando Cortés y este concejo les hacen servicio, va en esta memoria firmada de los dichos procuradores, como por ella Vuestras Reales Altezas podrán ver. De la Rica Villa de la Vera Cruz, a diez de Julio de mil y quinientos y dicenueve» (CR, p. 150; la relación de regalos se recoge en pp. 150-157 y finaliza también sin despedida). Este rasgo distingue sin duda su redacción de la de las relaciones firmadas por Cortés.

¹⁴² Baste a modo de ejemplo la ya citada carta de Hugo de Moncada (1516), que finaliza «Servidor y esclavo que sus reales pies y manos besa» (Fernández Álvarez, 1973, I, p. 58).

¹⁴³ Cf. la de 1522 (DC, I, p. 231), la de 1524 (DC, I, p. 295), las de 1526 (DC, I, pp. 408 y 411) o la de 1537 (DC, IV, p. 173).

¹⁴⁴ No olvidemos que, como explica Cátedra, las cartas de relación «son la expresión de lo que son y deben ser las relaciones entre señor y vasallo» (Cátedra, 1996, p. 42).

¹⁴⁵ DC, I, 421-2; cf. otra carta de ese mismo año en CyM, p. 117. En cartas privadas a otros destinatarios, esta fórmula se suprime (como ocurre en la ya citada a fray García de Loaisa, DC, I, p. 434 o en las dirigidas a García de Llerena, DC, III, pp. 156 y 157) o se sustituye por otras más sencillas como «A lo que mandardes» (DC, I, pp. 435 y 438 y IV, pp. 195 y 196).

¹⁴⁶ CR, pp. 105-106.

¹⁴⁷ CR, p. 106.

¹⁴⁸ CR, p. 140. Sobre esta promesa del oro como táctica de seducción en Cortés, ver Bennassar, 2002, pp. 250-251.

¹⁴⁹ CR, pp. 117-118.

¹⁵⁰ CR, p. 126.

¹⁵¹ Victor Frankl llegó a definir la Carta de Veracruz como un «autorretrato» de Cortés (ver Frankl, 1962, p. 43).

¹⁵² CR, pp. 137-138.

¹⁵³ CR, p. 146.

¹⁵⁴ CR, p. 149.

¹⁵⁵ Explica el impresor en ese título que «En especial hace relación de una grandísima provincia muy rica llamada Culúa en la cual hay muy grandes ciudades y de maravillosos edificios y de grandes tratos y riquezas entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas llamada Temustitan que está por maravillosa arte edificada sobre una grande laguna, de la cual ciudad y provincia es rey un grandísimo señor llamado Muteezuma, donde le acaescieron al capitán y a los españoles espantosas cosas de oír» (Segunda

relación, CR, p. 159).

¹⁵⁶ CR, p. 161.

¹⁵⁷ Díaz Balsera, 1989, p. 224.

¹⁵⁸ CR, p. 161.

¹⁵⁹ CR, p. 232.

¹⁶⁰ A modo de ejemplo, cabe citar otras llamadas de atención sobre la imposibilidad de la escritura como la referencia a la ciudad de Tizatlán, «tan grande y de tanta admiración que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo que es casi increíble» (CR, p. 184) y, ya en la ciudad de Tenochtitlan, la descripción de las casas y aposentos de los nobles, sobre las que dice que le «parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas» (p. 244) o la de las costumbres de Moctezuma: «Eran tantas y tan diversas las maneras y cerimonias que este señor tenía en su servicio, que era nescenario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar y aun mejor memoria para las retener» (p. 247).

¹⁶¹ Ver Segunda relación, CR, pp. 232-248 (volveré a esta descripción más adelante).

¹⁶² Glantz, 1992b, p. 50.

¹⁶³ CR, p. 526.

¹⁶⁴ CR, p. 580. Me parece importante apuntar, a este respecto, la interpretación que propone Antonello Gerbi para este tipo de afirmaciones que él define como «voluntarias o involuntarias abdicaciones» de Cortés a la hora de intentar describir la realidad que lo rodea (Gerbi, 1978, p. 115). Gerbi atribuye dichas «abdicaciones» a una incapacidad personal para observar y comprender la realidad, vinculada a dos aspectos básicos: la conciencia de que el destinatario de las Cartas no está interesado por la geografía, ni por las ciencias naturales, sino por la riqueza, y la condición de Cortés de hombre de guerra y político, esto es, puramente pragmático. A pesar del indudable valor de su trabajo,

creo que el investigador italiano interpreta de una forma injusta el que, como he intentado demostrar, es un recurso retórico que no supone en realidad una forma de abdicación sino de énfasis sobre una materia que Cortés no duda en abordar cuando es necesario.

¹⁶⁵ Cf. Quinta relación, CR, p. 626.

¹⁶⁶ CR, p. 161.

¹⁶⁷ CR, pp. 161-162.

¹⁶⁸ Díaz Balsera, 1989, p. 218.

¹⁶⁹ No en vano afirmará ya en la Quinta relación: «Según lo que yo he sentido, Muy Católico Príncipe, puesto que desde el principio que comencé a entender en esta negociación yo he tenido muchos, diversos y poderosos émulo y contrarios, no ha podido tanto su maldad y malicia que la notoriedad de mi fidelidad y servicios no los haya supeditado» (CR, p. 648).

¹⁷⁰ Ver Quinta relación, CR, pp. 646-662.

III

EL INGRESO EN LA HISTORIA Y LA CONFIGURACIÓN DE LA IMAGEN HEROICA

1

El análisis de los recursos manejados en las Cartas de relación propios del informe oficial y de la epístola nos ha llevado inevitablemente a observar una fuerte presencia del yo en la escritura cortesiana, una dimensión autobiográfica que, como ha explicado Liria Evangelista, se incorpora a la narración histórica modificándola necesariamente, convirtiéndola en «relato de una vida»². Al intentar describir a su rey los hechos acaecidos, el capitán extremeño va también describiéndose a sí mismo³ a través de una cuidada caracterización que, como hemos visto, incluye cualidades como la lealtad, la fidelidad o el respeto de la ley.

Ahora bien, favorecidos por su carácter público, en las relaciones es posible observar otros rasgos caracterizadores que, si bien están vinculados a un intento de seducir al monarca hacia su causa, también buscan atraer al receptor implícito de dichos textos, esto es, ese lector universal capaz de descubrir la dimensión heroica de su autor-protagonista. En efecto, como adelantaba en el capítulo anterior, a partir de la Segunda relación, Cortés fue consciente de estar protagonizando unos hechos que entrarían a formar parte de la Historia⁴. Por ello, en especial en esta y en la siguiente carta (en la que describe un triunfo que sus lectores ya conocen⁵), pero también, de diferente forma, hasta la Quinta relación, intentó definir su proyecto de conquista como una gran hazaña del imperio español, presentándose a sí mismo como un héroe para la Fama⁶.

Desde esta perspectiva, las Cartas de relación adquieren un valor literario estrechamente vinculado al de su dimensión autobiográfica: el que aportan al texto una serie de modelos

histórico-literarios que Cortés va a poner en juego al intentar configurar esa imagen heroica, y que no se corresponderían tanto con lecturas concretas como con un imaginario que conforma el horizonte cultural del autor, determinando tanto los rasgos de esa construcción autobiográfica como los recursos empleados en la misma. En el presente capítulo, comenzaré haciendo referencia a dichos modelos para trazar a continuación las distintas vertientes del héroe cortesiano y recoger algunos recursos no analizados hasta ahora que contribuyeron asimismo a confirmar el discurso del héroe.

LA BÚSQUEDA DE LOS MODELOS

Por lo que respecta a los modelos histórico-literarios que se entrecruzan y se complementan en las Cartas de relación, creo posible distinguir tres líneas básicas, que de nuevo sitúan la escritura cortesiana en un punto de confluencia entre el mundo clásico, el medieval y el renacentista:

La primera de dichas líneas es el ideal político y militar de la época, llevado hasta sus últimas consecuencias en un texto contemporáneo a las Cartas como es *El Príncipe* de Maquiavelo. Si bien Cortés no pudo haber leído la obra del canciller italiano (que, aunque escrita en 1513, se publicó en 1532), el análisis de las Cartas de relación a partir de los presupuestos maquiavélicos puede dar mucha luz sobre la imagen que el conquistador pretende dar de sí mismo en la medida en que, como ha señalado Beatriz Pastor,

Esa capacidad de análisis concreto de una realidad concreta sobre la que se levanta la formulación de la filosofía del racionalismo político del renacimiento es la misma que está en la base de los términos específicos de la caracterización de Cortés como modelo⁷.

El texto de Maquiavelo, verdadero manual sobre la conquista de nuevos territorios y el asentamiento del poder en éstos, admite numerosas confrontaciones con la actuación de Cortés tanto durante la marcha sobre México-Tenochtitlan y el asedio a la ciudad como en su posterior gobernación de la Nueva España, tal como han planteado ya diversos autores⁸ y como intentaré mostrar en las siguientes páginas. Hay que recordar además que no en vano Maquiavelo tuvo como modelo importante para su obra el contexto español, encarnado en Fernando el Católico, sobre el que llegó a afirmar:

Nada causa tanto la estima de un príncipe como las grandes empresas y dar particular ejemplo de sí mismo. Nosotros tenemos en nuestro tiempo a Fernando de Aragón, actual rey de España. Este merece prácticamente la consideración de príncipe nuevo, porque, de un rey débil, ha pasado a ser por fama y por gloria el primer rey de los cristianos. Si os paráis a considerar sus obras, las encontraréis todas grandísimas y alguna, extraordinaria⁹.

En definitiva, si el italiano propuso en su obra el modelo de conquista y gobierno imperante en el contexto europeo (y específicamente español¹⁰), Cortés puso en práctica con éxito dicho modelo en el territorio americano; este es el motivo por el que afirmaba hace unos años Carlos Fuentes:

...que la figura del político maquiavélico ya estaba presente en el aire del tiempo, lo prueba, como nadie, Hernán Cortés. Virtud, Fortuna y Necesidad; los tres términos capitales de la política maquiavélica se encarnan soberanamente en Cortés¹¹.

El segundo modelo cortesiano es el mundo clásico, recuperado por la cultura renacentista (y específicamente por el propio Maquiavelo¹²), en el que se inscriben los grandes héroes míticos e históricos del pasado (Aquiles, Eneas, Alejandro Magno...) y que aporta el modelo textual más significativo del gran conquistador que decide convertirse en historiador de sí mismo, los Comentarios a la guerra de las Galias de Julio César, referente de la historiografía indiana desde los textos colombinos¹³.

El interés del conquistador por «los antiguos» queda atestiguado en escritos como las ordenanzas pregonadas en Tlaxcala en 1520, cuyo proemio inicia:

Porque por muchas escrituras y corónicas auténticas nos es notorio e manifiesto quanto los antiguos que siguieron el ejercicio de la guerra, procuraron e trabajaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones...¹⁴.

Conocedor de la historia romana, sobre la cual debió leer al menos a Salustio y a Plutarco¹⁵, pudo haber aprendido de ella algunas de sus decisiones más acertadas; así, por ejemplo, la lectura de Salustio debió ofrecer a Cortés modelos de actuación sobre todo en el caso de La guerra de Jugurta, guerra de alianzas y traiciones, de rencillas entre líderes de un mismo bando, en la que un hombre hábil y astuto logra enfrentarse (a pesar del fracaso final) a todo un imperio.

Julio César, por su parte, fue sin duda un modelo tanto para Cortés como para sus hombres (quienes realizaron diversas comparaciones entre ambos¹⁶) y el héroe con quien más equipararon al capitán extremeño los cronistas y poetas de los siglos posteriores¹⁷. Pero además, aunque no es posible afirmar que Cortés leyera el texto de César (que sí sabemos era una de las lecturas de cabecera de Carlos V¹⁸, quien incluso ensayó, ya en sus últimos años, una obra semejante¹⁹), hay una evidente afinidad temática y estilística entre las Cartas de relación y los Comentarios a la guerra de las Galias, ya señalada incluso por el primero de los biógrafos de Cortés, Lucio Marineo Siculo, quien escribe en 1530:

Hay también los comentarios de sus cosas (que él llama informaciones —sic—) compuestos con grande polidez y elegancia de decir, los que los escribió con muy gran diligencia y verdad a imitación de Julio César y los dedicó y envió a su Rey don Carlos²⁰.

La vinculación entre ambas obras fue planteada no solo por parte de los primeros editores de las Cartas de relación (como el conde de Flavigny²¹ o Enrique de Vedia²²) sino también de ilustres filólogos, desde Menéndez Pelayo, que destacó la manera en que la escritura

«nerviosa y viril, rápida y sobria» de las memorias de César se había reproducido, «a través de los siglos, sin necesidad de imitación directa [...] en las Cartas de Relación de Hernán Cortés»²³, hasta Alonso Zamora Vicente, quien llegó a afirmar que las Cartas «lo atestiguan como conocedor del estilo de César, al que habría conocido en sus estudios en Salamanca»²⁴. Cabe advertir, en cualquier caso, que las correspondencias entre ambas obras son más amplias que las ya propuestas; así, por ejemplo, César y Cortés coinciden también —como señala Manuel Alcalá— en la intencionalidad de sus textos, que podrían calificarse de obras «de propaganda [...] en su sentido latino [...], esto es, ‘lo que tiene que ser propagado’ [...] no solo para los contemporáneos, sino para la posteridad», pero también «en el sentido más usual de la palabra»: si César busca conciliar la opinión pública romana, Cortés intenta convencer (como ya hemos visto) a su emperador²⁵. La comparación, en suma, no solo es inevitable sino fructífera, de manera que será imprescindible acudir tanto a las acciones como a la escritura de César para explicar, al menos parcialmente, el modelo cortesiano.

El tercer paradigma que debió tener presente el conquistador, situado en el contexto específico de la cultura castellana, es el de la gran épica nacional de la Reconquista y, con ella, la figura central del Cid, el vasallo ejemplar que dedica su vida a ganar nuevas tierras para su rey, cuya imagen heroica fue transmitida tanto a través de las crónicas (alfonsíes y post-alfonsíes) como del Romancero²⁶. Las cualidades morales, políticas y militares del héroe castellano, unidas a la inquebrantable lealtad a su rey, debieron ser un referente importante para Cortés²⁷, a pesar de que los autores posteriores prefirieran, de manera general, equipararlo con personajes del mundo clásico²⁸.

LA CARACTERIZACIÓN DEL HÉROE

Centrándonos ya en los rasgos de definición del héroe que se derivan, en mayor o menor medida, de los modelos citados, podríamos determinar cuatro aspectos esenciales que caracterizan al protagonista de las Cartas: el militar, que lo define como singular conquistador; el referido al gobierno del territorio conquistado; el que marca su relación de vasallaje ante el rey; y, por último, el religioso, que le permite mostrarse como un elegido de Dios. Veamos algo detenidamente cada uno de ellos²⁹.

a) El héroe militar

Uno de los aspectos más destacados de la personalidad de Cortés, tal como este se nos muestra en las Cartas de relación, es su extraordinario valor en la batalla. El conquistador toma desde el principio decisiones arriesgadas, como la orden de cortar las manos de los cincuenta enviados tlaxcaltecas antes del enfrentamiento con Xicoténcatl³⁰ o, tras la supuesta conspiración de los cholultecas, la amenaza de entrar en la tierra de Moctezuma «haciéndole todo el daño que pudiese como enemigo» sin saber todavía con qué tipo de ejército puede encontrarse³¹. Una vez en el combate, encabeza siempre a sus hombres en las situaciones de mayor peligro³² y no cuida de sí mismo sino de ellos, que, al igual que los soldados de César, lo necesitan como líder y llegan a dar su vida por él³³; así, a propósito del cerco a la capital azteca, Cortés explica:

...como yo estaba muy metido en socorrer a los que se ahogaban, no miraba ni me acordaba del daño que podía rescebir, y ya me venían a asir ciertos indios de los enemigos, y me llevaran si no

fuera por un capitán de cincuenta hombres que yo traía siempre conmigo y por un mancebo de su compañía, el cual después de Dios me dio la vida, y por dármele como valiente hombre perdió allí la suya,

y añade:

...aquel capitán que estaba conmigo, que se dice Antonio de Quiñones, díjome: «Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabéis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar»³⁴.

Pero además, si, como decía Salustio, «el nervio de la guerra es el ingenio»³⁵, Cortés va a mostrar a lo largo de todas las Cartas una extraordinaria habilidad estratégica³⁶ que se inicia tras los primeros triunfos sobre los pueblos sometidos a Moctezuma, cuando descubre la falta de unidad del imperio azteca:

Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hobe poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito y que podría tener manera de más aún sojuzgarlos³⁷.

Dice Maquiavelo que «es necesaria la colaboración de sus habitantes a la hora de conquistar un territorio»³⁸, y añade:

...quien se encuentre en un territorio de lengua y costumbres diferentes debe [...] acaudillar y defender a los menos fuertes, ingeniárselas para debilitar a los poderosos y guardarse de que, por circunstancia alguna, entre allí un señor de poderío similar³⁹.

Cortés va a seguir estas mismas máximas al convertir en aliados a esos pueblos enfrentados al gran poder azteca, debilitando dicho poder con la prisión de Moctezuma en su propio palacio y eliminando la posibilidad de que otros españoles le arrebatasen su conquista al someter al enviado de Velázquez, Pánfilo de Narváez.

Sin embargo, la rebelión azteca acaba con todos estos logros, de forma que la capacidad estratégica del conquistador español se va a poner en juego de forma esencial durante el asedio a la ciudad de Tenochtitlan. Cortés, que había intentado atraer el territorio por medios diplomáticos, asume ahora el enfrentamiento directo y definitivo. Para realizarlo, consolida su política de alianzas reforzando las existentes (con Cempoala, Tlaxcala y Cholula) y ampliándolas hacia otros pueblos⁴⁰: lo que en un principio había sido una forma de presión indirecta, de subversión, se convierte en una «coalición amplificable»⁴¹, de manera que el asedio a la ciudad de México-Tenochtitlan solo se emprende cuando el extremeño logra acrecentar suficientemente el ejército indígena aliado acogiendo a los pueblos que le llegan para rendirle vasallaje⁴².

Además, al igual que César, Cortés utiliza su inteligencia y sus conocimientos técnicos para superar los medios del enemigo en la batalla gracias a artilugios como los tres «ingenios de madera» que Pedro Mártir identificará con las «tortugas» romanas⁴³ y, sobre todo, a la construcción de los trece bergantines que él mismo valora como «la llave de toda la guerra»⁴⁴, ya que le van a permitir el asedio a través de la laguna (recordemos cómo César había construido también naves de guerra en el Loira⁴⁵).

Cabe advertir, sin embargo, que Cortés va a insistir también, a propósito del cerco a Tenochtitlan, en que su objetivo es la paz, y ello no tanto en el sentido de la máxima latina (qui desiderat pacem, praeparet bellum) como desde la perspectiva del soldado cristiano, que entiende la guerra solo como un medio para fines muy superiores y que, por ello, manifiesta reiteradamente sus deseos de concordia⁴⁶, llegando incluso a rehuir el enfrentamiento por compasión hacia el enemigo:

...acordé de los dejar de combatir por algún día y movelles algún

partido por do no peresciese tanta multitud de gente, que cierto me ponía en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía.Y continuamente les hacía acometer con la paz, y ellos decían que en ninguna manera se habían de dar [...].Y yo, por no dar mal por mal, desimulaba en no les dar combate⁴⁷.

Un último aspecto que da la calidad del héroe como guerrero es la forma en que se crece en las dificultades: decía Menéndez Pidal a propósito del Cid que «lo que da carácter épico a las empresas grandiosas no es el éxito» y que el héroe «debe ser medido únicamente por el valor energético de su esfuerzo»⁴⁸: si el arroj de Cortés se muestra de forma muy clara en la narración del asedio a México-Tenochtitlan⁴⁹, también es manifiesto con anterioridad, en la narración de la derrota ante los rebeldes aztecas y la retirada de la Noche Triste⁵⁰, e incluso en la Quinta relación, nuevo testimonio de su capacidad estratégica, ya que narra cómo se ve obligado a emplear el ingenio en su lucha contra una naturaleza hostil y destructora. En este contexto, en el que Pastor plantea los elementos de un discurso del fracaso que transforma a Cortés de guerrero-conquistador en ingeniero que traza caminos y puentes⁵¹, el narrador describe como verdaderas hazañas los pequeños «triumfos» sobre el espacio natural que suponen estos puentes, en especial el cercano a la provincia de Acalán, cuya descripción evoca la del levantado sobre el Rin por Julio César:

...tomé por postrer remedio determinarme de hacer una puente [...]; era tal la obra que comenzamos que a todos pareció cosa imposible [...]; lleva más de mil vigas que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre y de nueve y de diez brazas de largo⁵².

Que el conquistador supo hacer de esta situación desesperada un motivo de orgullo lo prueba de nuevo el testimonio de Bernal, quien explica cómo los españoles siguieron utilizando durante muchos años estos puentes que, de manera admirada, llamaban «los puentes

de Cortés, como si dijese las columnas de Hércules»⁵³. El ejemplo es clarificador para comprender la manera en que Cortés concibe unos hechos que, si bien objetivamente constituyen un fracaso, dan la medida del héroe en su capacidad para enfrentarse al peligro y a la muerte, y por ello le consolidan, como ha señalado Ivonne Robles, en su carácter mítico⁵⁴; algo que comprendió bien el amanuense que puso título a esta Quinta relación en el manuscrito conservado en la John Carter Brown Library:

Síguese la sesta (sic) relación que el dicho capitán general Hernando Cortés escribió a Su Majestad cuando entró más de seiscientas leguas de la ciudad de Temixtitlan la tierra adentro, adonde sufrió grandes trabajos y se puso a grandes peligros...⁵⁵.

b) El perfecto gobernante

El ejercicio del poder es sin duda uno de los anhelos fundamentales de Cortés. Su objetivo final respecto al territorio mexicano (que puede entreverse ya en la Carta de Veracruz) no se quiebra ni siquiera en circunstancias tan adversas como el desastre de la Noche Triste, tras el cual escribe a su padre: «con quedar yo al presente con la gobernación sería cosa muy provechosa e de harto interese y su Alteza en hacerme esta merced sería muy servido...»⁵⁶. Es por ello que las Cartas de relación son también el testimonio de las cualidades del conquistador en este ámbito.

Una de las cualidades que más exhibe Cortés es su conocimiento y respeto de la ley. Hemos visto ya que el legalismo es un elemento destacado de su actuación antes de la conquista del imperio azteca (no solo respecto al problema jurídico que supone la fundación de Veracruz). Dicho legalismo, que lo asemeja en cierto modo al Cid (cuya habilidad en materias jurídicas había quedado atestiguada tanto en las crónicas como en el Romancero⁵⁷), se va a reflejar especialmente en su actividad como juez durante la gobernación de la Nueva España (de hecho, uno de los puntos del interrogatorio que propondrá para reabrir su juicio de residencia será precisamente «si saben quel dicho Hernán Cortés era muy recto juez, e facía justicia, generalmente a todos; e por tal era habido e tenido»⁵⁸).

Junto al respeto de la ley, Cortés muestra en las Cartas una clara visión política que le va a permitir reconstruir la ciudad de México y emprender el proyecto político y económico de la Nueva España⁵⁹, cuyo territorio va a ampliar a partir de 1521 con numerosas exploraciones, siempre convencido de la posibilidad de que «se descubran muy grandes y ricas tierras donde Vuestra Cesárea Majestad mucho se sirva y los reinos y señoríos de su real corona se ensanchen en mucha cantidad»⁶⁰. Ahora bien, dicho proyecto (en concreto por lo que respecta a la construcción de la nueva capital) no habría sido posible sin el apoyo de los propios indígenas sojuzgados, a los cuales parece aplicar la máxima

maquiavélica: «...quien, contra la voluntad popular, llegue a príncipe [...] deberá, antes que nada, ganarse al pueblo; tarea fácil siempre y cuando asuma su protección»⁶¹. Así, en los días de la reedificación, Cortés otorga a algunos caciques cargos de gobernación, dándoles además libertades y exenciones⁶², y más adelante se cuidará de consignar su compromiso como protector de los indios, sobre todo en la Cuarta y la Quinta relación⁶³, en las que, como en el resto de las Cartas, se testimonia su talento natural para lograr el amor de los pueblos sojuzgados gracias a una magnanimidad que no excluye la severidad cuando es necesaria⁶⁴.

Tal vez el ejemplo más claro de este difícil equilibrio entre el rigor y la compasión sea el trato que —siempre según la versión del conquistador— otorga a Cuauhtémoc. Perdonarle la vida en el momento de la entrega de Tenochtitlan es un acto político clave para el triunfo español que muestra la clemencia del capitán español:

Y puso la mano en un puñal que yo tenía, decíéndome que le diese de puñaladas y lo matase. Y yo le animé y le dije que no tuviese temor ninguno. Y así, preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra⁶⁵.

Sin embargo, durante la expedición a las Hibueras realizada años más tarde, Cortés parece confirmar sus sospechas sobre el jefe azteca, «a quien —según aclara él mismo— yo después que la gané he siempre tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo aquel camino con todos los demás señores que me pareció que eran parte para la seguridad y revuelta destas partes»⁶⁶: la supuesta conjura de Cuauhtémoc, denunciado por uno de los suyos, justifica el castigo supremo, curiosamente llevado a cabo fuera de la capital, donde podría haber provocado numerosos disturbios⁶⁷.

c) El vasallo del rey

Como vasallo de la corona española, Cortés va a mostrar su lealtad y fidelidad al rey más allá de cualquier duda y en las situaciones más adversas. Recordemos que, como señalaba Victor Frankl, el vasallaje es un rasgo esencial del «retrato» de Cortés que se ofrece en la Carta de Veracruz, donde se muestra ya la idea de que «el valor de un hombre radica en la intensidad de su servicio al Rey en cuanto representante de Estado y Nación y en la correspondiente renuncia a su provecho personal»⁶⁸. De hecho, la propia fundación de Veracruz se presenta como un acto de vasallaje («...lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de Vuestras Reales Altezas se poblase y fundase allí un pueblo...»⁶⁹) y la confrontación que se realiza entre Cortés y Velázquez en esa carta se basa fundamentalmente en el problema de la fidelidad al rey por parte del vasallo, que se va a intensificar en la Segunda relación durante todo el pasaje referente al enfrentamiento con Pánfilo de Narváez y sus hombres, a quienes Cortés advierte que, de no rendirse, «procedería contra ellos como contra personas rebeldes y que no se querían someter debajo del dominio de Vuestra Alteza»⁷⁰.

Las siguientes cartas, sin embargo, introducen matices importantes al concepto cortesiano de vasallo que ayudan a comprenderlo en su verdadera complejidad. En primer lugar, para Cortés (como para el Cid) lo esencial del vasallaje es el servicio a la corona como institución, lo que no implica necesariamente el cumplimiento de decisiones concretas: ciertas alusiones como la incluida en la Cuarta relación sobre la necesidad de que «a nuevos acontecimientos haya nuevos paresceres y consejos»⁷¹ y, sobre todo, las justificaciones para la no ejecución de las órdenes reales en la carta privada que acompaña a esta última⁷² demuestran que, para el conquistador, el buen vasallo defiende los intereses de la corona incluso al contradecir sus decisiones, si esta no ha podido contar con todos los elementos de juicio para dictarlas. En segundo lugar, la pérdida de la gobernación de la Nueva España va a llevar a Cortés a afirmar que el servicio está por encima de la posible gratitud de quien lo recibe; así, la Quinta relación finaliza con las siguientes palabras:

...yo aunque Vuestra Majestad más me mande desfavorecer no

tengo de dejar de servir, que no es posible que por tiempo Vuestra Majestad no conosca mis servicios. Y ya que esto no sea, yo me satisfago con hacer lo que debo y con saber que a todo el mundo tengo satisfecho y les son notorios mis servicios y lealtad con que los fago. Y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sino este⁷³.

Como vemos, Cortés logra definirse a sí mismo como perfecto vasallo en este pasaje que, como ha señalado Ángel Delgado, con una clara finalidad política (recordemos que va a iniciarse el juicio de residencia), evoca como ningún otro la figura literaria de ese otro vasallo ejemplar, el Cid, también desfavorecido durante cierto tiempo por su monarca. Como plantea Delgado,

La historia de el Cid, al menos en su versión literaria [y en especial en el Romancero], es básicamente la de una incompreensión del rey Alfonso, que por malos consejos exilia a Rodrigo Díaz de Vivar, a pesar de lo cual este se mantiene fiel a su rey y emprende conquistas en su nombre. Sus servicios militares son tan notorios que al fin el monarca debe reconocer su error, premiándole con mercedes y honores. Es evidente que Cortés evoca astutamente la figura del héroe medieval para establecer un paralelo con su propio destino⁷⁴.

Cortés, sin embargo, nunca llegará a recuperar el total reconocimiento de Carlos V, y por ello esta imagen del vasallo ejemplar continuará ocupando buena parte de sus escritos posteriores, como veremos en el próximo capítulo.

d) El elegido de Dios

El paralelismo casi explícito con el héroe castellano de la cita

anterior nos lleva a considerar a su vez un último aspecto, también propiamente medieval, en la caracterización que Cortés ofrece de sí mismo: a lo largo de las Cartas de relación (y este va a ser un punto de coincidencia interesante con otros autores de la Crónica, desde el mismo Cristóbal Colón⁷⁵), el capitán extremeño va a elaborar de forma cada vez más destacada su imagen de elegido de Dios, de instrumento de la Providencia.

El providencialismo aparece de forma reiterada en las relaciones cortesianas, como era de esperar, referido a las hazañas bélicas: si la conquista americana se presenta en toda la Crónica de Indias como el cumplimiento de un designio divino (así lo expresan los firmantes de la Carta de Veracruz: «Es de creer que no sin cabsa Dios Nuestro Señor ha sido servido que se descubriesen estas partes en nombre de Vuestras Reales Altezas»⁷⁶), los logros de la conquista son juzgados siempre como voluntad de un Dios que interviene directamente en favor de los suyos⁷⁷. Así lo transmite Cortés a sus hombres en arengas como la ya citada tras la batalla en Tlaxcala:

...yo los animaba diciéndoles [...] que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte y que a él ninguna cosa es imposible, y que lo vieses por las vitorias que habíamos habido⁷⁸.

Y se lo expresa al rey no solo en sus relaciones sino también en referencias a las mismas en documentos privados como la carta de 1522, en la que, a propósito del contenido de la Tercera relación, señala: «en ella se verán obras no de nuestras manos mas de Dios»⁷⁹.

Cortés cuida a su vez de atribuir también este favor divino a la corona a lo largo de su discurso, elemento que consolida los vínculos entre el monarca y sus vasallos en la medida en que ambos comparten esa suerte providencial que emana del emperador. Así, por ejemplo, en la Segunda relación, a propósito de la ruta elegida para llegar a Tenochtitlan, escribe:

...como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Sacra Majestad desde su niñez y como yo y los de mi compañía íbamos en su real servicio, nos mostró otro camino aunque algo agro no tan peligroso⁸⁰.

Pero, además, ya desde esta misma Segunda relación, es posible observar un proceso de «personalización» del favor divino, que se vincula a las propias decisiones; cito algunos ejemplos:

Y aunque todos los de mi compañía decían que me tornase porque era mala señal todavía seguí mi camino, considerando que Dios es sobre natura⁸¹;

Y pareció que el Espíritu Santo me alumbró con este aviso segund lo que otro día siguiente sucedió⁸².

...pareció que Nuestro Señor me inspiró...»⁸³;

Estando en esta perplejidad, consideré que ninguna cosa puede ser bien hecha ni guiada si no es por mano del Hacedor y Movedor de todas, e hice decir misas y hacer procesiones y otros sacrificios, suplicando a Dios me encaminase en aquello de que El más se sirviese⁸⁴.

Proceso que, al menos a partir de la Cuarta relación, va a implicar a su vez la definición de sí mismo como instrumento divino: «Dios Nuestro Señor fue servido de me hacer medio por donde veniese en su conocimiento y debajo del imperial yugo de Vuestra Alteza...»⁸⁵.

La configuración literaria del héroe cortesiano se cierra así con esta imagen religiosa que es posible rastrear, por otra parte, hasta sus últimos escritos, incluyendo la carta que dirige al emperador en 1544, en la que advierte: «quien conociere de mí lo que yo, verá claro que no sin causa la divina Providencia quiso que una obra tan grande se acabase por el más flaco e inútil medio que se pudo

hallar, porque a solo Dios fuese el atributo»⁸⁶.

RECURSOS RETÓRICO-ESTILÍSTICOS AL SERVICIO DE UNA CONSTRUCCIÓN MÍTICA

Como se ha podido comprobar a lo largo del capítulo anterior, la mayoría de los recursos propios de la relación y la epístola que Cortés aprovecha están vinculados al objetivo de exaltar la propia figura y sus acciones (entre ellas, el acto mismo de escribir). Pero todavía es posible identificar otros rasgos del discurso cortesiano, en este caso más bien vinculados a la historiografía, que contribuyen asimismo a perfilar la imagen heroica que venimos describiendo, especialmente en lo que se refiere a su vertiente militar y política.

El primero de estos recursos (también por su importancia) es el hábil manejo del sujeto gramatical. Si Julio César había elegido para su obra la libertad (y la máscara) de la tercera persona⁸⁷, Cortés asume en principio una primera persona del singular que destaca su protagonismo, llegando a emplearla incluso para referirse a las que son sin duda hazañas colectivas en frases como la siguiente:

Otro día torné a salir por otra parte antes que fuese de día sin ser sentido dellos con los de caballo y cient peones y los indios mis amigos y les quemé más de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de más de tres mil casas. Y allí pelearon conmigo los del pueblo, que otra gente no debía de estar allí⁸⁸.

Sin embargo, el juego de sujetos es más complejo en las Cartas de relación, puesto que el conquistador combina hábilmente esta primera persona del singular con un «nosotros» que vincula íntimamente al protagonista con sus hombres:

Y dejado en la fortaleza el recabdo que convenía y se podía dejar, yo torné a salir y les gané algunas de las puentes y quemé algunas casas. Y matamos muchos en ellas que las defendían⁸⁹.

Ya que fue de noche salí con ciertos españoles, y como los tomé descuidados ganámosles una calle donde les quemamos más de trecientas casas, y luego volví por otra ya que allí acudía la gente y ansimesmo quemé muchas casas della, en especial ciertas azoteas que estaban junto a la fortaleza de donde nos hacían mucho daño⁹⁰.

De hecho, el narrador llega incluso a abandonarse en ocasiones a ese plural casi anónimo («peleamos con ellos y ellos con nosotros muy valientemente y al fin se la ganamos»⁹¹), de manera que — como ha destacado Liria Evangelista al respecto — en el conjunto de las Cartas

...el yo se manifiesta como una forma lábil que, lejos de ocultarse, diseña la figura del guerrero y militar por sucesivas superposiciones con la forma pronominal del «nosotros» [...] y también por astutos desprendimientos del yo alguna vez incluido en ese nosotros, estrategia que lo confirma en la estatura del héroe mitológico⁹².

Estas superposiciones del sujeto, que destacan la figura del narrador-protagonista sin caer en la vanidad de la autoglorificación, se completan con otro recurso fundamental: el que Ramón Iglesia definió como «tono mesurado, ecuánime, impasible del relato»⁹³, el estilo sobrio con el que Cortés refiere sus acciones, que es el que llevó a Menéndez Pelayo a comparar las Cartas de relación con la obra de Julio César:

...hay pocas escrituras, en ninguna lengua, que por la noble sencillez, por la modesta grandeza, por la serena objetividad, por la plácida lisura con la que se refieren las cosas más extraordinarias,

recuerde o emule tanto los Comentarios de César como estas Relaciones del conquistador de la Nueva España⁹⁴.

En efecto, en el discurso de Cortés, como explica Díaz Balsera, «el control y la medida ante los hechos relatados» implica a su vez una conquista personal: la conquista de la propia escritura por parte del héroe que, como había hecho César, vence sobre sí mismo, «sobre la vanidad y la elación que la grandeza de las hazañas, junto a la grandeza de escribirlas, producirían en cualquier otro hombre»⁹⁵.

Este tono sobrio con el que Cortés habla de sí mismo no solo contrasta con el tono admirado con el que se refiere a la realidad que le rodea sino también con el que van a utilizar al referirse a los mismos hechos aquellos cronistas que se basan en la lectura de las Cartas como Fernández de Oviedo, López de Gómara o Pedro Mártir de Anglería. A este respecto, bastará la comparación de un pasaje cortesiano con su correspondiente en las Décadas de Pedro Mártir para observar la contención con la que Cortés asume la narración de sus hazañas. Retomo el referido a la batalla con los tlaxcaltecas que va a llevar a rendición a Xicoténcatl (en el que Cortés utilizaba alternativamente la primera persona del plural y el singular), citándolo de forma extensa para contrastarlo de forma más clara con el del humanista italiano:

Otro día, en amanesciendo, dan sobre nuestro real más de ciento y cuarenta y nueve mil hombres que cubrían toda la tierra, tan determinadamente que algunos dellos entraron dentro en él y anduvieron a cuchilladas con los españoles. Y salimos a ellos y quiso Nuestro Señor en tal manera ayudamos que en obra de cuatro horas habíamos fecho lugar para que en nuestro real no nos ofendiesen, puesto que todavía facían algunas arremetidas. Y así estuvimos peleando hasta que fue tarde, que se retrajeron.

Otro día torné a salir por otra parte antes que fuese de día sin ser sentido dellos con los de caballo y cient peones y los indios mis amigos y les quemé más de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de más de tres mil casas. Y allí pelearon conmigo los del pueblo, que

otra gente no debía de estar allí. Y como traíamos la bandera de la cruz y puñábamos por nuestra fe y por servicio de Vuestra Sacra Majestad en su muy real ventura, nos dio Dios tanta vitoria que les matamos mucha gente sin que los nuestros rescibiesen daño. Y poco más de mediodía, ya que la fuerza de la gente se juntaba de todas partes, estábamos en nuestro real con la vitoria habida⁹⁶.

...con el primer crepúsculo, cuando apenas despuntaba la aurora, cayó sobre ellos tan incontable número de adversarios, que parecían cubrir el campo entero: eran, según escriben, ciento cincuenta mil. Luchóse rabiosamente junto a las defensas del campamento y se cuenta que la batalla duró cuatro horas con gran peligro de los nuestros. Sin dejarla definida, retiráronse los bárbaros, y como la huida era imposible, cada cual se convirtió de tímida oveja en terrible león. Puesto en fuga el enemigo, Cortés, como con jauría de tigres, lanzóse sobre los traidores que ya se habían retirado a sus casas en desbandada. Asolando, destruyendo y aprisionando o dando muerte a cuantos hallaba en su camino, llegó a un pueblo de más de tres mil casas, como dicen, y a sangre y fuego lo arrasó todo. Hecho esto, y llenos de espanto los naturales, enviaron legados los próceres de la región, pidiendo perdón⁹⁷.

La precisa y algo prolija información aportada por Cortés en su relación, sin calificativos para las acciones ni sus protagonistas⁹⁸, se transforma en episodio de una gran gesta imperial en el párrafo único de Anglería gracias a recursos épicos clásicos, como la comparación de los guerreros con animales salvajes («cada cual se convirtió de tímida oveja en terrible león», «como con jauría de tigres») o la acumulación de verbos que denotan la violencia de la guerra y la rapidez de la acción («asolando, destruyendo y aprisionando o dando muerte»)⁹⁹.

Ahora bien, este cambio hacia un tono encomiástico es consecuencia en buena medida precisamente de la capacidad de convicción del sobrio estilo cortesiano para mostrar los propios méritos: muy cercano a la corte, el humanista debió acceder a las Cartas desde la desconfianza inicial que provocaron las

contradictorias noticias de Velázquez y de los allegados de Cortés en torno a los derechos de conquista sobre el nuevo territorio¹⁰⁰; sin embargo, le bastó la lectura de la Segunda relación para transformar esta actitud hacia el conquistador en un elogio abierto al héroe. Una actitud muy similar a la de Fernández de Oviedo reescribiendo esta misma relación en su Historia general: la valerosa actitud de ese capitán que se crece en las circunstancias más difíciles logra convencer al cronista de las dotes naturales de Cortés para la guerra, de su capacidad de sufrimiento y de su prudencia, cualidades que destacará ya de forma continua en la narración del cerco a la capital azteca hasta llegar a exclamar:

...es muy justa cosa que en la memoria de los que viven, estén escriptas las hazañas e fechos memorables de Hernando Cortés [...], porque son cosas raras e peregrinas e no tienen semejanza ni comparación con ejército ni cerco alguno de aquellos que por muy famosos [historiadores] están escriptos de los pasados¹⁰¹.

Y es precisamente el final del asedio a la ciudad de Tenochtitlan uno de los pasajes que nos permiten observar otro rasgo estilístico que va a distinguir a Cortés de los cronistas posteriores de sus hazañas: su intento de evitar la «dramatización» que implica el estilo directo. Porque la rendición de Cuauhtémoc (perdonado por el «magnánimo» Cortés) es narrada por los cronistas citados a través de un estilo directo que no aparece en el original, pero sí es un rasgo propio de la historiografía humanista. Confronto en este caso con López de Gómara:

...llegóse a mí y díjome en su lengua que ya él había fecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos fasta venir en aquel estado, que agora ficiese dél lo que yo quisiese. Y puso la mano en un puñal que yo tenía, decíendome que le diese de puñaladas y lo matase¹⁰².

Cuauhtimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y díjole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender a mí y a los míos, y lo que obligado era para no venir a tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis agora hacer de mí lo que quisiéredes, matadme, que es lo mejor»¹⁰³.

En efecto, si Cortés solo acude al estilo directo en contadas ocasiones¹⁰⁴, y nunca referidas a sus propios parlamentos, los cronistas que tienen como fuente básica las relaciones nos muestran esos mismos parlamentos en primera persona, como hace Pedro Mártir con la arenga ya citada del capitán a sus hombres tras la batalla con los tlaxcaltecas¹⁰⁵:

Cortés [...] les habló así: «¿Qué es esto camaradas? ¿Qué teméis? ¿No os consta que Dios está con vosotros, cuando tantos éxitos felices os ha dado? ¿Pensáis que son mejores y más valientes éstos en cuya busca vamos? ¿Qué cosas, qué reinos no vais a proporcionarle a vuestro monarca, a poco que seáis constantes? ¿Habría tenido nunca hombre alguno un fin más honroso? Acordáos de que sois españoles [...]. ¿Qué fama dejaréis a la posteridad por hazañas tales, que jamás se ofrecieron a ninguno de los vivientes? [...]. Ánimo, pues, y seguid conmigo la valerosa empresa comenzada sin dudar de la victoria»¹⁰⁶.

Anglería no reescribe aquí el pasaje, como veíamos en el caso anterior, sino que lo reconstruye literariamente transformando en preguntas (la mayoría retóricas) las supuestas exhortaciones del conquistador («yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de Vuestra Alteza [...], que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte») y completando el discurso que Cortés había dejado voluntariamente inconcluso («les dije otras cosas que me pareció decirles desta calidad»¹⁰⁷). Ampulosidad retórica frente a la sobriedad y concisión de la escritura cortesiana, a ese tono «medido» que solo parece quebrarse en la Quinta relación, en la que Cortés se permite hablar de sí mismo en un tono elogioso («...

por cobrar nombre de servidor de Vuestra Majestad y de su imperial y real corona me he puesto a tantos y tan grandes peligros y he sufrido trabajos tan sin comparación»¹⁰⁸) y que abandonará progresivamente en documentos posteriores, como el Interrogatorio general que presentó para el examen de los testigos de descargo en su juicio de residencia (¿1534?)¹⁰⁹, el Memorial de 1542¹¹⁰ o su última carta al rey (1544), cuyo inicio difiere sensiblemente, en tono y estilo, de la economía expresiva de las relaciones:

Sacra Católica Cesárea Majestad: Pensé que el haber trabajado en la juventud, me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer ya las veces ni bien ni mal, traer las armas auestas, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas a su corral muy remotas de nuestro hemisferio, e ignotas y no escritas en nuestras Escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y trayéndole a su yugo y real cetro muchos y muy grandes reinos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por nuestros muchos émulos e invidiosos que como sanguijuelas han reventado de hartos de mi sangre¹¹¹.

La yuxtaposición oracional, la acumulación de verbos o la profusión de adjetivos (tan escasamente empleados en las referencias a sí mismo en las Cartas de relación) nos sitúan ante una etapa distinta de la vida del conquistador, una etapa no de construcción sino de evocación de la imagen heroica forjada en los primeros textos. Al mismo tiempo, sin embargo, el hecho de que se trate de la evocación de una hazaña emprendida por «mi propia persona», sin la menor alusión a sus soldados y aliados, diríase individual, parecería llevar al extremo otro recurso utilizado para la caracterización de la propia figura desde las Cartas de relación con el que finalizaré el presente apartado: la elipsis.

Entre los historiadores del XVI, fue habitual depurar, modificar o

simplemente omitir determinados hechos históricos para contribuir a la fama de un personaje o bien para condenarlo al olvido. La omisión de información tenía que ver con un concepto de «historia ejemplar» propio de la historiografía humanista¹¹², pero con un origen muy anterior, que Cortés aprovechó en su discurso, no dudando en callar deliberadamente datos que habrían podido reducir su protagonismo¹¹³, que hubieran comprometido su imagen de leal vasallo¹¹⁴ o que habrían dejado al descubierto errores estratégicos, siendo tal vez el más notorio su decisión de dejar al mando, al tiempo de partir al encuentro con Pánfilo de Narváez, a Pedro de Alvarado, quien, al ordenar la matanza del Templo Mayor (también omitida en las Cartas) desencadenó definitivamente la rebelión azteca.

Queda excluido asimismo de la relaciones cortesianas todo aquello que, por reducirse al ámbito de lo personal o cotidiano, no encajaría en la imagen de un héroe épico, y que sí encontramos, en cambio, en la Historia verdadera de Bernal¹¹⁵, como sus aficiones personales o sus relaciones amorosas: resultaría impensable la alusión en las relaciones a cómo algunas veces, durante su prisión, «jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego»¹¹⁶; del mismo modo, Catalina Xuárez, su primera mujer, no aparece en las Cartas¹¹⁷.

La confrontación con la crónica de Bernal Díaz obliga además a considerar otras dos importantes omisiones, al menos por lo que atañe a la narración de la conquista del imperio azteca ofrecida por Cortés en la Segunda y Tercera relación: la que denuncia el propio Bernal respecto a su persona y el resto de soldados a las órdenes de Cortés y la de Doña Marina, amante e intérprete del conquistador que ejerció un papel clave en dicha conquista. Por lo que se refiere a la falta de referencias a los hombres que lucharon a las órdenes del capitán extremeño (tanto en las dos cartas de relación citadas como más tarde en la crónica de López de Gómara), es bien sabido que fue uno de los motivos esenciales para la redacción de la Historia verdadera, en cuyas páginas finales Bernal imagina el siguiente diálogo con la «excelente e ilustre fama»:

Y más dice la loable fama, que las cosas del valeroso y animoso Cortés han de ser siempre muy estimadas y contadas entre los hechos de valerosos capitanes; y que no hay memoria de ninguno de nosotros en los libros e historias que están escritos [...] y que los capitanes y soldados que lo ganamos quedamos en blanco sin haber memoria de nuestras personas ni conquistas, y que ahora se ha holgado mucho en saber claramente que todo lo que he escrito en mi relación es verdad. Y que la misma escritura trae consigo al pie de la letra lo que pasó, y no lisonjas viciosas, ni por sublimar a un solo capitán quieren deshacer a muchos capitanes y valerosos soldados, como ha hecho Francisco López de Gómara y los demás coronistas modernos que siguen su propia historia sin poner ni quitar más de lo que él dice¹¹⁸.

El reproche de Bernal es cierto solo parcialmente: Cortés hace numerosas alusiones en ambas cartas a sus capitanes Pedro de Alvarado (que aparece citado en más de cuarenta ocasiones) y Gonzalo de Sandoval, se refiere en diversos momentos a los capitanes Cristóbal de Olid y Andrés de Tapia, e incluye los nombres de algunos soldados al referirse a situaciones concretas del cerco a la capital azteca:

...aquel capitán que estaba conmigo, que se dice Antonio de Quiñones, díjome: «Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabéis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar»¹¹⁹.

...otro mancebo criado mío que se decía Cristóbal de Guzmán cabalgó en un caballo que allí en la isleta le dieron para me lo llevar, en que me pudiese salvar. Y a él y al caballo antes que a mí llegase mataron los enemigos, la muerte del cual puso a todo el real en tanta tristeza que fasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocían¹²⁰.

Es lógico, sin embargo, que para el soldado-cronista estas referencias sean insuficientes, no solo porque él mismo no aparece

en las relaciones, sino porque su interés es precisamente rescatar del olvido los nombres que se esconden detrás del tan habitual «los nuestros» del discurso cortesiano.

En cuanto a la escasa presencia de doña Marina en el relato de la conquista que ofrece Cortés (reducida a frases del tipo «la lengua que yo tengo» o «nuestra lengua» sin que aparezca su nombre hasta la Quinta relación), se trata de un aspecto ya destacado por la crítica a propósito del cual reflexiona Margo Glantz:

¿Por qué, entonces, Marina, la de la voz, nunca es la dueña del relato? Su discurso soslayado por la forma indirecta de su enunciación, se da por descontado [...], es un habla que aparentemente solo repite lo que otros dicen. Su discurso —para usar una expresión ya manoseada— es el del otro o el de los otros. La palabra no le pertenece. Su función de intermediaria, ese bullicio —y recordemos que la palabra bullicio implica de inmediato un movimiento y un ruido—, es una respuesta a la otra voz, aquella que en verdad habla, porque permanece, la voz escrita¹²¹.

La propia Glantz, a su vez, llama la atención sobre la «extraña ambigüedad» que supone el hecho de que, sin embargo, en la crónica de Bernal la Malinche ocupe «el lugar principal en el discurso junto a Hernán Cortés, por lo menos hasta la conquista de Tenochtitlan»¹²² e incluso el soldado se refiera a Cortés en su crónica como Capitán Malinche siguiendo el ejemplo de los indígenas, que lo llamaban así por estar siempre acompañado de su intérprete¹²³.

En efecto, frente a la importancia otorgada al personaje por Bernal, las alusiones de Cortés resultan escasas y poco significativas; sin embargo, una lectura atenta de las relaciones no deja lugar a dudas sobre la importancia que el conquistador otorga al papel ejercido por esta mujer (y, en menor medida, por su otro traductor, Jerónimo de Aguilar, sobre quien ya había escrito al emperador en la Primera relación hoy perdida¹²⁴); más de una decena de veces se refiere el capitán extremeño a «la lengua» o «las lenguas» en las dos

cartas de la conquista¹²⁵. A propósito de las circunstancias que rodean la matanza de Cholula, Cortés informa a su rey de que «la lengua que yo tengo [...] es una india de esta tierra que hobe en Putunchán»¹²⁶, y, aunque es cierto que no la llamará por su nombre hasta la Quinta relación, curiosamente en este pasaje no se limitará a citarla sino que registrará en estilo indirecto sus palabras (esta vez ejerciendo el papel de mediadora), aunque no tanto para darle voz como para reforzar (una vez más) el papel del yo protagonista:

...y para que creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba —que es Marina, la que yo conmigo siempre he traído— porque allí me la habían dado con otras veinte mujeres. Y ella le habló y le certificó dello y cómo yo había ganado a México, y le dijo todas las tierras que yo tengo sujetas y puestas debajo del imperio de Vuestra Majestad¹²⁷.

Vemos pues que, de manera similar a esa combinación de sujetos gramaticales que permite destacar el yo del relato, los personajes que participan en las acciones del mismo no son tanto omitidos como hábilmente sacados a la luz en momentos clave que los vinculan de uno u otro modo a su narrador-protagonista.

Capaz de grandes acciones, perfecto en sus cualidades morales, militares y políticas, pero sobrio al referirse a las mismas y cuidadoso en la selección de la materia narrada, Cortés se inscribe a sí mismo en la Historia como héroe que conquista una gran nación para su emperador y la gobierna con justicia. Esta será su imagen más difundida (también a través de otros cronistas) al tiempo que la más controvertida. Cortés intentará mantener la mayoría de sus elementos en documentos posteriores, pero estos mostrarán asimismo otros aspectos que permiten concebir un yo en continua evolución y transformación y que, por ello, necesitará re-construirse a través de su escritura.

¹ En el presente capítulo amplío y matizo ideas apuntadas en dos artículos previos: Aracil, 2009a y Aracil, 2009b.

² Evangelista, 1999, p. 35.

³ Cabe advertir que esta dimensión autobiográfica de las Cartas se ha entendido también desde posturas muy distintas; así, según Eulalia Guzmán, la obra sirve para juzgar la personalidad de Cortés porque en ella «exhibe plenamente y a su pesar, su yo subjetivo» (Guzmán en Relaciones de Hernán Cortés, p. LXXVII). Para Eduardo Lolo, en cambio, la inscripción del yo es tan consciente y elaborada que el texto puede inscribirse en el género picaresco; según Lolo, las Cartas podrían definirse como «el cuento de un pícaro genial que sí escribe su propia novela y que fue capaz de engañar, aparentemente, no solo a un rey y todo su consejo, sino también a la más docta y circunspecta posteridad» (Lolo, 1999, pp. 67-68).

⁴ Ver Pagden, 1986, pp. XLIV-XLV. Soy consciente de que en este punto discrepo de autores que han realizado aportes importantes al estudio de las Cartas de relación como Manuel Alcalá, para quien Cortés «jamás pensaría que sus Cartas se publicaran, que harían que su nombre entrara en el reino de las letras. Sus preocupaciones al escribir eran de muy otra índole» (Alcalá, 1950, p. 218). Si, como intentaré demostrar, la Segunda relación manifiesta ya una conciencia «histórica», en las siguientes el deseo de fama es un hecho constatable, favorecido además por la publicación de esta.

⁵ Recordemos la citada nota final de Cromberger a la Segunda relación en la que explica cómo en marzo de ese mismo año 1522 «vinieron nuevas de la dicha Nueva España cómo los españoles habían tomado por fuerza la grande ciudad de Temixtitlán» (CR, p. 309).

⁶ No en vano escribía a su padre en carta privada de 1526 «Que yo tengo por mejor ser rico de fama que de bienes y por conseguir este fin los he todos pospuesto» (DC, I, p. 416).

⁷ Pastor, 1983, p. 191.

⁸ Así, por ejemplo, José Valero Silva, al referirse a la visión política y militar de Cortés, realiza confrontaciones con El Príncipe (ver

Valero Silva, 1965, pp. 37-50) y Marco A. Almazán retoma algunos conceptos maquiavélicos para intentar demostrar cómo, a pesar de su inteligencia y valentía, Cortés cometió una serie de errores políticos que hicieron esas cualidades insuficientes para controlar los efectos de la fortuna (Almazán, 1997, pp. 131-137).

⁹ Maquiavelo, *El Príncipe*, p. 142.

¹⁰ A pesar de que, como explica Ángeles Galino, muchos tratados sobre educación de príncipes escritos por humanistas españoles criticaron a Maquiavelo por desvincular «la política del derecho natural» y «al gobernante de una norma moral permanente» (Galino, 1948, p. 59).

¹¹ Fuentes, 2000, p. 9.

¹² Recordemos que este recomienda a los príncipes «leer historia y de ella tomar en consideración las acciones de los hombres sobresalientes [...], y tener siempre presentes sus hazañas y modos de actuar; como se dice de Alejandro, que imitaba a Aquiles; César a Alejandro; Escipión a Ciro» (Maquiavelo, *El príncipe*, p. 118).

¹³ En efecto, Cedomil Goic ha llamado la atención sobre el pasaje de la carta de Colón al papa Alejandro VI (1502) en el que le propone la lectura de su «escritura, la cual tengo para ello, que es en la forma de los Comentarios e uso de César» (Colón, *Textos y documentos completos*, p. 311), a propósito del cual señala: «Novedosa conciencia del género de las cartas y del carácter de sus escritos: hacerse el relator personal de los hechos que él mismo había realizado» (Goic, 2006, p. 148).

¹⁴ Ordenanzas militares mandadas pregonar por Hernán Cortés en Tlaxcala. 22 de diciembre de 1520, en DC, I, p. 164.

¹⁵ Solo así se explicaría, como ha señalado José Luis Martínez, la referencia de Bernal a la cita que Cortés hace de memoria de una anécdota sobre Mario y Sila que aparece en *La guerra de Jugurta* y en las *Vidas paralelas*, en concreto en el libro dedicado a Sila (ver Martínez, 1990, pp. 850-851). Por lo que respecta tanto a la referencia anterior como a la biografía de César, a la que me referiré inmediatamente, es un dato de interés que las *Vidas*

paralelas de Plutarco fueran publicadas en Sevilla en la traducción de Alfonso de Palencia en 1491 (la vida de César se incluye en fols. 120v a 140v).

¹⁶ Así, Bernal (quien también se presenta a sí mismo como un nuevo Julio César al final de su Historia verdadera, cap. CCXII, p. 917), escribe sobre su capitán: «no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués ni capitán, salvo Cortés a boca llena. La causa de ello es, porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés; y en aquel tiempo aún no era marqués, porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César» (Historia verdadera, cap. CXCI, p. 796) y reproduce asimismo una conversación entre Narváez y Francisco de Garay en la que Narváez afirmó «hágole saber que otro más venturoso hombre en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales capitanes y soldados, que se podían nombrar tan en ventura, cada uno en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas más que Aníbal» (cap. CLXII, p. 625).

¹⁷ Ver Reynolds, 1978, pp. 115-126.

¹⁸ Como ha explicado Fernández Álvarez, el de los Comentarios fue «uno de los escasos libros que le acompañaron hasta el último retiro de Yuste» (Fernández Álvarez, 2000, p. 180).

¹⁹ Según el dato recogido por Manuel Alcalá, el emperador dictó estos Comentarios en francés a Van Malen entre 1550 y 1552 (para que los tradujese tal vez al latín) y los envió a Felipe II; aunque los originales no se conservan, existe una traducción al portugués de 1620 y fueron publicados en francés y en castellano en el siglo XIX (ver Alcalá, 1950, nota pp. 114-116).

²⁰ Marineo Siculo, «Don Fernando Cortés, Marqués del Valle», p. 101.

²¹ Escribía Flavigny que «Depuis César jusqu'au seizième siècle, Cortés est le seul capitain qui ait écrit lui-même ses exploits. Malgré la supériorité du conquérant des Gaules, quant aux ennemis qu'il eut à combattre et la sublimité de son style, Cortés paroîtra

néanmoins digne de sa réputation» (Flavigny, introd. a Cortés, Correspondance de Fernand Cortés avec l'Empereur Charles-Quint, p. 3).

²² Vedia (que evoca a su vez la opinión de Flavigny) afirma que Cortés «historió [...] su expedición, a imitación de César, justificando que sabía manejar la pluma con el mismo nervio y entereza que la espada» (Vedia, Historiadores primitivos de Indias, I, p. VI); unas décadas más tarde (1896), Charnay concluye que, en la comparación entre las hazañas de Cortés y César, «l'avantage resterait à Cortès» (Cortés, Lettres de Fernand Cortès, p.V); un similar juicio es el de MacNutt en 1908 (Cortés, Letters of Cortes, p. 27), aunque este último valora negativamente el estilo del conquistador español (p. VI).

²³ El juicio de Menéndez Pelayo, incluido en su Bibliografía hispano-latina clásica, es recogido completo por Manuel Alcalá, quien basa todo su capítulo dedicado al valor literario de César y Cortés (Alcalá, 1950, pp. 207-220) a analizar (apoyando o rebatiendo en su caso) las afirmaciones del erudito español.

²⁴ Bleiberg y Marías, 1972, p. 213. La idea se reitera en trabajos de otros destacados filólogos como Manuel Alvar (ver su epígrafe «Cortés y Bernal Díaz» incluido en Alvar, 1982, p. 130).

²⁵ Alcalá, 1950, pp. 107-108.

²⁶ Si el Romancero se transmitía de forma oral, algunas crónicas fueron publicadas al poco tiempo de la introducción de la imprenta en España, como la Crónica del Cid Ruy Díaz (Sevilla, Tres compañeros alemanes, 1498). El estudio más completo sobre la figura histórica del Cid, en el que se recogen tanto aportaciones críticas modernas como las de las antiguas crónicas, es el de Menéndez Pidal La España del Cid (utilizo la edición abreviada y revisada de 1967); el propio autor se refirió además a la presencia del Cid en el Romancero en Menéndez Pidal, 1968, I, pp. 222-229; otros trabajos más recientes de interés sobre el tema son el de Horrent, 1973 y Alvar, 2002.

²⁷ No debemos olvidar, además, que el Cid no pertenecía a la nobleza (era solo un «infanzón») y que para él la honra estuvo

siempre basada tanto en el prestigio personal como en el aumento del patrimonio económico, rasgos ambos también presentes en Cortés, a quien precisamente se le criticó su insistencia en reclamar los beneficios que la corona le debía por sus acciones.

²⁸ Resulta significativo, en cualquier caso, que la comparación entre ambas figuras haya dado lugar a alguna sugerente interpretación sobre la recepción actual del Cortés mítico como la que plantea Octavio Paz, para quien el Cid, mito unificador del pueblo español, se opondría a Hernán Cortés como mito que divide a los mexicanos (ver Paz, 1988, p. 105).

²⁹ Mi punto de partida para este epígrafe es (aunque muy matizada) la hipótesis de Pastor sobre la utilización de la relación como marco para un discurso ficcional. Recordemos que dicha investigadora plantea una caracterización «literaria» de las Cartas de relación como texto que incorpora la imagen heroica de su autor-protagonista y, por tanto, analiza los rasgos concretos que definen esa imagen en la que confluyen la concepción medieval del vasallo (unida a la del providencialismo) y la renacentista del perfecto militar y gobernante (ver Pastor, 1983, pp. 113-233).

³⁰ Ver Segunda relación, CR, p. 179.

³¹ Ver CR, p. 196.

³² Como ocurre en el intento de refrenar la rebelión azteca: «...yo comencé a subir por la escalera de la dicha torre y tras mí ciertos españoles [...].Y arriba peleamos con ellos tanto que les fue forzado saltar della abajo» (CR, p. 275). Cabe advertir, en cualquier caso, a este respecto cómo incluso Bernal reconoce que Cortés «ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros» (Historia verdadera, cap. LXIX, p. 189).

³³ Sobre Julio César explicaba Plutarco que «la devoción y la buena disposición de los soldados hacia él era tanta, que incluso quienes no se habían distinguido en nada de los demás en las restantes campañas se comportaban como invencibles e irresistibles a cualquier peligro en defensa de la gloria de César» (Plutarco, Vidas paralelas, p. 191); la manera en la que los soldados romanos cobraban ánimo ante la presencia de César puede verse asimismo en

los Comentarios (cf., como ejemplo, César, Comentarios de la guerra de las Galias, p. 125). Sería excesiva en este caso una comparación con el Cid, cuya sola presencia causaba el terror de sus enemigos (ver Menéndez Pidal, 1967, pp. 500-501).

³⁴ Tercera relación, CR, p. 396. Recuérdesse además que lo infructuoso del ataque a la Plaza Mayor en el que se inscribe este pasaje ya había sido previsto por Cortés, quien inicia la ofensiva no por propia voluntad, sino instado por el tesorero del rey y otros (ver pp. 392-394).

³⁵ Salustio, La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta, p. 15. También decía a este respecto Maquiavelo que el príncipe «no debe tener otro objetivo ni otro pensamiento, ni ha de tomar cosa alguna bajo su control que no sea la guerra, sus tácticas y sus reglas» (Maquiavelo, El Príncipe, p. 116).

³⁶ Sobre dicha habilidad estratégica de Cortés, pero también sobre la de Moctezuma, ver el interesante artículo del comandante Juan Batista González «El juego de la estrategia en la conquista de México», en Navarro, 1986, pp. 67-87.

³⁷ CR, pp. 187-188.

³⁸ Maquiavelo, El Príncipe, p. 71.

³⁹ Maquiavelo, El Príncipe, p. 74.

⁴⁰ Lo que le obliga a su vez a asistirlos en su defensa incluso en momentos especialmente difíciles para los españoles (cf. CR, pp. 335 y 400-401).

⁴¹ Ver Batista en Navarro, 1986, pp. 80-81.

⁴² Intensificando así una política habitual del imperio romano, y concretamente de Julio César, como se muestra en el siguiente pasaje de los Comentarios: «Mientras César permanecía en aquel lugar para poner a punto las naves, llegaron legados de una gran parte de los morinos para excusarse por las decisiones tomadas [...] [y asegurarle] que ellos se comprometían a cumplir lo que les ordenase. Considerando César lo oportunamente que había llegado

esa visita, pues no deseaba dejar un enemigo a su espalda [...], los aceptó como aliados» (César, Comentarios de la guerra de las Galias, p. 167).

⁴³ Sobre estos «ingenios», explica Cortés: «cada uno llevaba veinte hombres, los cuales iban dentro porque con las piedras que nos tiraban de las azoteas no los pudiesen ofender, porque iban los ingenios cubiertos de tablas y los que iban dentro eran ballesteros y escopeteros y los demás llevaban picos y azadones y barras de hierro para horadarles las casas y derrocar las albarradas que tenían fechas en las calles» (CR, p. 272). Cf. Mártir de Anglería, Décadas del Nuevo Mundo, Década V, Libro V, II, p. 493.

⁴⁴ CR, p. 372. Para permitir el acceso de dichos navíos, Cortés construyó además una zanja de más de doce pies de anchura (ver López de Gómara, Historia de la conquista de México, cap. CXXX, p. 248).

⁴⁵ Ver César, Comentarios de la guerra de las Galias, p. 136.

⁴⁶ «Yo buscaba siempre, Muy Poderoso Señor, todas las maneras y formas que podía para traer a nuestra amistad a éstos de Temixtitan [...].Y dondequiera que podía haber alguno de la cibdad se lo tornaba a inviar para les amonestar y requerir que se diesen de paz» (Tercera relación, CR, p. 347).

⁴⁷ CR, pp. 416. Resulta curioso, sin embargo, que antes de finalizar el párrafo Cortés hable también de la supuesta compasión como estrategia: «Y la falta y defeto del trabuco desimulámosla con que, movidos de compasión, no los queríamos acabar de matar» (p. 417).

⁴⁸ Menéndez Pidal, 1967, pp. 515-516.

⁴⁹ Donde, en cualquier caso, Cortés muestra también su debilidad humana, haciendo residir precisamente la condición épica en la superación de la flaqueza (aunque protegido por el mismo «nosotros» que utiliza Bernal en pasajes muy semejantes): «...como nos convenía mostrar más esfuerzo y ánimo que nunca y morir peleando, desimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos como con los enemigos, pero muchas y muchas veces decían los españoles

que plugyese a Dios que con las vidas los dejasen y se vieses vencedores contra los de la cibdad aunque en ella ni en toda la tierra no hubiesen otro interese ni provecho, por do se conocerá la aventura y nescesidad estrema en que teníamos nuestras personas y vidas» (Tercera relación, CR, p. 403).

⁵⁰ Cf., entre otros pasajes, Segunda relación, CR, pp. 278, 283 y 290.

⁵¹ Ver Pastor, 1983, pp. 268-278. Cf., a modo de ejemplo, CR, pp. 535, 540, 542.

⁵² CR, pp. 555-556. Sobre el puente de César sobre el Rin, que le permite ser el primer hombre en atravesar este río con un ejército, ver César, Comentarios de la guerra de las Galias, pp. 163-164 y Plutarco, Vidas paralelas, p. 200, donde se califica la tarea de «espectáculo superior a todo lo que se pueda creer».

⁵³ Díaz del Castillo, Historia verdadera, p. 734.

⁵⁴ Ver Robles, 1994, p. 45.

⁵⁵ Citado en nota por Ángel Delgado en CR, p. 525.

⁵⁶ CyM, p. 105.

⁵⁷ En poemas como «Tres cortes armara el rey» (ver Menéndez Pidal, 1967, pp. 498-500 y Menéndez Pidal, 1968, pp. 222-225).

⁵⁸ DC, II, p. 279.

⁵⁹ A este aspecto dedica Sánchez-Barba su introducción a las Cartas de relación (Hernández Sánchez-Barba, 1987, pp. 29-32). Ver asimismo, entre otros, Bennassar, 2002, pp. 121-126.

⁶⁰ Quinta relación, CR, p. 510. Sobre la manera en que Cortés presenta en sus Cartas esta labor como gobernante y explorador, en especial en la Tercera y Cuarta relación, ver Iglesia, 1980, pp. 54-64. Cf. el Atlas Mexicano de la Conquista reproducido en CR, p. 461. Volveré a este asunto en el apartado dedicado a su visión del territorio americano.

⁶¹ Maquiavelo, *El Príncipe*, p. 101.

⁶² Cf. Cuarta relación, CR, pp. 500-501.

⁶³ Cf., a modo de ejemplo, CR, pp. 468, 472-473, 500-501 ó 636-637.

⁶⁴ Abordaré de nuevo estas cuestiones a propósito de su relación con el indígena.

⁶⁵ Tercera relación, CR, p. 427.

⁶⁶ Quinta relación, CR, pp. 562-563.

⁶⁷ Manuel Alcalá ha establecido también en este punto un paralelismo entre la actuación de César y la de Cortés: Vercingetórige entrega sus armas de forma digna, y César lo mantendrá prisionero durante seis años, hasta que es inmolado a Júpiter con otras víctimas notables (ver Alcalá, 1950, pp. 180-181).

⁶⁸ Frankl, 1962, p. 42.

⁶⁹ CR, p. 135.

⁷⁰ CR, p. 261. Cf. Segunda relación, pp. 248-265.

⁷¹ CR, p. 523. Cf. asimismo p. 445.

⁷² Ver DC, I, pp. 285-295. Volveré más adelante sobre las consecuencias que provocará esta actitud en las relaciones con el monarca.

⁷³ CR, p. 661.

⁷⁴ Nota de Delgado a CR, p. 661.

⁷⁵ Aunque la conciencia de ser un elegido está presente a lo largo de todos los documentos colombinos, tal vez el pasaje más conocido sobre esa visión de sí mismo sea el sueño descrito en la relación del cuarto viaje (la Carta de Jamaica, de 1503), en el que «una voz muy piadosa» le reprende: «¡O estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos, ¿qué hizo Él más por Moisés o por David, su siervo?

Desque naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que Él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo y te dio poder para ello. De los atamientos de la mar Océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves; y fuiste obedescido en tantas tierras y de los cristianos cobraste tan honrada fama» (Colón, Textos y documentos completos, pp. 322-323).

⁷⁶ CR, p. 144.

⁷⁷ Cito algunos ejemplos: «Crean Vuestras Reales Altezas por cierto que esta batalla fue vencida más por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas» (Carta de Veracruz, CR, p. 131); «Y bien pareció que Dios fue el que por nosotros peleó» (Segunda relación, p. 177); «crea Vuestra Sacra Majestad que fue tanto ganalles esta torre que si Dios no les quebrara las alas bastaban veinte dellos para resistir la subida a mil hombres» (p. 275); «deste día y vitoria que Dios Nuestro Señor nos dio» (Tercera relación, p. 411); «como Nuestro Señor cada día nos daba vitoria ellos siempre llevaban lo peor» (p. 414); «nos fuemos al real, dando gracias a Nuestro Señor por tan señalada merced y tan deseada vitoria como nos había dado» (p. 427).

⁷⁸ CR, p. 182. Esta intervención divina favorece a los españoles asimismo al enfrentarse al espacio natural americano: como explica Bellini, “La forza degli spagnoli viene dal fatto che Dio è con loro, lotta al loro fianco e decide delle situazioni più pericolose, permettendo di penetrare e assoggettare un mondo che non cessa di stupire gli invasori” (Bellini, 1986, p. 28).

⁷⁹ DC, I, p. 230.

⁸⁰ CR, p. 198. Sin salir de la Segunda relación, cito otros dos ejemplos referidos a las victorias sobre Tlaxcala y Tepeaca: «Y como traíamos la bandera de la cruz y puñábamos por nuestra fe y por servicio de Vuestra Sacra Majestad en su muy real ventura, nos dio Dios tanta vitoria que les matamos mucha gente sin que los nuestros rescibiesen daño» (p. 178). «Y pelearon muchas veces con nosotros, con la ayuda de Dios y de la real ventura de Vuestra Alteza siempre los desbaratamos y matamos muchos, sin que en toda la dicha

guerra me matasen ni hiriesen ningún español» (pp. 291-292). El recurso guarda relación a su vez como lo que Manuel Fernández Álvarez ha definido como «la seducción de Carlos V»: la fascinación que ejercía sobre Cortés (y sobre otros muchos conquistadores) ese joven emperador señalado por la fortuna llevó al extremeño a valorar sus propias acciones como parte del proceso de expansión del gran imperio español, pero sobre todo también a creer compartir con su monarca el favor de la Providencia, de manera que todavía en la Quinta relación podrá evocar a ese Dios «que tantas veces me ha remediado y socorrido en ellas [las grandes necesidades] por andar yo en el real servicio de Vuestra Majestad» (CR, p. 591; ver Manuel Fernández Álvarez, «Hernán Cortés y Carlos V», en Navarro, 1986, pp. 372-373).

⁸¹ Segunda relación, CR, p. 180.

⁸² Segunda relación, CR, p. 285.

⁸³ Tercera relación, CR, p. 327.

⁸⁴ Quinta relación, CR, pp. 626-627.

⁸⁵ CR, p. 522.

⁸⁶ DC, IV, p. 267.

⁸⁷ Elogiada por ciertos autores como «lo que da más objetividad a la narración», pero también criticada, como lo hace Manuel Alcalá, por ser «un subterfugio de César para poderse incensar a sí mismo» (Alcalá, 1950, pp. 131-132).

⁸⁸ Segunda relación, CR, p. 178.

⁸⁹ CR, p. 271.

⁹⁰ CR, p. 276.

⁹¹ Tercera relación, CR, p. 378.

⁹² Evangelista, 1999, p. 38.

⁹³ Iglesia, 1980, p. 17.

⁹⁴ Menéndez Pelayo, 1902, p. 466. Nótese, sin embargo, que Menéndez Pelayo niega el carácter literario de las Cartas de relación, ya que continúa señalando que estas son «documentos oficiales, escritos al compás de los acontecimientos, y sin ningún propósito literario» (p. 466).

⁹⁵ Díaz Balsera, 1989, pp. 222-223. Desde una perspectiva complementaria, Nicolau D'Olwer recuerda que en realidad Cortés «deja que los resultados hablen por sí mismos, demasiado elocuentes para necesitar ponderación» (Nicolau D'Olwer, 1981, p. 164).

⁹⁶ CR, pp. 177-178.

⁹⁷ Mártir de Anglería, Décadas del Nuevo Mundo, Década V, Libro I, p. 448.

⁹⁸ El extremeño solamente incluye adjetivos para referirse al monarca («Vuestra Sacra Majestad», «su muy real ventura»), figura que no solo favorece, como hemos visto, la victoria sino que se convierte en receptor tanto de la misma como su escritura.

⁹⁹ Rasgos que descubriremos asimismo en obras literarias esenciales sobre la conquista española en América como *La Araucana* de Alonso de Ercilla.

¹⁰⁰ De hecho, el autor finalizaba el Libro IX de su Cuarta Década haciendo referencia a este conflicto sobre el cual el Consejo de Indias había «diferido recompensa y castigo, a fin de que se oiga a ambas partes» (Mártir de Anglería, Décadas del Nuevo Mundo, p. 431).

¹⁰¹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, IV, p. 142.

¹⁰² Tercera relación, CR, p. 427.

¹⁰³ López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, cap. CXLIII, p. 278. Cf. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, IV, p. 151 y Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Década V, Libro VIII, p. 451. También Bernal cita en estilo

directo este pasaje (ver *Historia verdadera*, cap. CLVI, p. 570), pero este recurso, profusamente manejado en su crónica, tiene sobre todo en su escritura la intención de recrear de forma más vívida unas escenas que evoca como testigo.

¹⁰⁴ Siendo la más significativa de ellas el discurso de bienvenida de Moctezuma ya abordado en el capítulo anterior.

¹⁰⁵ Incluida en la Segunda relación, CR, p. 182.

¹⁰⁶ Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Década V, Libro II, p. 451. Cf. el uso del estilo directo para este mismo pasaje, pero en una versión más libre, en Pérez de Oliva, *Algunas cosas de Hernán Cortés y México*, pp. 455-456.

¹⁰⁷ CR, p. 182.

¹⁰⁸ CR, p. 653.

¹⁰⁹ Martínez ha definido este documento como «una autobiografía de Cortés, escrita en forma de preguntas» (DC, II, p. 221). Por su parte, Manzo-Robledo, que ha reconstruido la «narrativa» de los hechos históricos descritos en el mismo a partir de las preguntas que lo constituyen, afirma que, en él, Cortés «comes out as a unique, necessary and sufficient individual, to carry out the conquest and domination process» (Manzo-Robledo, 2013, p. 156). Un claro ejemplo de autoexaltación en este texto (en el que, recordemos, se abandona asimismo la primera persona) es su narración de la Noche Triste (DC, II, pp. 249-251).

¹¹⁰ En el que (recordemos, en tercera persona) hace referencia a «las relaciones que particularmente de cada cosa de lo que le sucedió escribió a Vuestra Majestad» pero añade que el rey «se podrá informar de algunas particularidades en que su persona se mostró en aquellas conquistas, que por escribirlas él y ser en causa propia dejó de expresar» (DC, IV, p. 236).

¹¹¹ DC, IV, p. 267.

¹¹² Sobre el reflejo de dicho concepto en la *Crónica de Indias*, resultan interesantes las reflexiones de Juan Bautista Avalle-Arce a

propósito de la obra del Inca Garcilaso (Avalle-Arce, 1964, pp. 191-197).

¹¹³ Un tipo de elipsis que debió encontrarse ya en la Primera relación donde, al parecer, no habrían constado las expediciones anteriores de Fernández de Córdoba y Grijalva, ya que, según el testimonio de Bernal, Cortés pidió a los soldados que en su relación no declararan «quiénes fueron los primeros descubridores» (Historia verdadera, p. 149).

¹¹⁴ Incluso desde la Carta de Veracruz, cuyos firmantes fingen desconocer la autorización real concedida a Velázquez para conquistar el territorio mexicano.

¹¹⁵ Sobre la presencia de estos episodios en la crónica de Bernal, es interesante el planteamiento de Carlos Fuentes, para quien esta crónica, concebida como un texto épico pero construida desde la memoria, se convierte en novela precisamente por hacer uso de la caracterización o del detalle (Fuentes, 1990, pp. 71-94).

¹¹⁶ Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. XCVII, p. 294.

¹¹⁷ La información que Cortés debió dar sobre ella la encontramos en el juicio secreto de residencia, ya que, como se recordará por el citado trabajo de Alfonso Toro, la muerte de Catalina en extrañas circunstancias fue motivo para que se le acusara de asesinato.

¹¹⁸ Díaz del Castillo, Historia verdadera, cap. CCX, p. 908.

¹¹⁹ Tercera relación, CR, p. 396.

¹²⁰ CR, p. 397.

¹²¹ Glantz, 2001, p. 108.

¹²² Glantz, 2001, p. 130.

¹²³ Ver Glantz, 2001, pp. 130-131.

¹²⁴ Ver Segunda relación, CR, p. 193.

¹²⁵ Aunque tal vez en alguna ocasión se esté refiriendo a otro

traductor, el soldado Juan Pérez de Arteaga, quien al parecer medió entre ambos bandos durante la fase final del cerco a la capital (ver la nota 215 de Delgado a CR, p. 405).

¹²⁶ CR, p. 192.

¹²⁷ CR, p. 575.

IV

DE HÉROE CONQUISTADOR A MARQUÉS DEL VALLE: LA ALTERIDAD Y LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO

La imagen heroica abordada en el capítulo anterior, que da al conquistador honra y fama, inicia también inevitablemente unas conflictivas relaciones con la figura a la que más buscaba complacer: el propio rey. Por otro lado, tanto la experiencia de conquista y gobernación de la Nueva España como la pérdida de dicha gobernación y los posteriores proyectos de exploración de los nuevos territorios ayudan a completar los perfiles de un sujeto que debe posicionarse ante la otredad que representa el hombre indígena y que va a ir transformando la percepción de sí mismo a partir de su relación con el territorio americano.

En el presente capítulo, aunque no excluyo las referencias a las Cartas de relación, reflexiono fundamentalmente sobre documentos paralelos o posteriores a las mismas proponiendo algunas ideas en torno a esos tres elementos que determinarán de forma significativa la evolución del yo, en especial a partir de la pérdida de la hegemonía política y el acceso al marquesado por parte de Cortés: el poder imperial encarnado en la figura de Carlos V, el otro indígena (entendido como civilización, pero también como sociedad plural bajo el dominio español) y el nuevo territorio como factor clave de identidad en el discurso cortesiano.

ESCRIBIR AL REY: LA DIFÍCIL DELIMITACIÓN DEL SUJETO COMO VASALLO

Desde la Primera relación hoy perdida (1519) hasta la carta fechada en Valladolid en 1544, Hernán Cortés envió a Carlos V alrededor de una veintena de escritos. Los memoriales, relaciones y cartas privadas dirigidos a este destinatario privilegiado pretendieron fortalecer un vínculo, el del vasallo con su monarca, que debía conllevar un mutuo beneficio, pero que provocó también tensiones y rupturas en las que se vieron implicados a su vez otros personajes e instituciones que ejercieron el poder en el territorio americano, desde el gobernador de Cuba Diego Velázquez hasta el virrey Antonio de Mendoza, pasando por la Audiencia de México, diversos conquistadores con derecho de exploración o el mismo Consejo de Indias.

Por lo que atañe a las tres Cartas de relación publicadas en su época, resulta significativo que Cromberger recuperara en sus ediciones de la Segunda y la Tercera relación la imagen de un joven monarca (fig. 2) ya utilizada en libros como la Historia de Alejandro Magno (fig. 3) o la Crónica del rey don Rodrigo (fig. 4) y que posteriores impresiones de esta y las siguientes cartas, como la traducción latina de la Segunda y Tercera relación publicada en Colonia en 1532, incorporaran en sus portadas el retrato del propio emperador Carlos V en plena madurez (fig. 5): la figura del monarca encabezando estos escritos era la representación iconográfica de un vínculo esencial entre el autor de las Cartas y su receptor que aún quedaría más explícito dos siglos más tarde, en la primera edición de las mismas en México, la ya citada Historia de la Nueva España publicada por Lorenzana en 1770, gracias a la incorporación de un grabado que mostraba al conquistador en el centro de la composición y a los pies de su emperador, ofreciéndole un nuevo mundo en la esfera terrestre (fig. 6). En efecto, Cortés había logrado crear una idílica imagen de leal vasallo en estos tres documentos en los que, como hemos visto, desplegó una serie de recursos (temáticos y estilísticos) destinados a atraer al monarca

hacia su causa.

La Quinta relación refleja, en cambio, un intento desesperado del autor por mantener ese vínculo (recordemos su evocación implícita a la figura del Cid) en el momento en que el juicio de residencia que iba a apartarlo (definitivamente) de la gobernación de la Nueva España amenazaba con romper la confianza depositada en él por la corona. Sin embargo, son algunos textos anteriores a dicha carta los que pueden dar cuenta de los motivos y consecuencias de esa primera quiebra en las relaciones rey-vasallo (que son también, inevitablemente, las del conquistador del imperio azteca y el gran emperador europeo de la Cristiandad), del mismo modo que otros escritos posteriores, redactados de forma oficial o privada, van a ir trazando los altibajos y matices de la evolución de dichas relaciones.

Abordar de forma diacrónica esos otros documentos que recorren casi un cuarto de siglo de la vida del conquistador, pero también del proyecto imperial del rey don Carlos, permitirá observar cómo Cortés dio cuenta en la escritura de sus pretensiones, éxitos y fracasos respecto a este vínculo con el «Alto y Potentísimo César» que constituyó para él un elemento clave de definición del propio sujeto.

a) Del triunfo sobre Tenochtitlan al primer regreso a España

El 15 de mayo de 1522, Cortés firmaba en Coyoacán, junto a la Tercera relación, su primera carta privada dirigida a Carlos V. Apenas dos meses antes habían llegado a España las noticias de la toma de Tenochtitlan y Cromberger, haciéndose eco de las mismas en un breve apéndice final, había sacado a la luz la hoy llamada Segunda relación a «prencipio de abril». La epístola cortesiana, muy breve, recogía tres peticiones al rey: que mandara «recibir y oír benignamente» su «larga y particular relación de las cosas sucedidas en esta Nueva España»¹; que diera respuesta a sus escritos y que le concediera permiso para continuar las exploraciones iniciadas en el

Mar del Sur (sobre las que volveré más adelante).

Dos aspectos de la carta resultan relevantes para el tema que nos ocupa: la relativa libertad con que Cortés se permite destacar su persona («después que yo a ella vine y la poblé y conquisté con los trabajos y peligros...», «a Vuestra Majestad se han hecho tantos servicios en estas partes, que por no me alargar los dejo de significar, y también por ser yo en parte ministro de ellos», «la solicitud y diligencia que yo he puesto en descubrir la Mar del Sur»²) y, sobre todo, el hecho de que no «suplique»³ la respuesta a sus escritos sino que plantee esta como una obligación no realizada todavía por el monarca:

Lo que a Vuestra Alteza quiero solamente hacer saber es que después que en esta tierra estoy, que ha más de tres años, siempre he escrito y avisado a Vuestra Majestad y a los de su Consejo de las Indias cosas que importaban mucho a su servicio, y nunca hasta ahora he habido respuesta; la causa creo ha sido, o no ser bien recibidas mis cartas y servicios, o la distancia de la tierra, o la negligencia de las personas que solicitan mis negocios⁴.



Fig. 2. Portada de la primera edición de la Tercera relación

cortesiana. Sevilla, Cromberger, 1523.

Quinto cartio



Historia de Ale
xandre magno

Fig. 3. Portada de Quintus Curtius Rufus, *Historia de Alejandro Magno*, Sevilla, Meinardo Ungut y Estanislao Polono, 1496. Reproducida en Francisco Vindel, *El arte tipográfico en España durante el siglo XV*. Sevilla y Granada, Sevilla, Padilla, 1989, p. 242.



Fig. 4. Portada de Pedro del Corral, Crónica del rey don Rodrigo, Sevilla, [Meinardo Ungut y Estanislao Polono], 1499. Reproducida en Francisco Vindel, El arte tipográfico en España durante el siglo



Fig. 5. Portada de *De insvls nvper inventis Fernandi Cortesii ad Carolum V. Rom. Imperatorem Narrationes* [edición latina de la Segunda y Tercera relación], Colonia, Arnoldi Birckman, 1532.



Fig. 6. Grabado incluido en la Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés; aumentada con otros documentos y notas por el ilustrísimo señor Don Francisco Antonio Lorenzana, México, Imprenta del superior gobierno, del Br. D. Joseph Antonio de Hogal, 1770.

Escribía Victor Frankl a propósito de la Carta de Veracruz que la tradición medieval del monarquismo feudal-social influyó decisivamente en la suposición por parte de los conquistadores, y concretamente de Cortés, «de una relación directa y personal existente entre el Rey y cada uno de sus vasallos»⁵. En efecto, Cortés creyó que la relevancia de los hechos que había protagonizado, los servicios a la corona que estos implicaban, exigían no solo la lectura sino la respuesta a lo «escrito y avisado»; respuesta como actuación política (esto es, la concesión de la gobernación del territorio conquistado⁶) pero también como escritura en la que el vasallo pudiera reconocer el interés personal de su rey por esas «cosas que importaban mucho a su servicio»⁷. Así lo debió entender también Carlos V, quien, cinco meses más tarde firmaba en Valladolid la Real cédula de nombramiento de Hernán Cortés como Gobernador y Capitán general de la Nueva España⁸ junto a otra carta con instrucciones para el gobierno y algunos avisos que comenzaba del siguiente modo:

El rey. —Hernando Cortés Nuestro Gobernador e capitán General de la Nueva España llamada Aculuacan e Ulúa: Luego, como a la divina clemencia plugo de me traer a estos reinos, que desembarqué con toda mi armada Real en la villa e puerto de Santander a diez y seis del mes de julio del presente año, mandé que se entendiese con mucha diligencia en el despacho de las cosas del estado de esas partes como en cosa tan principal; especialmente quise por mi real persona ver y entender vuestras Relaciones e las cosas de esa Nueva España, e de lo que en mi ausencia de estos reinos en ella ha pasado, porque lo tengo por cosa grande e señalada⁹.

El párrafo supone el pleno cumplimiento de los objetivos de Cortés: el rey no ha podido atender antes sus escritos por estar ausente, pero, a su vuelta, lo acaecido en Nueva España ha sido para él cuestión prioritaria hasta el punto de dedicarse personalmente a «ver y entender vuestras Relaciones». El vínculo directo entre el vasallo y su rey se ha iniciado, y lo ha hecho desde una cierta atracción recíproca, ya que, como advierte Fernández Álvarez, si Cortés representa para el rey a un tiempo la seducción de las cosas nuevas de Indias y la de un héroe semejante a los de los libros de caballerías, a Cortés le seduce el poder de ese joven señalado por la fortuna, convertido en rey con apenas dieciséis años y en emperador a los veinte¹⁰.

Este vínculo personal viene a sumarse al político, logrado gracias a la citada cédula de nombramiento, pero también al económico. Porque Cortés (quien, no lo olvidemos, había comenzado a escribir a su rey tras el proceso de quiebra con el poder oficial que representaba Diego Velázquez) no solo trata de atraer al monarca hacia su causa con la relación de sus servicios sino también con las riquezas que su conquista puede proporcionarle. Por ello, al igual que había hecho en 1519¹¹, el conquistador envía, junto a la Tercera relación y su carta personal, una relación de «el oro e joyas e plata e otras cosas que los procuradores desta Nueva España del mar Océano lleva a Vuestra Majestad, de lo que le ha pertenecido del quinto e otros derechos»¹². Por su parte, el rey, que espera dar a esos tesoros «un destino concreto: la financiación de sus empresas personales en el Viejo Mundo»¹³, apenas tardará un año en solicitar explícitamente a Cortés su contribución económica para la guerra contra Francia por medio de una carta de asunto único:

El Rey. Hernando Cortés, nuestro gobernador y capitán general de la Nueva España: Bien debéis saber los grandes y continuos gastos que después de mi elección al Imperio Romano habemos tenido [...], para todo ello tenemos necesidad de juntar gran suma de dinero [...] y por esto, teniendo vos por tan cierto y verdadero servidor nuestro [...], he acordado [...] rogaros, y encargaros vos de allá proveáis todo lo que vos fuere posible...¹⁴.

Durante ese breve período que va de fines de 1522 a inicios de 1525, Cortés goza, pues, no solo del poder en Nueva España sino de una estrecha relación personal con el rey (quien incluso ha contraído con él una deuda material que pagará «del primer oro, renta y provechos nuestros [...] sin que en ello haya falta ni dilación ninguna»¹⁵), que explica en buena medida el contenido y el tono de su segunda carta reservada, la que acompaña a la Cuarta relación, firmada el 15 de octubre de 1524¹⁶. El asunto principal de la misma es «la exposición de los motivos que había tenido Cortés para no dar cumplimiento a ciertos capítulos de las instrucciones que había recibido», y —como ya advirtiera García Icazbalceta cuando la dio a conocer en 1858— «lo hace con tal franqueza que a veces toca en atrevimiento»¹⁷: tras mostrar su agradecimiento por la concesión de la gobernación y capitanía general, Cortés expone que no ha permitido el libre trato de españoles e indios porque sería un gran inconveniente para la conversión religiosa de estos; que el mandato de no repartir ni encomendar indios a los españoles no solo no lo ha cumplido «mas aun lo he tenido y tengo tan secreto, que a nadie se ha dado parte»¹⁸; que no cree conveniente que los indios paguen tributo a la corona; que la elección de alcaldes y regidores no la harán las ciudades sino él como gobernador. No duda además en reclamar el pago de «sesenta y tantos mil pesos de oro» gastados hasta la fecha¹⁹ y finaliza quejándose por el salario que le ha sido asignado y por la fecha de inicio de dicho pago²⁰. Parece que el conquistador no es consciente del alcance de lo escrito: el incumplimiento de las instrucciones queda justificado a su juicio porque, lejos de constituir una desobediencia, es un servicio al Rey («no me sea imputado a desobediencia, sino a mucha fidelidad y deseo de servir»²¹) y sus protestas adquieren un tono incluso insolente en la reclamación de lo que cree justo («Vuestra Majestad [...] antes tenga cierto que me ha de mandar hacer muchas mercedes, que no permitir que me sea tomado lo mío»²²).

Es difícil determinar hasta qué punto el contenido y tono de esta carta pudo afectar a las decisiones posteriores del monarca en un tiempo en el que se estaban avivando las gestiones de sus enemigos en la corte²³. Carlos V le concede en los meses siguientes el título de Adelantado de la Nueva España²⁴ y el escudo de armas²⁵,

reconociendo así sus méritos militares (la cédula de concesión del escudo de armas resume los hechos narrados por el propio Cortés en sus relaciones desde la salida de su armada de la isla Fernandina hasta la toma de Tenochtitlan), y, aunque en noviembre de 1525 le anuncia la llegada de Luis Ponce de León para tomarle residencia, también valora en esta misma cédula los informes de Cortés, reconoce que sus quejas son razonables (al menos por lo que a su salario se refiere²⁶) e incluso admite que quienes han criticado su gobernación pueden haber actuado «con alguna pasión o envidia»²⁷.

¿Ordenó el rey iniciar el juicio de residencia «por cumplir con lo que soy obligado a la justicia» o temeroso del poder que podía alcanzar Cortés si continuaba ejerciendo la gobernación al margen de las órdenes reales como había demostrado en su carta de 1524? Sea como fuere, en las dos breves cartas que acompañan la Quinta relación en 1526²⁸, Cortés insistirá una y otra vez en su «obediencia y fidelidad» (que demuestra además rechazando asumir de nuevo el cargo de gobernador tras la muerte del licenciado Ponce), sin poder evitar algún comentario de vasallo ofendido por la falta de atención de su monarca. Así, a propósito de la atribución de las Atarazanas a Lope de Samaniego, escribe:

Suplico a Vuestra Majestad, por mí y por los conquistadores de estas partes, que cuando semejantes cargos mande proveer, mande primero saber qué personas son y de qué calidad; y no parezca de Vuestra Majestad tiene en tan poco esta tierra, que se da lo que pide al primero que llegue²⁹.

Por esos mismos días, además, en la carta que escribe a su padre manifiesta explícitamente su descontento por la actuación del rey y la necesidad que tiene de recobrar la plena confianza de este:

Lo que yo querría que más principalmente se negociase con Su Majestad es que fuese servido de en esos reinos darme de comer conforme a mis servicios, y allá se sirviese de mí por no ser juzgado

como hasta aquí lo he sido y que en lo que hasta aquí he hecho Su Majestad me hiciese merced de me mandar muy estrecha cuenta para que yo pudiese quejarme de los desfavores que tan sin merecimiento Su Majestad ha sido servido de me mandar hacer, y esto suplico a vuestra merced todas cuantas veces puedo que sea la principal negociación y en lo que más se insista, porque más quiero yo que Su Majestad conozca mis servicios y lealtad con que los he hecho, que todos los estados y tesoros del mundo³⁰.

Los «desfavores» de la corona continuaron en los meses siguientes, ya que, a petición de Pánfilo de Narváez, el rey ordenó en marzo de 1527 «que ningún librero ni impresor ni otra persona, imprimiese ni tuviese» las relaciones del conquistador publicadas hasta entonces³¹, pero en abril de 1528 Carlos V respondió a su demanda ordenándole el traslado a Valladolid para informarle personalmente de todo lo concerniente a la Nueva España («nos enviastes a suplicar que os diésemos licencia para venir en persona a nos informar [...]. Por ende, yo vos encargo e mando que luego con aquella brevedad que veis que se requiere, os aderecéis para venir e vengáis en persona a nuestra Corte»³²), un viaje en el que Cortés vio la oportunidad para demostrar tanto su fidelidad al rey como sus dotes para la gobernación del nuevo territorio³³.

b) El leal consejero se convierte en molesto litigante

El memorial que Cortés firma en Madrid el 25 de julio de 1528 es un documento de gran interés, que muestra a un tiempo la habilidad retórica y la claridad expositiva del autor. Redactado tras la entrevista personal que el conquistador ha mantenido con el emperador en Toledo, nuestro autor debe hacer uso de toda su capacidad de persuasión para dar cuenta a un tiempo de sí mismo y de los temas que considera necesario abordar. El texto se construye de forma algo atípica con dos exordios: uno general, que sirve a un tiempo de *captatio benevolentiae* y exposición de los motivos

básicos del viaje, permitiéndole enlazar con la única petitio personal (la concesión de determinados pueblos en la Nueva España³⁴), y otro exordio particular en el que justifica los consejos o pareceres sobre las actuaciones a seguir en la Nueva España que formulará a continuación, de acuerdo a la voluntad real.

Como en otros documentos donde el asunto y los objetivos de la escritura lo exigen (quizá el mejor ejemplo sea el final de la Quinta relación, en el que hace referencia a su juicio de residencia³⁵), Cortés hace uso aquí de un estilo legal argumentativo que, sin embargo, no abusa de la subordinación ni tiende a la colocación final del verbo a imitación de la sintaxis latina. El inicio es un claro ejemplo de su preocupación por el orden expositivo:

Dos cosas me movieron a ponerme a tanto trabajo y peligro como fue venir de aquellos reinos [...], la una cumplir el deseo que yo tanto he tenido de besar sus reales pies [...], y la otra satisfacer a Vuestra Majestad de las siniestras relaciones que de mí algunos habían hecho³⁶.

Un orden que se cuida especialmente en la exposición de los tres temas básicos abordados en narratio:

Lo primero, Muy Católico Señor, que a mí me parece que en aquellas partes se debe proveer, para que Dios Nuestro Señor y Vuestra Majestad sean servidos, es la conservación y perpetuación de los naturales de ella [...].

Muy poderoso Señor, hasta aquí he dicho, lo más breve que he podido, lo que toca a la conservación [...]; síguese luego dar orden en cómo estas gentes vengán al conocimiento de su Criador [...].

Tratando, Invictísimo Señor, de la conservación y conversión de las gentes de aquellas partes, como cosas más principales, resta decir mi parecer en lo que toca al servicio de Vuestra Majestad y

acrecentamiento de sus rentas...³⁷.

Obligado por la calidad del destinatario, Cortés presta especial atención asimismo al uso de los vocativos (como vemos en los pasajes anteriores) e incorpora expresiones latinas («que comiencen *facere et docere*»; «non recuso laborem, si populo fuerit *necesarium*»; «por un *certum quid* señalado»)³⁸ que elevan el tono de la escritura. Y todo ello marcado por un yo, que aparece, más o menos sutilmente autoglorificado, a lo largo de todo el documento: Cortés se ha expuesto a «tanto trabajo y peligro» para llegar encontrarse con su rey; dicho encuentro ha servido para que el monarca quede «servido y satisfecho de mi fidelidad»; los pueblos que solicita están en «aquellas [tierras] que yo en su real nombre he conquistado», por lo que su concesión será «vestirme de la pieza que hilé y tejí»; el deseo de servir a su rey le hará acertar en sus consejos «como he acertado en todas las otras cosas del servicio de Vuestra Majestad»³⁹... En definitiva, más allá de la importancia (sin duda notable) de los temas propuestos, lo que manifiesta este relativamente breve documento es la fidelidad y los buenos propósitos de un vasallo excepcional que vela por los intereses de su rey.

Las concesiones del emperador en los meses siguientes, en especial la del título de marqués del Valle de Oaxaca⁴⁰ y «capitán general de la Nueva España, y costa y provincia de la Mar del Sur della»⁴¹ y la de diversos pueblos en el territorio conquistado con un total de veintitrés mil vasallos⁴² (realizadas en Barcelona en julio de 1529 tras el segundo encuentro personal entre ambos), pueden entenderse como un triunfo parcial del conquistador porque, a partir de esta fecha —como explica José Luis Martínez— «la corona alternó siempre con él el halago y el rigor, la concesión y la dilación, el honor y la reserva, como recursos necesarios para mantenerlo sujeto y evitar su desbordamiento»⁴³. Por su parte, las cartas de Cortés al rey a partir de su regreso a Nueva España reflejan el intento de mantener los lazos de diversos modos: en carta firmada en Tehuantepec el 25 de enero de 1533, refiriéndose a la lucha que el emperador mantiene con el Turco en el Mediterráneo, escribe: «ninguna cosa deseo más que hallarme en su servicio en tal

jornada, por ser del número de tan leales vasallos como en ella se juntarán»⁴⁴; el memorial enviado al rey en 1537 sobre el repartimiento de indios, la política que se debe seguir con los pobladores de la Nueva España y los indígenas esclavos⁴⁵ demuestra que Cortés se considera todavía un válido consejero de la corona; a su vez, en otra carta a Carlos V de ese mismo año en la que le comunica su decisión de enviar a la corte a un hijo suyo⁴⁶, explica: «ya que yo por mi persona no puedo residir en su real servicio, deseo tener quien supla lo que yo falto; y no pienso tener hijo de edad que algo no pueda suplir, que no lo emplee en esto»⁴⁷ (en efecto, su primogénito Martín⁴⁸ estaba al servicio del príncipe al menos desde 1533⁴⁹, y en 1543 su segundo hijo Martín, el heredero del marquesado con el que había llegado a España tres años antes, será también nombrado paje de Felipe⁵⁰).

La imagen de vasallo leal, en estrecha relación con el rey y su corte, tiene, sin embargo, otra cara menos amable en diversos escritos redactados asimismo en esta época como la carta que le dirige desde Tezcoco en octubre de 1530⁵¹; la firmada en México en 1532⁵²; el memorial que presenta en su nombre Juan de Ribera en 1533⁵³; o la relación sobre las cosas de la Nueva España que le hace llegar a través de Francisco Núñez en 1533⁵⁴. En ellos el marqués del Valle se limita a solicitar ayuda económica por los numerosos gastos que le llevan sus exploraciones por el Mar del Sur, así como la intervención favorable del rey en los numerosos pleitos en los que se ve envuelto (en especial con Nuño de Guzmán por problemas de jurisdicción en dichas exploraciones y con la Audiencia por la cuenta de los veintitrés mil vasallos concedidos por Su Majestad en la cédula de 1529). Cortés empieza a ser para el monarca, en estos escritos, un pedigüeño molesto que se atreve a recordarle sus deberes; en 1533 escribe por medio de Núñez que las muchas mercedes recibidas hasta ahora

... Vuestra Majestad no las ha fecho por su respeto dél [Cortés], que es el que recibe, sino por respeto de Vuestra Majestad, que es el que da [...]; a los príncipes no les engrandecen sus estados con ser señores de posesiones, sino con señorear a los que las poseen: [...] es dar a logro ser los príncipes gratos de los servicios que reciben, y

que a todos les conste desto porque todos se animen a los servir⁵⁵.

Los escritos conservados de su última etapa en España acentúan la imagen de vasallo agraviado que no recibe de la corona la atención ni la recompensa debidas a sus merecimientos: a su llegada a Madrid en junio de 1540, dirige al rey un memorial «para dar noticia a Vuestra Majestad y a los de su real Consejo de Indias de la fuerza y notorio agravio que don Antonio de Mendoza, visorrey de la Nueva España, me ha hecho y hace en haberme impedido y embarazado la conquista de cierta tierra...»⁵⁶; de 1542 debe ser un memorial con relación de servicios y petición de mercedes en el que recuerda las grandes hazañas narradas en «las relaciones que particularmente de cada cosa de lo que le sucedió envió a Vuestra Majestad»⁵⁷; y una nueva carta de 1543 insiste en que lo favorezca en sus pleitos, «pues no pido cosa injusta ni que deje de convenir a Vuestra Majestad»⁵⁸.

La última carta personal que envía al monarca, fechada en Valladolid a 3 de febrero de 1544⁵⁹, constituye, en fin, una amarga queja en la que Cortés vuelve a desplegar su habilidad persuasiva para afianzar esa imagen de fiel vasallo despedido. He señalado en el capítulo anterior el tono vehemente de este escrito y la fuerte presencia de un yo que irrumpe al inicio («Sacra Católica Cesárea Majestad: Pensé que el haber trabajado en la juventud, me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso...») y se convierte en único protagonista del mismo. Sin más preámbulo, Cortés se refiere a los cuarenta años de servicio a Dios y a su rey que le han permitido acrecentar el patrimonio imperial con «muchos y muy grandes reinos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes». La figura del monarca, en cambio, no aparece en el exordio hasta el tercer párrafo; lo hace a través de una breve *captatio benevolentiae* («tan grande y católico príncipe y magnánimo y poderoso rey») que introduce una *narratio* de tema único, en la que el conquistador va recordando los distintos encuentros personales y las promesas realizadas y, aunque no lo culpa de su incumplimiento, sí pide su intercesión para la resolución de los pleitos que mantiene con sus representantes. La grandeza de los propios méritos se expone ya sin ambages («esta

obra que Dios hizo por mi medio, es tan grande y maravillosa, y se ha extendido la fama de ella por todos los reinos de Vuestra Majestad»; «tan limpia y lealmente sirvió no solo con la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despojos que en ella hubo») y el autor no duda en apelar a la piedad del monarca, desde el principio hasta los párrafos finales, recordándole que quien escribe es un hombre viejo, cansado y cargado de deudas: «ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer ya las veces ni bien ni mal, traer las armas auestas, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad...»; «Veome viejo y pobre y empeñado en este reino en más de veinte mil ducados», «no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos»⁶⁰.

Más allá de su mayor o menor correspondencia con la realidad que el conquistador estaba viviendo por entonces⁶¹, no hay duda de que nos encontramos ante una imagen poderosa, que él mismo estaba construyendo con su actitud en la corte durante esos años⁶² y que, si bien no causó el efecto esperado en el emperador (es significativo el decreto al margen «No hay que responder»), sí caló en la posterior construcción de su figura his-tórico-legendaria: romances de amplia difusión a partir del siglo XVII como «Pensativo está Cortés» y, sobre todo, «En la corte está Cortés», retomaron para nuestro personaje un tema que, como advierte Reynolds, fue muy propio de la tradición castellana, en la que los grandes héroes épicos «eran a menudo enfrentados con sus reyes o hechos víctimas de su trato injusto»⁶³; en ambos poemas, sin embargo, el «héroe» lograba finalmente el reconocimiento y la amistad del monarca:

«Vuestra Majestad, señor,
escuche a Cortés, y mire
que con la capa que cubre
y con la espada que ciñe»⁶⁴
«le ha ganado más provincias

(que por mí gobierna y rige)
que le dejaron ciudades
su padre y abuelo insignes⁶⁵ [...].

«Yo os despacharé, Cortés;
perdonadme lo que os dije,
para que con este abrazo
nuestra amistad se confirme⁶⁶.

De este modo, el vínculo personal entre el vasallo y su rey volvía a ser uno de los rasgos esenciales de la idealizada imagen que Cortés había trazado de sí mismo desde la Segunda relación, al menos por lo que a la tradición literaria se refiere.

LA OTREDAD INDÍGENA EN EL DISCURSO CORTESIANO

Como plantea Blas Matamoro, Cortés se va definiendo a sí mismo en su escritura de acuerdo a su relación con distintos «otros» entre los cuales es necesario destacar a Moctezuma, «el otro más importante de Cortés», aquel sobre el que debe imponerse⁶⁷ (recordemos la manera en que el conquistador reinterpreta su discurso de bienvenida para convertirlo en un sometimiento voluntario al imperio español), pero también al mismo Cortés «contingente y trivial» anterior a la conquista y —como acabamos de ver— a su propio rey: Matamoro recuerda a propósito de su nombramiento como marqués del Valle de Oaxaca que, etimológicamente, «marqués es el señor de la marca, es decir, de la frontera, del límite»; es por ello que, al otorgarle ese título, «Carlos V lo limita y le repite: «Yo' soy tu otro»⁶⁸.

Ahora bien, si la alteridad, como factor fundamental de construcción del sujeto, puede entenderse de esta forma individual, el otro puede ser también «un grupo social concreto al que nosotros no pertenecemos». Así lo planteó Todorov en *La conquista de América. El problema del otro* (1982), ensayo en el que el descubrimiento y la conquista del continente americano le servían como pretexto para abordar la «problemática del otro exterior y lejano»⁶⁹, y, por ello, dedicaba un amplio capítulo a la figura de Cortés como máximo exponente de la actitud del conquistador europeo frente al hombre indígena. Basándose fundamentalmente en la Segunda y Tercera relación, Todorov concluye que Cortés logra comprender a los indios (por ello triunfa en su conquista) e incluso admira los productos de su civilización, pero «con una admiración que, en vez de borrar la distancia existente entre ellos y él, más bien la marca»; según Todorov, al conquistador «le interesa la civilización azteca y, al propio tiempo, es totalmente ajeno a ella»⁷⁰, es por ello que

...nunca abandona su sentimiento de superioridad; hasta ocurre lo contrario, su capacidad de comprender al otro la confirma. Viene entonces la segunda etapa, durante la cual no se conforma con reafirmar su propia identidad (que nunca ha dejado verdaderamente) sino que procede a asimilar a los indios a su propio mundo⁷¹.

A pesar de que el ensayo tiene un carácter más filosófico y antropológico que histórico, la difusión del libro de Todorov entre los estudiosos dedicados a la América del siglo XVI ha sido enorme: resulta muy difícil encontrar estudios que en las últimas décadas hayan abordado ese primer siglo de encuentro entre el hombre europeo y el indígena sin referirse de un modo u otro al ensayo del pensador búlgaro⁷². Por lo que respecta en concreto a la bibliografía sobre Hernán Cortés, uno de los motivos para la amplia repercusión del libro es que plantea el aspecto más polémico de la figura cortesiana y lo hace, además, a través de una dicotomía (conocimiento/valoración del otro: Cortés comprende al indígena pero no lo valora) que en líneas generales podría aceptarse como válida y cuyos términos pueden ser asumidos de forma independiente con los más variados propósitos⁷³ (cito solo algunos de ellos): aceptar la tesis de Todorov para insistir en la consideración del indígena como inferior por parte de Cortés (al modo que lo hace Álvaro Bernal⁷⁴), realizar alusiones «obligadas» al libro pero en realidad poco vinculadas a la argumentación global (como la de Ballesteros Gaibrois, quien se hace eco del planteamiento de Todorov en la reescritura de su artículo «Hernán Cortés y los indígenas»⁷⁵, pero sigue concluyendo que Cortés se nos presenta «como un verdadero libertador de los indios»⁷⁶), o asimilar implícitamente las ideas del filósofo búlgaro en propuestas más radicales sobre el conquistador (como vemos en un artículo de Mendoza-Farías en el que el autor se propone demostrar cómo Cortés lleva a cabo en sus Cartas de relación «una desnaturalización sistemática del Otro»⁷⁷).

No considero necesario ahondar en la argumentación de Todorov y sus reinterpretaciones posteriores; lo que me interesa es destacar la importancia que, en la bibliografía sobre el descubrimiento y la

conquista americana, ha adquirido «el problema del otro», problema a todas luces complejo que en la escritura cortesiana viene determinado por una multiplicidad de factores⁷⁸ y sobre el cual habría que delimitar al menos tres vertientes: la imagen que Cortés ofrece de la civilización indígena (imagen que ha sido el aspecto básico de reflexión por parte de la crítica y que tiene como texto esencial, pero no único, la Segunda relación); su propuesta político-social respecto a la integración del indígena como vasallo de la corona española (recogida en ordenanzas, memoriales y otros documentos); y su actitud concreta en la relación personal con el indígena, no siempre acorde con los documentos oficiales (de la que queda constancia en escritos de carácter legal como pleitos o donaciones, pero también en cartas privadas y otros tipos de textos).

a) Cortés ante la civilización mesoamericana

Buena parte de la crítica ha insistido en la valoración positiva que los escritos de Cortés ofrecen sobre los pueblos que fue encontrando desde su llegada a Yucatán hasta la conquista de Tenochtitlan. Como señala Bennassar, «el conquistador no contempla en los indios de México más que un motivo de inferioridad: no son creyentes, lo que explica sus ritos diabólicos. Por lo demás, son semejantes a otros pueblos civilizados»⁷⁹. La detallada descripción de diversos aspectos de la cultura mesoamericana (en especial en la Segunda relación) hace de sus textos los primeros documentos propiamente etnográficos sobre la civilización prehispánica⁸⁰: aunque no se exponga de forma sistemática, esta información antropológica puede ser distribuida —como plantea Baudot— en varios apartados: descripción geográfica, arquitectura y organización urbana, organización política y administrativa y, en menor medida, organización social y datos demográficos⁸¹.

De singular interés es la descripción maravillada de la ciudad de México-Tenochtitlan, que inicia con la ubicación de esta «grand cibdad», las calzadas de acceso y el minucioso recorrido por la plaza

principal «donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo», para continuar con las «muchas mesquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edeficios», las casas con «vergeles de flores», la canalización del agua o el primor en el vestir de las muchas personas de todos los oficios que la transitan cada día⁸²; una descripción que —como advierte Víctor Sanchis— «inaugura en territorio americano la tradición europea de las laudes civitatis, convirtiéndose en un referente ineludible para la posterior representación del tópico literario de la ciudad de México»⁸³.

Son sin duda páginas de gran fuerza descriptiva que muestran la claridad analítica y la objetividad de la escritura cortesiana⁸⁴, incluso por lo que se refiere a aspectos religiosos; aunque él mismo describe aquí su ya citado derrocamiento de ídolos⁸⁵, las referencias a los sacerdotes y a los ídolos prehispánicos no difieren demasiado del tono neutro que utilizarán más tarde misioneros como Sahagún o Durán:

Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello ni lo peinan desde que entran en la religión hasta que salen, y todos los fijos de los señores prencipales, así señores como cibdadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete años u ocho hasta que los sacan para los casar, y esto más acaesce en los primogénitos que han de heredar las casas que en los otros⁸⁶.

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un grand hombre. Son hechos de masa de todas las semillas de legumbres que ellos comen molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos vivos y les sacan el corazón y de aquella sangre que sale dél amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para facer aquellas estatuas grandes⁸⁷.

Tenía dentro de la cibdad sus casas de aposentamiento tales y tan maravillosas que me parescería casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas⁹⁰.

Eran tantas y tan diversas las maneras y cerimonias que este señor tenía en su servicio, que era nescenario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar y aun mejor memoria para las retener⁹¹.

Uno de los factores que contribuyen al tono laudatorio en estos pasajes sobre el imperio azteca es el lector (explícito e implícito) del discurso: he señalado ya, a propósito de los recursos propios de la epístola manejados en las Cartas de relación, la necesidad que tiene Cortés de impresionar al monarca con el hallazgo de esta gran civilización, pero cabe reconocer, además, el esfuerzo del narrador por convencer, de manera más amplia, a ese posible lector europeo que —como señala Delgado— «malentendía, desconocía o en muchos casos desdeñaba el Nuevo Mundo»⁹². Otro de los factores es la superioridad de la civilización mesoamericana respecto a la población indígena que Cortés había conocido en las islas; el extremeño está dando cuenta de su encuentro con la primera civilización avanzada conocida de América. En este sentido, Delgado llama la atención sobre la «aparente paradoja» a la que se enfrenta Cortés, «la de los ‘bárbaros civilizados’», presente en párrafos como los siguientes:

...considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas [...];

...¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como este tuviese contrafechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío tan al natural lo de oro y plata que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese...?⁹³.

Dicha «aparente paradoja» es explicable si atendemos al hecho de que, en su escritura, el término bárbaro no suele aparecer para referirse a «los esquivos que no admiten la comunicación de los demás hombres de razón, que viven sin ella»⁹⁴ sino más bien «en el sentido eclesiástico de pagano, lo que no es sino una continuación del concepto grecolatino de bárbaro como simplemente extranjero»⁹⁵.

Esta civilización «bárbara», que alcanza a producir objetos y edificios tan bellos que «en España no hay su semejable»⁹⁶, se contrapone no solo a los taínos de las islas sino también, ya en la Quinta relación, a los chichimecas del norte, «gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas otras provincias» que, a su juicio, pueden ser incluso esclavizados⁹⁷. Llama la atención, sin embargo, que en algunos textos posteriores Cortés evite valoraciones negativas a priori y sea más comedido en sus calificativos sobre la población nativa: durante su expedición por las costas de California (1535), cuyos habitantes tenían sin duda un grado de civilización inferior al de los pueblos mesoamericanos, el conquistador rehúsa dar una opinión sobre los nativos que encuentra, excusando la falta de información a este propósito «hasta que haya cosa cierta que le podamos escribir»⁹⁸.

La escritura, en efecto, parte de su conocimiento sobre los pueblos indígenas («Lo primero que quiere Cortés no es tomar —afirma Todorov—, sino comprender [al otro]»⁹⁹), conocimiento que irá enriqueciendo en las exploraciones posteriores a la conquista de Tenochtitlan, cuyo principal objetivo será —como advierte a Hurtado de Mendoza en 1532— informarse «muy particularmente de todas las calidades de la tierra e gente della, y de todas las costumbres, leyes o ritos que tuvieran, por manera que de toda traigáis muy particular e larga relación»¹⁰⁰. Ahora bien, para el capitán extremeño, aun siendo un elemento esencial, conocer es siempre el paso previo a dominar: la conversión del hombre americano a la religión cristiana y su sometimiento político al imperio español están en la base de todas sus actuaciones¹⁰¹. Por ello en su discurso la alteridad no puede construirse más que a partir del necesario binomio superioridad/inferioridad al que aluden Todorov y otros autores¹⁰²; y por ello también ese discurso incluye todo un programa de actuación respecto al proceso de

asimilación (religiosa y política) que rige la relación de Cortés con el indígena desde sus inicios¹⁰³, a través del cual veremos que es precisamente el citado binomio el que adquiere en la escritura cortesiana una especial complejidad en la medida en que asume a su vez sistemas jerárquicos del mundo americano.

b) Propuesta político-social respecto a los naturales

En sus líneas más básicas, el programa de actuación cortesiano respecto a la población indígena queda ya marcado en las Ordenanzas militares de 1520, en las que se reafirma el objetivo religioso y político de la conquista¹⁰⁴, y en las Ordenanzas de Buen Gobierno de 1524, en las que se establecen las normas para los «repartimientos de indios», con especial atención a la extirpación del culto prehispánico, la instrucción de los naturales «en las cosas de Nuestra Santa Fe Católica» y la educación de los muchachos¹⁰⁵. La conservación y evangelización de los indígenas fueron (como ya he señalado) preocupación esencial del Memorial de 1528¹⁰⁶, y constituyeron uno de los principales argumentos en sus escritos sobre el sistema de encomiendas¹⁰⁷, como el Memorial de 1537¹⁰⁸ y el Parecer razonado de 1544 («Porque la tierra se va poblando grandemente de españoles y despoblando de indios —escribe en este último documento público dirigido al monarca—, y si estos no tienen dueño propio que los defienda, consumirlos han los españoles»¹⁰⁹). Ahora bien, como advierte José Luis Martínez, la preocupación por la conservación de los naturales no se propone en estos documentos «por humanitarismo ni por justicia, sino porque eran la fuerza de trabajo y de producción necesaria para que la tierra siguiera siendo próspera»¹¹⁰. El buen trato, a través de un sistema de repartimiento que se propone como principal forma de sostenimiento económico de los colonizadores, permite, en la mentalidad del conquistador, a un tiempo salvaguardar a la población nativa y aumentar las rentas reales:

...de dar a indios a los españoles pobladores —escribe sobre esta cuestión en su Memorial a Carlos V de 1537—, se sigue, dándose a quién y cómo y lo que conviene, no solo conversión de los que hoy hay, mas que se multiplicarán en mucha manera, y que las rentas de Vuestra Majestad así mismo crecerán y serán perpetuas, y [...] quedará orden para lo que está por descubrir¹¹¹.

La consideración del indígena como mano de obra gratuita a la que se debe conservar y convertir al cristianismo no agota, sin embargo, su relación con este: lejos de mostrar una imagen monolítica en su discurso sobre el otro, el conquistador mantiene una clara diferenciación social (muy similar a la que regía en la península, pero también a la existente en la cultura náhuatl) entre gobernantes, nobles, pueblo llano y esclavos¹¹², aportando en diversos documentos tanto su parecer como acciones concretas respecto a cada uno de estos grupos sociales.

Por lo que respecta a la esclavitud, en el citado memorial de 1537 el conquistador afirma con rotundidad que «en cuanto al hacer esclavos, mi parecer es que en las tierras que nuevamente se conquistaren no se hagan por ninguna vía, porque demás de ser en gran cargo de conciencia, es gran daño de las tierras»¹¹³. Sí admite, en cambio, la posibilidad de imponer pena de «servidumbre perpetua» a aquellos que sean condenados por rebeldía al imperio¹¹⁴ y, en cuanto a los esclavos ya existentes en la Nueva España, afirma que «son muy pocos, y sería gran inconveniente quitarlos», pero propone que «los hijos destos no sean esclavos»¹¹⁵.

Si, como hemos visto, el pueblo contribuye decisivamente al sustento de los españoles, las «personas principales» son para Cortés interlocutores válidos y mediadores necesarios entre el poder español y la «gente baja», y, en este sentido, su propuesta es que, una vez cristianizados y asimilados políticamente, conserven «sus funciones de liderazgo local convertidos en una nueva clase nobiliaria»¹¹⁶. El pasaje de la Cuarta relación en el que se refiere a la reconstrucción de Tenochtitlan es revelador en este sentido:

Trabajé de recoger todos los naturales que por muchas partes estaban absentados desde la guerra, y aunque siempre he tenido y tengo al señor della preso, hice a un capitán general que en la guerra tenía el dicho señor y yo conocía del tiempo de Mutezuma que tomase cargo de la tornar a poblar. Y para que más abtoridad su persona tuviese tornéle a dar el mesmo cargo que en tiempo del señor tenía, que es liguoacoat, que quiere tanto decir como lugarteniente del señor, y a otras personas principales que yo también ansimismo de ante conocía les encargué otros cargos de gobernación desta cibdad que entre ellos se solían hacer. Y a este liguoacoat y a los demás les di señorío de tierras y gente en que se mantuviesen, aunque no tanto como ellos tenían ni que pudiesen ofender con ellos en algún tiempo. Y he trabajado siempre de honrarlos y favorecerlos, y ellos lo han trabajado y hecho tan bien que hay hoy en la cibdad poblados hasta treinta mil vecinos y se tiene en ella la orden que solía en sus mercados y contrataciones¹¹⁷.

En cuanto a los gobernantes, cabe destacar de forma específica su actitud ante Moctezuma, ya que, aunque para Cortés el gran tlatoani no es equiparable con el monarca español (como no podría ser de otro modo en la mentalidad de un europeo del XVI)¹¹⁸, sí reconoce su título de «señor» de Tenochtitlan, es decir, su derecho al trono de México (derecho que, como explica Josefina Muriel, fue considerado vivo por la monarquía española hasta la época de Felipe III¹¹⁹) y se conservan los documentos de donación de tierras que firmó en favor de doña Isabel y doña Marina (hijas del emperador) con motivo de sus respectivos matrimonios «porque de derecho les pertenece de su patrimonio y legítima»¹²⁰.

El tono respetuoso es, por otro lado, una constante en el discurso cortesiano no solo aplicado a la aristocracia azteca sino también a los gobernantes de las nuevas tierras por descubrir más allá incluso del territorio americano. En este sentido, resultan paradigmáticas las cartas que Cortés entrega a Saavedra Cerón en 1527 para ser leídas al rey de Cebú, al de Tidore y «al rey de la isla o tierra a donde llegase»¹²¹, cartas que el conquistador tiene la precaución de traducir al latín, «porque como lengua más general en el universo, podrá ser, segund hay especierías, que halléis judíos o otras

personas que las sepan leer»¹²², y para las que lleva además, como traductores, «la lengua arábica que lleváis» y «un indio natural de Calicut»¹²³. En dichos textos llama la atención el esfuerzo diplomático del conquistador (en especial respecto al rey de Cebú, al que debe solicitar «que, si alguno de los españoles que quedaron en vuestra prisión fueren vivos, los deis a ese capitán»¹²⁴), pero también la elaboración retórica de unas epístolas que buscan estar a la altura de su destinatario. Tal vez el ejemplo más claro de ello sea la carta a ese desconocido rey de las tierras que puedan ser halladas durante la expedición, cuyo objetivo central es dar a conocer «las excelencias y gran poder» del monarca español y su deseo de establecer relaciones comerciales con él, que inicia del siguiente modo:

A vos el honrado e buen rey... Yo, don Hernando Cortés: Universal condición es de todos los hombres desear saber; y, si en todos esto se verifica, cuanto más en los príncipes que Dios hacedor y criador de todas las cosas, por especial provimiento los constituyó en estados notables y poderosos¹²⁵.

Como vemos, esta cláusula introductoria, que desarrollará en las oraciones siguientes, incorpora un elemento ya conocido de la argumentación cortesiana: la presencia de los españoles en esa tierra se debe al deseo que tiene el monarca español de «ser informado de la manera e gentes della»¹²⁶. Por su parte, la alusión a la Metafísica de Aristóteles (donde se afirma que «Todo hombre tiende por naturaleza al conocer»)¹²⁷ y el manejo de una sintaxis compleja, cargada de oraciones subordinadas, semejantes a las de los documentos enviados al monarca español, nos sitúan ante un estilo culto y legalista que presupone un alto rango social y nivel cultural por parte de su lector.

c) La relación personal con el indígena: contradicciones del discurso cortesiano

Como señala José Luis Martínez, Cortés «mantuvo siempre entre los indios un ascendiente y acatamiento que no recibió ninguna autoridad española»¹²⁸. En sus escritos se preocupó de enfatizar esta imagen de autoridad y protección respecto a la población indígena y de confrontarla además con la de otros conquistadores, en especial tras la toma de la ciudad de Tenochtitlan¹²⁹. Por lo que respecta, sin embargo, a los indios que formaron parte de sus propias encomiendas, los procesos conservados en el Archivo del Hospital de Jesús (en los que los naturales llegan a afirmar que «no los trataba el dicho marqués como a vasallos sino como esclavos»¹³⁰) ponen de manifiesto graves conflictos que demuestran una gran distancia entre sus propuestas teóricas y su comportamiento personal¹³¹. Las contradicciones del discurso cortesiano son más graves a su vez respecto a los indios esclavos: a pesar de su tajante reprobación a la esclavitud de los naturales, algunos documentos ofrecen una cara muy distinta de quien no siempre pudo conjugar el juicio moral y el interés económico. Así, por ejemplo, en 1533 Cortés logra de la reina una real cédula por la que la Segunda Audiencia está obligada a buscar y restituirle a los esclavos huidos cuando Nuño de Guzmán, Matienzo y Delgadillo le destruyeron su hacienda¹³²; en 1538 (apenas un año después de haber redactado el memorial en el que propone «que no se hagan esclavos en las Indias»¹³³), el fiscal Antón Ruiz de Medina inicia una causa contra él porque, contraviniendo las cédulas reales al respecto, tiene nueve indios esclavos (menores y mujeres) en las minas de Sultepec, cercanas a Taxco¹³⁴, y, al año siguiente, el propio Cortés firma una escritura de donación en favor de sus hijos don Martín Cortés (el hijo legítimo) y don Martín y don Luis (sus dos hijos naturales varones) en la que se les otorga

...cien esclavos machos y hembras, indios naturales de esta tierra, herrados con el hierro del rey con sus bateas y herramientas y fuelles que yo tengo en las minas de Talco [¿Taxco?] los cuales yo hobe y compré de Antonio Álvarez de Madrid, que fueron de Diego San Martín¹³⁵.

El documento, como vemos, se refiere a estos naturales como «machos y hembras» (claro signo de «bestialización») obtenidos en una transacción comercial en la que poco importa el origen de esa «servidumbre perpetua». A pesar de la dureza de los términos, sin embargo, en la mentalidad cortesiana primó siempre la jerarquización social sobre la racial o cultural, lo que explica a su vez que uno de los beneficiarios de esos indios esclavos fuera un mestizo, su hijo Martín (fruto de su relación con doña Marina), quien por entonces ya estaba situado en la corte española y sobre el cual había explicado el propio Cortés en carta privada a su primo Francisco Núñez de 1533: «hagos saber que no le quiero menos que al que Dios me ha dado en la marquesa»¹³⁶.

En definitiva, una mirada abarcadora a los documentos cortesianos obliga a reconocer que —como observa Bennassar— «los ideales proclamados por Cortés en la época de la conquista, las buenas intenciones anunciadas por sus ordenanzas, durante los años de gobierno, no resistieron a la usura del tiempo y a la presión de los intereses»¹³⁷, pero también que tanto las jerarquías sociales existentes entre los propios indígenas como la relación personal que Cortés mantuvo con determinados hombres y mujeres nativos influyeron decisivamente en el pensamiento y en las acciones que se reflejan en la escritura del conquistador.

EL TERRITORIO AMERICANO Y LA TRANSFORMACIÓN DEL YO

Si, como he intentado mostrar, el sujeto cortesiano se construye respecto al otro desde una alteridad múltiple, resulta necesario considerar asimismo la importancia que adquiere, en esa configuración y transformación del sujeto, su particular concepción del nuevo territorio. Tomo como punto de partida para reflexionar sobre este aspecto un artículo titulado «La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)» en el que Walter Mignolo señalaba la necesidad de distinguir al menos tres tipos de construcción territorial durante el período colonial: «la de las culturas nativo-indígenas, la de los conquistadores y colonizadores y, finalmente, la de los nativo-criollos»¹³⁸. Para Mignolo, la principal diferencia entre el conquistador y el criollo a este respecto estaría en el hecho de que, mientras el primero tiene conciencia de estar apropiándose de «lo otro» (el «Nuevo Mundo»), el criollo tiene un sentido territorial de «lo nuestro», al que se incorpora a su vez como «origen» la territorialidad nativa; así, por ejemplo, frente a la atribución de nombres castellanos a los espacios americanos que había caracterizado a los conquistadores, los criollos recuperarían en su discurso topónimos originales indígenas¹³⁹.

Un primer acercamiento al discurso cortesiano parecería corroborar la idea de territorio propia de los conquistadores, esto es, la de un espacio ajeno que debe ser asimilado desde parámetros propios; siguiendo el citado ejemplo de los nombres, ello explicaría la elección del término «Nueva España» para denominar toda esa nueva zona geográfica:

Por lo que yo he visto y comprehendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España —escribe Cortés en su Segunda relación—, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me

pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano, y así en nombre de Vuestra Majestad se le puso aqueste nombre¹⁴⁰.

Otros escritos del conquistador nos sitúan, sin embargo, ante una concepción distinta: con la reconstrucción de la que será también capital española, Cortés mantiene (asumiendo, por tanto, como propia) primero la denominación de «Temixtitan» y, más tarde, la de «México»¹⁴¹; además, reivindica el origen prehispánico de la ciudad como un elemento esencial de su discurso sobre la misma:

...la dicha cibdad de Temixtitan —escribe en su Tercera relación— se va reparando. Está muy hermosa, y crea Vuestra Majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera que como antes fue prencipal y señora destas provincias todas, que lo será también de aquí adelante¹⁴².

Es por ello que me parece más adecuado admitir que la concepción del territorio en el discurso cortesiano es compleja y observar cómo se va construyendo a lo largo del tiempo como superposición a su vez de, al menos, tres perspectivas distintas: la visión política de un territorio que debe ser incorporado al imperio español; su población como consecuencia lógica de la conquista; y una alteración de los parámetros propio/ajeno respecto al espacio novohispano que modifica a su vez la percepción de otros territorios (incluido el de la metrópoli).

a) El territorio como entidad política

Para abordar la visión política del territorio que se plantea en la escritura cortesiana, es necesario volver al exordio de la Segunda

relación citado en el segundo capítulo, en el que Cortés explicaba al emperador:

...he deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas desta tierra, que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo Emperador della y con título y no menos mérito que el de Alemaña que por la gracia de Dios Vuestra Sacra Majestad posee¹⁴³.

Ya Menéndez Pidal llamó la atención sobre la manera en que, con esta afirmación, Cortés ensanchaba el tradicional concepto de imperio para equiparar por primera vez las tierras americanas con las europeas¹⁴⁴. En esta misma línea, en la década de los 80, Tomás y Valiente comentaba sobre este mismo párrafo: «El atrevimiento del conquistador es casi blasfemo. Si V. M. tiene un título imperial por la gracia de Dios, ahí le va otro por obra y gracia de mis hazañas, viene a decirle». El ofrecimiento de Cortés, para este autor, además de osado, era imposible porque, si bien es cierto que «El imperio del que fue elegido emperador Carlos V era entonces un componente más de la Monarquía hispánica universal», dicho imperio era único, el conocido desde Roma, restaurado en la época carolingia¹⁴⁵. Para Victor Frankl, sin embargo, la observación de Menéndez Pidal no había tenido en cuenta el contexto de la carta, «la situación jurídica y vital de Cortés» en el momento de escribirla ni «las ideas jurídico-políticas que constituyeron el fundamento ideológico de la conquista»¹⁴⁶; según Frankl, cuando escribió este párrafo, el conquistador tenía un concepto medieval de «imperio particular» sometido al poder hegemónico de Castilla¹⁴⁷ que, con el tiempo, iría evolucionando hacia el de imperio universal propiamente renacentista¹⁴⁸.

Más allá de la polémica sobre el concepto mismo de «imperio» manejado por el conquistador, lo que me interesa de las opiniones citadas es que todas ellas insisten en esa equiparación que establece Cortés, en fecha tan temprana como 1520 (antes de haber conquistado el territorio al que se refiere), entre el imperio azteca y otros imperios europeos¹⁴⁹. El discurso cortesiano sobre el nuevo

territorio inicia así con dos elementos fundamentales: la convicción de que es posible la apropiación de ese espacio ajeno y una singular valoración del mismo (no solo por la civilización que en él se encuentra) que permite a Cortés exhibirlo como digno del mayor emperador de Europa.

b) Conquistar para poblar

Al abordar su faceta de «poblador de la Nueva España», Konetzke señala la actuación de Hernán Cortés como «la confirmación más positiva» de una máxima señalada en la época por López de Gómara a propósito de la fracasada expedición de Pánfilo de Narváez a La Florida: «Quien no poblare, no hará buena conquista, y no conquistando la tierra, no se convertirá la gente; así que la máxima de conquistar ha de ser poblar»¹⁵⁰. En efecto, si —como ya se ha señalado— la fundación de Veracruz (esto es, la decisión de poblar frente a las órdenes de Velázquez de solo rescatar) está en el origen de la aventura cortesiana, los documentos redactados o concebidos por Cortés van a favorecer, a partir de ella, el sentimiento de propiedad sobre el territorio por parte de los conquistadores: en las Instrucciones a los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero que acompañaban a la Carta de Veracruz (1519) encontramos ya esa voluntad de asentamiento a través de referencias no solo a las encomiendas¹⁵¹ sino también a la provisión de oficios, el reparto de los solares, la fundición de oro y el labrado de plata o la gratuidad de las salinas para los vecinos y moradores de la villa recién fundada¹⁵²; y, una vez obtenido el título de gobernador de la Nueva España, Cortés regula a su vez «cuanto conviene a la buena gobernación destas provincias» a través de las ya citadas «ordenanzas e capítulos» (1524)¹⁵³ con los que busca fundamentalmente el establecimiento prolongado en el nuevo territorio por parte de los españoles¹⁵⁴.

Por lo que se refiere al interés personal del conquistador por asentarse en el territorio novohispano, este queda ya atestiguado en la carta que dirige a su padre en 1520, en la que le pide que

interceda para que el rey le otorgue una tierra de unas cuarenta leguas de extensión «muy fértil e apta para traer todo tipo de ganados y para todas maneras de agriculturas» y añade

...porque yo tengo voluntad de perpetuar en estas partes, para este efeto sería señalada merced para mí que Su Alteza me hiciese merced de la dicha tierra en remuneración de mis servicios fechos e de los que faré a Su Majestad¹⁵⁵.

Esa voluntad de «perpetuar» en tierras mexicanas se intensifica tras el período de conquista y gobernación, de manera que, en una carta también dirigida a Martín Cortés, firmada en Tenochtitlan el 1 de octubre de 1526 (pocos meses después de haber sido desprovisto del cargo de gobernador), solicita diversos pueblos en una extensión territorial realmente amplia, que va de Michoacán a Oaxaca, y especifica las provincias en las que tiene más interés para que se pidan en primer lugar «se entiende a más no poder hacer cuando Su Majestad no fuere servido dárme lo todo y aún con todo no se me paga muy bien lo que he servido»¹⁵⁶.

La ambición de Cortés, compensada en parte con la obtención en 1529 del marquesado del Valle de Oaxaca (y los ya citados veintitrés mil vasallos), aunque también motivo de desavenencias con el propio Carlos V¹⁵⁷, incluía a su vez por esos años un nuevo objetivo respecto al territorio: la realización de nuevas exploraciones que, como explica en esta misma carta, partirían de Michoacán hacia el Mar de Sur¹⁵⁸. Un breve acercamiento a los documentos conservados sobre dichas exploraciones y los conflictos que estas le generaron con destacadas figuras de la época puede dar luz sobre el sentido de apropiación del territorio que revela el discurso cortesiano.

c) Hacia una nueva concepción del territorio americano: las exploraciones por el Mar del Sur

El interés de Cortés por el Pacífico se remonta al menos a 1522: ya en su Tercera relación explicaba al rey que había tenido noticia de la cercanía de la costa por el Mar del Sur y había enviado a sus hombres para explorarla y localizar en ella puertos desde los que realizar nuevos descubrimientos¹⁶⁰. Según Cortés, gracias a dichas exploraciones «se habían de hallar muchas islas ricas de oro y piedras y perlas preciosas y especería y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables», de lo cual se seguiría «muy grande y señalado servicio» a la corona¹⁶¹.

La primera de sus expediciones, sin embargo, no tiene por finalidad principal «saber el secreto» de nuevas tierras sino socorrer a otra anterior: cumpliendo la cédula real de junio de 1526, en la que se le ordena la búsqueda de la armada de García Jofre de Loáisía que había salido rumbo a las Islas Molucas o de la Especiería el año anterior¹⁶², Cortés organiza una expedición al mando de Álvaro de Saavedra Cerón que zarpa desde Zihuatanejo en octubre de 1527.

Es a la vuelta de su viaje a España de 1528, en el que obtiene, además del título del marquesado y la capitanía general de la Nueva España, la capitulación real que le permite «descubrir, conquistar y poblar cualesquier isla, tierras y provincias que hay en el Mar del Sur de la Nueva España»¹⁶³, cuando asistimos a la sucesiva organización de cuatro armadas por parte de Cortés alrededor de las costas de California: la dirigida por Diego Hurtado de Mendoza, que parte de Acapulco a inicios de 1532; la encabezada por Diego Becerra y Hernando de Grijalva, que zarpa de la bahía de Manzanillo en 1533; la que emprende el propio Cortés en abril de 1535 desde Chametla y la que sale del puerto de Acapulco en julio de 1539 bajo el mando de Francisco de Ulloa. A dichas armadas habrá que añadir al menos dos enviadas en dirección sur: la que, a petición del virrey Mendoza y al mando de nuevo de Hernando de Grijalva, es enviada desde Acapulco en 1536 con el fin de socorrer en Perú a Francisco Pizarro (cercado por indios insurrectos en Lima), pero que incluye en su instrucción emprender exploraciones en la Mar del Sur no ya hacia el norte novohispano o por la ruta directa a las Molucas sino —como explica León-Portilla— «en el

Pacífico meridional, al parecer con la idea de que por allí podría descubrirse otro camino más corto y más afortunado a las islas de la Especiería»¹⁶⁴, y la dirigida por Nicolás Palacios Rubio (1538) para establecer comercio con el Perú, con la que al parecer Cortés buscaba asimismo ensayar «nuevas exploraciones en el ámbito meridional de la mar del Sur»¹⁶⁵.

La documentación cortesiana sobre estos viajes promovidos o realizados entre la firma de la Quinta relación en 1526 y principios de enero de 1540 (fecha en la que se embarca en Veracruz para realizar un segundo regreso a España que resultará definitivo) es muy amplia (incluye cartas y memoriales dirigidos al rey sobre dichas expediciones, instrucciones para los capitanes de sus armadas¹⁶⁶, requerimientos con motivo de disputas territoriales...) y debe ser contrastada además con otras fuentes como la capitulaciones reales para la exploración en el Mar del Sur¹⁶⁷ o los escritos de otros conquistadores que pleitearon por este motivo con el conquistador (como es el caso de los redactados por Nuño de Guzmán¹⁶⁸). No pretendo abordar estos documentos en su totalidad, pero sí destacar algunos aspectos de los mismos que pueden ser significativos para el tema planteado.

El primero de estos aspectos es que en esta etapa continúa su preocupación por la «perpetuidad y conservación de la tierra», lo que le lleva a proponer al rey que a «las personas a las que se diere licencia para descubrir e conquistar por aquellas partes» se les otorgue «parte perpetua de lo que descubrieren o conquistaren», pero con la condición de que tengan «a lo que conquistare para permanecer e vivir en ello, e no volverse a heredar en España con lo que de allá trajeren»¹⁶⁹.

Un segundo aspecto a señalar sería cómo el esfuerzo de Cortés por iniciar el comercio desde la Nueva España tanto con Asia (a través de la búsqueda de distintas rutas a las Molucas) como con el Perú¹⁷⁰ demuestra, lógicamente, un intento de lucro personal¹⁷¹, pero también supone ya la consideración de un «aquí»/«lo nuestro» desde el que se establece una relación con ese «allí»/«lo otro», con el que se desea comerciar¹⁷²: el eje de las relaciones económicas no se establece ya desde la metrópoli sino desde el propio territorio americano.

El tercer elemento que me parece de interés es que el discurso cortesiano sobre las sucesivas expediciones en el Pacífico se nos presenta como un discurso en torno al poder: lo que evidencian las cartas, memoriales o relaciones de Cortés (en especial las dirigidas al rey) sobre este tema es el deseo de recuperar el dominio sobre — al menos una parte de— la Nueva España. Así se explicita en el Memorial presentado por Juan de Ribera, en nombre de Hernán Cortés, ante el emperador para que se le concedan mercedes en la expedición de la Mar del Sur y el descubrimiento de la Especiería (1533), en el que «suplica en remuneración» de esta empresa, entre otras concesiones políticas y económicas,

...que de toda la tierra e islas de la dicha Mar del Sur que el dicho Hernán Cortés ha descubierto o descubriere a su costa e por su industria, él sea gobernador por toda su vida e después dél sus herederos e subcesores para siempre¹⁷³.

La presencia de este tema, desde luego, no debe sorprendernos: el discurso sobre el territorio muestra (u oculta) siempre un deseo de ejercer el poder sobre este. Como era de esperar, además, Cortés no fue el único que pretendió «saber el secreto de las riquezas desas provincias»¹⁷⁴ y gobernarlas, así que sus intereses entraron en claro conflicto con los de otros conquistadores, siendo el principal de ellos Nuño de Guzmán quien, apartado de la presidencia de la Primera Audiencia, había obtenido la gobernación de Nueva Galicia. Los años en los que Guzmán ocupó este cargo, entre 1531¹⁷⁵ y 1538, coincidieron con el período en el que se desarrollaron tres de las cuatro expediciones organizadas por Cortés a California. En este tiempo, el hecho de que, para llegar a dichas costas, Cortés tuviera que abastecerse necesariamente en las de Jalisco fue considerado por Guzmán como una agresión a la que respondió con ataques y secuestro de navíos a sus dos primeras armadas; Cortés, por su parte, considerando que «Nuño de Guzmán no tenía provisión de Su Majestad para conquistar ni poblar en las tierras de la dicha Mar del Sur»¹⁷⁶, decidió encabezar una tercera expedición, contra la cual este no se atrevió a interponerse militarmente. Ahora bien, al consultar la abundante documentación

que de una parte y otra se conserva sobre estos pleitos¹⁷⁷, llama la atención que, mientras Guzmán insiste una y otra vez en el problema de la jurisdicción (su intención es que «el marqués del Valle [...] no entre en esta dicha gobernación, e si hobiere entrado, que salga pronto della»¹⁷⁸), Cortés apela fundamentalmente a un interés superior, el de la corona, y al valor que el nuevo territorio puede tener para el imperio; por ello denuncia «el deservicio que a Su Majestad se hace en estorbar que no se le descubra otro nuevo mundo, como está aparejado para se le descubrir»¹⁷⁹.

Un último aspecto que me resulta significativo de estos textos es que, para quien había descubierto el fascinante imperio azteca, el territorio americano pudiera ser todavía —como confiesa en el pasaje anterior— un «nuevo mundo», un espacio utópico de realización de los sueños del «viejo mundo». Desde esta perspectiva, no es de extrañar ver a Cortés envuelto en el proceso «sobre el descubrimiento de la tierra nueva y provincia de Cíbola» en el que tanto él como Nuño de Guzmán, Hernando de Soto y Pedro de Alvarado disputaban con el virrey Mendoza¹⁸⁰ los derechos sobre un espacio mítico (el de las siete ciudades de Cíbola) ubicado al norte del territorio novohispano donde nunca se encontraron las riquezas descritas por fray Marcos de Niza¹⁸¹. Así, en su Memorial a Carlos V acerca de los agravios que le hizo el virrey de la Nueva España, impidiéndole la continuación de los descubrimientos en la Mar del Sur (1540), Cortés explicaba, con un evidente error de cálculo geográfico:

Al tiempo que yo vine de la dicha tierra [de Santa Cruz, actual bahía de La Paz, en California], el dicho fray Marcos habló conmigo, estando yo en la Nueva España, e yo le di la noticia desta dicha tierra y descubrimiento della [...]; el cual dicho fraile lo comunicó con el dicho visorrey, y con su licencia diz que fue por tierra en demanda de la misma costa e tierra que yo había descubierto¹⁸².

Pero, además, la búsqueda de ese espacio utópico nos lleva de nuevo a la particular relación entre el «aquí»/«lo nuestro» y el

«allí»/«lo otro» que se establece en la escritura cortesiana, ya que lo que se propone en ella es una interesante interdependencia entre el espacio conocido de la Nueva España, que Cortés consideraba como propio, y ese otro espacio desconocido que, en cualquier caso, veía como un espacio de apropiación por parte no tanto del imperio español como del mismo virreinato¹⁸³.

d) El «espíritu criollo» de los últimos escritos

Escribe Yolanda Martínez-San Miguel a propósito de la Segunda relación que, aunque «no podemos representar a Cortés como sujeto criollo, ni mucho menos como expresión de un americanismo creciente», sí podríamos afirmar que el conquistador es «un sujeto transformado por el contexto colonial, y su discurso lleva las marcas correspondientes a esa condición»¹⁸⁴. Si esto puede afirmarse a partir de la lectura de las Cartas de relación, creo haber demostrado en las páginas precedentes que el discurso cortesiano posterior, específicamente el referido a sus viajes de exploración, manifiesta este rasgo de forma aún más acusada. Habría que considerar además un último discurso, el testamentario, para advertir el calado de esta transformación: como recuerda la propia Martínez-San Miguel, pero también han destacado otros investigadores¹⁸⁵, es muy significativo que Cortés incluya como primera voluntad en el mismo

...que si muriese en estos reinos de España, mi cuerpo sea puesto y depositado en la iglesia de la parroquia donde estuviere situada la casa donde yo falleciere y que allí esté en depósito hasta que sea tiempo en que mi sucesor le parezca de llevar mis huesos a la Nueva España, lo cual yo le encargo y mando que así haga dentro de diez años, y antes si fuere posible¹⁸⁶.

Este «viaje definitivo» a Nueva España, dispuesto por el conquistador en su testamento ante la imposibilidad de

emprenderlo en vida¹⁸⁷, puede interpretarse, en efecto, como culminación de las sucesivas alteraciones que la experiencia americana provocó en el sujeto cortesiano, sobre todo si lo insertamos en el discurso completo de ese último documento legal cuyas disposiciones parecen centrarse únicamente en el territorio novohispano. Salvo la instrucción para las donaciones a la capilla de Medellín donde está enterrado su padre, todas las referencias a espacios físicos en dicho documento pertenecen a la Nueva España: que se erija un monasterio de monjas «intitulado de la Concepción» en Coyoacán¹⁸⁸; que se trasladen a dicho monasterio los restos de su madre, su hijo Luis y su hija Catalina¹⁸⁹; que se acabe la obra del Hospital de Nuestra Señora de la Concepción que mandó hacer en la ciudad de México a imitación del de las Cinco Llagas de Sevilla¹⁹⁰; que

...en la dicha mi villa de Coyoacán se edifique y haga un colegio para estudiantes que estudien teología e derecho canónico y civil, para que haya personas doctas en la dicha Nueva España que rijan las iglesias e informen e instruyan a los naturales della en las cosas tocantes a Nuestra Sancta Fe Católica¹⁹¹.

Por el contrario, su estancia en España es vista en estos años (al igual que durante su viaje anterior) como un traslado forzoso¹⁹², en el que se desea emplear el menor tiempo posible¹⁹³, lo cual provoca una dicotomía, en el discurso cortesiano producido en la península, entre el «aquí» del presente español desde el que se escribe y el «allí» del pasado novohispano al que se desea volver. Así parece confirmarlo asimismo, a pesar de sus aparentes ambivalencias, la ya citada carta a Carlos V de 1544, a la que vuelvo una vez más, en este último apartado, para señalar al menos cuatro alusiones al territorio americano que van trazando en realidad momentos clave de evolución en la percepción que el conquistador va adquiriendo del mismo.

En el párrafo inicial de la carta, Cortés —como se recordará— alude a los cuarenta años que ha pasado «trayendo ovejas a su corral [el de Dios] muy remotas de nuestro hemisferio, e inoctas y no escritas

en nuestras Escrituras»¹⁹⁴; esta referencia a los americanos como «ovejas [...] muy remotas de nuestro hemisferio, e inoctas» evoca la primera imagen de América como un espacio lejano y desconocido (un «nuevo mundo»), imagen que, aunque recurrente, podemos vincular de forma especial con la originaria percepción del joven que viaja al continente en 1504. Más adelante, afirma que intentar resolver sus pleitos en España le ha sido «más dificultoso que ganar la tierra de los enemigos»¹⁹⁵, lo cual nos hace pensar en ese mismo territorio como espacio de enfrentamiento bélico, que debe ser ganado para el imperio (el espacio de la conquista de México, especialmente en su fase final de asedio a la capital azteca). A propósito de su ruinoso situación («véome viejo y pobre y empeñado en este reino en más de veinte mil ducados»), Cortés recuerda unos párrafos más tarde que «en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa, es mucho lo que he gastado»¹⁹⁶; breve pero significativa alusión a la Nueva España, y concretamente a su casa de Coyoacán, percibidas ya como un espacio propio, como el hogar¹⁹⁷. Por último, en el párrafo final, Cortés suplica que los jueces determinen sobre uno de sus pleitos (el referido a los veintitrés mil vasallos concedidos con el marquesado) porque «a dilatarse, dejarlo he perder, y volverme he a mi casa»¹⁹⁸, esto es, proyecta sobre ese hogar su deseo de regreso.

En mi opinión, ese deseo de «volver a casa» en sus últimos años es signo de una quiebra en las supuestas bases de relación entre los conquistadores y el espacio americano definidas por Mignolo¹⁹⁹, que revela (al menos para el caso concreto del discurso cortesiano) el surgimiento de lo que podríamos definir como un «espíritu criollo»²⁰⁰ o, al menos, como una percepción diferente del territorio americano, territorio que, por otro lado, tampoco dejó de ser para él —como hemos visto— un espacio en el que buscar nuevos «secretos»²⁰¹: más allá de sus profundas transformaciones, el yo cortesiano no logró nunca abandonar la conciencia inicial de América como un Nuevo Mundo.

■

¹ Carta de Hernán Cortés a Carlos V con la que enviaba su Tercera relación (1522), en DC, I, p. 230.

² DC, I, pp. 230-231.

³ Fórmula habitual para la petitorio, que es la utilizada en las otras dos solicitudes.

⁴ DC, I, p. 230.

⁵ Frankl, 1962, p. 34.

⁶ Cortés ya hacía referencia explícita a este deseo en la carta que dirigió a su padre hacia el mes de octubre de 1520: «En esto deste capítulo que he dicho va todo el negocio porque con quedar yo al presente con la gobernación sería cosa muy provechosa e de harto interese y su Alteza en hacerme esta merced sería muy servido» (CyM, p. 105).

⁷ DC, I, p. 230.

⁸ DC, I, pp. 250-253. Cortés recibió la real cédula hacia fines de mayo de 1523 (ver Martínez, 1990, p. 371).

⁹ DC, I, p. 254.

¹⁰ Ver Fernández Álvarez, «Hernán Cortés y Carlos V», en Navarro, 1986, pp. 369-372. Ya he señalado cómo esta idea afecta al providencialismo de las Cartas de relación.

¹¹ En la que los firmantes de la Carta de Veracruz incluyen como anexo la relación de piezas de valor que Portocarrero y Montejo declaran «nos fueron entregadas para llevar a Sus Altezas de vos, Fernando Cortés» (CR, p. 157; ver la relación completa en pp. 150-158).

¹² DC, I, p. 232. La pérdida del oro del rey en la Noche Triste había obligado a Cortés a redactar una probanza sobre las diligencias que se hicieron por salvarlo (ver DC, I, pp. 114-128), pero las tres cartas de relación siguientes sí fueron acompañadas de sus respectivas relaciones de regalos para la corona: junto a esta de 1522 (pp. 232-238), se conservan las de 1524 (pp. 296-303) y la de 1526 (pp. 412-415).

¹³ Fernández Álvarez, «Hernán Cortés y Carlos V», en Navarro,

1986, p. 370.

¹⁴ DC, I, p. 276.

¹⁵ DC, I, p. 276.

¹⁶ Ver DC, I, pp. 285-295.

¹⁷ García Icazbalceta, 1980, I, p. XXXI. Como señala su editor, en esta carta Cortés “Muestra también su impaciencia por las trabas que le imponían los oficiales reales, y pide al Emperador los contenga en sus justos limites, o les deje de una vez todo el gobierno. Anuncia su resolución de ir al castigo de la rebelión de Olid, rechazando de paso la imputación de haberse rebelado él antes contra Velázquez, y concluye quejándose en pocas palabras, llenas de amarga ironía, por la mezquina recompensa señalada a sus grandes servicios” (García Icazbalceta, 1980, I, p. XXXI). Sobre el contenido de la misma como prueba de poder absoluto que Cortés ejercía en la Nueva España en esos años, ver Bennassar, 2002, pp. 293-294.

¹⁸ DC, I, p. 287.

¹⁹ Ver DC, I, p. 292.

²⁰ Ver DC, I, 295.

²¹ DC, I, p. 286.

²² DC, I, p. 292.

²³ Como explica José Luis Martínez, aunque a mediados de 1524 ya habían muerto Velázquez y su valedor, el obispo Fonseca, «Las críticas y denuncias contra Cortés que enviaron a la Corte los oficiales reales de la Nueva España, especialmente Albornoz y Salazar; las acusaciones que seguían haciéndole en Castilla antiguos agraviados como Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia; la ausencia de Cortés de la ciudad de México y las noticias ominosas de lo que aquí ocurría, van a provocar, a fines de 1524 y principios de 1525, un nuevo movimiento adverso a Cortés» (Martínez, 1990, pp. 457-458).

²⁴ DC, I, pp. 328-330. Como advierte José Luis Martínez, «el de adelantado era un título honorífico y apreciado, pero cuyos derechos y funciones habían caído en desuso ya en tiempos de Cortés» (nota a DC, I, p. 329).

²⁵ DC, I, pp. 331-335.

²⁶ Ver DC, I, p. 345 y el comentario de Martínez en la nota 2 a este documento.

²⁷ DC, I, p. 344.

²⁸ DC, I, pp. 402-411.

²⁹ Carta de Hernán Cortés a Carlos V. Tenuxtitán, 11 de septiembre de 1526, en DC, I, p. 406.

³⁰ Carta de Hernán Cortés a su padre Martín Cortés. Tenuxtitán, 26 de septiembre de 1526, en DC, I, p. 417.

³¹ Bataillon dio a conocer el artículo de la prohibición (Bataillon, 1956) y José Luis Martínez incluyó en DC, I, p. 465 el documento real dirigido a Narváez para que devolviera la cédula original de la misma. Para Bataillon, la prohibición de las tres cartas cortesianas testimoniaba, más allá de los pretextos aducidos para la misma, el temor de un rey que, lejos de confiar en su vasallo, vea el peligro de que el conquistador se convirtiera «en héroe fundador y epónimo del nuevo ‘reino’» (Bataillon, 1956, p. 80).

³² DC, III, pp. 11-12. En realidad hay una primera cédula real en este sentido firmada en 1525 que parecía debía cumplirse de forma inminente («vos partáis e vengáis ante mí, sin poner en ella ninguna dilación ni escusa» —DC, I, p. 346—); sin embargo, esta se reiteró en la fecha citada de 1528.

³³ En la crónica de Gómara se explican las importantes motivaciones personales que movieron a Cortés a realizar este viaje a España: «acuerda de venir a Castilla [...]. A casarse por haber hijos y mucha edad; a parecer delante el rey su cara descubierta, y a darle cuenta y razón de la mucha tierra y gente que había conquistado y en parte convertido, e informarle a boca de la guerra y disensiones entre

españoles de México, temiéndose que no le habrían dicho verdad; a que le hiciese mercedes conforme a sus servicios y méritos, y le diese algún título para que no se le igualasen todos; a dar ciertos capítulos al rey, que tenían pensados y escritos sobre la buena gobernación de aquella tierra, que eran muchos y provechosos» (López de Gómara, *Historia general de las Indias*, p. 366).

³⁴ Volveré concretamente a esta cuestión más adelante.

³⁵ Ver Delgado, introd. a CR, pp. 62-63.

³⁶ DC, III, p. 21.

³⁷ DC, III, pp. 22-24.

³⁸ DC, III, pp. 24-25.

³⁹ DC, III, pp. 21-22.

⁴⁰ DC, III, pp. 53-54.

⁴¹ DC, III, pp. 55-56.

⁴² Ver DC, III, pp. 49-52.

⁴³ Martínez, 1990, p. 821.

⁴⁴ DC, IV, p. 17. En marzo de 1534, se congratulará del triunfo de su emperador, al que le hubiera gustado «ir a recibirle muy mayor [placer] con besar las reales manos de Vuestra Majestad» (DC, IV, p. 84).

⁴⁵ Ver DC, IV, pp. 176-180.

⁴⁶ Explica Rita Goldberg, que «aunque no lo nombra debió ser don Luis». Según Goldberg, «este proyecto no parece haberse realizado, ya que sabemos que don Luis no marchó a España hasta 1540» (Goldberg, 1987, pp. 20-21); sin embargo, es probable que también Luis fuera paje real, ya que en su última carta de 1544, Cortés dice que en los últimos años no ha salido de la corte «con tres hijos que traigo en ella» (DC, IV, p. 269).

⁴⁷ DC, IV, p. 173.

⁴⁸ El hijo de doña Marina que había legitimado por bula papal en 1529 (ver la bula por la que Clemente VII legitima a sus tres hijos naturales, Martín, Luis y Catalina, en DC, III, pp. 40-42).

⁴⁹ El dato aparece en una carta enviada por Cortés a Francisco Núñez en 1533 (DC, IV, p. 40) y Goldberg ha recuperado el documento de su nombramiento y sueldo de 1539 (ver Goldberg, 1987, pp. 27-28).

⁵⁰ Ver Goldberg, 1987, pp. 28-29. La relación personal entre este hijo y Felipe II queda atestiguada por la correspondencia enviada desde México publicada por la misma Goldberg (ver la explicación y los documentos en pp. 35-107).

⁵¹ DC, III, pp. 146-153.

⁵² DC, III, pp. 296-299.

⁵³ DC, IV, pp. 42-49.

⁵⁴ DC, IV, pp. 62-77.

⁵⁵ DC, IV, p. 69. Como explica Bennassar, «A partir de 1532, la relación entre Carlos V y Cortés es un diálogo de sordos. Lo más frecuente será que el Emperador no conteste a las peticiones ni a las quejas del conquistador» (Bennassar, 2002, p. 296).

⁵⁶ DC, IV, p. 210 (ver pp. 210-215).

⁵⁷ DC, IV, p. 236 (ver pp. 234-242).

⁵⁸ DC, IV, p. 244 (ver pp. 243-245).

⁵⁹ DC, IV, pp. 267-270.

⁶⁰ Los paralelismos de este documento con el final de la Carta de Jamaica colombina son notables: también Colón se muestra como vasallo ejemplar y encarece su propia empresa («las tierras que acá obedecen a Vuestras Altezas son más que todas las otras de cristianos y ricas»); el descubridor no duda en recordar a los reyes

que se encuentra ya «enfermo, aguardando cada día por la muerte» y, aunque sin una acusación directa a la corona, es fácil entrever en sus palabras a los verdaderos responsables del trato otorgado a quien cree merecer mucho más de lo recibido (Relación del cuarto viaje, en Colón, Textos y documentos completos, pp. 329-330).

⁶¹ Como advertía Prescott en su edición de esta carta, la queja de Cortés respecto a su pobreza «no puede entenderse [...] literalmente pues a su muerte tres años después, dejó inmensos estados», aunque es cierto que «sus rentas apenas le alcanzaban, en los últimos días de su vida, para cubrir los gastos más precisos» (Prescott, Historia de la conquista de México, p. 646). Por otro lado, Goldberg ha llamado la atención sobre cómo esta imagen de héroe abandonado y empobrecido contrasta con la que por esas mismas fechas ofreció Cortés en sus cartas al genovés Julio Cánova, con quien mantenía relaciones comerciales y a quien comunicó algunos de sus proyectos (ver Goldberg, 1987, pp. 9-12).

⁶² A la que ceden abiertamente biógrafos clásicos como Salvador de Madariaga, quien describe al conquistador «aviado por una sincera unión y lealtad [a su rey], pero mortificado y herido por una desoladora experiencia» (Madariaga, 1984 [1941], p. 554).

⁶³ Reynolds, 1978, p. 195. Ver el análisis que hace el autor de los dos romances en pp. 191-197; cf. el texto completo de ambos romances y la información sobre sus ediciones a partir de 1638 en Reynolds, 1967, pp. 55-69.

⁶⁴ Resulta inevitable la evocación aquí de la figura del Cid, «el que buena hora ciñó espada».

⁶⁵ De forma anacrónica, Cortés se dirige aquí al rey Felipe.

⁶⁶ Reynolds, 1967, pp. 63 y 65.

⁶⁷ Ver Matamoro, 1994, pp. 527-532.

⁶⁸ Matamoro, 1994, p. 532. Matamoro señala además a Motolinía (la conciencia del humanismo cristiano) o a su traductora doña Marina/la Malinche (pp. 531-534).

⁶⁹ Todorov, 1987, p. 13.

⁷⁰ Todorov, 1987, p. 142.

⁷¹ Todorov, 1987, p. 258.

⁷² El hecho puede resultar sorprendente si se considera que Todorov no es (ni pretende ser) un especialista en el período histórico abordado, pero creo se explica por diversos motivos: su publicación cercana al polémico V Centenario del Descubrimiento; el enfoque filosófico y antropológico del libro, que aporta un sugerente marco conceptual a la reflexión global; y (aunque pueda resultar paradójico) el carácter anacrónico de su punto de vista, esto es, el hecho de que dicha reflexión parta de inquietudes y planteamientos que no son los de los personajes históricos que aborda sino los de sus lectores, ya que, como el propio Todorov advierte en la contraportada, la conquista de América es para él «una historia ejemplar» que le sirve para reflexionar sobre un tema que trasciende el tiempo: «cómo comportarse frente al otro» (sobre la problemática de dicho carácter anacrónico, ver Valcárcel Martínez, 1997, pp. 174-175).

⁷³ A pesar de que, en la argumentación del propio Todorov, dicha dicotomía solo merece un juicio negativo porque, «si el comprender no va acompañado de un reconocimiento pleno del otro como sujeto, entonces esa comprensión corre el riesgo de ser utilizada para fines de explotación» (Todorov, 1987, p. 143).

⁷⁴ Ver Bernal, 2002, pp. 97-98 y 101-104 (en especial pp. 98 y 102).

⁷⁵ Ver Ballesteros Gaibrois, «Hernán Cortés y los indígenas», en Navarro, 1986, p. 47 (cf. la primera versión: Ballesteros Gaibrois, 1948).

⁷⁶ Ballesteros Gaibrois, «Hernán Cortés y los indígenas», en Navarro, 1986, p. 54.

⁷⁷ Mendoza-Farías se propone trabajar la construcción que Cortés hace de sí mismo a través de la identificación del otro, aunque no acude para ello a Todorov (a quien es evidente que ha leído) sino a

Seamus Deane y su diferenciación entre imperialismo y nacionalismo. Su premisa es que «los invasores europeos se definieron a sí mismos como naturalmente superiores a través de la identificación de los nativos americanos como naturalmente inferiores» [...]. «En el caso de Hernán Cortés, dicha representación del Otro se ejemplifica en sus Cartas de relación dirigidas al emperador Carlos V. En ellas, Cortés lleva a cabo una desnaturalización sistemática del Otro [...] y una naturalización de sí mismo». Para este autor, en su representación física Cortés representa a los indígenas como bárbaros y utiliza para definirlos «términos que en la época se reservaban para los animales y otras razas de seres humanos consideradas como tales o simplemente consideradas inferiores» (Mendoza-Farías, 2003, pp. 86-87).

⁷⁸ Claudio Esteva hace referencia a algunos de ellos: su condición de militar; su formación moral; el alto grado de evolución de la cultura mesoamericana; la situación histórica de los pueblos que se propuso conquistar; sus propios objetivos y sus relaciones con la corona española; y la amenaza que suponía para él la intromisión de otros conquistadores (ver Esteva, 1987, p. 477).

⁷⁹ Bennassar, 2002, p. 274; cf. Martínez, 1990, p. 822. Cabe advertir, en cualquier caso, la importancia de ese elemento diferenciador ya que, como señala Giuseppe Bellini, el mundo que describe es «Un mondo certamente ‘altro’, per il quale il conquistatore, abbacinato, sembra voler chiaramente concludere con un paragone d’inferiorità circa quello iberico dal quale proviene» (Belini, 1986, p. 29).

⁸⁰ Así lo entiende Georges Baudot, quien afirma que a Cortés «le interesa casi todo en el mundo que descubre, al tiempo que le fascina» (Baudot, 1983, p. 21). Cortés es incluido asimismo en la antología de Nicolau D’Olwer, 1981, pp. 161-182, aunque en este caso el criterio de selección está menos centrado en el valor etnográfico de las descripciones, iniciando en los textos de Cristóbal Colón.

⁸¹ Ver Baudot, 1983, pp. 20-28. Por lo que respecta a los dioses y ritos, Baudot también insiste en que a Cortés «no le interesa la religión de los mexicanos, más bien le repugna» (p. 27).

⁸² Ver CR, pp. 232-242. Cf. Rovira, 2005, pp. 166-169.

⁸³ Sanchis Amat, 2014, p. 50. El artículo de Sanchis se centra en esta alabanza de la capital azteca analizando los distintos elementos que sirven a Cortés para desarrollar «dos ideas generales que van a estructurar el relato y que se van a convertir en dos referentes ineludibles a la hora de configurar el topos literario de la ciudad de México: la asimilación de lo maravilloso [fundamentalmente a través de la comparación] y la definición de América como territorio de la abundancia [en espacios como el mercado o las grandiosas construcciones]» (p. 45), así como otros aspectos presentes en dicha descripción vinculados a la visión estratégico-militar, comercial, religiosa y colonizadora del conquistador. Para una puesta en relación de los recursos retóricos manejados en esta descripción y en las de otras ciudades que aparecen en la Segunda relación, ver Zambrana Ramírez, 2007.

⁸⁴ Como advierte Beatriz Pastor, dicha descripción «es un modelo de clasificación racional en el que cada elemento se presenta ordenadamente en relación con su función social y económica, y como expresión del grado de cultura y civilización que implica» (Pastor, 1983, p. 228).

⁸⁵ Ver CR, pp. 238-239.

⁸⁶ CR, p. 237.

⁸⁷ CR, p. 240. Este tono ecuaníme elegido por Cortés contrasta además con el de otros cronistas, incluso en el caso de los que en un principio idealizaron al «buen salvaje» colombino; así, por ejemplo, Kohut señala algunos pasajes en los que, «mientras que Cortés describe los ritos aztecas en un tono neutro, Pedro Mártir amplía la relación y la intensifica con expresiones de espanto y horror» (Kohut, 2014, p. 25). La confrontación con Bernal también resulta favorable a Cortés en este punto: comparando la descripción que realizan ambos del interior del templo principal, Vidaurre advierte que es Bernal el que insiste más en la identificación entre el culto indígena y lo demoníaco y que, aunque también demuestra tener conocimientos más amplios sobre los dioses y sus singularidades, «estos no le impiden mostrarse más radical en cuanto a su posición racista y de rechazo» (Vidaurre, 1996, p. 44; ver pp. 41-45).

⁸⁸ Sobre el valor tanto de la descripción como del plano de la ciudad puede consultarse Serrera, «Hernán Cortés y la percepción de la realidad urbanística de México-Tenochtitlan», en Elliot et al., 2000, pp. 49-90. Martínez resumió los datos conocidos sobre la elaboración y divulgación de este plano de Tenochtitlan (Martínez, 1990, pp. 304-313) y, más recientemente, Hill Boone ha vuelto a los elementos que componen tanto dicho plano como el mapa costero que lo acompaña para indagar sus fuentes y para destacar su papel como parte de la estrategia de Cortés frente a su emperador (Hill Boone, 2011). Un interesante recorrido por las reproducciones del mismo en las imprentas europeas del XVI es el de López Parada, 2013. El estudio de estas variantes permite concluir a la autora que «el dibujo de la urbe azteca» deja de ser «la mimesis límpida de un territorio, la gestión neutral de un geógrafo para convertirse en una plegada imagen-archivo, construida sobre laberinto litigante de una política, como si a aquella prodigiosa Tenochtitlan se la estuvieran disputando unos y otros, ya desde su mapa mismo» (López Parada, 2013, p. 179).

⁸⁹ CR, p. 242.

⁹⁰ CR, p. 244.

⁹¹ CR, p. 247.

⁹² Delgado, introducción a CR, p. 33.

⁹³ CR, p. 242.

⁹⁴ Cov., fol. 121v. Esta acepción, que Covarrubias da como secundaria, sería la del conocido pasaje de Sahagún: «Así están tenidos por bárbaros y gente de bajísimo quilate, como según verdad en las cosas de política echan pie delante a muchas otras naciones» (Sahagún, Historia general de las cosas de Nueva España, I, p. 33).

⁹⁵ Delgado, introd. a CR, p. 32. Ver asimismo su aclaración a CR, p. 242, nota 306; como vemos, el sentido concuerda más con la primera definición que dará al término Covarrubias cuando señala que los griegos llamaban así «a todos los extranjeros de la Grecia» (Cov., fol. 121v), costumbre que pasó a los romanos.

⁹⁶ CR, p. 244.

⁹⁷ En efecto, Cortés añade más adelante: «Y trayendo estos bárbaros [aquí sí utilizado el término en el sentido de «incivilizado»] por esclavos, que casi diz que son gente salvaje, será Vuestra Majestad servido y los españoles aprovechados, porque sacarán el oro en las minas y aun en nuestra conversación podría ser que alguno se salvase» (CR, pp. 659-660); las palabras de Cortés recuerdan aquí al Colón del Memorial a Antonio Torres (1494): «...se envía de presente con estos navíos así de los caníbales, hombres e mujeres e niños e niñas, los cuales Sus Altezas pueden mandar poner de personas con quien puedan mejor aprender la lengua, ejercitándoles en cosas de servicio, e poco a poco mandando poner en ellos algún más cuidado que en otros esclavos [...], porque [...] muy más presto rescibirán el bautismo y farán el provecho de sus almas» (Colón, Textos y documentos completos, p. 153).

⁹⁸ Carta a Cristóbal de Oñate (1535), en DC, IV, p. 148. La actitud de Cortés contrasta de forma evidente en este punto con la de Nuño de Guzmán, quien, precisamente en su probanza sobre esta tierra descubierta por el Marqués del Valle, hace interrogar a sus testigos sobre «si los indios de aquella tierra son salvajes, e comen las yerbas e carne, e el pescado crudo, e las suciedades que ellos hacen e otras inmundicias, como bestias; e si cuando quieren ayuntarse, varón con mujer, lo hacen en presencia de todos; e si toman a las mujeres por las espaldas, como animales» (DC, IV, p. 156), información a todas luces malintencionada que, por cierto, estos no pueden corroborar más que de oídas (ver DC, IV, pp. 156 y 159-160).

⁹⁹ Todorov, 1987, p. 107.

¹⁰⁰ DC, III, p. 304.

¹⁰¹ También en las armadas que organizó a partir de 1527 en el Mar del Sur, en cuyas instrucciones a los capitanes recomendaba suma cautela ante un posible enfrentamiento bélico, que debía ser evitado en estos primeros encuentros «porque así conviene facerse fasta que, queriendo Nuestro Señor, tengáis poder de gente para sojuzgar sin riesgo» (Instrucción a Saavedra Cerón. 1527, DC, I, p. 445).

¹⁰² Así, por ejemplo, Rolena Adorno hace referencia a esta cuestión

de una manera global cuando afirma que «los discursos creados sobre —y por— el sujeto colonial no nacieron solo con el deseo de conocer al otro sino por la necesidad de diferenciar jerárquicamente el sujeto del otro» (Adorno, 1988, p. 65).

¹⁰³ Ya los firmantes de la Carta de Veracruz explican sobre su primer encuentro con indígenas durante la expedición: «Y el dicho Fernando Cortés hablándoles por medio de una lengua y farabte que llevaba les dijo que no iban [a] hacerles mal ni daño alguno, sino para les amonestar y atraer para que veniesen en conocimiento de nuestra santa fe católica y para que fuesen vasallos de Vuestras Majestades y les serviesen y obedeciesen como lo hacen todos los indios y gente destas partes que están pobladas de españoles vasallos de Vuestras Reales Altezas» (CR, p. 119).

¹⁰⁴ Escribe en ellas Cortés: «Mi principal intención e motivo en hacer esta guerra e las otras que ficiere, por traer y reducir a los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra santa fe e creencia, y después por los sojuzgar e supeditar debajo del yugo e dominio imperial e real de su sacra Majestad» (Ordenanzas militares y civiles mandadas pregonar por don Hernando Cortés en Tlaxcala, al tiempo de partirse para poner cerco a México. Tlaxcala, 22 de diciembre de 1520, en DC, I, p. 165). Sobre la vinculación de estas ideas con el derecho escolástico y su debate posterior en el siglo XVI, ver Zavala, 1985, pp. 27-32.

¹⁰⁵ Ver las Ordenanzas de buen gobierno dadas por Hernán Cortés para los vecinos y moradores de la Nueva España. Tenustitan, 20 de marzo de 1524, en DC, I, pp. 277-283.

¹⁰⁶ DC, III, pp. 21-25.

¹⁰⁷ El tema de las encomiendas queda ya planteado de forma específica en la carta privada al rey de 1524 (DC, I, pp. 287-289). Como explica Silvio Zavala, «Cortés defendía las encomiendas por razones económicas, porque consideraba que de ellas dependía el sustento de los españoles; por miras políticas, ya que eran un medio eficaz para mantener sujeta la tierra y obedientes a los indios; y por ventajas religiosas, porque permitían impartir a los naturales la instrucción en la fe» (Zavala, «Hernán Cortés ante la encomienda», en Navarro, 1986, pp. 430-431).

¹⁰⁸ DC, IV, pp. 176-180.

¹⁰⁹ DC, IV, p. 271.

¹¹⁰ Martínez, 1990, p. 823.

¹¹¹ DC, IV, p. 177.

¹¹² Este es un aspecto sobre el que creo no se ha insistido lo suficiente en la bibliografía que aborda la presencia del indígena en la escritura cortesiana, pero al menos es apuntado por autores como Esteva (1987, pp. 475-496) y Martínez (1990, pp. 822-827).

¹¹³ DC, IV, pp. 178-179.

¹¹⁴ DC, IV, p. 179.

¹¹⁵ DC, IV, p. 180.

¹¹⁶ Delgado en introducción a CR, p. 36.

¹¹⁷ CR, pp. 500-501.

¹¹⁸ E incluso, desde el punto de vista personal, —como apunta Bellini— «E' evidente che Cortés si considera superiore al sovrano indigeno, più intelligente e più furbo» (Bellini, 1986, p. 26).

¹¹⁹ Explica Muriel que «don Pedro Tesifón Moctezuma lo renunció en la corona de España a cambio de 1500 ducados sobre encomienda en la Nueva España y los títulos hereditarios de vizconde (24 febrero 1627) y conde (13 de septiembre de 1621) de Moctezuma Tultengo» (Muriel, 1948, p. 233).

¹²⁰ DC, I, p. 380. Ambos documentos de donación fueron publicados y estudiados en Muriel, 1948, pp. 234-245. Sobre la relación en concreto con Isabel de Moctezuma (con quien tuvo una hija llamada Leonor), si bien Cortés no hubiera concebido contraer matrimonio con ella porque aspiraba a emparentarse con la nobleza castellana, se sintió en la obligación, «según la calidad de la persona de la dicha doña Isabel», no solo de donarle las tierras como dote en su boda con Alonso de Grado sino también de nombrar a este juez visitador general de la Nueva España (DC, I, pp. 377-386).

¹²¹ En DC, I, 459-464.

¹²² DC, I, p. 445.

¹²³ DC, I, p. 445.

¹²⁴ DC, I, p. 462.

¹²⁵ DC, I, p. 459.

¹²⁶ DC, I, p. 459.

¹²⁷ Frase ya destacada por José Luis Martínez en su edición de la carta (DC, I, p. 459, nota 1) que tal vez era —como señala Elliot— expresión de uso común en la época, ya que aparece con ligeras variantes en las Siete Partidas (Elliot, 1990, p. 55).

¹²⁸ Martínez, 1990, p. 823. El prestigio que gozó entre los indígenas durante años ha sido también destacado, entre otros, por Bennassar (2002, pp. 275-276).

¹²⁹ Así, en la Cuarta relación, al referirse a su encuentro con los indios que «desbarataron» a Francisco de Garay, Cortés afirma que envió mensajeros «a les decir que no temiesen que por lo pasado yo les haría ningún daño, que bien sabía que por el mal tratamiento que habían rescebido de aquella gente se habían alzado contra ellos y que no tenían culpa» (CR, p. 468); y en la Quinta relación los pasajes semejantes se multiplican: «...me dijeron que tenían temor que no sería verdad lo que les decían, porque aquellos capitanes que antes de mí habían venido les habían dicho aquellas palabras y otras y que después les habían mentido y les habían llevado las mujeres que ellos les daban para que les hiciesen pan y los hombres que les traían para que les llevasen sus cargas, y que así creían que haría yo, pero todavía con la seguridad que aquellos de México les dieron y la lengua que yo conmigo traía y como los vieron a ellos bien tratados y alegres de nuestra compañía, se aseguraron algún tanto» (CR, p. 607); «...ellos no venían a verme porque tenían mucho temor de que los llevasen en los navíos como habían hecho a cierta gente que los cristianos que primero aquí vinieron les habían tomado. Yo les dije cuánto a mí me había pesado de aquel hecho, pero que fuesen ciertos que de ahí adelante no les sería hecho

agravio, antes yo enviaría a buscar aquéllos que les habían llevado y se los haría volver» (p. 621); «...me dijeron la cabsa de su alzamiento que fue harto justa, porque el que los tenía encomendados había quemado ocho señores principales que los cinco murieron luego y los otros dende a pocos días, y puesto que pedieron justicia no les fue hecha. Y yo los consolé de manera que fueron contentos, y están hoy pacíficos y sirven como antes que yo me fuese sin guerra ni riesgo alguno, y así creo que hecieran los otros si yo por allí veniera» (pp. 636-637).

¹³⁰ Declaración de los tributos que los indios de Cuernavaca hacían al Marqués del Valle, 1533, en DC, IV, p. 12. Las quejas de los indios tributarios de Cuernavaca se prolongaron hasta el mismo año de la muerte de Cortés: a principios de 1547 estos escribían: «se quieren servir de nosotros, so color que somos vasallos, en todo lo que nos mandan, como si fuésemos sujetos, seyendo como somos libres y vasallos de vuestra alteza, y del dicho marqués para pagalle sus tributos y no más» (en Zavala, 1984, p. 174).

¹³¹ Entre los biógrafos que se hacen eco de esta problemática está Bennassar, 2002, pp. 273 y 284-286. Otros muchos documentos extractados y comentados por Zavala demuestran, además, que las encomiendas fueron para Cortés una fuente económica fundamental que le llevó a mantener numerosos pleitos con el presidente y oidores de la Primera Audiencia (Nuño de Guzmán y los licenciados Matienzo y Delgadillo), el fiscal licenciado Benavente, otros encomenderos (como Antonio Serrano de Cardona o Alonso Morcillo) e incluso la corona (ver Zavala, 1984, docs. 17 y 18, pp. 141-171).

¹³² El documento fue localizado y extractado por Zavala (1984, pp. 15-16).

¹³³ DC, IV, p. 178.

¹³⁴ Berta Ulloa publicó íntegros los documentos de dicho proceso (Ulloa Ortiz, 1966).

¹³⁵ Carta escritura de donación de cien esclavos, de Hernán Cortés en favor de sus hijos don Martín Cortés, don Martín y don Luis. Coyoacán, 27 de noviembre de 1539, en DC, IV, p. 191.

¹³⁶ DC, IV, p. 40.

¹³⁷ Bennassar, 2002, p. 286.

¹³⁸ Mignolo, 1996, p. 16.

¹³⁹ Ver Mignolo, 1996, pp. 20-22.

¹⁴⁰ CR, p. 308. Sobre este proceso de asimilación del territorio en la Segunda relación, resulta de interés la reflexión de Rubial García, 2014, pp. 79-80.

¹⁴¹ La primera referencia que hace Cortés a la nueva ciudad utilizando el término «México» sin añadirle el de «Temixtitan» aparece de forma fortuita en la Cuarta relación: «el dicho alcalde mayor escribió al adelantado si mandaba alguna cosa porque él se volvía a la cibdad de México, donde yo resido» (CR, p. 483).

¹⁴² CR, p. 436. Sobre este proceso de reconstrucción de la ciudad pueden consultarse, además de trabajos clásicos como el de Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández (1938), otros muy recientes como los de Gutiérrez, 2015 y Jiménez, 2015.

¹⁴³ CR, p. 161.

¹⁴⁴ Ver Menéndez Pidal, 1955 [1940], pp. 33-34.

¹⁴⁵ Tomás y Valiente, 1988, pp. 175-176 y 179-180.

¹⁴⁶ Frankl, 1963, p. 443.

¹⁴⁷ El «imperio» azteca podría compararse a los de Europa porque todos serían imperios particulares y limitados, que podrían yuxtaponerse entre sí por su análogo título jurídico, quedando a su vez sometidos a la autoridad superior de Carlos V.

¹⁴⁸ Aunque controvertida, creo que la teoría de Frankl debe ser tenida en cuenta ya que, por un lado, da una interpretación interesante al supuesto discurso de bienvenida de Moctezuma ante Cortés como reflejo de esa primera concepción de un «imperio particular» y, por otra, podría explicar otras cuestiones importantes como la planteada recientemente por Dolores Clavero sobre la

utilización por parte de Cortés «del término ‘imperio’ en un tiempo en que los humanistas europeos, como resultado de sus preocupaciones filológicas, estaban todavía tratando de redefinir el concepto» (Clavero, 1996, p. 216).

¹⁴⁹ Esta concepción explicaría otros pasajes de la Segunda relación como aquel en el que, a propósito de la prisión de Moctezuma, Cortés afirma haber difundido entre los indígenas la idea de que «Vuestra Majestad era servido que el dicho Muteezuma se estuviese en su señorío reconociendo el que Vuestra Alteza sobre él tenía, y que servirían mucho a Vuestra Alteza en le obedescer y tener por señor como antes que yo a la tierra viniese le tenían» (CR, pp. 217-218).

¹⁵⁰ López de Gómara, *Historia general de las Indias*, cap. XLVI, p. 67. Cf. Konetzke, 1948, p. 341.

¹⁵¹ Ver DC, I, p. 80.

¹⁵² Ver DC, I, pp. 81-82.

¹⁵³ DC, I, 277-283.

¹⁵⁴ De ahí, por ejemplo, la orden de residir al menos ocho años o la de que los hombres casados lleven a sus mujeres (ver DC, I, pp. 281-282).

¹⁵⁵ CyM, p. 104. La cursiva es mía.

¹⁵⁶ CyM, p. 114.

¹⁵⁷ Quien ya un año antes dirige una instrucción secreta a la Primera Audiencia de México en la que le ordena que asigne a «la real corona [...] las cabeceras de provincias y pueblos principales, que vos pareciere que conviene», aportando una primera lista de «lugares o provincias» que deben quedar bajo su jurisdicción (DC, III, pp. 13-15) y, además, como hemos visto, desoiría durante largo tiempo las quejas de Cortés respecto al prolongado pleito con la Segunda Audiencia por la cuenta de los veintitrés mil vasallos asignados.

¹⁵⁸ Ver CyM, p. 114.

¹⁵⁹ Las siguientes páginas reformulan y amplían algunas ideas ya planteadas en Aracil, 2013b.

¹⁶⁰ Estos primeros puertos fueron Tehuantepec, en el actual estado de Oaxaca, y Zacatula, en el hoy estado de Guerrero.

¹⁶¹ CR, p. 432.

¹⁶² Ver dicha cédula en DC, I, pp. 373-376.

¹⁶³ DC, III, p. 78 (documento completo en pp. 78-85); esta capitulación de 1529 es reiterada en 1531 (DC, III, pp. 280-281).

¹⁶⁴ León-Portilla, 1985, p. 117.

¹⁶⁵ León-Portilla, 1985, p. 120. Las primeras investigaciones específicas sobre estas expediciones se deben a Romero Solano (1950). Al rescatar documentación inédita del Archivo del Hospital de Jesús y completarla con otra ya conocida, Luis Romero Solano se propuso reconstruir una de las expediciones cortesianas al Pacífico (la única, como ahora veremos, que llegaría a Asia), abriendo así una línea de estudio que sería retomada tres décadas más tarde por León-Portilla (1985), quien ofreció una pormenorizada descripción de los descubrimientos promovidos por Cortés en el Pacífico a lo largo de casi quince años y destacó su importancia decisiva para la posterior representación geográfica de América (en especial por lo que respecta al perfil de la península de California). Siempre teniendo como punto de partida el trabajo de León-Portilla, estudios más actuales, realizados por investigadores españoles como Ortuño Sánchez-Pedreño (2004) y Mira Caballos (2009) han sacado a la luz a su vez nuevos documentos que, unidos a los publicados por José Luis Martínez en DC, permiten reconstruir con bastante fidelidad dichas expediciones y, por tanto, proponer una valoración de las mismas en el contexto novohispano de la primera mitad del siglo XVI.

¹⁶⁶ Ver, como ejemplo, las instrucciones a Álvaro de Saavedra Cerón (1527) y Diego Hurtado de Mendoza (1532) en DC, I, pp. 439-449 y III, pp. 300-304 respectivamente.

¹⁶⁷ Como las contenidas en DC, III, pp. 78-85 y 280-281.

¹⁶⁸ Ver DC, IV, pp. 143-144 y 150-161.

¹⁶⁹ Memorial de Hernán Cortés a Carlos V (c. 1537), en DC, IV, p. 178.

¹⁷⁰ Ver León-Portilla, 1985, pp. 101-102 y 115-117.

¹⁷¹ Él mismo explica, a propósito de la primera armada que se propone enviar al Perú, que con ella piensa «pagar las deudas» y lograr financiación para «tornar a seguir mi propósito y descubrimiento» (Carta de Hernán Cortés al Consejo de Indias (1535), en DC, IV, p. 13).

¹⁷² En este sentido, es significativa su visión estratégica respecto a algunos puertos mexicanos que él mismo había designado para la construcción y partida de sus navíos, y que resultarían claves con posterioridad para el enriquecimiento de virreinato, como el de Acapulco (del que partió la expedición de Hernando de Grijalva al Perú).

¹⁷³ DC, IV, p. 44.

¹⁷⁴ Instrucción a Francisco Cortés para la expedición de la costa de Colima (1524), en DC, I, p. 313.

¹⁷⁵ Fecha en la que precisamente se presenta un memorial de Juan de Villanueva, procurador de Cortés, contra Guzmán por los «crudelísimos tormentos de fuego e agua» que había infringido al cacique de Michoacán (DC, III, p. 278).

¹⁷⁶ DC, IV, p. 101.

¹⁷⁷ Ver DC, IV, pp. 86-103, 136-145 y 150-161.

¹⁷⁸ DC, IV, p. 136.

¹⁷⁹ DC, IV, p. 102.

¹⁸⁰ Ver la cédula real de 1540 en la que se ordena que todos ellos respeten sus capitulaciones en DC, IV, pp. 216-219.

¹⁸¹ A este respecto, diversos investigadores han llamado la atención

sobre la posibilidad de que la relación de fray Marcos fuera verdadera, ya que el fraile «se limitaba a referir, a propósito de Cíbola, tanto las afirmaciones que le iban dando los mensajeros de Esteban como los indígenas que se iba encontrando por el camino» (Mora, 1992, p. 23). En efecto, pasajes como el siguiente no son un testimonio, sino un traslado de las palabras de otros que avivaron la imaginación de sus lectores: «Y porque me pareció digno de poner en este papel lo que este indio, que Esteban me envió, dice la tierra, lo quiero hacer, el cual afirma y dice: que en esta primer provincia hay siete ciudades muy grandes, todas debajo de un señor, y de casas de piedra y de cal, grandes; las más pequeñas de un sobrado y una azutea encima, y otras de dos y de tres sobrados, y la del señor de cuatro, juntas todas por su orden; y en las portadas de las casas principales muchas labores de piedras turquesas, de las cuales, dijo, que hay en gran abundancia. Y que las gentes destas cibdades andan muy bien vestidas» (Descubrimiento de las siete ciudades, por el P. Fr. Marcos de Niza, en Mora, 1992, p. 150). Cabe reconocer, sin embargo, que el texto de Niza, extremadamente ambiguo, permite creer que el fraile efectivamente había llegado a la ciudad mítica: «...seguí mi camino hasta la vista de Cíbola, la cual está sentada en un llano, a la falda de un cerro redondo. Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dijeron, todas de piedra con sus sobrados y azuteas, a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a vella» (Descubrimiento de las siete ciudades, por el P. Fr. Marcos de Niza, en Mora, 1992, p. 158).

¹⁸² DC, IV, p. 211. Tanto sobre este como sobre el resto de pleitos vinculados al Mar del Sur puede consultarse León-Portilla, 1985 y Martínez, 1990 (en especial pp. 661-741).

¹⁸³ Lo cual implicaría a su vez la intervención de la corona y el Consejo de Indias, firmes en su determinación de no perder el control político y económico sobre sus posesiones. Así, por ejemplo, en la citada instrucción secreta enviada por la corona a la primera Audiencia en abril de 1528, el monarca ordenaba poner bajo su jurisdicción «Acapulco y su tierra, donde se hacen los navíos del sur», además de «todos los puertos de mar» que Cortés había solicitado como poblaciones de su marquesado (DC, III, p. 14).

¹⁸⁴ Martínez-San Miguel, 2000, p. 124.

¹⁸⁵ Entre ellos, Alberro (1992, p. 18).

¹⁸⁶ DC, IV, p. 314.

¹⁸⁷ La intención de regresar a la Nueva España es recogida por Gómara, quien explica que «anduvo Cortés muchos años congojado en la corte tras el pleito de sus vasallos y privilegio, y aun fatigado con la residencia que le tomaron Nuño de Guzmán y los licenciados Matienzo y Delgadillo [...]. Fue a Sevilla con voluntad de pasar a la Nueva-España y morir en México [...]. Empeoró allá, y murió en Castilleja de la Cuesta, a 2 de diciembre del año de 1547» (López de Gómara, Historia de la conquista de México, cap. CCLI, p. 453). Finalmente sus restos llegaron a México en 1566, por orden de su hijo Martín Cortés (sobre los sucesivos «entierros» de Cortés en suelo mexicano son de gran interés la explicación y los documentos recopilados por Alamán en Disertaciones sobre la historia de la república mexicana, II, pp. 48-59 y 312-346, que recogerá asimismo en los albores del siglo XX González Obregón, con una nueva «Disertación histórica documentada» sobre el tema: González Obregón, 1946 [1906], pp. 105-165).

¹⁸⁸ DC, IV, p. 315.

¹⁸⁹ Ver DC, IV, pp. 316-317.

¹⁹⁰ Ver DC, IV, p. 317.

¹⁹¹ DC, IV, p. 319.

¹⁹² Recordemos que este segundo viaje tuvo como finalidad principal la resolución de muy diversos pleitos (entre ellos el de la concesión de los veintitrés mil vasallos por parte de la corona junto al marquesado) y del juicio de residencia, reabierto por él mismo en 1534.

¹⁹³ Así, a propósito del primer viaje, el conquistador recordará a su rey en 1533 que él «vino a estos reinos a besar los reales pies y manos de Su Majestad y a darle cuenta de todo lo subcedido en la tierra», pero que «no sabe a qué causa se dilató su despacho dos

años y más» (DC, IV, p. 65).

¹⁹⁴ Última carta de Hernán Cortés a Carlos V (1544), en DC, IV, p. 267.

¹⁹⁵ DC, IV, p. 268.

¹⁹⁶ DC, IV, p. 269.

¹⁹⁷ Recordemos que en 1530 Cortés regresa a México acompañado de su nueva esposa y de su madre.

¹⁹⁸ DC, IV, p. 270. Las cursivas son mías.

¹⁹⁹ De hecho, el propio Mignolo apunta ya la posibilidad de «encontrar casos fronterizos que complican» los tres tipos de construcción territorial que propone (Mignolo, 1996, p. 16).

²⁰⁰ El término es utilizado por Jacques Lafaye para referirse a ese antagonismo entre criollos y españoles que «apareció desde los primeros años de la conquista, confundido primero con las hostilidades de los conquistadores con respecto a los licenciados enviados desde España para imponerles un poder sentido desde esos primeros momentos como extranjero» (Lafaye, 1977, pp. 43-44).

²⁰¹ Así, por ejemplo, en la Real provisión sobre descubrimientos en la Mar del Sur (1534) se recuerda cómo Cortés, «viendo cuánto importaba al servicio de Su Majestad el descubrimiento e conquista e población de las islas e tierras de la dicha Mar del Sur, [...] había salido en persona para ir en la dicha armada, dejando casa, mujer e hijos» (DC, IV, p. 101).

EPÍLOGO

Los últimos años de Hernán Cortés son, como hemos visto, los de un progresivo silencio en la escritura: tras la última carta privada al rey y su parecer sobre el repartimiento de indios (ambos de 1544), los escritos firmados por Cortés en este tiempo se reducen a varios pleitos¹, transacciones comerciales² o el ya citado testamento. Fue, sin embargo, probablemente por entonces cuando el conquistador estuvo más cerca de culminar el ideal cortesano renacentista de conciliar las armas y las letras. Según el testimonio del humanista Pedro de Navarra en sus Diálogos muy subtiles y notables (1567):

Entre las academias que había de varones ilustres, en el tiempo que yo seguía la corte de aquel invictísimo César, vencedor de sí mismo, era una (y no de las postreras) la casa del notable y valeroso Hernán Cortés engrandecedor de la honra e imperio de España. Cuya conversación seguían muchas personas señaladas de diversas profesiones, por su gran experiencia y hechos admirables [...]. Las materias que entre estos insignes varones se trataban, eran tan notables, que si mi rudo juicio alcanza alguna parte de bueno, tuvo dellas el principio: tanto que en doscientos diálogos que yo he escrito, hay muy pocas cosas que en esta excelente academia no se hayan tocado³.

Desde que Carlos Pereyra sacó a la luz el dato en su biografía de Cortés⁴, este ha sido recogido por diversos estudiosos para insistir en la «vertiente humanista, hasta ahora desconocida» del antiguo conquistador⁵ o en los temas abordados en la academia (vinculados a la propia experiencia cortesiana y más tarde reflejados en la obra de Pedro de Navarra)⁶. Incluso se ha llegado a imaginar esos «intercambios académicos» como actividad paralela a su «inmersión en la creación literaria» como cronista⁷. Por otro lado, se ha apuntado la posibilidad de que participara en aquellas sesiones un jovencísimo Martín quien, a su vuelta a Nueva España en 1562

como segundo marqués del Valle de Oaxaca, organizaría sus propias tertulias: allí habrían podido circular poemas que en la década siguiente fueron recopilados en el manuscrito Flores de baria poesía (1577)⁸, donde Martín Cortés firma unas octavas que inician «De amor y de fortuna despreciado»⁹.

¿Sería posible imaginar asimismo a Hernán Cortés dedicado en esos años finales a la poesía? Ya durante su etapa de conquista y gobierno de la Nueva España había mostrado aptitudes para la creación poética: recordemos que Bernal decía de él que «era algo poeta»¹⁰, y que nos queda algún testimonio de su facilidad para la versificación¹¹, como la «letra» inscrita en la culebrina de plata que mandó forjar para el rey en 1524, recogida por Gómara en su crónica:

Aquesta nació sin par;

yo en serviros sin segundo;

vos sin igual en el mundo¹².

Apunta Margo Glantz, a propósito de las Cartas de relación y su contexto, que «Cortés escribe para seducir, para ordenar, para justificar, para guardar secretos, para manipular situaciones»¹³. Vista en su conjunto, la escritura cortesiana nos ofrece a su vez otras finalidades: litigar, defenderse, reclamar, entrar en contacto con habitantes de territorios lejanos y desconocidos... Finalidades que a un tiempo muestran y ocultan las distintas vertientes de un sujeto cuya presencia es constante en sus escritos. La posibilidad de que un Cortés muy cercano a la corte se dedicara a la poesía en su edad madura, o simplemente la constatación de esas conversaciones literarias con hombres insignes de armas y letras en su casa de Madrid, nos llevarían a plantear otro importante objetivo del yo cortesiano: el de mostrarse como caballero noble, de elevado espíritu, dedicado a la palabra, más cercano en cierto modo al ideal de «gentil cortesano que ande en una corte» propuesto por Castiglione¹⁴ que al «príncipe» guerrero de Maquiavelo, pero, en

cualquier caso, hombre de armas y de letras, no muy distante del autor de la breve inscripción de 1524, con la que lograba distinguirse a un tiempo como conquistador de un rico imperio, vasallo fiel a su rey y caballero culto que compone refinados versos.

Que para algunos de sus contemporáneos Cortés logró su propósito lo demuestran las palabras con las que Cervantes de Salazar le dedicó su *Diálogo de la dignidad del hombre*:

Porque en armas y letras, donde se reduce todo lo que se puede escribir, es vuestra señoría tan ejercitado, que merece bien que a él solo se acojan los que quisieren autoridad y defensa...¹⁵.

Adulación excesiva o admiración sincera a quien «naturaleza y fortuna le dieron todo lo que pudieron»¹⁶, la dedicatoria de Cervantes de Salazar representa el que fue sin duda uno de los principales anhelos del narradorprotagonista de las *Cartas de relación*: alcanzar la posteridad no solo por sus «esclarecidos hechos» sino también por su dominio de la palabra¹⁷. Esa palabra que manejó con singular destreza a lo largo de su vida para dar cuenta de sí, consciente de que su discurso podía ser un instrumento más poderoso que cualquier otro, en un esfuerzo constante por convertirse en conquistador de su propia escritura.

■

¹ El mejor documentado es el que mantiene con su primo Francisco Núñez, cuyo desarrollo es descrito por M.^a del Carmen Martínez en *CyM*, pp. 20-22.

² Como las cartas dirigidas a Julio Cánova entre 1546 y 1547 recuperadas en Goldberg, 1987, pp. 13-16.

³ Citado de la edición original en Sanchis, 2012, p. 74.

⁴ Ver Pereyra, 1969 [1931], pp. 269-270.

⁵ Ver Miralles, 2004, II, p. 523.

⁶ Ver Martínez, 1990, pp. 749-752.

⁷ Esa es la hipótesis de Duverger, quien ve a Cortés en este tiempo como «pensador, filósofo, afecto a la grandeza del espíritu y a los nobles sentimientos» (Duverger, 2013a, p. 175; ver pp. 173-176).

⁸ Ver el prólogo de Margarita Peña a Flores de baria poesía, pp. 51-52.

⁹ Flores de baria poesía, poema 196, pp. 381-382.

¹⁰ Díaz del Castillo, Historia verdadera, p. 583.

¹¹ Además de la citada referencia de Bernal a propósito de las «loas de sus heroicos hechos» con las que Cortés respondía los grafiti que aparecían en su casa de Coyoacán (Díaz del Castillo, Historia verdadera, p. 583).

¹² Gómara añade que «La copla él mismo se la hizo, que cuando quería no trovaba mal» y que «Muchos probaron sus ingenios y vena de coplear, pero no acertaron. Por lo cual dijo Andrés de Tapia: ‘Aqueste tiro a mi ver / muchos necios ha de hacer’» (Historia de la conquista de México, cap. CLXIX, p. 314).

¹³ Glantz, 1992a, p. 26.

¹⁴ Castiglione, El cortesano, p. 101.

¹⁵ DC, IV, p. 348.

¹⁶ DC, IV, p. 348.

¹⁷ Advierto, en cualquier caso, que, aunque pueda resultar paradójico, dicho anhelo no parece plenamente logrado en el texto de Cervantes, al menos por lo que se refiere a las propias Cartas de relación, ya que, tal vez por ser textos prohibidos, este no hace referencia a las mismas en su prolija descripción de las hazañas cortesianas y sí, en cambio, a cómo «en Italia y en España, así en romance como en latín, están escritas historias de lo que yo aquí apunto» (DC, IV, p. 351).

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Rolena, «El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 14: 28, 1988, pp. 55-68.

— «Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos», en Saúl Sosnowski, ed., *Lectura crítica de la literatura americana. I. Inventarios, invenciones y revisiones*, Caracas, Ayacucho, 1996 [1988], pp. 664-677.

AIMI, Antonio, «Il ritorno del Serpente Piumato: Cortés inventa il più 'famoso' dei miti aztechi», *Studi di Letteratura Ispano-Americana*, 33, 2001, pp. 7-43.

— La «verdadera» visión de los vencidos, Alicante, Universidad de Alicante, 2009.

ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la república mexicana*, tomo I, México, en la Imprenta de don José Mariano Lara, 1844.

— *Disertaciones sobre la historia de la república mexicana* [1844], tomo II, México, Jus, 1942.

ALBERRO, Solange, *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles dejaron de serlo*, México, El Colegio de México, 1992.

ALBURQUERQUE, Luis, «Crónicas de Indias y relatos de viaje: un mestizaje genérico», en *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*, ed. Pilar Latasa, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2011, pp. 29-42.

ALCALÁ, Manuel, César y Cortés, México, Jus, 1950.

— «Los Comentarios de Julio César y las Cartas de relación de Hernán Cortés», *Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras*, 10, 1956, pp. 63-67.

— «Nota preliminar» a Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1981 [1960], pp. IX-XXIII.

ALMAZÁN, Marco A., «Hernán Cortés: Virtú vs. Fortuna», *Journal of American Culture*, 20: 2, verano 1997, pp. 131-137.

ALVAR, Manuel, «Bernal Díaz del Castillo», en *Historia de la literatura hispanoamericana*, I (Época colonial), ed. Luis Íñigo-Madrigal, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 127-134.

— ed., *Actas del Congreso Internacional El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2002.

AÑÓN, Valeria, «‘Aquellas escaramuzas por mí memoradas’: Experiencia y memorias de batalla en las crónicas de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo», *Olivar: Revista de Literatura y Cultura Españolas*, 10: 13, 2009, pp. 31-53. Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3863/pr.3863.pdf> .

— «Narrativas de viaje y espacialidad en crónicas de la conquista de América. Apuntes comparativos para una discusión», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 43, 2014, pp. 13-31. Disponible en <<https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/viewFile/47164/44216>> .

ARACIL, Beatriz, «El monarca, su vasallo y el otro: Hernán Cortés y los vínculos de la escritura», en *El viaje en la literatura hispanoamericana: el espíritu colombino*, ed. Sonia Mattalia y Pilar Alonso, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2008, pp. 147-159.

— «Hernán Cortés en sus Cartas de relación: la configuración literaria del héroe», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 57: 2, julio-diciembre 2009a, pp. 747-759. Disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60221023009>> .

— «Cortés y sus cronistas: la última conquista del héroe», *Atenea*, 499, 2009b, pp. 61-76. Disponible en <http://www.scielo.cl/pdf/atenea/n499/art_04.pdf> .

— «Hernán Cortés en sus relaciones: el testimonio que legitima la escritura», en *Ficción y realidad en América Latina*, México, Universidad Autónoma de México-Azcapotzalco/Secretaría de Hacienda Pública, 2011, pp. 101-113.

— «Imágenes del conquistador Hernán Cortés en el México independiente», en *Independencias hispanoamericanas entre historia y ficción: reflexiones desde el Bicentenario*, ed. Irina Bajini y Emilia Perassi, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. Imprenta Patriótica, 2013a, pp. 51-65.

— «‘Descubrir, conquistar y poblar’: el viaje como transformación del sujeto colonial (a propósito de Hernán Cortés y el Mar del Sur)», en *Estudios culturales. Prácticas diversas, enfoques pluralistas*, coord. Edelmira Ramírez Leyva y Guadalupe Ríos de la Torre, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, 2013b, pp. 71-94.

ARENAS FRUTOS, Isabel, «Aspectos culturales de la historiografía cortesiana en España (1940-1989)», *Revista de Indias*, L: 188, 1990, 277-288.

ARTEAGA GARZA, Beatriz y PÉREZ SAN VICENTE, Guadalupe, comp., *Cedulario cortesiano*, México, Jus, 1949.

AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «Perfil ideológico del Inca Garcilaso», en *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, 1964, pp. 191-197. Disponible en <http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/01/aih_01_1_014.pdf>.

BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel, «Hernán Cortés y los indígenas», *Revista de Indias*, IX: 31-32, enero-junio 1948, pp. 25-36.

BARAIBAR ETXEBERRIA, Álvaro, «Hernán Cortés en la Historia General y Natural de las Indias, de Gonzalo Fernández de Oviedo». *Revista Complutense de Historia de América*, 40, 2014, pp. 139-154. Disponible en <<http://revistas.ucm.es/index.php/RCHA/article/view/46346>>.

BARBÓN RODRÍGUEZ, José Antonio, «Estudio», en Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*,

México, El Colegio de México/ UNAM, 2005, vol. 2.

BARJAU, Luis, Hernán Cortés y Quetzalcóatl: estudio de un documento de autenticidad cuestionada, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007.

BATAILLON, Marcel, «Hernán Cortés, autor prohibido», en Libro jubilar de Alfonso Reyes, México, Dirección General de Difusión Cultural, 1956, pp. 77-82.

BAUDOT, Georges, Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569), Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

BELLINI, Giuseppe, «Hernán Cortés e Il Mondo 'Altro'», *Rassegna Iberistica*, 26, 1986, pp. 17-39.

BENNASSAR, Bartolomé, Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

BERNAL, Álvaro, «Los primeros registros acerca de nuestra otredad a partir de Colón, Cortés y Bernal Díaz del Castillo: de la conquista a nuestra realidad actual latinoamericana», *Círculo de Humanidades: Revista Aproximaciones al Pensamiento Complejo*, 10: 21-22, mayo 2002, pp. 97-108.

BLEIBERG, Germán y MARÍAS, Julián, dir., *Diccionario de literatura española*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1972.

CAILLET-BOIS, Julio, «La primera carta de relación de Hernán Cortés», *Revista de Filología Hispánica*, III, 1941, pp. 50-54.

CAMARGO, Martin, *Ars dictaminis. Ars dictandi*, Turnhout, Brepols/Universidad Católica de Lovaina, 1991.

CARPENTIER, Alejo, *Ensayos*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

CASTIGLIONE, Baldassare, *El cortesano*, ed. Mario Pozzi, Madrid, Cátedra, 2011.

CÁTEDRA, Pedro M., «En los orígenes de las epístolas de relación», en *Las «relaciones de sucesos» en España (1500-1750)*, ed. M.^a Cruz

García de Enterría et al., Paris/ Alcalá de Henares, Publications de la Sorbonne/Universidad de Alcalá, 1996, pp. 33-64.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, Crónica de la Nueva España, ed. Manuel Magallón, Madrid, Atlas, 1971. Disponible en <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/cronica-de-la-nueva-espana—0/>>.

CÉSAR, Julio, Comentarios de la guerra de las Galias, ed. Alfonso Cuatrecasas, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

CLAVERO, Dolores, «Algunas cosas de Hernán Cortés y México: Una lectura humanista de la Segunda carta de relación de Hernán Cortés», Revista Canadiense de Estudios Hispánicos, 20: 2, invierno 1996, pp. 213-224.

COLÓN, Cristóbal, Textos y documentos completos, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1989.

CONWAY, G. R. G., ed., Postrera voluntad y testamento de Hernando Cortés, México, Pedro Robredo, 1940.

CORBATÓ, Hermenegildo, «Hernán Cortés, a través de algunos cronistas e historiadores de Indias», Revista Iberoamericana, 25, 1951, pp. 275-285.

CORNEJO POLAR, Antonio, Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural de las literaturas andinas, Lima, Centro de Estudios Literarios Latinoamericanos «Antonio Cornejo Polar», 2003 [1994].

CORRALIZA, José V., «La primera salida de Hernán Cortés en el 'Códice de Madrid'», Revista de Indias, IX: 31-32, enero-junio 1948, pp. 561-572.

CORTÉS, Hernán, Correspondance de Fernand Cortés avec l'Empereur Charles-Quint sur la conquête du Mexique, traduite par M. le Vicomte de Flavigny, en Suisse, chez le Libraires Associés, 1779. Disponible en <<https://books.google.es/books?id=kFrBwGqFYlgC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>>.

— Relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España, en Colección de documentos inéditos para la historia de España, ed.

Martín Fernández Navarrete, Madrid, Viuda de Calero, 1842, vol. IX, pp. 417-472.

— Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V, coleccionadas e ilustradas por don Pascual de Gayangos, Paris, Imp. Central de los Ferrocarriles, 1866. Ed. facsímil: Sevilla, Extramuros Edición, 2007.

— Escritos sueltos, México, Imprenta de I. Escalante, 1871.

Disponible en <<https://books.google.es/books?id=IkJGAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>

>

— Lettres de Fernand Cortès à Charles-Quint sur la découverte et la conquête du Mexique, trad. Désiré Charnay, prefacio E. T. Hamy, Paris, Hachette, 1896. Disponible en <<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k821936/f2.image>>.

— Letters of Cortes. Five letters of relation to the Emperor Charles V, ed. Francis August MacNutt, New York, G. P. Putnam's Sons, 1908. Disponible en <<https://ia700409.us.archive.org/33/items/lettersofcorts01cortuoft/lettersofcorts-01cortuoft.pdf>>.

— El testamento de Hernán Cortés, estudio por Francisco Fernández del Castillo, México, Talleres gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1925.

— Testamento de Hernán Cortés, descubierto y anotado por Mariano Cuevas, S. J., México, Asilo Patricio Sanz, 1925.

— Testamento de Hernán Cortés. Primera edición facsímil tomada directamente de su original existente en el Archivo del protocolo de la ciudad de Sevilla, México, Gante, 1930.

— Letters from Mexico, ed. Antony Pagden, New Haven, Yale University Press, 1986 [1971].

— Cartas de relación, ed. Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia, 1993.

— Cartas y memoriales, ed. M.^a del Carmen Martínez Martínez, Valladolid/León, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo et al., 2003.

COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián, Tesoro de la lengua castellana, o española, Madrid, por Luis Sánchez, 1611. Disponible en <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/del-origen-y-principio-de-la-lengua-castellana-o-romance-que-oy-se-vsa-en-espana-compuesto-por-el—0/html/>> .

DÍAZ BALSERA, Viviana, «Estrategias metatextuales de Hernán Cortés, autor de la conquista de México», *Neophilologus*, 73: 2, abril 1989, pp. 218-229.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, ed. Luis Sáinz de Medrano, Madrid, Planeta, 1992.

Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española [Aut.], Madrid, Impr. de Francisco del Hierro, 1726-1739. Consultable en línea: <<http://web.frl.es/DA.html>> .

Documentos cortesianos, ed. José Luis Martínez, 4 vols., México, UNAM/FCE, 1990-1992.

Documentos inéditos relativos a Hernán Cortés y su familia, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935.

DUVERGER, Christian, Crónica de la eternidad. ¿Quién escribió la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España?, Madrid, Taurus, 2013a.

— Hernán Cortés. Más allá de la leyenda, Madrid, Taurus, 2013b.

ELLIOT, John, «Cortés, Velázquez and Charles V», en Hernán Cortés, *Letters from Mexico*, ed. Antony Pagden, New Haven, Yale University Press, 1986, pp. XIXXXVII.

— «El mundo mental de Hernán Cortés», en *España y su mundo. 1500-1700*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 50-66.

ELLIOT, John et al., Hernán Cortés y México, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000. ESQUIVEL OBREGÓN, Toribio y ZAVALA, Silvio, Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI. Hernán Cortés ante la justificación de su conquista, México, Porrúa, 1985.

ESTEVA, Claudio, «Los indios de México en la versión de Cortés»,

en VV. AA., Hernán Cortés y su tiempo, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1987, pp. 475-496.

EVANGELISTA, Liria, «Hernán Cortés: los viajes del yo», Atenea: Revista de Ciencia, Arte y Literatura de la Universidad de Concepción, 480, julio-diciembre 1999, pp. 33-41.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, ed., Corpus documental de Carlos V, tomo I, Salamanca, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973.

— Carlos V. El César y el hombre, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés; publícala José Amador de los Ríos, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851-1855. Disponible en <<http://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/360/Fern%C3%A1ndez%20de%20Oviedo,%20Gonzalo,%201478-1557>>.

— Historia general y natural de las Indias, ed. Juan Pérez de Tudela, Madrid, BAE, 1959, 5 vols. [vol. IV, Libro 33 (Libro 14 de la Segunda Parte), pp. 1-196].

FERRER CANALES, José, «La segunda carta de Cortés», Historia Mexicana, IV: 3, eneromarzo 1955, pp. 398-406.

FLASCHE, Hans, «Problemas de estructura sintáctica que presentan las cartas de Hernán Cortés, dirigidas a Carlos V», Románica, La Plata, Argentina, 3, 1970, pp. 140-161.

Flores de baria poesía. Cancionero novohispano del siglo XVI, ed. Margarita Peña, México, FCE, 2004.

FRANKL, Victor, «Hernán Cortes y la tradición de las Siete Partidas (Un comentario jurídico histórico a la llamada ‘Primera carta de relación’ de Hernán Cortés)», Revista de Historia de América, 53-54, junio-diciembre 1962, pp. 9-74.

— «Imperio particular e imperio universal en las Cartas de relación, de Hernán Cortés», Cuadernos Hispanoamericanos, 165, 1963, pp.

443-482.

FUENTE, José Luis de la, «La práctica de la utopía en la escritura de Hernán Cortés», Castilla: Estudios de Literatura, 24, 1999, pp. 21-44.

FUENTES, Carlos, «La conquista reconquistada: Cortés, el príncipe que no fue», El País, Madrid, 24 de diciembre de 1985.

— «La épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo», en Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana, Madrid, Mondadori, 1990, pp. 71-94.

— «Hernán Cortés», Letra Internacional, 67, verano 2000, pp. 9-10.

GALINO CARRILLO, Ángeles, Los tratados sobre educación de príncipes (siglos XVI y XVII), Madrid, CSIC, 1948.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, ed., Colección de documentos para la historia de México, [vol. 1: 1858, vol. 2: 1866], México, Porrúa, 1980.

GERBI, Antonello, La naturaleza de las Indias Nuevas de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández Oviedo, México, FCE, 1978.

GLANTZ, Margo, «Introducción: las vicisitudes del texto», en Borriones y borradores, México, UNAM, 1992a, pp. 13-29.

— «Ciudad y escritura: la ciudad de México en las Cartas de relación», en Borriones y borradores, México, UNAM, 1992b, pp. 45-59. Disponible en <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=18947>> .

— «La Malinche: la lengua en la mano» y «Doña Marina y el Capitán Malinche», en La Malinche: sus padres y sus hijos, coord. Margo Glantz, México, Taurus, 2001, pp. 91-113 y 115-133.

GOIC, Cedomil, Letras del Reino de Chile, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2006.

GOLDBERG, Rita, Nuevos documentos y glosas cortesianos: Hernán Cortés y su familia en los archivos españoles, Madrid, Porrúa

Turanzas, 1987.

GOMEZ DE OROZCO, Federico, «Don Hernando Cortés», *Revista de Indias*, X: 41, 1950, pp. 507-517.

GONZÁLEZ BARCIA, Andrés, ed., *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales*, Madrid, 1749, vol. I. Disponible en <https://books.google.es/books?id=mm4_AAAAYAAJ&hl=es&source=gbs_navlinks_s>.

GONZÁLEZ DE COSÍO, Francisco, ed., *Nuevos documentos relativos a los bienes de Hernán Cortés, 1547-1947*, México, Archivo General de la Nación/UNAM, Imprenta Universitaria, 1946.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, «Humanismo, Retórica y las Crónicas de la Conquista», en *Isla a su vuelo fugitiva. Ensayos sobre literatura hispanoamericana*, Madrid, Porrúa, 1983, pp. 9-25.

GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *México viejo y anecdótico*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946 [1906].

GRUNBERG, Bernard, *Histoire de la conquête du Mexique*, Paris, Éditions L'Harmattan, 1995.

— «Christian Duverger, Cortés», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 38, 2007, pp. 521-526. Disponible en <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ecn/article/view/9342/8720>>.

GURRÍA LACROIX, Jorge et al., *Cortés ante la juventud*, México, Jus, 1949.

GUTIÉRREZ, Ramón, «Urbanismo de conquista, la construcción de un modelo», en VV. AA., *Itinerario de Hernán Cortés*, Madrid, Canal de Isabel II Gestión, 2015, pp. 157-161.

GUZMÁN, Eulalia, *Una visión crítica de la historia de la conquista de México-Tenochtitlan*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1989.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, «Introducción» a *Hernán Cortés, Cartas de relación*, Madrid, Historia 16, 1987, pp. 7-32.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio, Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano o «Décadas», ed. Mariano Cuesta Domingo, Madrid, Universidad Complutense, 1991, 4 vols.

HILL BOONE, Elizabeth, «This new world now revealed: Hernán Cortés and the presentation of Mexico to Europe», Word & Image, 27:1, 2011, pp. 31-46. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.1080/02666281003771190>>.

HORRENT, Jules, Historia y poesía en torno al «Cantar del Cid», Barcelona, Ariel, 1973.

IGLESIA, Ramón, Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés, México, El Colegio de México, 1980.

Índice de los documentos del Archivo del Hospital de Jesús, Boletín del Archivo General de la Nación, México, vols.VII-VIII, 1936-1937.

JIMÉNEZ, Nora E., «Cortés y la configuración de la Plaza Mayor de México», enVV.AA., Itinerario de Hernán Cortés, Madrid, Canal de Isabel II Gestión, 2015, pp. 165-177.

JIMÉNEZ CALVENTE, Teresa, «Nebrija en los Virorum Doctorum Elogia de Paulo Jovio», Revista de Filología Española, LXXIV:1/2, 1994, pp. 41-70. Disponible en <<http://xn--revistadefilologiaespaola-uoc.revistas.csic.es/index.php/rfe/article/viewFile/498/551>>.

KOHUT, Karl, «De la utopía a la contrautopía. La cultura azteca vista por Hernán Cortés y Pedro Mártir de Anglería», en Manuel Pérez y Alberto Ortiz, eds., Crónica, retórica y discurso en el Nuevo Mundo, Aguascalientes, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2014, pp. 17-33.

KONETZKE, Richard, «Hernán Cortés como poblador de la Nueva España», Revista de Indias, IX: 31-32, enero-junio 1948, pp. 341-381.

KRAUZE, Enrique, La presencia del pasado. La huella indígena,

mestiza y española de México, Barcelona, Tusquets Editores, 2005.

LAFAYE, Jacques, Quetzalcóatl y Guadalupe: la formación de la conciencia nacional en México, México, FCE, 1977.

LAS CASAS, Bartolomé de, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. José Miguel Martínez Torrejón, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2006 [«De la Nueva España», pp. 143-153].

— Historia de las Indias, edición, prólogo, notas y cronología de André Saint-Lu, 3 vols., Caracas, Ayacucho, 1956. Disponible en [http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=103&begin_at=96&tt_products=109,110 y 111](http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=103&begin_at=96&tt_products=109,110%20y%20111).

LEÑERO, Vicente, *La noche de Hernán Cortés*, pról. Luis de Tavira, Madrid, El Público, 1992.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, «Quetzalcóatl-Cortés en la conquista de México», *Historia Mexicana*, XXIV: 1, julio-septiembre 1974, pp. 13-35.

— Hernán Cortés y la Mar del Sur, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

LOLO, Eduardo, «Las Cartas de relación de Hernán Cortés, un caso de literariedad múltiple», Cuadernos de Aldeeu, 15: 2, (octubre 1999), pp. 43-70.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, Primera y segunda parte de la historia general de las Indias con todo su descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganó la Española y el Perú con la conquista de México y de la Nueva España. En la Ciudad de Zaragoza, a costa de Miguel Capila, 1553 [2ª edición, modificada]. Disponible en <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000186952&page=1>>.

— Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés, Caracas, Ayacucho, 1979. Disponible en <<http://bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?>

id = 97&backPID = 87&begin_at = 56&tt_products = 64 > .

— Historia de la conquista de México, prólogo de Jorge Gurriá Lacroix, Caracas, Ayacucho, 2007. Disponible en < http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=103&begin_at=64&tt_products=65 > .

LÓPEZ DE MARISCAL, Blanca, Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI: un acercamiento a la identificación del género, Madrid, Polifemo, 2004.

LÓPEZ PARADA, Esperanza, «La cartografía como relato: Intervenir los mapas, narrar las ciudades», Orbis Tertius: Revista de Teoría y Crítica Literaria, 18: 19, 2013, pp. 158-186.

LÓPEZ RAYÓN, Ignacio, ed., Sumario de la Residencia tomada a don Fernando Cortés, Archivo Mexicano. Documentos para la Historia de México, Imprenta de Vicente García Torres, 2 vols., 1852-1853. Disponible en < http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012561_C/1080012561_C.html > .

LORENZANA, Francisco Antonio, ed., Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés; aumentada con otros documentos y notas, México, Imprenta del Superior Gobierno, del Br. D. Joseph Antonio de Hogal, 1770. Disponible en < <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=12887> > .

MADARIAGA, Salvador de, Hernán Cortés, Madrid, Espasa-Calpe, 1984 [1941].

MANZO-ROBLEDO, Francisco, I, Hernán Cortés. The (second) trial of residency, New York, Peter Lang, 2013.

MAQUIAVELO, Nicolás, El Príncipe, Madrid, Istmo, 2000.

MARINEO SICULO, Lucio, «Don Fernando Cortés, Marqués del Valle», De las cosas memorables de España, Alcalá de Henares, 1530, folios CCVIII-CCXI, traducción al castellano en Miguel León-Portilla, «Hernán Cortés, primera biografía. La obra de Lucio Marineo Siculo, 1530», Historia 16, X: 108, abril 1985, pp. 95-104.

MARTÍNEZ, José Luis, Hernán Cortés, México, UNAM/FCE, 1990.

— «Rescate de Francisco Cervantes de Salazar», Separata de las Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, tomo XXXVI, 1993, pp. 191-250, en Discurso de recepción del Dr. José Luis Martínez, Academia Mexicana de la Historia, 2 de marzo de 1993, pp. 2-39. Disponible en <http://www.acadmexhistoria.org.mx/pdfs/discursos/SILLON_28_JOSE_L_MARTINEZ.pdf> .

— «La Crónica de la Nueva España, de Francisco Cervantes de Salazar», en Conquista y contraconquista, la escritura del Nuevo Mundo, coord. Julio Ortega, José Amor y Vázquez, Rafael Olea Franco, México, El Colegio de México, 1994, pp. 149-158.

MARTÍNEZ BARACS, Rodrigo, «¿Bernal o Cortés? La hipótesis de Duverger», Letras Libres, 28, junio 2013. Disponible en <<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/bernal-o-cortes?page=full>> .

MARTÍNEZ COSÍO, Leopoldo, Heráldica de Cortés, México, Jus, 1949.

MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, Breve historia de Hernán Cortés, Madrid, Nowtilus, 2014a.

— «La navaja de Ockham», Revista de Occidente, 402, 2014b, pp. 36-47.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María del Carmen, «Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca», Anuario de Estudios Americanos, 67: 1, enero-junio 2010, pp. 267-302. Disponible en <<http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/339/344>> .

— Veracruz 1519. Los hombres de Cortés, León/México, Universidad de León/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2013.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos, «Bernal Díaz Del Castillo y Hernán Cortés: un caso para Sherlock Holmes», Andalucía en la historia, 42,

2013, pp. 96-97. Disponible en <<http://centrodeestudiosandaluces.es/index.php?mod=publicaciones&cat=23&id=2705&idm>>.

MARTÍNEZ-SAN MIGUEL, Yolanda, «Poder y narración: representación y mediación de un deseo americano en la Segunda carta de relación», en *Agencias criollas. La ambigüedad «colonial» en las letras hispanoamericanas*, ed. José Antonio Mazzotti, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000, pp. 99-130.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 vols., estudio de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1964 [Década IV a partir del Libro VI y Década V hasta el Libro VIII, pp. 415-525].

MATAMORO, Blas, «Cortés y el otro», en *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, ed. Joaquín Marco, Barcelona, PPU, 1994, I, pp. 527-534.

MEDINA, José Toribio, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*, introducción de Guillermo Feliu Cruz, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina/Ed. Nascimento, 1952.

MENDIETA, fray Gerónimo de (O.F.M.), *Historia eclesiástica indiana*, ed. Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1980 [1870]. Disponible en <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/historia-ecclesiastica-indiana-0/>>.

MENDOZA-FARÍAS, Roberto, «Hernán Cortés y la formación del yo a partir de la desnaturalización del otro», *Divergencias: Revista de Estudios Lingüísticos y Literarios*, 1: 1, 2003, pp. 85-89. Disponible en <<http://divergencias.arizona.edu/sites/divergencias.arizona.edu/files/articles/Cortés.pdf>>.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Bibliografía hispano-latina clásica: códigos, ediciones, comentarios, traducciones, estudios críticos, influencia de cada uno de los clásicos latinos en la literatura española*, Madrid, Tip. Vda. e Hijos de M. Tello, 1902.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Idea imperial de Carlos V*, Madrid,

Espasa-Calpe, 1955 [1940].

— La España del Cid, Madrid, Espasa-Calpe, 1967.

— Romancero hispánico, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

MIGNOLO, Walter, «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en Historia de la literatura hispanoamericana, I (Época colonial), ed. Luis Íñigo-Madrigal, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 57-116.

— «La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)», en Lectura crítica de la Literatura Americana. I. Inventarios, invenciones y revisiones, ed. Saúl Sosnowski, Caracas, Ayacucho, 1996 [1986], pp. 3-29.

MIRA CABALLOS, Esteban, «La expedición enviada por Hernán Cortés al Mar del Sur en 1532: noticias inéditas», Alcántara: Revista del Seminario de Estudios Cacerenses, 70, 2009, pp. 103-123.

MIRALLES, Juan, Hernán Cortés, inventor de México, 2 vols., Barcelona, Folio. Biblioteca ABC, 2004.

MORA, Carmen de, Las siete ciudades de Cibola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez Coronado, Sevilla, Alfar, 1992.

MORA, José María Luis, México y sus revoluciones, tomo III, Paris, Librería de la Rosa, 1836.

MORALES MOYA, Antonio, «Christian Duverger: Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo», Revista de Occidente, 402, 2014, pp. 5-9.

MURIEL, Josefina, «Reflexiones sobre Hernán Cortés», Revista de Indias, IX: 31-32, enero-junio 1948, pp. 229-245.

MURPHY, James J., La retórica en la Edad Media, México, FCE, 1986.

— ed., La elocuencia en el Renacimiento, Madrid, Visor, 1999.

NÁPOLES, Vicencio de, Relación hecha por Vicencio de Nápoles, del

viaje que hizo la Armada que Hernán Cortés envió en busca de las Islas de la Especiería, en *Obras clásicas para el estudio de la antigua Oceanía Española*, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2001.

NAVARRO GONZÁLEZ, Alberto, ed., *Actas del primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986.

NICOLAU D'OLWER, Luis, *Cronistas de las culturas precolombinas*, México, FCE, 1981.

Ordenamiento de las Cortes de Valladolid de 1518, en Las Cortes de los antiguos Reinos de León y Castilla, T. IV, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneira, 1861-1903, pp. 260-284; disponible en <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/ordenamiento-de-las-cortes-de-valladolid-de-1518/>>.

ORTUÑO SÁNCHEZ-PEDREÑO, José María, «Las pretensiones de Hernán Cortés en el Mar del Sur. Documentos y exploraciones», *Anales de Derecho*. Universidad de Murcia, 22, 2004, pp. 317-353.

OVIEDO Y PÉREZ DE TUDELA, M.^a del Rocío, «Las cartas de relación y el ‘renacer’ literario», *Revista de Indias*, 174, 1984, pp. 533-539.

PASO Y TRONCOSO, Francisco del, ed., *Epistolario de la Nueva España 1505-1818*, 16 vols., México, Antigua Librería Robledo, 1939-1942.

PASTOR, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.

PAZ, Octavio, «Hernán Cortés: exorcismo y liberación», en *El peregrino en su patria*, ed. Octavio Paz y Luis Mario Schneider, México, FCE, 1988, pp. 101-106.

PELLÚS, Elena, *Sobre las hazañas de Hernán Cortés: estudio y traducción*, pról. José Antonio Mazzotti, Alicante, Universidad de Alicante, 2007. Disponible en <http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/6315/1/CuadernosASN_18.pdf>.

PEREYRA, Carlos, «Postrera voluntad y testamento de Hernando

Cortés, Marqués del Valle», Revista de Indias, I: 1, 1940, p. 208.

— Hernán Cortés, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1969 [1931].

PÉREZ DE OLIVA, Hernán, Algunas cosas de Hernán Cortés y México, ed. Willian Atkinson, Revue Hispanique, 71, 1927, pp. 450-482.

PÉREZ VIEJO, Tomás, «Hernán Cortés en México: una polémica circular», Revista de Occidente, 402, 2014, pp. 22-35.

PLUTARCO, Vidas paralelas, ed. Emilio Crespo, Madrid, Cátedra, 2005. [El facsímil de la traducción de Alfonso de Palencia publicada en Sevilla, Cuatro hermanos alemanes, 1491, puede consultarse en <<http://dspace.usc.es/handle/10347/7036>>].

PRESCOTT, William Hickling, Historia de la conquista de México, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernán Cortés, anotada por Lucas Alamán, con notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez, [1846], México, Porrúa, 1970.

RAMÍREZ, José Fernando, Obras históricas, ed. Ernesto de la Torre Villar, México, UNAM, 3 vols., 2001.

Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac, aclaraciones y rectificaciones por Eulalia Guzmán, México, Libros Anáhuac, 1958.

REYNOLDS, Winston A., «Hernán Cortés y los héroes de la antigüedad», Revista de Filología Española, XLV, 1962, pp. 259-271.

— Romancero de Hernán Cortés, Madrid, Ediciones Alcalá, 1967.

— Hernán Cortés en la literatura del siglo de Oro, Madrid, Editora Nacional, 1978.

ROBLES MOHS, Ivonne, «Adán, el Edén y Abel o la estructura narrativa simbólica de las Cartas de relación de Hernán Cortés», Revista de Filología y Lingüística, XX: 2 1994, pp. 31-45.

- ROJAS, José Luis de, «Introducción» a Francisco López de Gómara, La conquista de México, Madrid, Dastin, 2001.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, Los retratos de Hernán Cortés. Estudio iconográfico, México, Porrúa, 1944.
- ROMERO SOLANO, Luis, Expedición Cortesiana a las Molucas: 1527, México, Jus, 1950.
- ROVIRA, José Carlos, Ciudad y literatura en América Latina, Madrid, Síntesis, 2005.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio, El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804), México, FCE, 2014 [2010].
- RUIZ PÉREZ, Pedro, «Texto y género del relato americano de Pérez de Oliva», Cauce. Revista de filología y su didáctica, 14-15, 1992, pp. 503-523; disponible en <http://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/pdf/cauce14-15/cauce14-15_28.pdf> .
- SAHAGÚN, Bernardino de, Historia general de las cosas de Nueva España, ed. Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, Madrid, Alianza, 1988.
- SALUSTIO, Cayo, La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta, Madrid, Espasa-Calpe, 1986.
- SALVADORINI, Vittorio, «Las relaciones de Hernán Cortés», Thesaurus, XVIII:1, 1963, pp. 77-97.
- SANCHIS AMAT, Víctor Manuel, Francisco Cervantes de Salazar (1518-1575) y la patria del conocimiento: la soledad del humanista en la ciudad de México, tesis doctoral. Universidad de Alicante, 2012. Disponible en <<http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/25184>> .
- SANCHIS AMAT, Víctor Manuel, «La primera laus urbs occidental en América: la descripción de la ciudad de México-Tenochtitlan de Hernán Cortés», Revista Historia Autónoma, 5, 2014, pp. 43-50. Disponible en <<https://revistas.uam.es/historiaautonoma/article/view/7/5>> .

SCHEIFLER, Francisco Xavier, «Hernán Cortés, un héroe de la hispanidad», en A. González Morfin, J. Llaguno y F. J. Scheifler, Trilogía de la hispanidad: una idea, un símbolo, un héroe, México, Jus, 1948, pp. 69-207.

SCHMIDT-RIESE, Roland, Relatando México. Cinco textos del período fundacional de la colonia en tierra firme, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2003.

SCHWALLER, John Frederick, The First Letter from New Spain: the Lost Petition of Cortés and his Company, June 20, 1519, Austin, University of Texas Press, 2014.

SERÉS, Guillermo, «Uso y adecuación de las fuentes en la Historia de México de Antonio de Solís», en Los límites del océano. Estudios filológicos de crónica y épica en el Nuevo Mundo, coord. Guillermo Serés y Mercedes Serna Arnáiz, Barcelona, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles/Universidad Autónoma de Barcelona, 2009, pp. 237-260.

— «El verdadero autor de ‘La historia verdadera’», El País, 21 de febrero de 2013. Disponible en <http://cultura.elpais.com/cultura/2013/02/20/actualidad/1361391926_250646.html> .

SOLÍS, Antonio de, Historia de la conquista de México, prólogo y apéndices de Edmundo O’Gorman, México, Porrúa, 1996.

STOLL, Eva, «Géneros en la historiografía indiana: modelos y transformaciones» en Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas: aspectos del español europeo y americano en los siglos XVI y XVII, ed. Wulf Oesterreicher, Eva Stoll, Andreas Wesch, Tübingen, Gunter Narr, 1998, pp. 143-168.

THOMAS, Hugh, La conquista de México, Barcelona, Planeta, 1994 [1993].

— «Una nueva historia de una conquista vieja», Letras Libres, 28, junio 2013. Disponible en <<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/bernal-o-cortes-0?page=full>> .

TODOROV, Tzvetan, La conquista de América. El problema del otro,

México, Siglo XXI, 1987.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco, «Las ideas políticas del conquistador Hernán Cortés» en *Proceso histórico al conquistador*, coord. Francisco de Solano, Madrid, Alianza, 1988, pp. 165-181.

TORO, Alfonso, *Un crimen de Hernán Cortés: la muerte de Doña Catalina Xuarez Marcadayda (estudio histórico y médico-legal)*, México, Editorial Patria, 1947 [1922].

TOUSSAINT, Manuel; GÓMEZ DE OROZCO, Federico y FERNÁNDEZ, Justino, *Planos de la ciudad de México: siglos XVI y XVII*, México, UNAM, 1938.

TRUEBA LAWAND, Jamile, *El arte epistolar en el Renacimiento español*, Woodbridge, Boydell & Brewer, 1996.

ULLOA ORTIZ, Berta, «Cortés esclavista», *Historia Mexicana*, 16: 2, octubre-diciembre 1966, pp. 239-273. Disponible en <<http://www.aleph.org.mx/jspui/bitstream/56789/29739/1/16-062-1966-0239.pdf>> .

VALCÁRCEL MARTÍNEZ, Simón, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1997.

VALERO SILVA, José, *El legalismo de Hernán Cortés como instrumento de su conquista*, México, UNAM, 1965.

VALLE, Rafael Heliodoro, *Cristóbal de Olid*, México, Jus, 1950.

— *Bibliografía de Hernán Cortés*, México, Jus, 1953.

VASCONCELOS, José, *Hernán Cortés: creador de la nacionalidad*, México, Jus, 1985 [1941].

VEDIA, Enrique de, ed., *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles), 1852, vol. I, pp. 1-153. Disponible en <<http://books.google.es/books?id=zW9UCNp1FU0C>> .

VIDAURRE, Carmen V., «Acercamiento sociocrítico a la ‘Segunda

carta de relación' de Hernán Cortés», Texto Crítico, II: 3, julio-diciembre 1996, pp. 23-45.

VINDEL, Francisco, El arte tipográfico en España durante el siglo XV. Sevilla y Granada, Sevilla, Padilla, 1989.

VV. AA., Estudios cortesianos. Recopilados con motivo del IV centenario de la muerte de Hernán Cortés (1547-1947), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948 (es tirada aparte de Revista de Indias, IX: 31-32, enero-junio 1948).

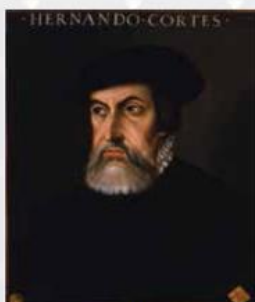
VV. AA., «El misterioso Bernal Díaz», Nexos, abril de 2013; disponible en < <http://www.nexos.com.mx/?cat=3181> > . y Nexos, junio de 2013; disponible en < <http://www.nexos.com.mx/?cat=3183> > .

VV. AA., Hernán Cortés: hombre de empresa. Actas del Primer Congreso de Americanistas, Valladolid, Publicaciones de la Casa-Museo de Colón, 1990.

ZAMBRANA RAMÍREZ, Alberto, «La Retórica de las ciudades: descripción del paisaje urbano en la Segunda carta de relación de Hernán Cortés», Hipertexto, 6, 2007, pp. 69-78. Disponible en < https://portal.utpa.edu/utpa_main/daa_home/coah_home/modern_home/hipertexto_home/docs/Hiper6Zambrana.pdf > .

ZAVALA, Silvio, «Hernán Cortés ante la justificación de su conquista», Quinto Centenario, 9, 1985, número monográfico «A quinientos años del nacimiento de Hernán Cortés», pp. 15-35. Disponible en < <http://revistas.ucm.es/index.php/QUCE/article/view/QUCE8585220015A/1809> > .

— Tributos y servicios personales de indios para Hernán Cortés y su familia (extracto de documentos del siglo XVI), México, Archivo General de la Nación, 1984.



Motivo de la cubierta:
Retrato de Hernán Cortés. Óleo anónimo del siglo XVIII
 MUSEO DE LA REAL ACADEMIA DE
 BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO (ESPAÑA)

El libro ofrece un estudio de conjunto de la escritura cortesiana (desde los documentos de 1519 hasta el testamento) con el fin de esclarecer el proceso de construcción del yo que Hernán Cortés lleva a cabo a lo largo de su propio discurso.

Sin eludir el diálogo con otros textos de la época, pero centrado en el corpus de documentos cortesianos (algunos de ellos recuperados en fechas recientes), el estudio va recorriendo todo un haz de relaciones que delimitan al sujeto narrativo, como serían el vínculo del yo con la propia escritura, el posicionamiento del autor respecto a la Historia, su problemática relación con el emperador Carlos V, la percepción del indígena o su vinculación al nuevo territorio. Con ello, se busca poner de manifiesto la peculiar manera en que pretendió mostrarse a sí mismo este controvertido personaje que manifestó a lo largo de su vida una verdadera obsesión por la palabra escrita.



